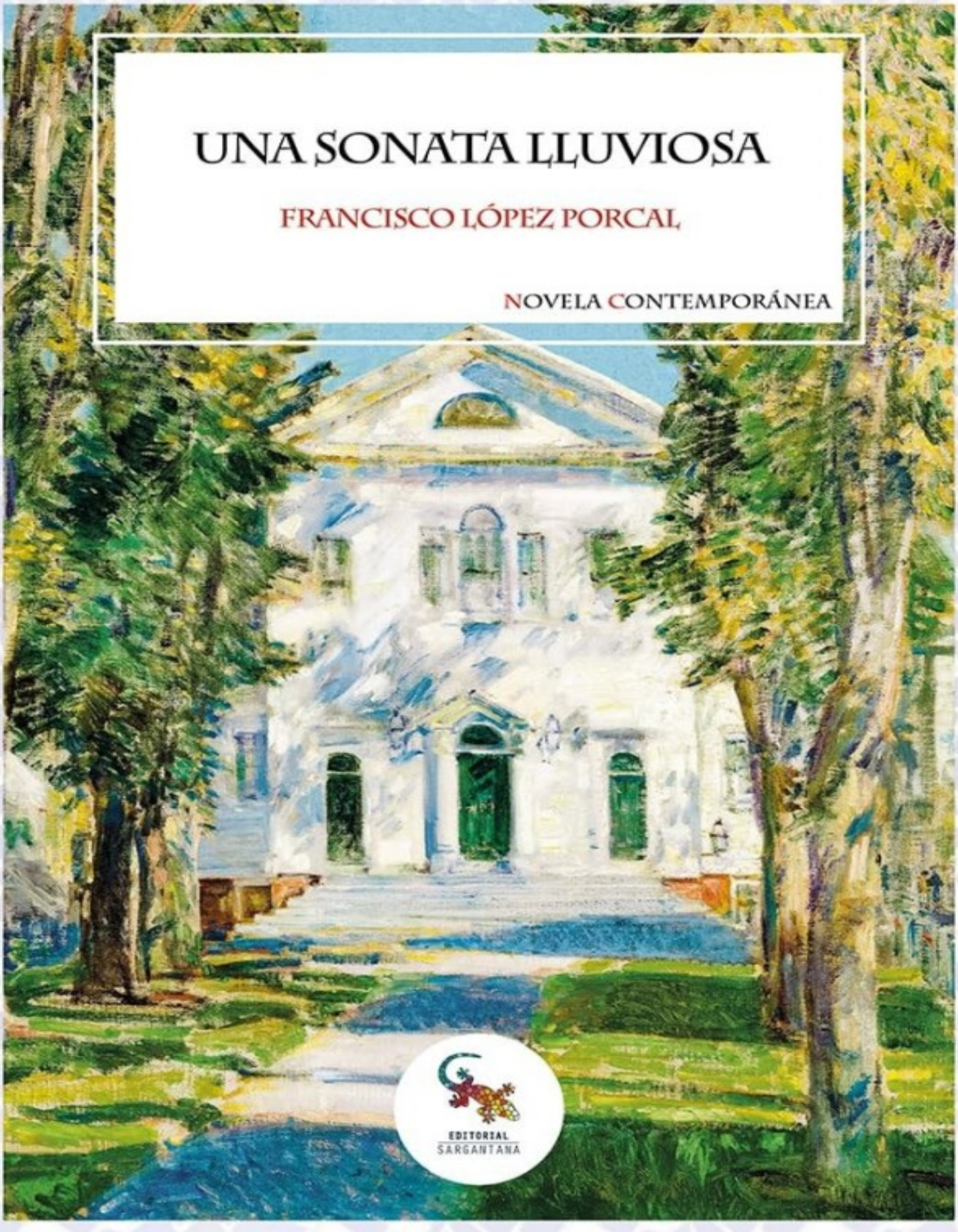
UNA SONATA LLUVIOSA

FRANCISCO LÓPEZ PORCAL

NOVELA CONTEMPORÁNEA



EDITORIAL
SARGANTANA

UNA SONATA LLUVIOSA

FRANCISCO LÓPEZ PORCAL

EDITORIAL
SARGANTANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Una sonata lluviosa
© Del texto: Francisco López Porcal
© De esta edición: Editorial Sargantana, 2025
Email: info@editorialsargantana.com
www.editorialsargantana.com

Primera edición: Enero, 2025
ISBN: 979-13-88107-18-4

A los de siempre,
a los que me acompañan en los buenos
y en los menos favorables momentos.

SEGISMUNDO

No, ni aun agora he despertado, que, según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy durmiendo.

Y no estoy muy engañado; porque si ha sido soñado, lo que vi palpable y cierto, lo que veo será incierto; y no es mucho que rendido, pues veo estando dormido, que sueñe estando despierto.

La vida es sueño, Calderón de la Barca

Esa nostalgia del silencio, de la belleza, de la sencillez, de cierto sentido de la austeridad. De la época en que existía la espera, en que un viaje era un viaje y dar la palabra significaba una cosa precisa; de cuando se valoraba lo que se tenía y la ilusión por lo que no se tenía era real.

Mañana me voy, Víctor Colden

Breve nota a la edición

El mito de la caverna de Platón constituye, como es sabido, una alegoría sobre la realidad de nuestro conocimiento. Desde entonces, la metáfora de la existencia humana que escribió el discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles nos conduce hoy más que nunca a la idea del autoengaño, a una verdad que transcurre entre luces y sombras, generando la duda entre lo real y lo que parece serlo. Así, opiniones hegemónicas procedentes de diversos medios de comunicación y redes sociales, a las que pronto se unirá, si no lo ha hecho ya, el fenómeno tecnológico de la llamada inteligencia artificial, intentan moldear la percepción y el criterio sobre la catarata de sucesos que nos invaden.

De este modo, los personajes de *Una sonata lluviosa* surcan las aguas de este mar de incertidumbre, confuso, si se quiere, cuyas travesías se desarrollan en una constante tensión entre la ficción y la realidad, la literatura y el desencanto personal, el sueño y la vigilia, entre una perfección que no existe y la mediocridad que nos invade, desencantados —unos y otros— del papel a representar. Hay seres de ficción deseosos de una vida real y seres reales en busca de una existencia ficcional. Sobre ellos sobrevuela la duda acerca del designio escrito de antemano y el impulso de cada cual para cambiar lo predestinado. Tal vez la respuesta se encuentre en una probable ucronía, donde cada individuo decida si el mundo anhelado habría valido la pena.

En una clara alusión al título de la novela, cada capítulo lleva aparejado el nombre de una composición musical que explica, en cierta manera, el sentido de cada episodio; toda una intención holística para mostrar el arte en todas sus conexiones. Un contexto en el que conviven las humanidades y el pensamiento, cuerdas de salvamento para una sociedad resquebrajada por la estrepitosa caída de valores y principios éticos que condicionan la conducta de las personas.

En la estructura narrativa se distinguen dos planos, uno pretendidamente real y otro ficticio con visos de realidad, que a su vez se

bifurcan en varias subtramas. En ambos casos, determinados personajes saltan una y otra vez de un ámbito a otro para converger en un mismo punto de encuentro, o tal vez de desencuentro. En este sentido, el lector tendrá la última palabra tras evaluar las reflexiones planteadas sobre el proceder de los actantes, pretendidamente espejos del ser humano contemporáneo. Aunque siempre quedará para el lector el beneficio de la duda, una indecisión que influirá en la autenticidad de los relatos solapados.

F. L. P.

Preludio

La ambulancia circulaba enloquecida por la autovía del Turia; la que conecta el noroeste del área metropolitana de Valencia con el centro de la ciudad. Al llegar a la fuente de múltiples surtidores, moderó su velocidad. El vehículo dejó atrás la glorieta del Palacio de Congresos, el acristalado platillo volante de Norman Foster, y enfiló el bulevar de Cortes Valencianas, una gran vía flanqueada por dos imponentes baluartes, o así lo parecen. A la derecha la torre Ikon, de Ricardo Bofill, y a la izquierda la torre Hilton, del equipo Hadit Arquitectos. El paseo central era un túnel de jacarandas alfombrado de un azul oscurecido por la penumbra de los majestuosos edificios. El conductor sorteaba con dificultad el intenso tráfico que la urbe despedía y acogía a un tiempo tras la jornada laboral. Los conductores se apartaban apresurados por el destello violáceo y el estrépito de la sirena mientras que los transeúntes, alarmados, ralentizaban el paso mirando sorprendidos el centro de la calzada. Había comenzado a llover.

> A última hora de ayer, el profesor y escritor Jacobo Arriaga fue trasladado a urgencias del Hospital Arnau de Vilanova y conducido directamente a la UCI, dada la gravedad de su cuadro clínico. Al parecer sufrió un serio percance cardiaco por un incidente relacionado con el alumnado del IES donde impartía sus clases. Ante el impacto surgido por la noticia, dos coches patrulla de la Policía Nacional se desplazaron al instituto para controlar la conmoción de familiares de los estudiantes y el revuelo vecinal. En todo momento, tanto su esposa como su círculo más íntimo han estado pendientes de la evolución del profesor. La dirección del centro educativo aún no ha emitido comunicado alguno al respecto. Nada más ha trascendido acerca de las causas ni de la magnitud del suceso.

La escueta nota fue difundida por un periódico digital en la sección de

las noticias de última hora. En términos similares se expresaba una emisora local de radio. Ambos medios se hicieron eco por un mismo periodista vinculado al ámbito familiar de Arriaga. Ningún dato más se divulgó sobre el estado de salud del profesor, a la espera de conocer más detalles.

El alma del filósofo

Desde la ventana de su estudio, Jacobo observaba un crespúsculo similar a los cielos atormentados del Greco. Intuía el mundo en sugestivos atardeceres, donde su imaginación buceaba entre acuarelas y algodones lenticulares hacia las profundidades de sí mismo abrazando el universo matriz. Esta ventana, catalejo del universo y víscera del espectador, no resultaba indiscreta como la de James Stewart. Tampoco existía suspense, porque Hitchcock no merodeaba por estos lugares. Desde su ventana Jacobo no se dedicaba al espionaje, pues no existía nada sospechoso en el paisaje silente del bosque. Contemplaba ensimismado el viento de poniente que modulaba un insólito cielo violeta entre una pictografía de nubes.

Jacobo Arriaga, de linaje vasco, originario de un antiguo concejo de Vitoria, había estado al borde del precipicio. Tras la estancia en el hospital, iniciaba su convalecencia en casa. Los médicos le habían prescrito reposo absoluto para estabilizar su patología cardiaca y su salud mental; aspectos que han provocado en el paciente una debilidad preocupante por la caída de sus constantes vitales. Las visitas estaban desaconsejadas; nada podía perturbar el maltrecho estado del profesor, al menos durante los primeros días. Los pronósticos vislumbraban una rehabilitación similar a la lentitud de un caracol.

Un mes después de su particular encierro, Jacobo pasaba las mañanas entre lecturas, a veces escribiendo o en el jardín aprovechando los momentos soleados de un otoño muy desapacible. Debido a la estricta convalecencia, sus pautas de vida seguían un metódico ritual de vida hogareña. Los médicos le habían recomendado mucha tranquilidad, y en aquel oasis la había a raudales, quizá en exceso.

Cuando volvió en sí le pareció haber vivido una pesadilla. No sabía dónde se encontraba ni por qué estaba rodeado de máquinas con puntitos luminosos y líneas latentes encerradas en una pantalla. Inmovilizado por

cables de plástico, parecía estar atado a una columna. Al menos estaba relajado y se sentía como en el mundo feliz de Huxley. Allí estaba Flora, siempre Flora. Qué haría sin ella. La mujer le miraba con la ternura de esas madres pendientes de su recién nacido, vulnerable y desamparado. Le sonrió y acarició su mano. No tenía ni fuerzas para hablar, pero sus ojos parecían suplicarle que no le abandonara. Intentaba decirle algo, pero apenas podía susurrarle unas palabras inaudibles, perdidas.

—Descansa —le decía ella—, no te fatigues. —Debió de dormirse, no recordaba más.

Jacobo vivía en un peculiar nido, una confortable arcadia rotulada como «Villa Palatina» junto al bosque de la Vallesa. La vivienda era suficientemente amplia. Constaba de dos plantas y una buhardilla con espléndidas vistas sobre la arboleda y la azulada sinuosidad de la lejana Calderona. La decoración interior presentaba un curioso equilibrio entre la funcionalidad actual y el clásico propio de anticuarios. Las paredes, de tonalidades claras, resaltaban la vetustez de algunos objetos procedentes de herencias familiares que lucían yuxtapuestos en un curioso contraste. En un ángulo del amplio salón había una cómoda con unos candelabros semejante a un retablo solemne. Justo al lado, un piano de su madre en el que el escritor solía interpretar a Chopin o Schubert, pero también a autores posteriores, Ravel y Debussy, incluso se atrevía con melodías de películas, Horner, Barry, Morricone o Mancini, la música clásica de nuestro tiempo.

El profesor siempre decía que los signos lingüísticos y las notas del pentagrama en el fondo eran lo mismo, tenían idéntico fin: explicar el mundo mediante emociones. Toda aquella escenografía hogareña aparecía duplicada por los grandes espejos situados en lugares estratégicos de la vivienda. El interiorismo se completaba con buenas obras de arte, entre ellas un pequeño dibujo de Pinazo en lápiz de carbón que representaba un baile infantil y un bodegón del pintor tardobarroco Félix Lorente que presidía la chimenea del salón acristalado. En una esquina destacaban otras dos piezas, el carboncillo de un cuerpo masculino, de Antonio López, y el óleo de unas flores pintado por su esposa, María Moreno. En el amplio corredor entre el vestíbulo y el salón destacaba una pequeña aunque valiosa acuarela de Philip Jamison, adquirida mediante subasta de una galería de París por el padre de Flora,

Ignacio Luján, director general de una empresa líder en exportación de productos hortofrutícolas y gran entendido en arte. A su fallecimiento, Flora heredó la colección que Luján, un filántropo de gran sensibilidad, había ido adquiriendo a lo largo de su vida.

Desde este entorno, Jacobo se dedicaba a contemplar la vida y a escribir sobre el mundo. Un mundo vuelto del revés, o eso creía él, una cuestión apremiante. Algo había cambiado en el ser humano para que esta sociedad se hubiera embrutecido tanto. «Quizá nos encontremos —pensaba Jacobo— entre el ocaso de una época y el alumbramiento de otra todavía sin definir».

—Buenos días, mamá. ¿Puedes hablar?

—¡Hola, Manuel! Sí, tranquilo. Acabo de tramitar unos asuntos urgentes y ya estoy libre.

—¿Cómo está papá?

Flora tardó unos instantes en responder. Se le hizo un nudo en la garganta, no podía articular palabra. La mujer, pese a su temperamento enérgico, se encontraba muy afectada por todo lo ocurrido. Le costaba aceptar la realidad.

—Tu padre no está bien, hijo. De sus problemas de corazón va mejorando, pero está muy hecho polvo. Su desánimo me preocupa mucho. Parece otra persona, cariño. A veces está muy agrio, se pone como una fiera por cualquier menudencia. No sé. Estoy muy agobiada porque llego a casa muy cansada y menudo panorama me encuentro. ¡Tú no lo sabes! Su malestar lo pago yo. Y lo entiendo, está solo y cuando me ve se desfoga conmigo.

—Claro, mamá, entiendo muy bien lo que estás pasando. ¿Por qué no buscamos a un cuidador?

—No quiere. Dice que no está tan mal como creemos.

—¡Vaya! Una persona que siempre ha tenido una energía tan desbordante, ¡cómo ha llegado a este estado! Parece mentira. Las tensiones que habrá tenido que sufrir en ese instituto.

—Así es, Manuel. Contaba pocas cosas, pero cuando llegaba a casa su semblante lo decía todo. A este paso la enferma voy a ser yo también. Estas situaciones van carcomiendo la convivencia familiar hasta llegar a

límites increíbles.

—Anímate, mamá. Está todo muy reciente. Comprende que vivió una situación muy dura. Una persona joven puede resistir con mayor entereza, pero papá a sus años no es lo mismo. La docencia es hoy una pesadilla en muchos centros de secundaria. Nadie hubiera imaginado el cambio que ha dado la enseñanza de un tiempo a esta parte.

—No te escucho bien, Manuel. Se pierde la señal.

—Espera. ¿Ahora me oyes mejor? Es que la cobertura en estos lugares no es muy buena.

—Sí, ahora sí.

—Te decía que la situación de las aulas es cada vez más insostenible en demasiados centros. Por cierto..., ¿papá escribe? —preguntó Manuel.

—Sí, está ahora con una novela; aquella que le encargó la editorial, la que le visitó en el instituto. Al menos se distrae.

—¿La que le publicó los ensayos y las otras tres novelas?

—Sí, esa. La verdad es que el último libro, a pesar de su esfuerzo, pasó sin pena ni gloria. No hubo una promoción adecuada ni los apoyos mediáticos fueron suficientes. Hay muchísima competencia, ya lo sabes, y más hoy con el aluvión de publicaciones. Tampoco tu padre disponía del tiempo para hacerlo, con todo el trabajo de las clases y los problemas del alumnado, ya hizo demasiado. Una pena. Hay puertas que son muros imposibles de traspasar, Manuel.

—Es cierto. Pero me parece perfecto que vuelva a escribir. Eso le vendrá muy bien para evadirse y la escritura en sí resulta terapéutica.

—Eso espero. Necesita distraerse y no pensar en aquel desastre.

—Mira, mamá, voy a reunir unos días de vacaciones y me quedaré con él. Seguro que mejorará su ánimo. Ya lo verás.

—Me alegras la mañana, cariño.

—No te preocupes, ya te aviso de mi llegada. Un beso, mamá.

—Adiós, hijo, otro para ti. Llámame cuando tengas previsto venir.

—Sí, tranquila. Te aviso.

—Adiós, Manuel. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, mami.

A medida que los problemas cardiacos mejoraban, el profesor acusaba

cada vez más la creciente soledad. Su hermana Leonor y su cuñado Alberto solían visitarlo al principio. Luego les faltó el afecto que jamás tuvieron con Jacobo ni con Flora.

Alberto, responsable de un importante despacho de aduanas y logística, nunca vio con buenos ojos la implicación de Jacobo en el trabajo, su pasión por la literatura y el arte, su visión humanística de la vida y los placeres sencillos. Quizá en el fondo deseara lo mismo, pero su histrionismo se lo impedía, también los celos. Jacobo era una persona culta y bien formada, aprendió a tocar el piano y era un gran lector; un personaje hecho a sí mismo. Leonor recriminaba a su marido su excesiva extroversión y felina sagacidad para los negocios; aunque la mujer se dejaba llevar por el alto nivel de vida que Alberto le servía en bandeja. No era la primera vez que Jacobo ponía en tela de juicio los lujos en los que vivía su hermana. «Ellos sabrán», pensaba el profesor. Para Alberto, los viajes se habían convertido en una obsesión: los cruceros por países exóticos con sus compañeros de trabajo, comedores de famosos restaurantes en sus apuestas de exquisitez. Había logrado formar una camarilla de cincuentones de gustos muy exclusivos. Le era imposible resistirse a los grandes torneos internacionales de tenis, la copa exótica en las mejores coctelerías y, por su puesto, el tonteo con jovencitas en las cenas de empresa, cada vez más frecuentes. «¡Viajando se aprende más que leyendo, casi siempre te veo encerrado en casa!», le reprochaba Alberto constantemente a su cuñado. «No a ese precio tuyo», le respondía Jacobo.

—¿Qué quieres decir? —contestó de manera airada una vez.

—¡Tú ya me entiendes! ¿O prefieres que te lo explique mejor? —Alberto no pudo sostener la mirada irónica de Jacobo. El tono inquisitivo del profesor levantó las sospechas de Alberto. Quizá su cuñado sabía más de lo que él imaginaba.

Las visitas de Leonor y Alberto a casa de Jacobo y Flora fueron espaciándose cada vez más, hasta reducirse a meras llamadas telefónicas. Cuando Jacobo experimentó una leve mejoría, los médicos le autorizaron a levantar su aislamiento inicial. Aun así, el profesor sufrió las ausencias de parientes y amigos de siempre cuando más los necesitaba. ¿Por evitar molestias al enfermo? ¿Por dejadez? ¿Indiferencia? Su amigo el periodista Javo Espínola se interesó durante los primeros días de hospital, pero su

tremendo ritmo de trabajo le imposibilitaba acercarse a Villa Palatina; telefoneó en dos ocasiones. Lo mismo que Luismi Aguirre, siempre en viaje de negocios. Ante esta incomunicación, las horas y los días se agigantaban en aquel paraíso de silencio. De ahí que la excesiva calma, añadida a la medicación para la ansiedad, le originaran un explicable sopor.

De pronto sonó el timbre; un suave din-don que se extendió por toda la casa. Andreu y Gerard entraron con celeridad huyendo de una repentina llovizna capaz de metamorfosear el jardín; de un grisáceo reseco y frío de días pasados a un verde limpio y reluciente. Ambos restregaron los pies en el felpudo del recibidor para evitar dejar sus huellas en el parqué. Antes de cerrar la puerta, Jacobo contempló durante unos instantes el macizo de camelias que crecía junto a unos groselleros silvestres. «La lluvia ha potenciado su colorido», pensó el profesor.

—¡Pasad! —exclamó Jacobo cogiendo los chubasqueros de los invitados.

Andreu y Gerard acudían casi todas las tardes. Los tres participaban de una amistosa tertulia con la curiosidad propia de un dialogante homologado, como escribía José María de Areilza en algún artículo de prensa. Jacobo podía describir a sus amigos perfectamente, dibujándolos del natural y convirtiéndolos en personajes de ficción si viniera al caso. Quizá porque conocía con exactitud, es un decir, el dentífrico que usaban.

Andreu Ferrer era dueño de una librería. La barba alargada le otorgaba una mística aureola de fraile de paisano. Poseía una mirada de personaje histórico solemne, de porte regio. Gerard Fermosell era bibliotecario. Hablaba rápido y era impetuoso, de ojos vivarachos, pero diluía el final de las frases. Su afeitado era siempre perfecto, se diría que apuradísimo. Había en él un aire de antiguo hidalgo caballeresco, de hábitos austeros y estricta religiosidad. En cambio, tras su sonrisa beatífica y mirada inquieta, se intuía un inesperado frenesí en busca de una ninfa descarriada, de finos tacones y envuelta en un penetrante humo de cigarrillo.

El anfitrión les condujo a un salón acristalado, su particular belvedere. Desde allí, se observaba una hermosa panorámica del jardín trasero, a cuya tapia se abrazaba una invasiva madreselva. Al fondo, a la derecha, el estanque de nenúfares compartía su soledad con un banco de piedra bajo la umbría de un fresno. A la izquierda, un arriate de hibiscos de floración roja y vistosas caléndulas de un intenso anaranjado. El interior del salón

presentaba al atardecer una cálida perspectiva. El sol camuflaba su brillo anaranjado entre el ramaje del bosque, proyectando en la estancia unas sombras ajedrezadas. En aquella atmósfera intimista, los tertulianos platicaban alrededor de un té y unas pastas caseras. Una preparación que parecía todo un ritual.

—Tengo entendido —añadió Andreu— que Borges para conceder valor a la conversación siempre recibía con traje y corbata, aunque no saliera de casa.

—Bueno, cada uno tiene sus ceremonias —apuntó Jacobo.

De vez en cuando atizaban la chimenea que devoraba con lentitud unos troncos de olivo. Jacobo inició la conversación mostrando su hastío por la mediocridad de los políticos. Andreu se apresuró a matizar las palabras de su amigo.

—Ya veis; ¡todo son estrategias de unos y de otros! —exclamó Jacobo—. Y ese método lleva encerrado un truco. Por eso, cuando la sociedad conozca la artimaña de esos juegos de magia, la política habrá generado una gran desconfianza social; si no lo ha conseguido ya.

—¡Hombre, dales una oportunidad! —reclamó Gerard.

—¿Qué has dicho? ¿Oportunidad? Hombre, ¿qué oportunidad ni narices? —se enervó Andreu.

—Es cierto. Los disparates nos invaden a diario, incluso parecen gratis —intervino Gerard— porque la ciudadanía, señores, tiene a veces memoria de pez. Un inesperado problema entierra al anterior, y así sucesivamente. Discusiones estériles que no resuelven los acuciantes problemas que tiene este país.

—Jugar con fuego es peligroso —apuntó Jacobo— porque todos pueden quemarse. Resulta que los fuegos de ayer en las calles hoy son artificiales. Mañana no sabemos qué intentarán vendernos. ¿No hubo mala intención en lo que parecía verídico? ¿O lo que vimos era irreal? Acordaos de la imagen amable, «archivo de la cortesía, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades», que escribía Cervantes en el *Quijote.* Hace tiempo que ese concepto se torció. Hay ciertas sociedades que al llegar a su punto culminante entran en decadencia.

—¿Mueren de éxito? —preguntó Andreu con suspicacia.

—En una república como Dios manda esto no pasaría —dijo Gerard.

—¿Tú crees? —inquirió Jacobo—. ¿Habría una mejor gestión? ¿El presidente de esa república tendría visión de estado? ¿Trataría se ser imparcial, o tal vez se inclinaría por la ideología que lo hubiera votado? ¿Qué haríamos si nos sale un presidente de república corrupto? ¿Volveríamos a plantearnos el sistema?

—Hombre, ahora que lo dices —meditó Gerard—, tal y como está la clase política actual, no veo a nadie preparado para ser presidente de una república.

—Imagina por un momento que se presente ese trepa al que no puedes ver —pichó Jacobo.

—¡Hostia, no me jodas! —exclamó riendo Gerard.

—Cualquier monarca, y hoy más que nunca, debe ganarse el puesto cada día, demostrando que esa institución, aparentemente oxidada y arcaica, debe adaptarse a una democracia moderna con todas sus responsabilidades —señaló Jacobo.

—Sí, es cierto lo que dices. Pero esa exigente honestidad vale también para cualquier sistema —puntualizó Andreu.

—No creo que ese asunto quite el sueño a las clases más desfavorecidas —siguió Andreu—. Fijaos en la papeleta que tienen los parados, sobre todo los jóvenes, el dichoso problema de la vivienda, el aumento de familias que no llegan a fin de mes y los precios por las nubes, colas del hambre a las puertas de beneficencias y parroquias. En fin, qué os voy a contar. Y encima la corrupción. Eterna picaresca española, ¡por Dios!

Así continuaron un buen rato mientras la tarde iba declinando en un guiño de luz moribunda. En el silencio se escuchaba el chisporroteo de la lumbre. La lluvia había regresado de nuevo. Las gotas descendían abriendo surcos en los cristales de la sala casi en tinieblas, mientras que las llamas de la chimenea convertían a los tres tertulianos en siluetas oscuras, estremecidas, proyectadas en las paredes, rojizas como espantajos.

El viento levantaba remolinos de hojarasca en la tarde otoñal. La lluvia era ya torrencial, agua sanadora para desterrar tanto abatimiento. Jacobo se asomaba a la ventana y se situaba ante la infinitud del bosque, velado por una intensa cortina de agua. Sentía claustrofobia solo de pensar en la incursión en un cosmos desconocido, sin límites. Quizá la inmensidad de la floresta, en su prodigioso silencio, sería capaz de manifestarle sus

propias inseguridades. Claudio Guillén se preguntaba si ante un paisaje mirar es describir o es compartir y significar. Para Jacobo no había duda, era la íntima fusión.

El cisne de Tuonela

El día había amanecido azul. Con aire circunspecto, Jacobo miraba la arboleda desde la ventana de su estudio y, en el ingenuo silencio, se sorprendía de la tonalidad ambarina de los pinos. La luz envolvía los matorrales en una misteriosa bruma de tiniebla nocturna. Un par de urracas ocultas entre los árboles lanzaban su penetrante chac-chac-chac habitual. El aire limpio transportaba aromas de hierbas y tierra mojada.

Al menos estaba vivo. Había sido liberado de un remoto lugar, Tuonela o Hades[1], donde vagaba nadando como un cisne místico en las aguas de un lago, el del reino de los muertos. Escapó de ellos. El suceso le entristeció mucho. Todo se truncó y quedó en la oscuridad más absoluta. No pensó que las cosas llegaran a ese extremo, pero se veía venir. Aunque nunca hubiera imaginado que acabara de esa forma, y eso anímicamente lo derrotó. Le entristecía el terrible episodio. Debía superarlo, claro, pero no sabía cómo. Le faltaban fuerzas para abandonar aquel laberinto del minotauro donde deambulaba angustiado por interminables pasillos.

Abrió la ventana para rebajar su inquietud, necesitaba respirar fuerte. La esbelta figura del profesor miraba el mundo interrogando al cielo, como si este fuera a responderle. Allí de pie, una suave brisa matinal levantaba su cabello ligeramente rizado y canoso. Su actitud era la de un personaje sin destino, similar a los de Pirandello, buscando un porvenir y una confirmación de sí mismo. Al menos las alturas le contestaban a su manera cuanto intentaba repasar el libro de su vida, de su prehistoria juvenil hasta su madurez, porque la vida entera es una novela donde, después de repasarla, uno encuentra respuesta a lo que en su momento no la tenía. La vida como memoria, porque el tiempo arrebata la vida y la devuelve en forma de memoria. Un cuaderno donde anotar acontecimientos y emociones, olores y sonidos. La mirada al pasado actúa a veces como un machete que va desbrozando las hierbas altas y espesas, hasta que uno mismo construye un interminable *collage* surrealista,

onírico, de zapatos nuevos, de álbumes de cromos coleccionados con parsimonia semanal y amores emergentes de súbita erupción que declinaban en una borrasca sentimental o en la indiferencia más indómita. Paisajes y lugares perdidos para siempre, colores y aromas de playa veraniega, una casa grande y hermosa entre pinares en cuyo frontispicio blanco lucen unas letras metálicas negras que reproducían «Bello horizonte». Quizá el nombre pueda parecer ahora cursi, pero al jovencito Jacobo le atrapaba, sobre todo cuando en la quietud de la mañana luminosa dirigía su atención hacia esa vivienda al escuchar el rasgueo de una guitarra y las voces de unos jóvenes invisibles entonando una canción cualquiera. La ensoñación alteraba su rutina diaria, y de paso le permitía comprobar la existencia de otra vida diferente. Su mirada melancólica de ojos claros le otorgaba un perfil sobrio y refinado, como el lirismo del mundo soñado desde su ventana, porque en todo creía y todo le defraudaba.

Tras unos instantes, el profesor abandonó su observatorio y bajó a la sala acristalada donde le esperaba su esposa Flora para el desayuno. Ambos comentaban las noticias de la prensa que el mozo de una librería cercana dejaba a diario en el buzón de la casa. El aroma del café humeante se mezclaba con el de la tinta de las hojas del periódico, crujiente de noticias como las capas de un cruasán. Fotos y más fotos de bombardeos, disturbios y barricadas incendiadas, barcazas de inmigrantes, caos y desorden, denuncias y más denuncias entre cónyuges, abusos, juzgados y más juzgados...

—¿Pero hay alguna buena noticia? —se quejaba Jacobo—. Profundas y delicadas razones debían de unir a tanta gente indignada hasta la saciedad para ser capaces de generar tanta violencia —manifestaba el profesor—. ¿Qué quieren? ¿Son razonables sus protestas?

—Este mundo lleva demasiado tiempo incendiado, Jacobo. No solo de manera periódica en la Ciudad de la Luz, también en otras ciudades. Habrá que esperar a que la humanidad reaccione y sea capaz de arreglar este caos. Son deprimentes esas fotos. No las veas.

—A veces, Flora, pienso que de un cielo turbio puede surgir el extraviado sentido de la sensatez, de egoísmos desmesurados que determinan una gran brecha entre las clases sociales.

Flora apuró su café y preparó la medicación a su marido. El profesor

abandonó la cocina y se marchó a su sillón del mirador. Mientras tanto, Flora permaneció unos instantes pensativa, con la mirada perdida... Los primeros segundos fueron decisivos. El control lo derivó con rapidez al triaje, donde le tomaron las constantes. Comprobada la gravedad fue derivado al médico especialista en un acelerado proceso. Después de una angustiosa espera, Jacobo quedó ingresado en la UCI. La pesadilla acababa de comenzar. Flora cerró los ojos. Su aspecto demacrado denotaba abatimiento. Pero había que seguir como fuera. La mujer se levantó y fue a despedirse de su marido con un beso y un cariñoso abrazo. Jacobo parecía ausente. Flora abandonó la casa muy preocupada. Le esperaban todavía varios kilómetros para llegar a su trabajo en el ayuntamiento de la capital de la comarca, donde se ocupaba de Asuntos Sociales. Montañas de expedientes, reclamaciones y solicitudes constituían la razón de una larga jornada laboral.

Flora Luján era una mujer delgada, porte de alta costura y espíritu sobrio, más cerca de la voluta jónica que de la exuberancia churrigueresca. Tampoco era una esfinge de hielo ni una diosa griega. Mostraba siempre la pulcritud de una sonrisa inmediata, pero sin pelos en la lengua, y era enérgica, por eso no soportaba ni la hipocresía ni las medias palabras. En ese aspecto era la antítesis de su marido, más cándido y permisivo. Cuando le presentaban a alguna persona, poseía siempre una intuición a primera vista. Sabía leer intenciones ocultas que los demás eran incapaces de ver, y rara vez se equivocaba. En este sentido, se había convertido en el lazarillo de Jacobo, a veces ingenuo como un cervatillo, demasiado confiado para descifrar *a priori* las zorrerías de sus interlocutores. Con estas premisas, Flora veía el mundo a través de sus particulares prismáticos. Siempre había sido una mujer de gran capacidad resolutiva. Sus dotes de lideresa le empujaron en su época universitaria a figurar en el centro de las revueltas estudiantiles en Bellas Artes, una carrera en la que se matriculó en contra de la voluntad de sus padres, pese a la pasión de estos por el arte. Por entonces, Flora olió también el magro futuro que le esperaba en un país como España, paradójicamente dotado de un valioso patrimonio. Aconsejada sobre todo por su padre, abandonó sus estudios y preparó unas oposiciones a la Administración autonómica. Gracias a su perseverancia aprobó con buena nota, a pesar de que el mundo legislativo no era muy de su agrado. En la medida de lo posible, siempre se

matriculaba en algún curso de dibujo y pintura de la Escuela de Artesanos para calmar su gran vocación.

Jacobo subió de nuevo al estudio a revisar unos apuntes de trabajo. No solía recurrir a la música mientras escribía, salvo algo que le inspirara y a la vez le emocionara. A veces escuchaba a grandes compositores clásicos o bandas sonoras de películas. Se entusiasmaba con la escucha y trataba de aplicar algunos ritmos y armonías al fraseo de sus textos. Cuando se disponía a escribir se exigía silencio, porque escribir es defender la soledad en que se está. Y en esos instantes, Jacobo no podía olvidar las palabras de Pablo d'Ors: «El entrenamiento del escritor es escribir mucho, pero borrar más». Quizá por ello volvía y repasaba el texto una y otra vez tratando de hallar la palabra exacta que encajara dentro del puzle. Buscaba de manera incesante la eufonía, nada fácil de alcanzar, o la imagen y el símil como condensación de significados. Para lograrlo, tal vez recordara el buen hacer del uruguayo Felisberto Hernández, pianista de cartel, en cuyos relatos se aprecia una curiosa armonía. Jacobo admiraba la singularidad metafórica de Umbral, tan lírica y descarnada a la vez, o la asociación inesperada de adjetivos o sustantivos que Muñoz Molina construía en sorprendentes sinestesias. Le emocionaban las sensaciones en la prosa de Laforet. La fascinante capacidad de síntesis de Delibes que con una frase lo decía todo, cuando hay quien necesita tres. Jacobo no buscaba superventas, le confortaba tener sus lectores y al mismo tiempo conceder sentido a la vida. Escribía porque no tenía otra forma de existir a los ojos de los demás, ni a los suyos propios, como manifestaba Theodor Kallifatides.

A cada paso, las imágenes de confusión y alboroto de los medios de comunicación le venían a la cabeza y le impedían seguir. Dejó la estilográfica sobre la mesa, abandonó el papel y se dispuso a mirar por la ventana en ademán pensativo. El cielo se había vuelto gris y el viento sacudía la arboleda provocando una ondulada marea. Un rayo iluminó la estancia. La tormenta estaba servida.

A la hora acostumbrada, el escritor bajaba a recibir a sus fieles amigos para la esperada tertulia. Una vez acomodados en la sala acristalada, con el té y las pastas sobre el mantel de la mesa camilla, los tres comenzaban a romancear sobre asuntos personales, superficiales, pequeñas bromas. Después de un silencio, Jacobo introdujo en la conversación el tema que

le había obsesionado durante todo el día:

—Me han sorprendido las fotos de la prensa sobre los disturbios en algunas ciudades. Muchas son de las reivindicaciones. No sé qué opináis. Si la gente pelea es para evitar las desigualdades sociales, sobre todo entre los estratos más débiles, pero también de las clases medias frente a las élites, grandes beneficiadas de la privatización de muchos servicios.

Gerard le interrumpió bruscamente:

—No confundas la élite únicamente con la clase social privilegiada, burguesa o aristocrática. La élite es una realidad que debe ser mantenida, porque en ella se recluta y forma esa casta o promoción que garantiza la alta cultura.

—¡Guau, Gerard! ¡Vaya altura! ¡Qué bien te ha quedado! A ver qué te parece esto —puntualizó Andreu—: cada clase social genera su propia cultura, pero aun transmitiéndola a través de la educación no siempre es aprovechada por todos. Democratizarla o pretender igualarla es empobrecerla.

—Cómo os gusta fardar. En ese caso —intervino Jacobo—, habría varios tipos de élites.

Andreu y Gerard se miraron incrédulos durante unos momentos.

—Al margen de ello —apuntó Andreu—, el orden mundial tal y como lo conocemos está roto. Las clases medias van menguando.

—No quiero ni pensar en el polvorín de las afueras de grandes ciudades europeas —exclamaba Jacobo—, con tantos problemas de integración multirracial y convivencia. Las soluciones deben llegar con pincel fino, no con brocha gorda. Además, ¿dónde van a vivir los jóvenes y no tan jóvenes sin apenas recursos? No tienen más narices que vivir o malvivir porque las viviendas céntricas cuestan un dineral.

—Por eso a veces se arman tantos saraos —añadió Andreu—. Imagino a un prófugo como Jean Valjean, el de *Los miserables* de Víctor Hugo, en cada esquina de las afueras, cubierto de lodo, huyendo de la policía y resignado ante tanta miseria.

—Bueno, bueno —interrumpió Andreu—, en todos estos altercados siempre hay grupos de una violencia extrema que no benefician al colectivo. Todo un revulsivo capaz de volverse contra ellos por impopular. Jóvenes en busca de gresca convenientemente utilizados. Les importa un rábano el motivo de la protesta. ¡Que se organicen en un partido!

—¿Crees —quiso saber Jacobo— que haciendo el cafre incendiando contenedores y vehículos, arrasando tiendas y armando barricadas puedes pedirles que se organicen políticamente? Ya ves que no. Tenemos casos cercanos y no hace tanto.

—Escucha, Jacobo —tomó la palabra Gerard—, no se puede generalizar en ningún caso. Es evidente la penosa exclusión social en la que vive mucha gente.

—¡Joder, no podéis generalizar! —exclamaba enfurecido Andreu—. Hay mucha peña colgada por ahí que no llega a fin de mes. Pero eso no quita para que haya mucho *espabilao* suelto que encima no da un palo al agua y lo quiere todo.

—Mi hijo Manuel —interrumpió Jacobo— me dice que no hay aburrimiento para quien asume el contexto donde reside. En ciertos lugares de la España vacía, el tiempo no corre y el silencio es parte de la riqueza inusual de una vida capaz de valorar la receta meticulosa de un guiso, la lectura junto a una lumbre o la paciencia del labrador. Como creo que sabéis, Manuel es médico de familia para un grupo de pueblos y aldeas. La gente joven no quiere estos muertos. Pero más pronto que tarde faltarán facultativos en esos lugares por la jubilación de los actuales.

—El aislamiento, quizá, no siente bien a determinadas personas —apuntó Andreu—. Puede volverlas majaretas, donde todos conocen la vida de los demás. Por eso debe haber mucho cotilleo. Bueno, no solo eso. En lugares tan bucólicos y apartados, a veces existen leyendas de hadas y seres fantásticos; unas circunstancias que determinados individuos del lugar pueden aprovechar para sembrar pánico y cometer fechorías de cualquier tipo.

—Bueno, eso son historias —intervino Gerard—, no siempre ocurre.

—Sí, pero en la ciudad cada uno va su bola —apuntó Andreu.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. En el silencio se oía el chisporroteo de la madera de olivo, compacta, pétrea y el mágico repiqueteo de la lluvia en la ventana.

Anochecía y la figura de Jacobo Arriaga permanecía inmóvil, ajeno al aguacero exterior. Las llamas del hogar parecían agitarse en su rostro sudoroso. Se sentó en el sillón para calmar su ansiedad. De pronto se oyó la puerta de la casa. Flora regresaba del trabajo. Después de colgar el abrigo en la percha y cerrar el paraguas, se dirigió al amplio salón y

encontró a su marido adormecido con la cabeza apoyada sobre el sofá mientras sonaban los últimos compases de «Au fond du temple saint» de Bizet en *Les pêcheurs de perles*. Jacobo se sobresaltó al ver a su esposa. Esta le secó el sudor y le dio la medicación que había olvidado tomar.

—¡Otra vez, Jacobo! Te lo tengo dicho, déjate los medicamentos a mano, luego se te olvidan. ¡Ya está bien! ¡Así no vas a recuperarte nunca en la vida!

—No me grites, Flora. Me he quedado dormido. ¿No te das cuenta de que estoy solo? ¿Por qué te metes tanto conmigo? ¡Estoy harto! ¡Me asquea tu autoritarismo!

—¡A mí no me faltes al respeto! —gritó la mujer—. ¡Bastante estoy aguantando, Jacobo, pero yo no tengo la culpa! No sé si es que no me escuchas o te da igual. Te pones imposible y esta situación me está superando. Un día me marcharé de esta casa —dijo sollozando.

Después de la tensa conversación, ambos guardaron un largo silencio. Solo se escuchaba el chapoteo de la lluvia que caía sobre el jardín. Cuando recobraron la calma, Jacobo se dirigió a su esposa:

—No te enfades, mujer. Siento haberme puesto así de violento. Sé que habrás tenido una jornada de trabajo muy dura. Por eso te ruego que tengas paciencia conmigo. Lamento ser tan dependiente. Soy un estorbo, ¿verdad? En ese caso... me quitaré de en medio y problema resuelto.

—¡Pero qué dices! ¡Venga, ya, basta de romances! ¡No digas barbaridades!

—Lo siento, Flora.

De nuevo, un prolongado silencio se apoderó de los dos. Ella estaba nerviosa. No había tenido un buen día. Demasiados asuntos peliagudos habían encrespado el ánimo de esta mujer tan resolutiva. Llegó derrumbada y el panorama que encontró no fue el más adecuado para relajarse. Los médicos vaticinaban que la evolución de su marido sería muy lenta. Flora apoyó la cabeza en el sofá, cerró los ojos e intentó calmarse.

Mientras tanto, Jacobo la miraba con gran congoja y resignación. La sensación de culpabilidad se volvía a apoderar del profesor...

La situación en clase era cada vez más insostenible. Solo la entrada en el

aula le producía un gran malestar. Algún alumno había manipulado la pizarra digital y aquella mañana no funcionaba. No era la primera vez que ocurría y que nadie había sido. Aarón era un chico cuya mirada turbia le producía inquietud. Igualita que la de su padre, un tipo panzudo de malos modales, siempre entorpeciendo el criterio del profesorado, desautorizando no solo su preparación académica, sino también sus principios de autoridad moral. No podía esperarse otra cosa de un individuo de escasa formación y actitudes violentas. Jacobo sospechaba que el muchacho estaba detrás del incidente, como en otras tropelías anteriores, pero era difícil probarlo. Al terminar la clase, expuso el problema al jefe de estudios para que tomara cartas en el asunto. No quería aventurarse a resolver la situación en solitario, a riesgo de enfrentarse una vez más a la actitud desafiante del joven. Aquel día, el profesor no pudo exponer el tema de Lengua que con tanta ilusión llevaba preparado. Otra vez los planes se iban al traste, en esa ocasión por otros motivos. En el fondo confiaba conseguir atraer la atención dispersa de unos alumnos cada vez menos motivados, pero no lo conseguía. Lo digital satisfacía sus caprichos y pasatiempos. Los pocos implicados, empollones, corrían el peligro de ser ridiculizados y acosados a la salida de clase por un grupito de desalmados. Aquello no podía continuar así.

Flora abrió los ojos. Su mirada parecía más relajada y comprensiva. La comunicación volvió a fluir entre ellos, esa vez mucho más distendida. Ambos permanecieron charlando durante un buen rato hasta que, tras una frugal cena, abandonaron el salón rumbo al dormitorio. La lluvia había cesado y el plenilunio brillaba entre nubes nacaradas, lentas, como las notas del *Claro de luna* de Debussy.

---

1 *El cisne de Tuonela* es un poema sinfónico compuesto en 1895 por el finlandés Jean Sibelius. Tuonela es el reino de los muertos o del mundo subterráneo en la mitología finlandesa, similar al Hades en la mitología griega. En ambos casos, el lugar de los muertos antes del Juicio Final.

Una noche en el monte pelado

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Flora se despidió de su marido. Antes de marcharse, Jacobo le suplicó que no regresara tan tarde. Su jornada laboral era muy larga por su excesiva entrega. No todos lo hacían. Ella siempre le respondía que el rigor cuesta, la dejadez no. En el fondo, él estaba de acuerdo. Sabía que la implicación era un valor añadido, no siempre reconocido. El propio escritor lo había sufrido en su profesión, pero uno es el último en darse cuenta, una ceguera difícil de superar. «El mundo funciona —meditaba Jacobo— porque existen personas comprometidas en su trabajo».

Tras estas cuestiones, Jacobo pasó la mayor parte del día en su estudio hilvanando su novela. A media mañana sonó el din-don del timbre. Abrió la puerta y el cartero le hizo firmar la entrega de una carta certificada. De nuevo, había comenzado a llover. Se trataba de una cita del hospital para unas pruebas médicas. La última vez no acudió porque ocultó la notificación a su esposa, pues en su afán de superar esa etapa no quería volver allí. Sentía la necesidad de huir de aquella época de zozobra, pero al mismo tiempo deseaba recobrar el equilibrio mental perdido.

Aarón era un chico que no lo hacía por maldad, sino por necesidad emocional. Era hijo de padres divorciados que mantenían fuertes disputas entre ellos, lo que provocaba un ambiente asfixiante en el que el muchacho no era más que un estorbo. Su padre, un grandullón de aspecto tosco, había pasado por mil empleos y en ninguno de ellos se estableció por carecer de un proyecto coherente de vida. El resto del tiempo se dedicaba al trapicheo de drogas y tontear con jovencitas que llevaba a casa. De este modo, la apatía de sus cortas metas le conducía a trabajos inestables y mal remunerados. La madre, una mujer sin estudios, era limpiadora en varias viviendas del barrio donde sobrevivía a duras penas con su hijo. El poco tiempo libre que le

quedaba lo dedicaba a descansar o a salir con alguna amiga. La situación familiar provocaba en Aarón una continua tensión, de ahí su desbordante agresividad: dos hogares, dos volcanes en constante erupción. La ausencia de afecto atizaba en el joven un vacío desolador, incapaz por sí solo de controlar sus impulsos. Con esta psique tan débil, su salida para ser aceptado era convertirse en cabecilla de la clase; un liderazgo que le concedía el respeto y el reconocimiento de los más conflictivos.

Después de comer, el escritor se encontraba cómodamente instalado en el salón acristalado esperando la llegada de sus amigos tertulianos. Una visita que le hacía sentirse feliz en la montaña rusa de su estado emocional. Al parecer ese día se retrasaban, o eso pensaba él. Quizá fuera a causa del chubasco. Su impaciencia desapareció cuando sonó el timbre de la casa.

Andreu y Gerard tomaron asiento y agradecieron el calor de la lumbre, el día era bastante desapacible. Jacobo recordaba enfurecido el comportamiento de sus alumnos.

—Cada año —exclamaba— muestran menos interés. ¡Hay que joderse! Ya no sé qué inventar para motivarles. Siempre tan pendientes del móvil que ni entregan los trabajos de clase, y el absentismo es preocupante. Lo malo de todo esto es que perjudican a los pocos que muestran interés y encima son objeto de burla. En el fondo, los malos estudiantes, los de corta y pega, resultan ser los que ridiculizan a los frikis. Pero mucho cuidado, porque reírse del empollón de clase encierra un riesgo: el tener que ir a pedirle trabajo dentro de unos años. La pregunta es si queremos o no a los mejores en los puestos de responsabilidad. Porque cuando estos estudiantes mediocres tengan algún problema en la vida exigirán los mejores abogados, los médicos más eficientes o los más rigurosos arquitectos.

A lo largo de la charla, tanto a Andreu como a Gerard les llamó la atención el ímpetu de Jacobo.

—No tengo el mejor día... —anunció. Había sufrido una pesadilla la noche anterior. El profesor atravesaba periodos depresivos y una constante melancolía se apoderaba de su ánimo.

—¿Tú crees que, como ocurre en la enseñanza, hay personal sanitario

desmotivado a causa de su exceso de trabajo? —le preguntó Gerard.

—Por supuesto que hay de todo —respondió Jacobo—. En la medicina existen grandes profesionales, ángeles anónimos que siempre están ahí. Mirad la doctora del departamento que me atendió, Tamar Orelav, era todo un ejemplo de dedicación.

El profesor mostraba síntomas de cansancio. Sus médicos le aconsejaban que olvidara su última etapa en el instituto y todavía no había superado sus secuelas.

Eran las ocho de la tarde cuando Flora llegó a casa empapada por un fuerte aguacero. A esas horas era ya noche cerrada. En la oscuridad violácea, solo se distinguía el débil resplandor de las casas circundantes; la tormenta había interrumpido el suministro de luz. Nada más colgar el abrigo en la percha del recibidor, se dirigió al salón acristalado y encontró a Jacobo durmiendo, sudoroso y murmurando palabras ininteligibles. Intentó reanimarlo, le secó la frente y le susurró unas palabras al oído. El profesor se reanimó al instante. Flora vio a su marido con el rostro descompuesto y una palpable ansiedad. Le dio un beso y lo abrazó susurrándole al oído unas palabras cariñosas.

—Siento causarte tantos problemas, Flora. Ten paciencia conmigo. No me riñas, por favor.

—Lo sé, no te preocupes. Yo también lo estoy pasando mal de verte así. Llego muy cabreada a casa y me altero a la más mínima. Esta noche pasada me has dado un susto de muerte con tu pesadilla. Me has despertado gritando el nombre de ese alumno tuyo. No te sientas culpable. Hiciste lo que tenías que hacer. Hace unos días me llamó Manuel y me dijo que vendrá pronto para estar con nosotros. Te va a venir muy bien su compañía. Así que anímate.

Él esbozó una sonrisa triste. Ella le abrazó transmitiéndole calma. Poco a poco Jacobo iba volviendo a la normalidad. Flora no quería agobiarlo con temas del trabajo. Él bastante tenía ya y ella no podía hacer más. Era una situación muy complicada, tener que regresar a casa y encontrarse con una persona derrumbada anímicamente. ¿A quién le contaba sus problemas laborales? La burocracia administrativa impedía agilizar las ayudas sociales para paliar la situación límite de muchas familias sin recursos. Por otro lado, Jacobo anhelaba burlar aquella vida rutinaria e insípida, a pesar de su confortable casa. Pero ese deseo quedaba todavía

muy lejos. Mientras tanto, Flora contemplaba ensimismada las gotas que resbalaban en el cristal del salón, como en una clepsidra; era su silencioso llanto. Él cerró los ojos y reclinó la cabeza en el sofá. Su frente se convirtió en una pantalla donde se proyectaban hermosos parajes junto al mar, luminosas acuarelas de ilusiones perdidas. Su carrera de escritor quedó truncada inesperadamente; aunque en el fondo albergaba el afán de disfrutarla algún día, así como adentrarse en el mundo del arte que tanto amaba. Confiaba escapar de lo predestinado y cambiar así el rumbo de su vida, porque sentía el impulso de hacerlo.

La pájara pinta

De buena mañana, Jacobo Arriaga contemplaba los cielos amoratados, veteados de tímidos claros. Después de desayunar, ventiló el salón acristalado como todos los días. A continuación, subió a su despacho y se entretuvo revisando el relato en el que trabajaba; un encargo de una conocida editorial conocedora de su trayectoria literaria y del perfil de sus lectores. El profesor se tomaba su tiempo, no había pactado ningún límite para entregar el manuscrito. Gustaba de elegir y encajar la palabra adecuada porque la creatividad no conoce plazos ni ser esclava de ellos. Las ideas, decía a sus tertulianos, hay que madurarlas con reposo. A veces le amargaba escribir por el simple hecho de no llegar siempre a donde quería. Además, su modo de narrar pretendía huir de estructuras excesivamente fílmicas que tanto atraían a los consumidores de novelas. Se detenía en los pequeños detalles, la sencillez de la vida cotidiana, el ruido de una silla, el aroma del café recién hecho, la luz mortecina del atardecer, remotos sueños secretos refugiados en las profundidades de la conciencia, la lírica imperceptible de lo cotidiano. Todo un material minimalista pese a su invisible cercanía. Jacobo recordaba a Chéjov, cuando este aconsejaba a su hermano no inventar sufrimientos que no hubiera experimentado o que se abstuviera de pintar paisajes jamás vistos; aunque en esto último Jacobo discrepaba. Pensaba en *Un descenso al Maëlstrom* y le sorprendía la exactitud con que Allan Poe describió la escenografía de las lúgubres islas Lofoten en el círculo polar, un relato de gran verosimilitud, a pesar de que el autor norteamericano jamás pisó Noruega. Aunque en este sentido, también le asaltaban las dudas. Una sociedad viajera como la actual es mucho más exigente en este tipo de literatura.

El día había amanecido oscuro. Una claridad plomiza inundaba la estancia. Tras unos relámpagos comenzó el aguacero. El profesor encendió la luz del salón. La temperatura descendía y era necesario echar

más leña a la chimenea para lograr un ambiente más acogedor. El din-don del timbre rompió el silencio de la casa. Era el joven de los periódicos. Una huelga de transporte había retrasado el reparto y el matrimonio había desayunado sin las acostumbradas noticias. Al dejar la prensa sobre la mesa, al escritor le llamó la atención el anuncio destacado de una agencia de viajes en el que aparecía un enorme crucero blanco. Una potente imagen con aroma a salitre destacaba en un paradisiaco mar azul. «Hacemos realidad tus sueños», rezaba el pie de la foto. Por asociación de ideas, Jacobo visualizó una imagen televisiva de días atrás que mostraba uno de esos descomunales buques entrando en Venecia. El plano encerraba una terrorífica ilusión óptica en la que un potente crucero parecía precipitarse contra la cúpula de Santa Maria della Salute. Imaginó por un instante a multitud de entusiastas turistas inmortalizándose en sus *selfies* cuando entraban en la ciudad de Tintoretto. Probablemente, debido a su fervor digital, no repararían en el interesante juego de claroscuros de la bella basílica. Ni tan siquiera lo habrían descubierto. Solamente les interesaría el postureo en el famoso lugar. Se preguntaba Jacobo si los enfervorizados turistas conocerían a Gustav von Aschenbach cuando navegaba por esos canales hacia su residencia del Lido. Desde la góndola, el personaje que creara Thomas Mann en *La muerte en Venecia* contemplaría con calma el mármol de los balcones y las deterioradas fachadas de los palacios reflejados en el agua trémula de olor fétido. No es lo mismo visitar una ciudad con libros que sin ellos. Una lectura previa permite confirmar, o no, lo que otros vieron y escribieron; porque sin cultura será difícil armonizar el presente con la historia de un determinado lugar. Jacobo interrumpió la ensoñación y retomó tranquilamente su relato.

A las dos de la tarde, Harald Klausen salía a toda prisa del Museo Canfali[2] para almorzar después de una agotadora mañana en el montaje de la exposición. Su misión como coordinador de la pinacoteca consistía en disponer las salas para albergar los lienzos, algunos de ellos prestados por otros centros de arte. El museo había preparado una interesante muestra sobre pintura tenebrista, a cuya inauguración tenía previsto asistir el ministro de Cultura. Klausen había seleccionado un elenco de artistas representativos con composiciones densas, de extraordinaria gravedad y profundidad sensual, en ocasiones dotada de cierta violencia. Virtuosos con

gran dominio en el tratamiento de la luz, enérgica en el relieve y dramática en la tensión de los personajes. La elección no fue fácil y la disponibilidad de ciertas instituciones para la cesión tampoco. El acontecimiento llevaba de cabeza a los organizadores, y no era para menos, dada la cercanía de la inauguración. Además, la endémica falta de espacio seguía siendo todo un problema.

Klausen había diseñado la exposición dada su condición de asesor del museo, siempre librando una batalla constante por dinamizar la pinacoteca y reclamar mejores servicios. Era un tema recurrente, acrecentado por el desinterés de la Administración local y el menosprecio del Estado hacia una galería de arte de primer orden que se sostenía con unos presupuestos irrisorios, impropios de su indiscutible categoría. Los planteamientos del danés no eran siempre aceptados de buen grado por el acartonado patronato del museo; un órgano cuyos miembros dormitaban en el sopor pseudointelectual de la placidez de sus aposentos, incapaces de reaccionar a cualquier estímulo cultural.

Tras un breve paseo, Klausen llegó a la orilla de la playa y se sentó en una de las terrazas. La mañana era soleada y el mar, una inmóvil lámina azul con alguna pincelada blanca en la lejanía. Siempre acudía al mismo lugar, los arroces del restaurante Casa Tochena tenían prestigio en toda Benidorm, una ciudad sembrada de prismas estilizados, distribuidos sin crear pantallas para que la playa fuera contemplada desde cualquier punto; una manera de esponjar la urbe y favorecer los espacios libres. Mientras tomaba café, Klausen observaba el vaivén de las olas que llegaban desvanecidas a la orilla. Miró el reloj. Debía apresurarse. Todavía le reclamaban en el museo y a las siete de la tarde tenía que estar de vuelta en Calpe, a unos veinticinco kilómetros de allí bordeando la costa. Su esposa, Anouk, le esperaba para una importante reunión con un coleccionista francés. Volvió a consultar la hora. «Todavía tengo tiempo», pensó.

De pronto, el móvil comenzó a sonar insistentemente, interrumpiendo la culminación de la frase. Era Flora que llamaba desde su trabajo. El profesor levantó los ojos de la pantalla, dejó a Harald Klausen mirando el reloj y se apresuró a contestar:

—¿Sí? Dime, Flora, ¿ocurre algo?

—No, tranquilo, nada. Quería saber cómo te encontrabas, Jacobo.

—Bien, no te preocupes. Estoy aquí arriba en el estudio con la novela.

—Como tardabas en contestar he seguido insistiendo. Creía que te sentías mal.

—No, tenía el móvil en silencio. ¡Oh, cómo te lo agradezco!

—Reconozco que a veces soy arisca contigo y créeme que lo siento mucho.

—No lo sientas, Flora. Mis altibajos emocionales pueden enfurecer a cualquiera. Y tú eres demasiado paciente conmigo. ¿Y tú cómo llevas la mañana?

—Con mucho papeleo, Jacobo. Hay asuntos que necesitan una autorización superior, pero esa firma se retrasa. Luego los interesados me presionan. Imagínate la de reclamaciones. Pero no quiero agobiarte con mis problemas. Te he preparado comida. La tienes en la nevera.

—Sí, la he visto. Un guiso que huele muy bien, excelente, como todos los tuyos.

—Bueno, no te interrumpo más. Sigue escribiendo. Nos vemos esta tarde. Un beso, cariño.

—Otro para ti, Flora.

Sin duda, la salsa de pescado estaba riquísima. Las dotes de Flora para la cocina le devolvían el apetito, quizá por ello el profesor no dejó ni rastro. Imposible resistirse a las excelencias culinarias de su esposa. Desde el sillón su mirada recorría la hechizante lluvia otoñal, una melodía monótona, soporífera, procedente del fondo oscuro del jardín, reluciente, de olor penetrante a plantas y tierra mojada. El silencio tiene sus limbos, senderos encantados de puertas clandestinas que conducen a lugares apacibles e insospechados.

El suave din-don sonó en la casa y Jacobo se dirigió al vestíbulo para abrir la puerta. Al entrar, los amigos tertulianos murmuraban sobre la persistente lluvia que azotaba la Vallesa.

—Tengo la humedad metida en los huesos, estoy hasta las narices de tanta agua —se quejaba Gerard—. Estas borrascas son interminables. Supongo que tu chimenea estará preparada hoy con unos buenos troncos de olivo.

—¡A ver si resucitamos! —exclamó Andreu dirigiéndose a Jacobo.

Los invitados notaron con prontitud la calidez del ambiente en contraste con el viento helado y los incesantes relámpagos. Andreu manifestaba su necesidad de viajar. Hacía bastante que no salía de la Vallesa.

—¿Quieres acaso irte de crucero? —apuntó Jacobo—. Hoy viene en la primera plana del periódico *La Región* un anuncio dirigido a esos turistas ansiosos de tocar las piedras y los muros más representativos como si fuesen reliquias milagrosas, con un aire fetichista tal vez. Vamos, estampas infantiles, todo un prodigioso folclore.

—Me imagino ese jaleo de turistas similar al guirigay lírico y bufo de *La pájara pinta* y a ti, Jacobo, que te gusta tanto la música —rio Gerard.

—¡Tienes razón, vaya ocurrencia! Bueno —terció Andreu—, los hay coleccionistas de lugares, tipos que parecen inteligentes, aunque lo único que les importa es presumir ante el círculo de amistades del viaje más lejano y exótico que han hecho.

La conversación languidecía paralela al ocaso en un estridente silencio. Jacobo pareció abstraerse y su memoria viajó a Sevilla en un tranquilo paseo de antaño con Flora a raíz de una conferencia en el Ateneo de la ciudad hispalense. Recordaba la explosión carmesí de las buganvillas que corrían alocadas por la antigua muralla de un callejón del barrio de Santa Cruz, como en un silencio oculto tras un mundo extinguido. En la tarde primaveral, descubrió la frescura de la plaza de Doña Elvira; un entorno recoleto y silente de casitas blancas y ocres con un jardín de naranjos que guardaba el rumor de una fuente. Tentado por la serenidad del lugar, el matrimonio contemplaba desde un banquito de piedra la figura de bronce que emergía de los tejados, desafiante veleta de la imponente catedral visible desde toda la urbe. La jornada fue un incesante descubrimiento de verdes patios secretos y retablos dorados de imponentes templos. El reposado descanso en la umbría del parque de María Luisa proporcionó a la pareja una paz increíble. Al final de la jornada, después de tantos estímulos, el profesor acabó aturdido frente al hotel. En su cabeza estallaba, para colmo, el centelleo delirante de los neones de las tiendas en el cálido anochecer.

Desde el salón se observaba la espesa red de minúsculas ramas oscurecidas por el galopante crespúsculo. En el cielo violeta del chubasco, el último vuelo de unas avecillas. Anochecía en color tinta. Todos habían enmudecido, incluso el anfitrión. Un espeso sopor flotaba en el ambiente, como las tediosas tardes de domingo esperando el fin de la banalidad. Solo se escuchaba el chisporroteo de la lumbre que iluminaba vagamente las paredes de un rojizo vacilante. El profesor se había dormido y en el

ambiente flotaba el compás melancólico de las *Gymnopédies* de Erik Satie.

---

2 Nombre del cerro donde nació el Benidorm actual. Dédalo de callejuelas cuyo trazado ha llegado hasta nuestros días. A ambos lados de esta demarcación se extienden las playas de Llevant y Ponent.

Pedro y el lobo

Jacobo había madrugado más de lo habitual. Solía levantarse pronto, pero ese día era aún más temprano. Como todas las mañanas, se asomaba a la ventana discreta, como esperando la inspiración, el consuelo o la solución a muchas dudas que se esfumaban en la intemperie sin respuesta aparente. De su estilográfica salían personajes sacrificados y entusiastas que anhelaban mundos perfectamente sincronizados con el espíritu del arte y la armonía como único modo de entender la vida. En el desayuno, Flora había planeado con su marido un viaje para disfrutar de otras latitudes más cálidas. Anhelaba descansar en un lugar tranquilo, ni remoto ni exótico.

—No comparto la intención de ciertos compañeros de trabajo que alardean sobre viajes de obligada visita y la mejor época del año para hacerlo. Pequeñoburgueses que se mofan de los que van a destinos vulgares o impersonales, según ellos, claro.

—¿Tú crees, Flora?

—Sí, claro. Seguro que habrán vivido una infancia justita y con esa actitud creen olvidar ciertos episodios de su vida, que, sin caer en la sordidez de otros hogares, esconderán una vida de barriada, de zapatos viejos y abrigos desgastados, de partidos de fútbol junto a tapias ferroviarias y descampados de escombros. Y luego se las dan de gente bien. Ya me entiendes. Tendrían problemas para llegar a fin de mes y pagar el cocido como gran recurso alimenticio. Toda la casa olería a olla exprés y daría la bienvenida a las visitas. Aun así, daba para atender a duras penas los estudios universitarios, con los gastos de libros y apuntes.

—¡Qué difícil es la convivencia entre compañeros de trabajo!

—A mí que no me engañen, Jacobo. Cambiando de tema. Pareces más animado. ¿Me equivoco?

—Sí, un poco mejor. Espero no decaer.

Flora se despidió y Jacobo volvió a la mesa de su estudio para reanudar

su trabajo. Se permitía un crono donde cundía la fecundidad creativa, apenas sin pausas, en un silencio roto por el rasguido de su estilográfica o el suave tecleo en el ordenador. Porque cuando uno tiene que escribir se deja de rituales, si realmente tiene algo que decir.

Cuando Harald Klausen llegó a casa, su esposa atendía al anticuario francés Jean Bélanger. Un cincuentón corpulento, como de acorazado blindado, con un aire enlutecido de reciente viudez, cara bondadosa y ojos pequeños pero inteligentes. Bélanger era un coleccionista riguroso en la autenticidad y calidad de las obras de arte. Si tenía el más leve titubeo, no dudaba en buscar opiniones más expertas que las suyas para no defraudar a sus clientes. El mundo del arte estaba necesitado de una mayor profesionalización, como cualquier otro, defendía el anticuario. Anouk hizo las oportunas presentaciones y Klausen tomó asiento escuchando atento la conversación. El salón donde se encontraban tenía una buena vista sobre el mar, apenas interceptada por unos pinos nacidos al borde del precipicio. Desde la ventana se observaba una caleta, recogida, amable, solamente transitada por los vecinos del lugar. La casa era espaciosa, sobria, de estilo marinero jugando con blancos y azules. En un ángulo había un dibujo de Antonio López y unas flores de María Moreno. Cuando el matrimonio vio la vivienda, no tuvo dudas. Buscaban cambiar de aires y el alquiler tenía un precio asequible. Solo dieron algunos retoques a la decoración con objetos de arte que llevaron consigo.

Acabada la reunión, Klausen y Bélanger se sentaron en la terraza. Anouk sirvió un vermú para cada uno. Los tres hablaban despacio, disfrutando de una temperatura y un paisaje siempre alabados por el anticuario en sus visitas a Calpe. Parecía estar en casa. Le recordaba mucho a la Costa Azul.

Cuando Bélanger se marchó, la pareja brindó por el éxito de su operación. Anouk había conseguido venderle una cómoda del siglo XVIII a un precio muy razonable. Bélanger se había desplazado desde Avignon buscando antigüedades para un perfil de clientes de alto poder adquisitivo, dueños de espléndidas casas rodeadas de jardines y diseminadas en el corazón de la Provenza entre viñedos y campos de lavanda. La mayoría de estos propietarios procedían del mundo del cine, la moda y el diseño, interioristas y compositores dispuestos a invertir elevadas sumas en la decoración de sus mansiones. Por su trabajo, Anouk trataba a diario con todo tipo de compradores. Existía el tipo engreído capaz de pedir el mundo entero,

despreciando al marchante incapaz de satisfacer sus caprichosos y extravagantes criterios. Otros, en cambio, eran personas amabilísimas, de exquisito trato, aunque con las ideas muy claras sobre sus intenciones de compra. Eran expertos, sabían lo que querían y no regateaban esfuerzos.

Dieron las cinco de la tarde en Villa Palatina y Jacobo hizo pasar a sus amigos tertulianos al salón acristalado.

—Vaya vendaval que se ha levantado esta tarde —se quejaba Andreu—. Menos mal que nuestro amigo tiene ambientado este mirador.

Gerard se puso las gafas para comentar una noticia de prensa y al momento se le empañaron los cristales. El bibliotecario leyó un artículo que le habían publicado sobre el esnobismo actual. En muchos casos, se trata de un temor por desentonar, una manera de congraciarse consigo mismos.

—Bueno, Gerard, así hay mucha gente. La semana pasada me encontré con un vecino, más o menos de mi edad, vestía estupendo de la muerte para una carrera de fondo, zapatillas, equipaje, todo muy reglamentario y pijo. ¡Vamos!, a la última moda deportiva. Muy estirado, me preguntó si no corría, que debíamos ser solidarios con el lema del maratón. «¿Y por qué tengo que castigar el cuerpo a estas edades, sobre todo si no tengo costumbre?», le pregunté. Él me contestó con cinismo: «Más deporte y menos latín». Le miré con lástima. «Supongo que no lo sabrás —le dije—, esa frase la pronunció un ministro de Franco, José Solís Ruiz, la sonrisa del régimen, me parece que le llamaban, cuando cuestionaba la inutilidad de estudiar una lengua muerta. La frase levantó en su día mucho revuelo, hasta que un catedrático universitario respondió al citado político que el latín servía de momento para que, a su señoría, que había nacido en Cabra, le llamasen egabrense y no otra cosa». El tipo quedó estupefacto. Le deseé suerte y se despidió con una sonrisa hipócrita.

—Menudo gilipollas —sentenció Jacobo—. Vivimos una época infantilizada, donde campa a sus anchas el narcisismo y la ignorancia incluso se celebra como un mérito. Ese fulano parece sacado de las páginas de un cuento.

—Exacto —apuntó Andreu—. A este hombre le faltaba el pájaro, el gato y el pato para discutir. Como en *Pedro y el lobo*.

—Pues hablando de extravagancias —interviene el bibliotecario—, la del hijo de un amigo mío. Se ha ido a hacer submarinismo a unas cuevas allá

por Mindanao, en Filipinas, con todo su equipamiento, bastante caro, por cierto. Pero la cosa no termina ahí, porque otros amigos de la pandilla se han ido a practicar *puenting* en un viaducto de los Pirineos. Y otros, no te lo pierdas, a surfear a Nazaré, donde hay unas olas de espanto. Pero es que no paran, ¡por Dios!

—Me parece —interviene Jacobo— que eso es una manera de escapar de sí mismos. Lo dice el filósofo Jorge Freire: «Engañosa es la búsqueda de placer que acometen los individuos agitados, porque no son pocos los psicólogos que ven en el hedonismo a corto plazo una especie de perverso genio de la lámpara». Es el mal de la impaciencia, una incesante manía, por decirlo con Freire. No se trata de hacer muchas cosas, sino aquellas que valgan la pena.

Mientras los tertulianos seguían hablando entre ellos, Jacobo se sorprendió al escuchar el cierre suave de la puerta de casa. Era Manuel. Con paso decidido apareció en el salón acristalado. Permaneció de pie unos momentos en el umbral de la puerta mirando sonriente a su padre. Jacobo se levantó con cierta dificultad y ambos se fundieron en un abrazo.

—¡Qué alegría verte, hijo!

—Yo también tenía muchas ganas, papá. Oye, escuché voces al entrar, como si estuvieras hablando con alguien, ¿no?

—No, no hablaba con nadie. Cosas mías.

—Bueno, siéntate, papá. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor, pero ando todavía muy desanimado, Manuel.

—Venga, no me cuentes historias. Yo te veo con mejor aspecto, de verdad.

—Eso quisiera yo. Recuperar toda mi energía.

—Y lo harás, no te preocupes. Ya te dijeron los médicos que el proceso sería costoso. Pero aquí estoy yo para animarte. Tienes que salir y distraerte. Hazlo con calma, disfrutando del paisaje. Te vendrá bien, ya lo verás. —Manuel miró el reloj durante unos instantes—. Mamá está trabajando todavía, ¿no?

—Sí, hijo. Llega a veces muy tarde. Ya sabes cómo es ella.

—Lo sé. Y el trabajo no da tregua. Cuéntame. Me ha dicho mamá que has retomado la escritura. ¿Qué escribes?

Manuel se sentó junto a su padre, le rodeó el hombro con el brazo en un gesto cariñoso y ambos comenzaron a conversar sobre lo que Jacobo

estaba escribiendo.

Anouk no aflojaba su ritmo de trabajo. Mujer de porte elegante, dinámica y lozana, a pesar de su madurez —rondaba los sesenta—, ultimaba un par de acuarelas para organizar la tercera exposición en su galería, un pequeño recinto dentro de la casa donde exponía algunas antigüedades, poca cosa. Trabajaba en dos obras que plasmaban la esencia del paisaje de Calpe: vistas marítimas y calas salpicadas de villas y chalés, cuya blancura emergía entre la frondosidad de los pinos mediterráneos. Anouk iba ganándose a pulso un cierto renombre en el mundillo del arte. Su estilo imprimía una luz de ensueño, donde realidad y fantasía ajustaban un misterioso pacto. Alguna tarde, pero sobre todo los fines de semana, cargaba con el caballete y las pinturas buscando encuadres. Junto a su casa nacía un camino forestal que serpenteaba por la costa entre Calpe y Moraira. Marchaba sola, aunque a veces le acompañaba Harald cuando sus ocupaciones se lo permitían. En el sendero, Anouk se encontraba con transeúntes que paseaban plácidamente contemplando el mar en las mañanas soleadas. Todo un privilegio.

Sin planearlo, de un golpe de vista surgía la instantánea perfecta. En ese momento, la acuarelista plantaba sus bártulos de trabajo en uno de los miradores forestales, entre sol y sombra. Al fondo de la sinuosa bahía se distinguía entre tenues brumas la abrupta punta del peñón de Ifach; una majestuosa y desafiante masa calcárea que se adentraba en el mar, jubilosa y atractiva durante las mañanas, misteriosa y confusa en la neblina crepuscular.

Marcha burlesca

Como era festivo, Flora Luján salió por la tarde con su marido a dar un paseo por el bosque, mientras que Manuel aprovechó para visitar a unos amigos. La Vallesa era un paraje apacible de plantas aromáticas y espesa arboleda de pinos. El profesor pensó que su hijo tenía razón; caminar y respirar aire puro sería saludable para compensar tanto misticismo en aquella isla de serenidad que era Villa Palatina. El matrimonio tomó la vereda que bordeaba la vía del ferrocarril, atravesaron un puente y accedieron a un altozano junto a un yacimiento de restos arqueológicos. Las arboledas, quietas, acusaban a veces la ausencia de viento en un silencio verde de pauta sinfónica. Desde allí se observaban algunos barrancos sombríos dotados de una apacible belleza, llenos de légamo por las recientes lluvias. Descansaron allí durante un buen rato contemplando el paisaje. El sol, tibio y dorado, todavía estaba alto y la vuelta no les llevaría más de treinta minutos, por tanto, se sentaron a charlar sosegadamente.

—Me alegra verte así, Flora. Necesitas descanso. Y ahora te encuentro relajada disfrutando de este privilegiado mirador.

Después de las lluvias pasadas, la visibilidad era excelente. A la derecha, la sierra de la Calderona, una especie de diosa en la región, aula agreste y patria de excursionistas, inspiración de escritores y poetas, así como lugar predilecto antaño de salteadores de caminos, veredas y barrancos, naturaleza en bruto.

—Deberíamos venir a este lugar más veces, ¿no crees? Parece que el tiempo se haya detenido. O tal vez queramos alargarlo, como gritaba Fausto seducido por Mefistófeles: «¡Detente, instante! Eres tan hermoso... ¡Tiempo! Si una sola vez llego a decirte: "¡Qué hermoso eres, no te vayas, permanece siempre a mi lado!"».

—¡Qué profundo y lírico te has puesto! —Sonrió Flora.

Tras una pausa, como si ambos hubieran saboreado con intensidad la

perpetuidad del instante, Jacobo prosiguió:

—La última vez que estuvimos sentados en esta roca fue en una excursión con Eusebio Semper y Ernestina, su mujer.

—Aquel día que les invitamos a comer a casa —añadió ella.

—Por cierto, Flora, ahora que los nombras, hace tiempo que no sabemos nada de ellos.

—No te preocupes, Eusebio estará muy ocupado, como siempre.

—Sí, debe de estarlo, porque durante mi convalecencia, y ha sido larga, no ha dado señales de vida, ni una llamada, ni una visita. Cuando él sufrió el infarto, ¿te acuerdas?, me volqué con él. Incluso estuve una tarde entera en la habitación del hospital.

—Tienes razón, Jacobo, pero nunca esperes a que te devuelvan ningún favor. Actuaste según tu conciencia y ahí queda todo. Observa que Eusebio se ha portado igual que algunos amigos nuestros que, por circunstancias, han ido desapareciendo sin que sepamos muy bien los motivos.

—Se asemejan a los personajes barojianos que aparecen y desaparecen. ¿No, crees?

—A tanto no llego —sonrió la mujer—. Eso tú lo debes saber mejor que yo.

—A veces van sucediendo cosas en tu vida sin explicación alguna. Las novelas de Baroja tienen un poco de anarquismo, como de paseante, carecen de pautas clásicas y acaban donde quiere el autor. Y a estos amigos les sucede igual, pasan y se van. Han preferido hacer su vida y sus circunstancias son otras. ¿Amistades de una época?

—Suena mal, pero es así. Eusebio Semper tomó un rumbo distinto, empezó a relacionarse con otro tipo de gente en su nuevo trabajo y dejó de interesarse por nosotros, a pesar de nuestras llamadas. Optó por el trato escueto primero y luego un inexplicable mutismo.

—Fíjate, Flora, y yo pensaba que era una amistad sólida.

—No me hagas reír, Jacobo. ¡Siempre tan ingenuo! Hay pocas amistades leales. Los dos fuisteis profesores, compañeros de trabajo. Eusebio ya no se acuerda del capote que le echaste en aquel complicado claustro de profesores. Tampoco de las veces que le sacaste del atolladero con la informática, cuando siempre recurría a ti. Y ahora ni siquiera se ha interesado por tu percance al enterarse por un amigo en común.

—De su esposa Ernestina tampoco sabemos nada.

—¡Ay, Jacobo!, mentalízate. Hay gente que nunca está disponible. En la era de la comunicación, cunde la incomunicación, parece una paradoja, pero es así. Se evitan las llamadas, quizá porque al interlocutor no le interesa dar explicaciones sobre su vida. Cada uno va a su bola y ya está. Te guste o no, son los tiempos que vivimos. Tienen sus problemas, sus hijos y ya está. No le des vueltas.

—Javo Espínola y Luismi Aguirre eran los únicos con los que teníamos una relación de amistad más estable. ¿Qué será de ellos, Flora?

—¿Te acuerdas, Jacobo, cuando los conocimos en el Casino de Agricultura de Valencia en la conferencia de Caro Baroja? Ahora que lo pienso fue gracioso, aunque a partir de aquel incidente tan tonto comenzó una gran amistad. Yo conocía a Caty por ser amiga de mi prima Gisela. En la cafetería del Casino, justo en el aperitivo al finalizar el acto, mi prima me presentó a Caty y a Javo, recién casados entonces. En ese momento, allí de pie hablando, alguien me dio un codazo y la croqueta voló de mi mano al escote de Caty. Resultó cómico, pero menudo apuro. Le ensucié el vestido y tuve que prestarle mi estola para disimular la mancha. Ella no quería, pero insistí. Le encantó cómo le quedaba y se compró otra muy similar. Del pequeño estropicio nació una buena amistad. Ellos nos presentaron poco tiempo después a Luismi Aguirre y a su mujer Cloti Haya.

»Pero ahora olvídalos a todos. Estás centrado en lo que te gusta, tu actividad te satisface y pronto estarás recuperado. Reanudarás tu agenda literaria y entrarás en un tiempo nuevo. Además, piensa en todo lo que vas consiguiendo. Precisamente, la libertad humana se reafirma frente a toda determinación del tipo que sea a pesar de los presagios, y a ti, Jacobo, te acompañaron durante mucho tiempo. Presagios que no se han cumplido porque nunca te dejaste llevar por un supuesto destino. Has sido capaz de fabricar otro diferente.

Las palabras de Flora le dejaron en silencio. Jacobo bajó la mirada asimilando los razonamientos de su esposa. Aquel altozano le había hecho recapacitar sobre muchos aspectos de su existencia. Un sol anaranjado menguaba en lontananza sobre las montañas azules, casi oscurecidas por el contraluz. Pronto anochecería. Ambos emprendieron la vuelta bajo el frondoso túnel de pinos, cuyas cabezas se nublaban más arriba

envolviéndolos en una suerte de galería gótica.

Al llegar a casa, mientras Flora preparaba la cena, Jacobo revolvía unos papeles en su estudio, siempre tan metódico, archivando notas de su puño y letra, así como carpetas de recortes de periódicos. Atesoraba un amplio y variado archivo. De ahí el rigor de sus escritos, siempre contrastados con buenas fuentes informativas, libros, prospectos, trípticos... ¿Para qué guardaría una encuesta del Ayuntamiento a la ciudadanía de hacía un montón de años sobre un proyecto de jardinería trascendental para la ciudad? Estaba convencido de que le sacaría provecho. Antes de cenar, Jacobo prosiguió con su novela. Debía describir la escena que bullía en su cabeza, no deseaba que se esfumara.

El provecho de su trabajo brilló la tarde de la inauguración. La sala de exposiciones estaba repleta de amigos y curiosos. No cabía un alfiler. Entre ellos profesionales del mercado del arte, nombres indispensables como los de Hipólito Venzetti, Hugo Clarín, Victoria Zubieta, Adolfo Morelli y, por supuesto, el anticuario Jean Bélanger, que por sus frecuentes viajes a la tienda de Anouk había forjado cierta amistad con la pintora y su marido. Al evento habían acudido también los dos hijos de Harald y Anouk, Rubén y Ninette.

Rubén Klausen había nacido para su profesión, la abogacía, además, heredó el verbo de su padre y las habilidades sociales de su madre. No solo la preparación del joven era sólida, sino también su olfato detectivesco, capaz de desmontar al adversario más sagaz. Su espíritu aventurero y romántico le empujó desde joven a buscar trabajo lejos de casa. Era de los que sentían pasión por lo rural y lo remoto, mucho más auténtico —decía él — que la vida urbanita. Cosas de juventud. Quizá buscaba una arcadia feliz entre montañas, fiel a los ideales del Movimiento Ecologista Hortus Hesperidum en el que militaba desde los veinte años. Cuando finalizó sus estudios universitarios, buscó establecerse lejos del hogar paterno. Por aquel entonces supo de ayuntamientos y diputaciones que fomentaban la estancia en pueblos apartados para frenar la despoblación. Estudió varias ofertas y eligió la del consistorio de Brihuega, un municipio de la Alcarria en la vega del río Tajuña. Se ofrecía casa gratis para desempeñar la actividad, además del deber de atender a los núcleos de población más cercanos. Sin pensarlo dos veces, se estableció allí.

Poco a poco el trabajo fue afianzándose, resolvía casos a una clientela

sencilla, pero también a grandes propietarios de tierras, les evitaba el desplazamiento a la capital de provincia o a otras poblaciones más cercanas. En pocos meses su buen hacer tuvo eco y comenzaron a llegarle consultas y solicitudes desde Azuqueca de Henares, Soria y Guadalajara. Al principio la lentitud de internet no constituía un gran problema. Pero a medida que el trabajo se multiplicaba, la red clientelar exigía mayor rapidez en la tramitación de sus asuntos, algo que no dependía exclusivamente del joven abogado, sino del atraso tecnológico de la zona. Una rémora tanto para el despacho de Rubén como para el resto de incipientes negocios de la comarca. Al final, el muchacho optó por establecerse en la capital de la provincia. Para entonces el bufete se había consolidado arrastrando a los clientes hacia el nuevo emplazamiento. Así, en Guadalajara el despacho disponía de una agilidad paralela a la demanda de servicios. De esta manera tuvo que contratar a un becario y a una experimentada y elegante abogada que actuaba de oficial. Irene, que así se llamaba, quedó fascinada por este locuaz abogado de buen aspecto, bronceado y prometedor. Acabó convirtiéndose en su esposa cuando, años más tarde, lograron establecerse en el sur de Madrid; en un barrio que atrajo litigios a causa de los numerosos problemas sociales: tráfico de drogas, desahucios, divorcios, violencia de género, inmigración… todo un rosario de casos que absorbían la capacidad del despacho, casi al borde del colapso. Rubén e Irene no solo hicieron planes de boda, también buscaban la manera de instalarse en una mejor demarcación. Su hartazgo había rebasado el límite de lo soportable debido a los lamentables altercados de las partes en disputa. Una clientela conflictiva, capaz de irrumpir en el bufete y amenazar a la otra parte en conflicto con armas blancas o similares. Los vecinos del edificio denunciaron los cada vez más sonados escándalos que se libraban en escaleras y ascensores. La policía tuvo que intervenir en muchos casos para evitar males mayores.

La gran ocasión llegó con una llamada de Álvaro Zunzunegui, un experimentado letrado en grandes operaciones que necesitaba las ya conocidas habilidades de Rubén. Zunzunegui Abogados buscaba un socio para abordar ciertos asuntos de relevancia. Por entonces, el nombre de Rubén Klausen era ya un referente en el mundo de la abogacía debido a la resolución de pleitos de cierto calado, más allá del mero asesoramiento de servicios jurídicos. Por tanto, el despacho de la elegante calle de Almagro,

en el distrito de Chamberí, halló la clave para su consolidación agregando la red clientelar de Rubén. Así nació Zunzunegui & Klausen, un bufete de reputada profesionalidad a la altura de los más prestigiosos de Madrid.

Ninette, siguiendo los pasos artísticos de su madre, ganó la oposición de conservadora del Museo de la basílica de Santa María de Elche. Su capacidad para las manualidades y la familiaridad con los pinceles, láminas, caballetes y demás utensilios tan habituales desde muy pequeña encauzaron su profesión futura, siempre vinculada al mundo del arte y a la restauración. Con la sencillez de su melena negra recogida en una coleta, pasaba horas y horas ante una tela deteriorada tratándola con delicada escrupulosidad.

A veces, el trabajo era arduo, sobre todo si los desperfectos eran cuantiosos. En cierta ocasión, recibió la felicitación del director del museo y el reconocimiento de la Facultad de Bellas Artes al recuperar para la pinacoteca una valiosa pintura muy dañada por la devastación de 1936. No resulta fácil recuperar un óleo quemado y almacenado durante años en la oscuridad y el abandono más cruel. Se trataba de una pintura barroca de autor anónimo, probablemente de la Escuela de Ribera, que se encontraba en un recinto contiguo a la sacristía de Santa María de la capital ilicitana. La escena consistía en un martirio, probablemente de san Andrés, por similitud con otro del pintor de Xàtiva. Una tela tenebrista, quizá con un cromatismo más atenuado que el de otros grandes maestros europeos de la época. Las manos, algunos rasgos del rostro y la túnica adquirían un brillo mirífico de santidad. Según una documentación hallada en el archivo del templo, la pintura fue donada a la iglesia por un coleccionista de Cremona, en Italia, ciudad donde Ribera se estableció durante un tiempo antes de pasar por Milán y Parma para después terminar en Roma. La pintura quedó muy dañada a causa del saqueo de la guerra civil. Al parecer algún feligrés la recuperó y la ocultó en su casa, aunque no todas las obras de arte salvadas fueron devueltas a su emplazamiento original. Incluso en la actualidad muchas de ellas permanecen extraviadas. Finalizada la contienda, el benefactor la entregó a la iglesia de Santa María, aunque en un penoso estado. Debido a la falta de medios para recuperarla, la tela fue almacenada, hasta que un estudioso de Bellas Artes, siguiendo el rastro de esta obra, la descubrió ante el cabildo. El trabajo de Ninette resultó muy completo y el *Martirio de san Andrés,* como se catalogó, fue custodiado en el museo. El camino no fue fácil, pues moverse en estos entornos cuesta

tanto como hacerlo en una ciénaga burocrática. Todo un desafío incluso para un experimentado especialista. La muchacha se rodeó de un magnífico equipo que dio con el verdadero autor, José de Ribera. La compleja restauración fue todo un éxito.

El acto se inició con unas breves palabras de Anouk Lemoine. Una sentida y emocionada alocución en la que resaltó el valor de la pintura como una de las expresiones artísticas más antiguas de la humanidad para enlazar después con la estética de sus acuarelas. La artista agradeció la asistencia a todos los presentes y a partir de ese momento los invitados comenzaron a desfilar con curiosidad ante los cuadros allí expuestos. Jean Bélanger se acercó a Anouk con una copa en la mano. Ambos brindaron con un cava Spectrum y el anticuario aprovechó la ocasión para vaticinarle su participación en la Exposición de Arte Contemporáneo que preparaba el Centro Plumbaria, cuyo nombre evocaba a la primitiva denominación de la isla de Benidorm.

—No lo tengo muy claro —respondió la pintora—. Hay demasiados artistas mediáticos que van a disputarme la participación en esa bienal.

—¿De verdad lo cree así, Anouk?

—Sí, claro, amigo Bélanger, estoy convencida de ello. Ya lo verá.

—Pero, Anouk —sostuvo el anticuario—, usted tiene muchas posibilidades, sus acuarelas son muy buenas.

—¿De verdad, Jean, cree usted que el mundo de la creatividad, sea cual sea, se mueve siempre por criterios de calidad?

La pregunta dejó sin respuesta a su interlocutor. No la esperaba. Su mirada quedó suspendida en el aire y a continuación rozó su copa con la de Anouk simulando otro brindis. La acuarelista siguió atendiendo a los pocos invitados que permanecían en la sala. El anticuario siguió de pie con la copa en la mano, distraído mirando la ventana, quizá hipnotizado por el monótono parpadeo verde de una cercana farmacia. Un inesperado aguacero sorprendió a los asistentes que, atrapados en la sala, aguardaron el cese del chubasco. Un cielo plomizo convertía la tarde en una inesperada noche.

Anochecía cuando Jacobo interrumpió su trabajo. Trazó unas letras en su libreta y abandonó el teclado, la historia quedó detenida en la blancura digital. Como de costumbre, el matrimonio se disponía a cenar a las ocho en el salón del mirador, esa vez los acompañaba Manuel. A esas horas

Jacobo solía encender las luces del jardín. Se detuvo un momento de pie contemplando la marejada verdinegra azotada por un viento crepuscular. La madreselva agarrada a los muros de la valla levantaba sus tallos por el ímpetu del vendaval. Tampoco se libraban los nenúfares que danzaban en la alberca al compás de las ondas del agua. Del fresno se habían desprendido unas ramas secas y estaban dando vueltas por el jardín sin saber dónde detenerse. De repente sonó el teléfono en la otra punta de la casa. Flora se levantó y descolgó el auricular. El viento seguía arreciando, aunque el sólido acristalado convertía la estancia en un ámbito hermético.

—¿Quién era? —preguntó Manuel.

—Era una llamada del hospital —contestó Flora.

— ¿A estas horas? ¿Qué ocurre? —preguntó el profesor con cara de asombro a su esposa.

—Nada, no te preocupes. Le había dicho a Mamen, la chica de recepción, que nos recordara la fecha de tu cita médica. Es mañana, a las nueve en punto. Te acompañará Manuel. —Jacobo torció el gesto—. Es necesario, cariño —prosiguió Flora—, debes asumir estas revisiones para controlar la evolución de tu salud. No te preocupes. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Venga, papá, no tengas miedo. Todo irá perfecto —dijo Manuel en tono afectuoso.

—No sabes, hijo, lo que estoy pasando. Menos mal que estás aquí con nosotros. ¡Créeme! Estoy harto de tantas pruebas y de historiales médicos.

Manuel se agarró a su padre y ambos se fundieron en un largo y cálido abrazo. A continuación, el profesor, resignado, bajó la cabeza tomando en silencio el brazo de su esposa para sentarse a cenar. En la duermevela, Jacobo dio rienda suelta a su imaginación. Estaba atrapado en el hilo de su relato.

Bolero

De buena mañana, Anouk Lemoine salió en su coche hacia Benidorm. El día era luminoso y el sol espejeaba en el agua. Desde la sinuosa ruta, los pinos permitían la visión de retazos marítimos entre las villas y los precipicios. A lo lejos, las brumas cubrían la cima del majestuoso Ifach.

Eran las diez cuando la acuarelista entraba en Ulisses & Christian's, la más importante casa de subastas de Benidorm. Una vez dentro de la sala, se sentó en las primeras filas abriendo el catálogo y echó de nuevo un vistazo a las obras expuestas. Anouk solía acudir a esos actos por si encontraba alguna pieza asequible, pero sobre todo porque era una buena ocasión para admirar verdaderas joyas artísticas, no solo pictóricas, sino también mueble antiguo, orfebrería y, rara vez, escultura. Allí se encontró con Jean Bélanger, asiduo a esas sesiones. En realidad, el anticuario francés repartía su tiempo entre Avignon y Benidorm principalmente, donde tenía un buen mercado para su trabajo. Acaudalados residentes franceses y alemanes, dueños de villas y palacetes de ensueño, requerían a menudo al experto para la decoración de sus estilosos hogares. En ocasiones se desplazaba también a otros puntos del país. A la salida ambos se saludaron.

—¿Ha encontrado algún objeto que le acomodara? —preguntó Bélanger.

—Me han interesado varias piezas, especialmente este lienzo barroco de la Virgen con el Niño, dijo la acuarelista señalando el catálogo. Aunque está todo a precios elevadísimos.

—Por cierto, he averiguado, Anouk, que un tal Gustavo Morel, sobrino de Gonzalo Utrera de Monterreal, un diplomático español, cónsul en Cracovia en los cincuenta, está vendiendo por dificultades económicas parte de la colección de arte heredada de su tío; un valioso tesoro que reunió durante su estancia en tierras polacas. Si lo desea puedo acompañarla. Quizá haya algo que le pueda interesar, incluido el precio, claro —sonrió Bélanger.

A la acuarelista le pareció una buena idea y tomó nota.

A los pocos días, Anouk y Harald acudieron al domicilio de Gustavo

Morel, un piso de grandes dimensiones situado en la Gran Vía de Alicante. Ambos se presentaron con una tarjeta de recomendación de Jean Bélanger. Morel les recibió con un trato exquisito y les mostró a continuación su variada colección. Un conjunto de monedas y alguna que otra figura incompleta, de piedra, procedente de excavaciones, además de muebles antiguos, bronces, cerámicas y una amplia muestra de pintura de diversas épocas. De entre todas las obras, había un óleo que llamó poderosamente la atención de Anouk. No paraba de observarlo. Una pintura medieval de autor anónimo en un penoso estado de conservación. A pesar de los numerosos desperfectos, la acuarelista se encaprichó de la pieza de manera obsesiva. Harald hizo una mueca de desaprobación por el elevado precio, pero dejó la gestión en manos de su esposa. Al final, tras muchos regateos, su creciente obcecación triunfó y adquirió el óleo por treinta mil euros. «Créame, es un precio muy asequible, un regalo», no cesaba de repetir Morel. La ficha de la pintura no aportaba ningún dato significativo sobre su origen ni tampoco de la autoría. Anouk efectuó el pago digitalmente y el sobrino del cónsul le entregó el justificante de la compra. Una vez envuelto y protegido para su transporte, un empleado les ayudó a instalarla cuidadosamente en el automóvil.

Al llegar a casa, el óleo fue examinado por Ninette.

—Parece una pieza interesante —sentenció la joven—, aunque va a necesitar un delicado proceso de restauración, pues a simple vista el barniz está amarillento y presenta abundantes craqueladuras[3]. Todo un peligro para el desprendimiento de la pintura.

El óleo sobre tabla representaba una Anunciación. Dadas sus dimensiones y configuración, debía de tratarse de una predela[4] procedente de un retablo perdido, como tantas obras de arte desgajadas del lugar para el que fueron creadas. Como la joven era experta en estos trabajos y al ser una pieza de arte de sus padres, mostró especial ilusión en devolverle el lustre perdido. Así, en sus horas libres, Ninette estudiaba la intervención de la tela, muy oscurecida a causa del deterioro. Presentaba una policromía alterada, zonas blanquecinas y diversas manchas. Como paso previo aplicó una limpieza con el fin de eliminar sedimentos, principalmente de polvo y hollín. Después utilizaría de manera minuciosa los pinceles para consolidar las zonas más dañadas del lienzo. El estudio donde trabajaba la chica era la estancia más luminosa de la casa. Allí, rodeada de caballetes, acuarelas y

demás utensilios de su madre, comenzó la incierta aventura de dignificar una obra aparentemente difícil de recuperar, además, de un artista anónimo.

Después de la comida, Jacobo y Manuel compartieron una agradable sobremesa. Al escritor le interesaba conocer de cerca la problemática de la medicina rural en aquellos remotos parajes. Estuvieron charlando durante un buen rato hasta que a Jacobo le venció un ligero sopor y se quedó dormido. Manuel aprovechó y subió a la habitación para efectuar varias llamadas telefónicas a sus pacientes.

Cuando el profesor se despertó, eran las cinco de la tarde, buen momento para recibir a sus amigos tertulianos. Al entrar en el salón acristalado agradecieron la buena temperatura del ambiente.

—¡Hay buena lumbre hoy! —exclamó Gerard.

—Cierto —respondió el anfitrión—, arden intensamente tres imponentes troncos de olivo.

Sobre la mesa camilla, Jacobo sirvió, como de costumbre, el té y el plato de pastas. Andreu tomó una galletita y señaló con el dedo los cuadros del salón.

—¡Vaya óleos! ¡No pasan desapercibidos!

—Aquel me encanta —anunció Gerard—. Es una pintura de Cecilio Pla. —El cuadro representaba una escena de playa con unos niños jugando en la arena y otros contemplando las olas en la orilla—. Una auténtica maravilla, un auténtico artista captando la luz mediterránea.

—Bueno, y el de Barceló —intervino Andreu—. Me cautiva. Vaya diferencia con el arte moderno de las bienales actuales.

—Pero alguien tendrá que decidir lo que es válido de lo que no lo es, ¿no te parece? —apuntó Jacobo.

—Entonces —terció Gerard—, ¿de quién nos fiamos? ¿De los grandes coleccionistas? ¿De los galeristas?

—Debemos confiar en los buenos expertos, historiadores e investigadores de los museos y desde luego en los galeristas. Los hay muy buenos profesionales. Creo que el arte moderno, en muchos casos, es pura especulación y una excusa para un acto social que llene las salas en las inauguraciones. Existe mucho intruso, cuando la honestidad es lo que importa —argumentó Jacobo.

—Hay muchas personas que se sienten artistas y en realidad no lo son —añadió Andreu—, porque, señores, ¿existe algún filtro para decidir si la

exposición de un retrete es o no arte? ¿O tal vez debamos esperar al menos cincuenta años para saber si al osado autor debemos considerarlo un artista? ¿No te fastidia?

—Tienes razón, Andreu —sentenció Gerard—, pero te advierto que en ocasiones se producen ocurrencias mentales brillantes, aunque creo que no deberían ser tratadas como un objeto artístico. Tal vez pueden inspirar alguna teoría filosófica, vete tú a saber. Quizá no haya que esperar tantos años para desmontar todo el disparate que vemos. Lo malo de esto es que determinado arte moderno logra imponerse sobre el criterio de gente poco instruida, que busca en la obra algo que no existe y encima calla por miedo a recibir una contundente respuesta de un pseudointelectual.

La oscuridad iba ganando la estancia, ya solo iluminada por la lumbre. Desde la cabina, un atónito Jacobo presenciaba la velocidad de la enloquecida locomotora que cambiaba constantemente de raíles hacia un rumbo desconocido. Los parpadeos del tablero de control desfallecían ante las potentes redes moradas que iluminaban un cielo sombrío en un eterno diluvio. El aguacero alumbraba la complicada red de vías sin que la desbocada velocidad de aquel tren disminuyera, pese a los esfuerzos de un Jacobo incapaz de conseguirlo, incluso desconocía quién estaba al frente de su conducción. No distinguía a nadie, solo figuras borrosas, irreconocibles, mudas, impotentes para controlar aquel convoy lanzado hacia un abismal agujero negro. De repente sintió frío, la fuerte lluvia no cesaba. Intentaba cubrirse, pero no podía. Su brazo izquierdo quedaba al descubierto atado a unos cables. Incapaz de moverse, solicitó ayuda; pero fue en vano. Nadie le oía. Su mirada seguía recorriendo el complicado laberinto de raíles cuyos constantes traqueteos y vaivenes se convirtieron en un ostinato obsesivo y terminaron por aturdirle en un *crescendo* estruendoso, desfalleciendo en la tiniebla de la interminable travesía.

Bruno era un chico inteligente y trabajador. Había hecho buenas migas con Borja, Fernando, Adrián, Victoria y Maite, todos ellos brillantes y con un futuro estudiantil prometedor. Juntos habían formado una piña por sus afinidades, pero también para resistir la presión del cabecilla Aarón y sus

seguidores, unos macarras, consumidores de sustancias y algunos con trastornos de personalidad. A Bruno se la tenían jurada por salir en defensa del profesor cuando este prohibió por enésima vez el uso de los móviles en clase. Ante las continuas interrupciones, cierto día Bruno se levantó y mandó callar a Aarón y sus amigos. Jacobo intervino y lo único que consiguió fueron insultos: «viejo, asqueroso, cabrón, vete a tu casa de una puta vez». Los seguidores de Aarón empezaron a jalearle para que siguiera con los insultos hasta que, de nuevo, Bruno actuó y le obligó a sentarse. Sus valientes secuaces se acobardaron como gallinas. Aarón se sintió humillado y urdió un plan de revancha tramado con Chloe, Lucas, Mateo, Enzo y Leire, lo peor de la clase. Enzo sufría brotes violentos. Estaba casi siempre aislado de sus compañeros. Cuando sufría estos episodios se envalentonaba con Aarón y ambos podían ser muy peligrosos.

Mientras dormía, Jacobo parecía intranquilo, incluso balbuceaba algunas palabras. Manuel, una vez finalizó su llamada telefónica al centro de salud, se sentó con su portátil junto a su padre en actitud vigilante. De repente, Jacobo comenzó a agitarse en el sillón con síntomas de incomodidad y un grito inesperado salió de su garganta. Manuel saltó de la silla y se acercó para tratar de calmarlo.

—Papá, papá, ¿qué te ocurre? Estoy aquí, soy Manuel, despierta.

Manuel le secaba el sudor con un pañuelo húmedo para bajarle la tensión que acumulaba. Entretanto, Flora volvió del trabajo y encontró en el salón acristalado a su marido desvanecido, con la cabeza ladeada y auxiliado por su hijo que intentaba reanimarle.

—Despacio, despacio —parecía decir—, que paren este tren, estoy mareado —farfullaba el profesor con un débil hilo de voz.

Flora le volvió a secar el sudor. Su hijo le tomó el pulso, tenía palpitaciones. Fue en busca del aparato de la tensión. La mujer estaba asustada. Manuel preguntó a su madre sobre la frecuencia de aquellas crisis.

—Ha tenido varios episodios de este tipo —le respondió.

—Ambas patologías, la cardiaca y la mental, corren paralelas —explicó Manuel a su madre—. Somatiza durante el sueño las tensiones sufridas en el pasado en el trabajo. Es necesario que extraiga cuanto antes todas las

experiencias negativas para limpiar su conciencia. A partir de ese momento mejorará —aseveró Manuel.

La mujer le cogió la mano y trató de apaciguarlo acariciándole las mejillas. Tenía dificultad para respirar, abundante sudoración y sequedad en la boca.

—Serénate, Jacobo, estamos en casa.

—Papá, no temas, estoy aquí contigo. Soy Manuel.

El contacto con su esposa y su hijo acabó por devolverle la consciencia. El profesor abrió los ojos y se aferró a los brazos de su esposa hasta que pudo hilvanar un incipiente fraseo. Poco a poco, el sosiego volvió a su rostro y se dirigieron a la habitación. Los efectos de la medicación dejaban al hombre sumido en un sueño profundo. Y en esas profundidades afloraban sus miedos. Flora abrazó a su hijo y estalló en un llanto infinito. Manuel trató de calmarla.

—Menos mal que estás aquí. No puedo más. Me da mucha pena ver así a tu padre, siempre tenía tanta energía y ánimo. Tan ilusionado en su trabajo y en sus metas literarias. Y ahora mira, no levanta cabeza y lo malo es que esta situación va a poder conmigo. Voy a volverme loca, hijo.

—No te preocupes, mamá. Me quedaré aquí unos días más. Lo he hablado con el centro sanitario. Juntos afrontaremos esta situación. Tranquila, verás como se recupera poco a poco. Es cuestión de tiempo y sobre todo de paciencia. Debes tener mucha entereza, sé que no es fácil. Procura no discutir con él. Me dijo ayer papá que habíais tenido varias broncas, es algo que debéis evitar, sobre todo tú. Ya sé que eres muy temperamental y saltas enseguida. Pero mantén a raya tu genio, si no, esto irá a peor. ¿Estamos?

—Lo sé, hijo. Espero poder soportarlo, porque la enfermedad de tu padre se ha apoderado de mí y la paciencia tiene un límite. Esto me está matando. Estoy de los nervios y no puedo más.

—Joder, mamá —exclamó Manuel de manera airada—. ¿Crees que no sé lo que está pasando?

—Supongo que sí, Manuel.

—¿Supones? ¿O es que me tomas por tonto, coño?

—En absoluto, hijo.

—¡Bueno, pues basta ya, mamá!

Flora bajó la cabeza, derrotada y tal vez sorprendida por la irritabilidad

de su hijo. Ambos permanecieron callados durante unos instantes en una tensa tregua.

—Lo siento, mamá. No he debido contestarte así.

—No es fácil gestionar esta situación todos los días, Manuel. Tú eres médico y lo tienes que saber. ¿Quién cuida de los cuidadores? ¿Sabes la presión a la que estamos sometidos?

Manuel no respondió. Abrazó a su madre de manera afectuosa en un gesto de solidaridad y comprensión.

El profesor había recobrado el sosiego y dormía con la placidez de un niño, sin rastro de la zozobra de su anterior delirio. Manuel y Flora, ya más calmados, estaban pendientes por si se repetía el cuadro de ansiedad. Mientras tanto, el joven vio un papel doblado encima de la mesita de noche. Era una nota manuscrita de su padre. Lo enderezó y comenzó a leer.

---

3 Fenómeno de deterioro común en pinturas antiguas. Consiste en la aparición de grietas, que en los casos más graves llegan a fragmentar la capa de pintura y provocar su desprendimiento.

4 Del italiano *predella,* es un 'banco o banca de retablo', esto es, la parte horizontal de este. En general, la predela es la plataforma sobre la que se asienta un altar y de ahí que se conozca con el mismo nombre a las pinturas o esculturas que recorren el marco en la parte inferior del retablo.

La gruta de Fingal

Faltaban pocos días para que el Centro Plumbaria presentara su Exposición Anual de Arte Contemporáneo. En su estudio, Anouk Lemoine daba las últimas pinceladas a una acuarela cuando sonó el teléfono. Al otro lado, el acento francés de Jean Bélanger. Ambos se saludaron y el anticuario le preguntó acerca de su participación en la bienal.

—No sé nada, no me han convocado —indicó la pintora—. Ya le dije que no tenía muy clara mi participación. Los criterios que alientan el mercado del arte son muy subjetivos.

—¿Subjetivos?

—¿Se asombra, Bélanger? Parece mentira que a estas alturas no los conozca todavía, alguien tan vinculado a este mundillo como usted. Esto no va de sensibilidad ni de inteligencia. Cuidado. Hablo en general. Pero se mueve mucho por dinero, por alianzas, consensos colectivos que determinan si algo está bien o no. ¿Me explico? Aunque no me preocupa. Alguien juzgará mi obra dentro de un tiempo sin necesidad de que lo hagan ahora *influencers*, galeristas pujantes o comisarios estrella del momento.

—No sea tan drástica. Su pintura tiene calidad, Anouk. Al final terminará por imponerse su estilo. Por fortuna, el mercado del arte, a pesar de las modas, tiene la capacidad de generar autocríticas frente a los dictados convencionales de determinados *lobbys*. Es usted conocida y apreciada. Tarde o temprano gozará del estatus que se merece.

—Conocida no lo sé, pero agradezco su generosidad, Bélanger. Si no termina por decepcionarme todo este entramado de asesores y gestores.

—Por cierto, ¿cómo va la restauración de aquella tabla gótica que adquirió a Gustavo Morel?

—Pues, poco a poco va saliendo a la luz una magnífica obra. Pero costará. Como usted debe suponer, es un trabajo muy minucioso. La intervención es muy delicada. En su próximo viaje, pase por mi estudio y le enseñaré cómo marcha la recuperación.

Ambos se despidieron y Anouk regresó a su taller. La acuarelista mostraba un semblante de satisfacción. En el fondo, como a todo humano, le gustaba que alguien del prestigio de Bélanger valorara positivamente su obra.

Jacobo tenía la costumbre de madrugar. En la misma habitación disponía de una mesa de escritorio. Flora aún dormía, era todavía la hora del galicinio. El profesor había estado esbozando durante unos minutos unas escenas de la novela. Apenas clareaba, se disponía a desayunar junto a su esposa Flora y Manuel en el salón acristalado. En el cielo lívido del amanecer se visibilizaban todavía algunas estrellas mortecinas y una luna desvanecida a punto de desaparecer.

—¿Qué tal te encuentras hoy, papá? Supongo que bien, porque me ha dicho mamá que te has puesto a trabajar muy temprano.

—Sí, hijo. Algo mejor. Siento el susto de ayer. Menos mal que estabas tú.

—¿Cómo llevas el encargo de la editorial? —pregunta Flora.

—Bastante controlado —respondió el profesor—. La historia va tomando cuerpo y mostrando sus intenciones. Los personajes luchan por abrirse camino en el arte entre tiburones financieros aguardando en el caladero de oportunidades.

—¡Vaya, papá, qué interesante! ¡Me dan ganas de leerla ya!

—Nada nuevo bajo el sol —responde Jacobo—. Parece que poca cosa haya cambiado desde la época de los Medici y los artistas de la corte de cualquier monarca. Siempre el dinero detrás de poderosos tentáculos.

—Sueño con pintar contemplando y estudiando el paisaje —añadió Flora —, sin las montañas de expedientes y la pesada burocracia. Tomar un pincel o una espátula. Sí, será mi ocupación cuando abandone el trabajo en el ayuntamiento. Me desvinculé demasiado pronto de mis clases en la Escuela de Artes y Oficios. ¿Recuerdas? Vinieron luego las oposiciones, me encerré a prepararlas y olvidé por completo la pintura.

—Bueno, ya vendrá el momento, mamá. Será un nuevo ciclo de tu vida, de vuestra vida —especificó Manuel mirando a su padre.

Flora apuró su taza de café con cierta inquietud y se despidió de su marido y de su hijo. Temía llegar tarde al trabajo.

—No te preocupes, mujer, alguna vez disfrutarás de ese deseo.

—Lo único que me da miedo es que ese sueño no llegue nunca — respondió Flora.

—¿Qué es lo real en este gran teatro de la vida? —preguntó Jacobo a su

esposa—, porque a veces yo lo dudo, quizá el sueño sea parte de la realidad y lo que percibimos como realidad es otra ficción.

—Será que vivo en una pesadilla y alcanzo el bienestar soñando aquello que deseo.

—Pues sueña, mujer, que esta vida es muy corta, pero hazlo sabiendo que has de despertar.

—Pues podía despertar en el mismo sueño, ¿no crees, Jacobo?

Mientras Manuel seguía su actividad en el ordenador portátil desde el mirador acristalado, el escritor se sentó ante la mesa de trabajo y retomó su actividad. «La vida del poeta, como el sueño, es la creación —pensaba Jacobo—. Se comprende así que el misterio del sueño haya suscitado tantos mitos. De hecho, Jean Cocteau escribía "Je lisais sur son visage endormi une lettre qui ne m'était pas adressée"»[5].

De vez en cuando, Jacobo miraba hacia la ventana intentando atrapar la idea que se resistía o el adjetivo escurridizo. Su mirada se apoderaba de un cielo sin nubes, de tonalidad ambarina tras la arboleda. La acrimonia de la luz rompía la turbidez del sotobosque todavía velado por las sombras. Al fondo, en lontananza, las montañas azuladas de la Calderona, cuyas cimas formaban una cadena sinuosa que parecía perderse en el infinito. «Es necesario disfrutar del momento, el *carpe diem*, cuidar con alegría el día», se repetía a sí mismo. Trataba de buscar la sensación de bienestar, el equilibrio, la ataraxia de Demócrito, de Epicuro y de los estoicos. Apartar de una vez el velo del desasosiego y tornarlo en un sentimiento por el que tanto luchaba Jacobo en la búsqueda de su serenidad, como los versos del poeta Mateo Hidalgo en su poemario, precisamente titulado *Ataraxia*, buscando el pez plateado, escondido en el agua turbia. Fue esperanza en el remolino de la vida. Después de estas ensoñaciones, el escritor volvió de nuevo a sus líneas, tenía mucho que decir. Pensaba en George Steiner cuando afirmaba que un libro debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro.

La mañana pasó rápida. Manuel, de vez en cuando, se asomaba al estudio para ver que todo estaba en orden. Jacobo seguía escribiendo. Ambos intercambiaban una sonrisa y el hijo bajaba de nuevo a sus ocupaciones. Después de una animada comida, Jacobo y Manuel prosiguieron la conversación en el sofá.

—¡Qué ganas tengo de leer esa novela, papá!

—Pues ya no queda tanto. La tengo muy avanzada, pero nunca se sabe. A veces las historias se dilatan inesperadamente.

—Está muy bien que vuelvas a escribir. Eso te ayudará mucho a recobrar el ánimo.

—Estoy convencido de ello. Y me alegro mucho de que estés conmigo, hijo. Aún me acuerdo cuando te sentabas en mis rodillas. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Siempre te ha gustado jugar al escondite en casa, y luego con tus primos cuando venían a casa. ¿Qué sabes de ellos?

—¿De Carlota y Álvaro? Pues, poca cosa. Van siempre a su aire, están muy liados con sus ocupaciones. A veces hablamos por WhatsApp. La tía Leonor me llama de vez en cuando. Siempre está de cenas y viajes con el tío Alberto. Ya sabes.

—Has sido un niño muy feliz, Manuel. Siempre querías ver las series de televisión de abogados. Pero al final te fuiste a Medicina. Hubieras sido un buen abogado.

—Nunca se sabe, papá. En cambio, tú siempre quisiste ser escritor, aunque la enseñanza fue tu medio de vida.

—De escritor no se vive —dijo riendo Jacobo.

—Pero ya tienes bastante publicado y ahora te has enganchado de nuevo.

—Sí, pero ya ves, mi último libro no tuvo gran repercusión.

—Pero está ahí, papá. Verás como algún día no muy lejano no solo valorarán la novela anterior, sino el conjunto de toda tu obra. ¿Quién dice que algún libro tuyo no vaya a parar a manos de algún agente literario o algún escritor consagrado? Todo puede ser.

Se hizo un silencio entre ellos. Jacobo quedó pensativo. En el fondo sentía satisfacción cuando alababan sus libros. ¡Y quién no! Manuel había pulsado una tecla, la del escritor. Una tecla que le había originado muchas decepciones.

—Ahora que estamos solos, papá, ¿por qué no me cuentas lo que te tortura?

Jacobo, desconcertado, se quedó mirando a su hijo. De lo acontecido en el instituto apenas había contado gran cosa.

—Necesitas sacar todos tus demonios; la culpabilidad que te corroe. Así te sentirás más liberado.

—Creo que pude hacer más para evitar aquella situación, que acabó en tragedia.

—Tú no tuviste la culpa. Y lo sabes. Pero tu carácter exageradamente responsable sufre cuando no puedes controlarlo todo. Y aquel problema no era solo de tu incumbencia, algo que no aceptas. Hiciste lo que tenías que hacer, defender tu autoridad, ponerlo en conocimiento del director del centro para que un orientador educativo tratara a esos jóvenes, después intervino el inspector, y luego...

Jacobo le interrumpió muy alterado:

—¡Sí, lo sé, lo sé! Pero ante todo sentí mucho lo que le pasó a Bruno, el acoso y derribo que sufrió el pobre por culpa de esos miserables. Lo apalearon, lo maltrataron y lo llevaron a un callejón sin salida. ¡Malditos!

Jacobo estalló en sollozos tapándose la cara con las manos en un inconsolable llanto. Manuel dejó correr la amargura de su padre para que soltara las aflicciones que le oprimían.

—No tuve el apoyo que esperaba de todo el equipo, no puede ser, no puede ser —repetía constantemente.

—Papá, estás metido en la profundidad de una gruta, como la de Fingal, esa obertura de Mendelssohn que tanto te gustó siempre y que ponías tantas veces. Tu trauma es tan fuerte como las columnas de basalto de esa cueva. Tienes que salir y ver la luz. Ver la realidad de frente, sin asustarte. La luz del exterior te reconciliará con tu conciencia. No fuiste culpable de nada, papá. Ya sé que te machacaron esos impresentables mamarrachos y algunos de tus compañeros miraron hacia otro lado. No importa. Todo pasó ya. A partir de ahora comenzarás una nueva etapa. Tu conciencia tiene que estar tranquila.

Manuel permaneció abrazado a su padre hasta que su sollozo quedó en un leve gimoteo. Quizá era lo que necesitaba el profesor. Descargar todas sus tensiones y serenar su estado de ánimo. La conversación languidecía hasta que Jacobo quedó plácidamente dormido.

—Pero al pueblo le gusta el folletín —apuntaba Gerard—. En este sentido, el lector de a pie prefiere la novela de intriga donde localice al personaje en su penumbra. Recuerda las palabras de Pío Baroja: «El héroe y el aventurero necesitan, como las quimeras góticas, la bruma, la

confusión y el misterio».

—¿Qué insinúas, Gerard? ¿Que lo que escribo no le interesa a nadie? —quiso saber Jacobo.

—No, no es eso, querido amigo.

—Sabes que no lo hago para ser un superventas. No me interesa. Muestro la zona oscura del personaje cuando se trata de analizar la conducta humana, sin morbosidad. Falta, eso sí, un público crítico, porque consumidores de lecturas los hay a montones. No sé si fue el filólogo Constantino Bértolo el que decía que falta el silencio de los que escuchan, porque la narrativa española ya solo tiene el ruido de los que compran.

—No te enfades, Jacobo —intentaba apaciguarlo Andreu—. Lo que Gerard ha querido decir es que hoy parece que en muchos casos se entrega al mercado lo que este pide, a falta de criterios, esperando contentar a sus seguidores. Ya sabemos que ese no es tu caso. ¡Coño! Tú escribes porque te gusta el trabajo bien hecho. Además, tienes a un público crítico que te lee.

—En fin, señores —concluyó Jacobo—. Lo esencial es que el libro entretenga y que además tenga calidad. Los libros, como la música y las canciones, los hay para cada momento de ánimo.

Lo digital era la perdición de muchos alumnos, demasiados. Aarón usaba continuamente el móvil en clase sin hacer caso de las normas. Jacobo se lo había repetido muchas veces: «Está prohibido usarlo, quítate los auriculares. Un poco de respeto al profesor y al resto de tus compañeros». «¿Qué dices, viejo ridículo? ¡Estás como una chota!». «¿Dónde olvidaste tus modales, jovencito? Eres un maleducado, vete del aula inmediatamente». «No me sale de los huevos». «Además de grosero eres muy chulo». Los amigos de Aarón comenzaron a jalear la disputa animándole a plantar resistencia. Ante lo que estaba ocurriendo, Bruno se levantó y forcejeó con Aarón. Este le dio un puñetazo y el chico cayó al suelo con una brecha en la frente. Se armó un altercado que alarmó a las clases colindantes.

De repente, la leña inició un chisporroteo. Los tertulianos volvieron la vista a la chimenea y comprobaron la lumbre moribunda. Jacobo alimentó

el hogar con más madera de olivo. Las llamas se avivaron, pero la tertulia iniciaba su decadencia. En ese momento el profesor aprovechó para deslizar sus dedos en el piano, un verdadero deleite para sus amigos. La estancia se impregnaba de las notas de una polonesa de Chopin mientras la llovizna acariciaba los cristales en sinuosos riachuelos.

Era media tarde cuando Flora regresó del trabajo. Nada más llegar llamó a Jacobo, pero su marido no respondía, tampoco Manuel. Alarmada, entró en el salón acristalado y allí no estaban. La lumbre estaba apagada. Subió al estudio y se lo encontró dormido plácidamente en un sillón junto a la mesa de trabajo. Allí, junto a su padre, estaba Manuel, siempre vigilante leyendo un libro. Este se levantó y le dio un beso.

—Míralo, ahí lo tienes, descansado y relajado como un niño después de una buena siesta. Pero sigue teniendo pesadillas. Y eso me preocupa.

—¿Me he dormido? —preguntó mirando fijamente a Manuel.

—Parece que sí —respondió Flora con una sonrisa—. Anda, vamos al salón, hablamos un poco y te despejas. ¿Cómo has pasado el día, Jacobo?

—Muy bien. He tenido una larga conversación con Manuel, muy provechosa, por cierto.

—Cuéntame cómo marcha tu novela —dijo Flora.

El profesor comenzó a dialogar al principio con cierta dificultad, hasta que fue volviendo en sí. No solía hablar mucho de lo que escribía. No obstante, les habló de los dos protagonistas y sus tribulaciones, de un expolio de arte y sus tramas ocultas.

—¡Qué interesante! —exclamó Manuel—. ¡Cómo me atrae ese ambiente!

—Pues también tiene sus problemas, como todo, no creas. Anda, ya irás conociendo más detalles y tú mismo podrás comprobarlo.

Los tres se distraían con un famoso concurso de televisión. A raíz de la profesión de uno de los participantes, Flora sacó a relucir los problemas sociales con los que se enfrentaba a diario en el trabajo. Manuel se levantó y condujo a su madre a la cocina.

—Procura evitar estos temas delante de papá. Si quieres cuéntamelos aquí, mientras preparas la cena. Ten cuidado con lo que hablas.

—Lo siento, Manuel. No me he dado cuenta. Pero compréndeme a mí también. Tengo un agobio de reuniones para solucionar asuntos delicados de hogares destrozados en la más completa ruina moral y económica,

atrapados en un círculo vicioso. Familias desestructuradas, problemas entre los cónyuges, malos tratos por ambas partes y que además evitan a sus hijos necesitados de atención y, por supuesto, del afecto de una paternidad responsable.

»No te puedes ni imaginar —siguió hablando Flora—. Además, padres en paro y con familia numerosa que no mueven un dedo para acceder al mercado laboral porque al carecer de actitud, les resulta más cómodo vivir de las subvenciones y de la caridad. Madres que se duermen y llevan tarde a sus hijos al colegio, o simplemente no los llevan, un absentismo atroz, pierden mochilas, cuadernos, lápices. Luego acuden apresuradamente al ayuntamiento para reclamar ayudas de material escolar. ¡Qué sé yo! No saldrán de su ignorancia hasta que se rompa esa cadena de despropósitos. Padres desvinculados de la formación de sus hijos que solo desean descansar de ellos enviándolos al colegio. En fin, ya ves lo que soporto a diario. Y encima reclamando, y las instituciones repartiendo ayudas.

—Habrá padres y situaciones desastrosas —dijo Manuel—, pero también familias que verdaderamente lo necesitan. Ahí están los comedores sociales y las parroquias.

—Por supuesto. Con esto no digo que no existan hogares que no lleguen a fin de mes. Pero también hay quien vive regalado, Manuel. No saben gestionar sus vidas. Necesitan a alguien que les enseñe a organizarse y a ser responsables de sus actos. Ya ni te hablo del maltrato que reciben algunos niños a los que la asistencia social separan de sus padres para dejarlos al cuidado de centros de adopción. Un horror. Estoy cansada de leer tantos informes de situaciones insoportables. Esos niños, Manuel, están condenados a no tener futuro. Un futuro en condiciones normales como tantos otros. Porque esa forma de vida les condena a ser el día de mañana juguetes rotos. Ya tenemos cierta edad y este ritmo no lo puedo aguantar. Siento a veces estar encerrada en una torre oscura y necesito salir. En fin, no te quiero agobiar, pero necesitaba contarlo.

—No te preocupes, mamá —respondía condescendiente Manuel—, vendrán días mejores. Ten paciencia. Anda, vamos con papá. Parece que está distraído con la televisión. Y por favor, no le pongas las noticias. Hazme caso.

—Estoy gestionando una excedencia en el trabajo, pero no se lo he dicho todavía a tu padre.

—Creo que es lo mejor, mamá. Os vendrá muy bien a los dos. Me alegro mucho.

A punto de dar las diez de la noche, los tres marcharon a sus aposentos.

---

5 ‘Leía en su semblante adormecido una carta que no me había enviado’.

Matías el pintor

A primera hora de la mañana, Manuel tenía previsto regresar a su trabajo. Pero telefoneó para retrasar su partida. Esperaría a que la salud de su padre se afianzara y así marcharse mucho más tranquilo. Antes del desayuno, el joven comunicó la decisión a sus padres para gran regocijo de estos. A raíz de su estancia, Manuel se había percatado de la realidad diaria, y le satisfacía ser capaz de mejorar la no siempre fácil convivencia de la casa, las depresiones tienen esa losa, pero la autoestima del enfermo debía mejorar mucho más. Aunque el hecho de haber retomado con ímpetu la escritura constituía ya de por sí una buena noticia. Sin duda, sería su tabla de salvación.

Eran las diez de la mañana cuando Jacobo continuó con el relato en una absoluta concentración. La lluvia arreciaba, pero el afán del profesor fue más fuerte que el aguacero estrellado en los cristales del estudio.

Harald Klausen subía las escaleras del Museo Canfali cuando su reloj marcaba las diez. Estaba invitado a la reunión del Patronato como asesor cultural, pese a no pertenecer al órgano rector. En el orden del día había un punto que no dejó indiferente al danés: el hallazgo de un lienzo perdido en los fondos del museo. Una institución que poseía unas diez mil piezas invisibles, amontonadas en el sótano del edificio por falta de sitio en las galerías.

Junto a la mesa de reuniones, un atril sujetaba el cuadro de unas dimensiones de 60 × 50. Representaba un paisaje de pinceladas grandes y cortas. Una amplia vereda bordeada de árboles en dirección a un lejano caserío. En el camino, sembrado de pequeñas viviendas a uno y otro lado, parecía distinguirse la figura de una mujer que paseaba de la mano de un niño. Un atractivo conjunto veteado por unos claros de sol en una atmósfera nebulosa e indefinida por el trazo grueso de la pintura. El lienzo presentaba un avanzado deterioro, diversos rotos junto a unas manchas de humedad y unas tonalidades desvaídas, sobre todo en el ángulo derecho. A pesar de los

desperfectos, podía leerse claramente en el borde inferior izquierdo el nombre de su autor, J. Small, de la escuela inglesa, y fechado en 1886. Bernardo Hierro, uno de los miembros del Patronato preguntó a Horacio Molina, director del museo:

—Dada la plantilla tan ajustada de restauradores, ¿cuándo va a abordarse su recuperación?

—La verdad es que no tenemos fecha concreta. Ahora mismo el equipo anda muy ocupado.

—Entonces —interpeló Hierro—, ¿por qué le cuesta tanto a la Administración ampliar el número de restauradores? Tengo entendido que esta carencia viene de años.

—Este problema está en vías de solución —respondió Molina—. Desde Cultura aseguran que en los próximos presupuestos habrá una partida para arreglarlo. Debemos confiar en las buenas intenciones de nuestros gobernantes, siempre velando por la pinacoteca.

—Mira, Bernardo —interrumpió Severino Asins, representante de la Universidad—, soy consciente de que se está haciendo todo lo posible para que este museo nuestro sea un referente en el resto del Estado. Así me consta. No niego las dificultades existentes, pero debemos estar satisfechos del interés de la Administración.

Hierro no hizo más comentarios. Horacio Molina fue respondiendo a cada una de las preguntas de los demás miembros que asentían dócilmente, convencidos de las alabanzas del responsable del museo hacia Cultura.

La reunión del Patronato transcurría con aséptica normalidad, hasta que Harald Klausen tomó la palabra. Como asesor cultural, el danés manifestó su estupor ante la complaciente actitud de Molina.

—En la Administración —dijo Klausen— no hay nadie mínimamente interesado en el buen funcionamiento de esta pinacoteca.

Ante tal afirmación, el resto de los asistentes levantó la vista de sus papeles para mirar sorprendidos al danés. Molina quedó estupefacto. En su defensa interrumpía constantemente a su interlocutor, pero la enérgica voz de Klausen acabó por imponerse:

—No podemos estar a expensas de lo que año tras año se nos dice reiteradamente desde Cultura. Todas las promesas están incumplidas y el que no quiera ver la realidad o está ciego, o se encuentra muy cómodo en su sillón por las buenas prebendas recibidas. Llevamos años de buenas

intenciones, pero los lienzos se amontonan sin control ni cuidado, como esta pintura del atril. Obras maestras, exponentes de una determinada escuela, que no pueden ser disfrutadas por los ciudadanos y lo peor es que algunas, ni se sabe cuántas, están arruinándose. ¿Es esto una buena gestión? Yo diría que es una burla en toda regla hacia nuestro patrimonio y hacia esta institución. Carecemos de unos servicios mínimos para el taller de restauración y no digamos del personal administrativo, insuficiente para enfrentarse a la burocracia acumulada en sus mesas. Ante la escasa promoción del museo y la exigua actividad cultural de su aula, resulta normal el estancamiento de visitantes en relación con otras pinacotecas del país. El amplio salón de actos casi siempre está vacío. ¿No tienen nada que decir al respecto?

Un atónito Horacio Molina recriminó a Klausen su falta de consideración, exigiéndole de inmediato una rectificación.

—Al fin y al cabo —manifestaba Molina—, si no se han desarrollado todos los proyectos previstos no ha sido por falta de voluntad, sino por falta de recursos.

Al oír esto, Klausen miró fijamente a Molina.

—No cambio ni una palabra de lo que he dicho, señor Molina. No puedo entender que solo se trate de unos presupuestos insuficientes. Más bien es una cuestión de prioridades. Todo es política de pactos. El dinero se destina a otros fines. Así de sencillo, y ustedes callados. Mientras existan gobernantes de escasa sensibilidad y conocimientos, incapaces de rodearse de buenos equipos, no habrá solución. Es más, le diré que resulta conmovedor que en un país como España, de gran tradición histórica y cultural, se cuestione la rentabilidad de los estudios de Bellas Artes pese a su vastísimo patrimonio artístico, cuando tanto queda por hacer en las infraestructuras culturales.

La respuesta de Molina fue contundente:

—¿Y quién es usted para hablar así?

La actitud desafiante del máximo dirigente del museo provocó la ira de Klausen.

—¿Va a obligarme a mostrarle mi hoja de servicios? ¿Por qué no se la pide a los que dirigen Cultura? ¿Sabe por qué no lo hace? Porque usted mismo se sorprendería de las clamorosas carencias de un personal ocupando puestos que no merecen. Y usted lo sabe.

—¡Bueno, basta ya! —gritó Molina.

La contundencia del danés lo desconcertó. Tras unos minutos de tenso silencio, se dirigió a los presentes:

—Vamos a despachar otros temas.

La reunión aprobó unos puntos de trámite y el director del museo dio por finalizada la junta. Se levantó, miró su reloj y abandonó la sala de manera apresurada farfullando unas palabras a Asins para indicarle que le esperaba en otra parte.

Los demás miembros del Patronato se levantaron de la mesa con un semblante de indisimulada contrariedad, aunque alguno reconocía en privado que el asesor había dado en el clavo. Poco a poco iban abandonando la sala entre cuchicheos ninguneando al danés que, visiblemente molesto, marchó sin mediar palabra. Klausen entró en su automóvil y arrancó hacia Calpe. Cuando llegó a casa, Anouk ultimaba una acuarela. El danés se sentó junto a su esposa y le comentó entristecido lo sucedido en la reunión.

El mandarín maravilloso

El día había amanecido con una intensa niebla. Un viento húmedo presagiaba tormenta. Harald y Anouk prefirieron desayunar en el amplio salón con vistas al mar. La habitual lámina azul se había convertido en una gigantesca probeta humeante de límites confusos. Ambos comentaban las noticias de prensa y la complicada situación política de pactos y corrupciones. La acuarelista se detuvo en la sección de galerías de arte. Klausen apuraba su café y se disponía a salir hacia el museo cuando sonó el timbre de la casa. Los dos se miraron. No esperaban ninguna visita tan temprano. Harald se dirigió hacia el vestíbulo y abrió la puerta. Se encontró con el cartero, que le entregó un sobre certificado. Firmó en el libro de registro y volvió con su esposa. Allí de pie no pudo ocultar su extrañeza al leer el remitente: Horacio Molina, director del Museo Canfali.

—¿Un burofax? —preguntó Anouk.

Con cierto nerviosismo, Klausen abrió la carta y su semblante no predijo nada bueno. Se sentó y contuvo el aliento.

—Me acaban de despedir del trabajo. Fue un augurio desde el momento en que abandoné la sala de juntas del museo. La reunión fue muy tensa.

—No puede ser —dijo la acuarelista con un hilo de voz.

—Así es. Molina no ha tenido valor para comunicármelo personalmente y ha preferido la puerta de atrás. ¡Miserable! Toda una humillación. Como mi plaza la gané por concurso-oposición temporal, la no renovación dentro de poco constituye todo un cese.

—Ya ves, Harald, la verdad escuece. Y Molina en el fondo ha reconocido su incompetencia como responsable último del órgano gestor. Tal vez está muy cómodo con un personal que no rinde cuentas —replicó Anouk.

—La honestidad debe ir por encima de todo, querida mía. El trabajo no debe convertirse en un engaño, y mi puesto de asesor exige compromiso y dedicación. Para eso me contrataron. El Museo Canfali, como sabes, además de estar mal gestionado no tiene muchos recursos, para que ahora se

me comunique por carta que el despido se debe a «la ineficacia para afrontar las funciones encomendadas en esta pinacoteca», según dice este papel. Toda una elocuente execración. Voy a recurrir. Esto mancha mi expediente y mi carrera por culpa de unos holgazanes bien apoltronados. Mañana iré a Benidorm y pondré este asunto en manos de nuestro abogado, para que al menos la ineficacia no sea el motivo de mi despido.

Anouk abrazó tiernamente a su marido.

—No te preocupes, la verdad saldrá a flote. Estoy convencida.

—Eso espero, querida, porque estos atropellos son intolerables. ¡Qué gente tan mediocre!

—Cálmate, Harald, anda, hazme caso. Algún día deberán asumir responsabilidades.

Klausen siguió trabajando con normalidad en su puesto hasta la finalización del mes. Unos días antes se había tropezado con Molina, que esquivó su presencia hablando con un grupo de empleados. El danés aguardaría una mejor oportunidad. Esta no tardaría.

Jacobo se detuvo unos segundos en la última frase del ordenador. Mirando hacia la ventana pensó: «Le daré otra oportunidad». La monotonía del aguacero se imponía al silencio de la mañana. Bajo la lluvia, el jardín de Villa Palatina lucía un verde brillante. Desde el fondo de la alberca ascendía un vaho de fragancias vegetales y chimeneas en una ensoñación de crónica artúrica. Jacobo observaba el bosque empapado, tan triste como una estación de vías oxidadas que han olvidado el paso del último tren. A su derecha, unas gotas de lluvia quedaban suspendidas, transparentes, en las afiladas gárgolas de una *Strelitzia*. El escritor percibió la mano de Flora acariciando su hombro. «Es hora de desayunar», parecía decirle. Había comenzado a escribir muy temprano.

Ambos bajaron al salón acristalado, donde ya se encontraba Manuel que había preparado el desayuno para los tres.

—¡Qué maravilla! —exclamó Flora.

—¡Qué detalle, hijo! —dijo Jacobo.

Hablaban y reían mientras los nenúfares oscilaban en la alberca. Un penetrante aroma de café vaporizaba las hojas del papel prensa pretendiendo infundir dinamismo a las alicaídas noticias de los periódicos.

Jacobo leía en silencio. Su semblante parecía insinuar la dificultad para encontrar la verdad en un artículo engañoso. «En esta sociedad no se está

fomentando el criterio propio porque, como escribe Jorge Freire, "de lo inmediato no puede brotar la cultura". Los libros de texto son una buena prueba. El de filosofía de antaño ha quedado reducido a la mitad, y las lenguas clásicas, la historia del arte, en fin, todas las humanidades, sufren un abandono total. La gente en general suele leer y atender las opiniones que coinciden con sus ideales, no quiere escuchar voces discordantes que alteren su discurso. Así nunca se logrará discernir lo suficiente para separar el grano de la paja. Estamos llegando a la inautenticidad de lo verosímil. Me acuerdo de la sobremesa con Marcelo Rubín de Celis, el catedrático de Filología de la Universidad de Alicante. Contaba algo maravilloso: la relación con sus alumnos enseñándoles con afecto, inculcándoles la provocación para aprender a pensar por su cuenta y evitar convertirse en vasallos de ningún sectarismo ideológico. Rubín de Celis organizaba seminarios para grupos voluntarios que debatían y escuchaban. Por lo general, estas prácticas no son demasiado habituales en el mundo universitario, a veces tan dogmático y endiosado. También hay profesores que lo dan todo y se encuentran con el muro de tantos jóvenes desmotivados. Hoy no toleran la frustración. No han sido educados para ello».

—¿Qué piensas, Jacobo?

—Nada, Flora. Cosas mías. El mundo de la enseñanza y en general las humanidades está muy mal.

—No pienses en eso. Huye de esas noticias. Te encuentro ahora mucho mejor. No vayas a tener una recaída.

Mientras desayunaba, Manuel observaba en silencio a su padre. No parecía estar muy convencido de su completa recuperación. Debía tirar por la borda mucho más para sentirse totalmente liberado. Cuando Jacobo leía o escuchaba ese tipo de informaciones, sentía la necesidad de apearse de este mundo esperpéntico y esperar sentado sobre una roca desencantado por tanta trivialidad.

Cuando Flora partió rumbo al trabajo, Jacobo quedó a solas con Manuel. Este se sentó junto a su padre y lo rodeó con el brazo apoyándole la mano sobre el hombro. Lo miró con ternura y le dijo:

—¿Cómo te encuentras, papá? Te noto hoy un poco pensativo. ¿Qué te preocupa?

—Nada, Manuel. Son cosas mías. A veces leo la prensa o veo las noticias

y no me gusta esta sociedad que estamos creando.

—¿Estamos? ¿Tú también?

—Creo que deberíamos tener un mayor compromiso.

—¿Quiénes?

—Pues cada uno en su profesión. Tú en la tuya y yo en la mía.

—Por mi parte, papá, no tengo ninguna duda acerca de mi entrega laboral. Quien no cumpla con su obligación, allá él. ¿O es que sigues teniendo remordimientos sobre aquel incidente de clase? Cada palo que aguante su vela. No leas la prensa ni veas noticias en televisión. Al menos por un tiempo.

—Con tantos planes de enseñanza, cada vez tenemos menos tiempo para desempeñar nuestra tarea de enseñar. La burocracia nos ahoga, informes de aprendizaje, tutorías cada vez más frecuentes con alumnos y padres con un creciente egocentrismo por parte de ambos. Creen que lo saben todo y no aceptan ser corregidos. Créeme, Manuel, hay jóvenes con muchos problemas de salud mental y se nos pide que seamos capaces de detectarlos. Y encima tenemos que...

—Basta ya, papá. Tú no eres el responsable de todo este galimatías. Los que han creado toda esa empanada están en sus despachos y no viven el día a día. No te sientas culpable de una situación que no has creado.

»Con Bruno —continuó Manuel— los protocolos no funcionaron debidamente, y lo advertiste. Hiciste lo que debías. ¡Convéncete, papá, de una puta vez! Si no se ataja esta situación, los alumnos brillantes marcharán a otros centros concertados, con el consiguiente sacrificio de sus padres.

—Pero yo soy un gran defensor de la enseñanza pública, Manuel.

—Lo sé, papá, pero ya tienes tus años, y entiendo que el mundo en el que vives ya no es el que era, para bien o para mal. En los futuros informes de evaluación educativa se verán los aciertos y los errores, las excelencias de los nuevos modelos o el desierto cultural que habrán creado. Espero que lo entiendas.

Jacobo se mantuvo en silencio intentando asimilar los razonamientos de su hijo. Se tapó la cara con las manos por la situación de impotencia, o de claudicación. Restregándose los ojos con fuerza, como queriendo ver más allá de su indefensión, dijo:

—Solo me preocupa ahora la salud de Bruno y el ánimo de los otros

compañeros. Menudo problema, Manuel.

—Papá, no pienses en ello. Y ahora, mírame a los ojos. Arriba ese ánimo. Tienes toda una carrera literaria por delante. Aprovecha tu tiempo y saca la energía que siempre tuviste. ¿Entiendes? ¿Me lo prometes?

Jacobo asintió esbozando una sonrisa de aceptación.

—¿Puedo marcharme con tranquilidad? Y, por favor, no discutas con mamá. ¿De acuerdo? Venga, dame un abrazo bien fuerte.

Al día siguiente, Manuel preparó la maleta para retomar sus labores en el centro médico. Se despidió de sus padres y Jacobo regresó a su estudio para seguir con sus tareas. Flora acompañó a su hijo al coche ayudándole a cargar con algunos bultos.

—No tengas miedo, mamá. Estoy convencido de que su ánimo irá poco a poco mejorando. Es posible que todavía tenga alguna crisis, pero nada importante. Volveré pronto, yo también os necesito —dijo sonriendo—. Estamos en contacto. Llámame cuando quieras y me cuentas. De todas formas, yo también telefonearé.

Madre e hijo se fundieron en un largo y cariñoso abrazo.

El motor se puso en marcha. Manuel envió a su madre un beso y el coche arrancó. Flora permaneció unos instantes viendo cómo se alejaba, hasta que el vehículo desapareció en el recodo de la calle.

Jacobo tecleaba unas notas del día anterior. Después de leer el texto, cerró los ojos, recostó la cabeza y permaneció pensativo en una duermevela mientras se escuchaba el áspero matraqueo de una urraca sobre la rama del nogal. De repente, una voz bien timbrada resonó en el estudio:

—Buenos días, señor Arriaga.

El profesor se sorprendió volviéndose hacia la ventana.

—¿Quién es usted? —preguntó Jacobo.

—¿No me reconoce? Soy Maurice Clichy. Me habrá leído en alguna ocasión, supongo.

Tras unos momentos de vacilación, Jacobo lo identificó.

—Usted es el profesor de literatura de la novela *Atrapados en el umbral*. También lo recuerdo en *La ciudad de las vanidades*, ambas de un tal López Porcal. ¿No es así?

—Exacto, Arriaga.

—Admiré mucho la coherencia y el coraje a la hora de defender sus

derechos en el papel que le asignó su padre literario.

—Se lo agradezco. Siempre han existido los ladrones de esfuerzos —respondió el profesor francés—. Vivimos en la sociedad del espectáculo, donde la gente desea salir en la foto a cualquier precio y con inmediatez. El esfuerzo ocupa tiempo y sufrimiento. Me sorprende su memoria, señor Arriaga. Aunque creo que usted también está atrapado en un umbral, el de la confusión. ¿Por qué lo atraviesa tantas veces?

—¿Acaso usted no está confundido, Clichy? Soplan vientos propicios para embustes y patrañas. Incluso surge una nueva forma de adulteración verbal, la distorsión de la realidad propiciada por emociones y creencias personales frente a hechos objetivos. Una forma de engaño en los medios de masas.

—No se lo discuto, Arriaga. Platón advertía que todo lo que engaña seduce.

—Este mundo parece que se haya vuelto del revés. ¿No lee o escucha las noticias, Clichy? El ciudadano, al menos en mi caso, se siente cada vez más incapacitado para entender tanta incoherencia y, desde luego, coartado ante dictaduras ideológicas sobre lo que es correcto y lo que no lo es.

—Así es, Arriaga. La distorsión de la realidad —siguió Clichy— frente a la desinformación del individuo, porque su indiferencia por el conocimiento constituye el instrumento que le impide ser crítico ante la tergiversación. Todo lo inimaginable llega a ser realidad en esta locura de mundo actual, aunque parezca mentira. Hay mucha gente con un alto nivel de información, pero un bajísimo nivel de conocimiento, que son dos conceptos distintos.

»Tampoco la cultura de masas imperante, la publicidad y las modas ayudan a la formación de individuos capaces de juzgar por sí mismos la idoneidad de los mensajes recibidos, que ensalzan la bondad y la calidad de lo que tiene éxito y vende, y por el contrario consideran como malo o de escaso valor aquello que no conquista al público. Y ese público, moldeado por la cultura de la globalización y la imparable revolución cibernética, responde a unos modelos similares.

—Por lo que dice usted, Clichy, entiendo que ese tipo de cultura excluya las élites ilustradas, las que persiguen la calidad y la sensibilidad.

—Por supuesto. Al menos así lo veo yo. Hoy se busca la evasión fácil,

lejos de referentes eruditos, puro esnobismo.

—Créame, Clichy, a veces me siento cansado de luchar ante tanto axioma. Como el explorador que va abriéndose camino en una espesa selva de ramas y lianas sin ver apenas el sol de la esperanza.

—Entiendo su decepción, Arriaga. Lo experimento diariamente con mis alumnos de la universidad. Imagino que aquí sucederá lo mismo. Hay mucha mediocridad, no se lo discuto. Y esa vulgaridad nace de la falta de implicación. No sabe lo complicado que resulta mantener la atención de todo tipo de estudiantes, adictos en una gran mayoría a las pantallas digitales. No es fácil encontrar jóvenes con curiosidad, dispuestos a comprender el mundo como un enigma a resolver. Muchos se rinden ante la fascinación por las series de plataformas audiovisuales, sin más objetivos. En las universidades, muchos jóvenes se alarman cuando tienen que leerse un libro entero. No se trata de cortar y pegar, ni de acudir desesperadamente a Google para informarte. Hay que estudiar.

—¿Usted cree que esto tiene solución?

—Claro que sí. Verá, Arriaga, la degradación actual alcanzará en algún momento un punto de inflexión porque el ciudadano, en su hartazgo, sentirá la necesidad de buscar la verdad, y en ese sentido la buena literatura es el máximo territorio de libertad. El mundo es un péndulo cuyo vaivén hay que saber aprovechar porque, a veces, toda nuestra vida se concentra en un instante. No lo desperdiciemos.

Tras un silencio, Clichy prosiguió:

—Ni usted ni yo podemos resolver tanta confusión. Su esposa Flora tiene razón. Disfrute de los pequeños placeres, de su círculo más inmediato, y escriba, seguro que llega al lector que apreciará su mensaje. Quién sabe, igual algún libro suyo cae en manos de personas providenciales que le digan «Esto que has hecho está muy bien», o que le digan «Esto no está tan bien» y tengan la generosidad de entusiasmarse con su trabajo.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. No sería la primera ni la única vez que esto sucede si repasamos los comienzos de muchos escritores notables. Al fin y al cabo, usted vive en una buena casa y en un entorno privilegiado para inspirarse. Este enclave tiene magia. ¿No se da cuenta, Arriaga? Está rodeado de un paisaje idílico. Recuerde la colina del Posillipo que, como

bien sabe, en griego significa 'el lugar que calma el dolor', es decir, un bálsamo curativo y creativo. Aplíqueselo. Hágame caso.

Jacobo asentía con la cabeza mientras la figura del profesor Clichy se desintegraba junto a la ventana del estudio. El escritor parpadeó y volvió al trabajo.

Klausen llamó al despacho. La puerta se abrió ante la sorpresa de Horacio Molina, que reculó unos pasos ante tan incomoda visita.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro —balbuceó el director.

—Antes de marcharme, venía a que me explicara en qué ha consistido mi ineficacia profesional —exclamó Klausen.

La imprevisible pregunta del danés le dejó desarmado. Unos espesos nubarrones habían oscurecido la estancia. Molina encendió la luz e intentó controlar la situación.

—Entiendo que varias propuestas suyas fueron denegadas en sucesivas reuniones al carecer de interés.

—¿Para usted también? No me haga reír, por favor. ¿A los muñecos de guiñol de este Patronato les interesa algo aparte de las dietas percibidas por cada sesión, a cada cual más insulsa? —preguntó Klausen de manera firme —. ¡Míreme bien a los ojos! —dijo encendido el danés—. La vida de este Patronato está hecha de compadreo y comidas de amiguetes, entre el sainete y el apaño.

Molina se acomodó varias veces con desagrado en su sillón giratorio antes de responder mientras unas gotas de sudor le perlaban la frente:

—No le consiento esas afirmaciones, Klausen.

—Yo tampoco le permito su trato contumelioso ni su incapacidad para dirigir un Patronato de juguete y encima despedirme poniendo en duda mi profesionalidad.

—¿Contumelioso? No le entiendo.

—¡Pues busque en el diccionario! ¿Dónde está su competencia para renovar a los miembros cuyo rendimiento no es el adecuado? Yo se lo diré, en ninguna parte. Usted está muy cómodo con un personal que no le crea problemas.

Molina mostraba su inquietud desviando la mirada hacia un aguacero que repiqueteaba con fuerza en los cristales de la ventana. La tormenta no había hecho más que comenzar. Su rostro de queso curado y bigotillo militar de

poca graduación mostraba un desmedido enojo. Dio un puñetazo en la mesa que hizo saltar su carísima estilográfica y el bote de bolígrafos y le respondió con la fiereza de un león cazado:

—¡Le voy a denunciar por infamia! ¡Usted no sabe con quién está tratando!

—Claro que lo sé —respondió el danés con aplomo de general romano sospechoso de su derrota—. ¡Usted es un felpudo inútil carcomido de tedio y bostezo!

—¡Salga inmediatamente de mi despacho! —gritó Molina—. ¡Le voy a denunciar por desacato! ¡Es usted un impresentable!

—No se preocupe, ya me voy. ¿Sabe una cosa, Molina? ¿Sabe por qué al ser humano le cuesta tanto soportar la verdad? El discurso que usted practica se asemeja a la censura despiadada de un público que en su día consideraba la música de Stravinsky o de Béla Bartók en su *Mandarín maravilloso* como algo bárbaro, siniestro, esquizofrénico y horroroso, cuando en realidad constituía el reflejo de una humanidad degradante y tragicómica. El impresionismo musical había llevado a su límite la armonía tonal. De igual manera que la pintura liquida los presupuestos técnicos del naturalismo. ¿Me sigue? En el recorrido museográfico de esta pinacoteca se aprecia claramente.

—No entiendo nada de lo que me está diciendo, ni sé quién era ese Bartók.

—No me extraña, Molina. Por eso sigue sentado en la poltrona de este museo. Observo que es usted incapaz de ver su imagen ante el espejo, porque no soporta reconocer su propia mediocridad.

Klausen se levantó y señalándole con el dedo índice amenazante, le advirtió de sus responsabilidades ante la Magistratura de Trabajo.

Jacobo interrumpió su trabajo. La escena tecleada en el portátil le había costado digerirla. Permaneció pensativo durante unos minutos descansando en el respaldo de la silla anatómica. Sus amigos llegaban empapados por una cortina de lluvia y viento. De manera pasajera, el aguacero cedía a un lánguido claro de sol, insuficiente para transformar el cielo todavía plúmbeo. Tal vez por ello el escritor creía ver diamantes rojos cuando en realidad eran gotas que brillaban sobre las grosellas. Al entrar en el salón acristalado, los tertulianos agradecieron la acogedora temperatura frente a un tiempo infernalmente gélido. El fuego consumía

con voracidad los troncos mientras Andreu y Gerard se recuperaban del azote exterior alrededor de la mesa camilla. Una luz de ceniza y olivo flotaba en el silencioso jardín, ya inmóvil. De vez en cuando alguna ráfaga zarandeaba el fresno.

—Vaya tiempo —exclamaba Andreu—. Este otoño nos está pesando demasiado. Si seguimos así no podremos ni salir de casa, Jacobo.

—Bueno, hay que saber entretenerse dentro del nido —sostuvo el profesor—. El problema del individuo de hoy es su incapacidad para estar a solas en una habitación conviviendo con su propio ser. De todas formas, os agradezco mucho esta tertulia. Aportáis mucha información y nos distraemos aprendiendo.

Los amigos se marcharon pronto, temían que el tiempo empeorara. De todas formas, Jacobo tenía trabajo y casi agradeció que abandonaran la tertulia. Antes de volver a su relato, permaneció reflexionando unos momentos sobre los desencuentros que a diario tenían los políticos. Otra ceremonia de confusión. Al final uno no sabe si se enfrenta a una de las fantasías del héroe de la Mancha o por el contrario está perfectamente cuerdo para reconocer la parodia o el adoctrinamiento entre tanta teatralidad. ¿Qué les diría Platón a los políticos de hoy desde el contexto de la Academia, aquel lugar tan emblemático, templo de la sabiduría? Tanto aleccionamiento sobre lo políticamente correcto que echa por el suelo a artistas de reconocida trayectoria y cambia el texto de determinadas novelas que pueden ¿herir? la sensibilidad de algunos lectores. Así lo reconoce el crítico cultural Javier Mateo cuando escribe que la revisión histórica debe ser contemplada desde un proceso de des-fragmentación, acomodando las piezas que la ha ido definiendo. Aunque, como personas, más de uno podría tacharse de impresentable.

Cuando Flora regresó del trabajo encontró a su marido vencido en la mesa del estudio. Algunos papeles garabateados con esquemas y flechas habían caído al suelo. En cambio, su mano agarraba con fuerza la estilográfica, un preciado regalo de la editorial cuando superó la cuarta edición de su segunda novela. La pantalla del ordenador portátil indicaba la última frase escrita. Algo sobre la Magistratura de Trabajo. «¿Qué será esto?», pensó Flora. Lo incorporó en el respaldo del sillón e intentó despertarle. Durante los primeros momentos miraba desorientado. Apretó la mano de su esposa con fuerza buscando alivio.

—Jacobo, despierta, estás hablando solo.

—Pero están aquí Gerard y Andreu. Y también se ha unido a ellos el profesor Maurice Clichy. ¿No los ves? ¿Por qué no los saludas? ¿Qué van a pensar?

—Jacobo, mírame, aquí no hay nadie. Estamos solos tú y yo. ¿Quiénes son esos amigos? Nunca me habías hablado de ellos.

El profesor quedó desconcertado farfullando palabras inconexas hasta que se calmó.

—¿Lo sucedido en los sueños es igual que la realidad pura y dura? ¿Qué diferencia hay? ¿Dónde estoy, Flora?

Miró a su esposa con los ojos encristalados mientras le acariciaba el rostro para cerciorarse de su presencia. Flora le dio un beso y a continuación le abrazó. Un mutismo se adueñó de los dos durante unos instantes eternos. Flora rompió el silencio:

—He pedido una excedencia en el trabajo. Espero que me la concedan. Al fin y al cabo, mi vida laboral está tocando a su fin. No me importaría finalizarla antes de lo previsto.

—Oh, Flora, me alegro mucho de tu decisión —exclamó el profesor con un semblante complaciente—. También tienes derecho a descansar por tu exceso de trabajo y por la carga de mi enfermedad.

Mientras Flora bajó a preparar la cena, Jacobo meditaba la decisión de su mujer en el salón acristalado. «Ambos necesitamos cambiar los hábitos rutinarios, atrapados en una película repitiendo la misma escena una y otra vez. Debemos descansar y recuperar las energías perdidas. Mi percance no ha sido una broma. No debo bajar la guardia y seguir con mi actividad. Manuel tenía razón».

Anochecía ya. De nuevo la lluvia sanadora comenzaba a salpicar la ventana del salón. El vaho había empañado el cristal mientras en el ambiente flotaban las notas a piano de la canción *Wish You Were Here* de Pink Floyd, difuminadas en la luz del azabache crepuscular.

Sonata 21. molto moderato

Harald Klausen y Anouk Lemoine desayunaban envueltos en una inusual niebla procedente del mar, un meteoro espesante para el ánimo del danés. No obstante, el carácter resolutivo de Anouk consideraba una oportunidad donde su marido veía un fracaso.

—No creo que vuelvas a tu puesto de trabajo —le decía la pintora—. En todo caso, si ganas el recurso todo lo más que puedes conseguir es una rectificación del motivo de despido.

Anouk tenía algo importante que pedirle. Lo había meditado mucho y por fin era el momento más adecuado, dado el vacío laboral y emocional de su marido. Desconocía cuál sería su reacción, pero al final se decidió a hablar.

—Si te parece, Harald, había pensado que podías ser mi administrador, o gestor, como quieras llamarte. Al fin y al cabo, es un mundo que conoces a la perfección. Se te da bien con los marchantes de arte. Tienes experiencia en ello, sabes organizar una exposición en los espacios adecuados, la luz y tantos detalles que potencian las obras. Te sobra talento para abordar esa actividad.

Klausen permaneció taciturno durante unos minutos contemplando un horizonte todavía entre brumas. Ladeó la cabeza hacia su esposa y, mirándola fijamente, respondió con una sonrisa de aceptación:

—Está bien. Me parece una buena idea. Hace tiempo que tu trabajo necesita una gestión más adecuada. Yo administraré y tu pintarás.

Anouk le acarició la mejilla y le cogió la mano con ternura. Ambos se abrazaron y se besaron. El paso estaba dado y el matrimonio se dirigió al estudio, un recinto en el que las acuarelas, los pinceles y demás utensilios esparcidos parecían adquirir en ese momento una connotación especial, como si gozaran de otra vida diferente impregnada de ilusión, la de los dueños.

Harald y Anouk se detuvieron examinando las carpetas de las pinturas finalizadas. El danés quedó admirado por su calidad; algunos paisajes eran

francamente impresionantes. Era el momento de aumentar el número de acuarelas y dotarlas de un buen discurso para seducir a un potencial cliente. En una esquina dos caballetes sujetaban la pintura gótica que Anouk había adquirido a Gustavo Morel. El deterioro inicial daba paso a una imagen mucho más consolidada, a pesar de lo mucho que faltaba por hacer. Al menos podía distinguirse bien la imagen de la Virgen sentada sobre una alfombra, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada en señal de aceptación. Vestía una túnica exterior de un tono azul intenso y otra interior de una tonalidad rosácea. El ángel Gabriel portaba una capa roja con hexágonos dorados y aparecía arrodillado saludando con la conocida jaculatoria «Ave Maria Gratia Plena» en letras apenas visibles. La escena se ubicaba en una especie de galería con arcos de un dorado que comenzaba a brillar. Klausen se quedó mirando la tabla y sus posibilidades de promoción cuando estuviera en condiciones de lucir su antiguo esplendor.

En sus ratos libres, Harald escribía un diario. Un cuaderno con sus vivencias, emociones y experiencias cotidianas, por insignificantes que fueran. A veces lo leía y efectuaba algunas correcciones. Sin darse cuenta, iba aficionándose poco a poco a un ejercicio ideal para liberar la tensión acumulada desde su despido del museo. Y de paso ampliaba sus horizontes literarios. Anouk le había propuesto en varias ocasiones la publicación de ese diario.

—¿Qué dices? —repetía sonriendo el danés—. ¿A quién puede interesarle esto?

—No olvides —añadía Anouk— la existencia del público fiel a la autoficción.

—Es cierto, por eso estoy creando una estructura narrativa a partir de estos apuntes. En realidad, la autoficción no existe, Anouk. Todo relato lleva implícito de alguna manera el rasgo personal del autor.

—¿Una novela, Klaus?

—En ello estoy.

—¡Qué interesante! —exclamaba Anouk—. ¿Sobre qué escribes?

Klausen titubeó un poco antes de responder:

—Pues, de las reflexiones de un escritor convaleciente en su casa por un inesperado contratiempo de salud. Allí vive un particular encierro junto a un bosque.

—¡Vaya! ¿Una novela existencial, intimista?

—Bueno, algo de eso hay.

—Me alegra tu iniciativa, querido. Puede ser una buena solución para recobrar tu ánimo.

La idea de su esposa fue calando en su cabeza y el danés retomó la escritura, una actividad arrinconada por el trajín del museo. No en vano, Klausen fue durante años profesor de Historia del Arte en un instituto de Benidorm, pero le venció la monotonía y un alumnado poco sensibilizado y acabó asesorando instituciones y patronatos dependientes de la Administración. «Quizá Anouk tenga razón —pensó Klausen—, sería un buen momento para volver a mi afición literaria. ¿Por qué no?».

Aprovechando las espléndidas mañanas de Calpe, Klausen acompañaba a su esposa buscando encuadres en el tortuoso paseo forestal de la costa, entre Benissa y Teulada-Moraira. A pesar de la frondosidad, los pinos permitían vislumbrar entre sus ramas un panorama de gran plasticidad. Ambos decidían y Anouk, protegida del sol con su ancho sombrero de paja, montaba el caballete en un saliente del camino junto a la cala mientras su marido le ayudaba a sacar los utensilios del capazo. Anouk trazaba con un carboncillo suave el esquema del paisaje; después coloreaba con detalle. Klausen la observaba de vez en cuando sentado, escribiendo bajo la sombra de un pino. Toda una estampa bucólica. A veces, el danés levantaba la vista para ver el desarrollo de la acuarela y la orientaba en los tonos a emplear. Así, con estas excursiones prácticamente diarias, la artista consiguió reunir un buen número de acuarelas. Siguiendo instrucciones de su marido, empezó a preparar otra temática: bodegones que encantaban a un determinado tipo de compradores. El danés le ayudaba a preparar las composiciones ensayando una iluminación específica en cada caso.

Al cabo de tres meses, Anouk Lemoine tenía ya un buen número de obras. Debía seleccionar las mejores para preparar un catálogo. Harald se encargaría de promocionar el nombre artístico de su esposa en las galerías de Benidorm. No tardó en recorrer las principales salas, en algunas de las cuales el danés era muy conocido. Tras varias entrevistas llegó a casa con varios proyectos, unos más consistentes que otros. Volvería para insistir en sus propuestas y la obra en conjunto.

A la semana siguiente, Harald y Anouk habían consensuado su objetivo reuniendo las treinta mejores acuarelas y evitando la excesiva reiteración de modelos. De nuevo, el marido visitó las salas de arte ofreciendo un

proyecto mucho más sólido. Guardó las tarjetas de los galeristas para recordarles su compromiso. Tocaba esperar. Mientras tanto, ambos descansarían del intenso trabajo, sobre todo Anouk, disfrutando del paradisiaco paisaje.

Como cada mañana al levantarse, Jacobo se asomaba a la ventana de su estudio para disfrutar de las vistas del bosque. Avecillas sobrevolaban la frondosidad todavía húmeda del aguacero nocturno. El profesor contemplaba algunos claros, aunque el otoño estaba siendo voraz en vientos y borrascas. Al escuchar la voz de Flora, bajó a desayunar. Antes, salió al buzón a recoger la prensa para ojearla tranquilamente en el salón acristalado. En el jardín, un ligero viento movía los nenúfares de la alberca. Flora pasaba las páginas de los periódicos mientras mordisqueaba una tostada.

—¿Alguna novedad? —preguntaba Jacobo.

—Seguimos igual —exclamaba su esposa—. Parece que la falta de sentido común afecta a la sociedad entera. No entiendo a esta generación de jóvenes para los que todo parece escaparate y espectáculo. Algún que otro payaso se mofa de los demás en la cámara parlamentaria con un alarde de insensatez donde brillantes oradores defendían antaño su pensamiento. Parece increíble que hayamos llegado a esta situación. Tanto enfrentamiento y radicalidad no tiene sentido, así es imposible entenderse.

—Esto no tiene remedio —sostenía Jacobo—. Resulta inconcebible que este país avance a base de leyes educativas que varían según la visión de quien alcance el poder. No hay manera de lograr acuerdos entre sus señorías y así funcionan los planes de estudio, que priorizan las tecnologías en detrimento de las humanidades.

—Bueno, no te preocupes, Jacobo, no podemos hacer nada.

Una noticia de las páginas de cultura captó la atención del escritor:

> Ha dimitido Horacio Molina, director del Museo Canfali, acusado de prevaricación y malversación de fondos públicos. La institución mostraba desde hacía tiempo una decadencia inadecuada para el rango de la prestigiosa pinacoteca. El caso está en manos de la justicia, que no descarta la complicidad de algunos de los miembros del patronato del museo. El suceso ha

conmocionado al mundo cultural y artístico de la ciudad y ha tenido su inmediato eco en los medios de comunicación del resto del Estado.

—La voracidad no tiene límites —se indignó Jacobo—. Lo extraño es que haya renunciado. Al menos ha tenido la decencia de hacerlo.

—No es muy usual en los tiempos que corren —se apresuró a responder Flora. La mujer bebió su segunda taza de café y se despidió de su marido —: Será cuestión de unos días, trabajaré hasta final de mes.

Jacobo volvió al trabajo. Revisó algunas notas dispersas sobre la mesa y deslizó los dedos en el teclado del ordenador hilvanando el relato. De repente se oyó el din-don de la puerta. Abrió y se encontró con Sergio Garellano, el jardinero. Había acudido a petición de Flora para podar las ramas secas del fresno y limpiar el resto del jardín. En realidad, estaba bastante maltrecho por los recientes vendavales. Garellano solía ir una vez al mes para mantenerlo en óptimas condiciones.

—No te esperaba —dijo Jacobo—, mi esposa olvidó avisarme.

A pesar de rondar los sesenta, Sergio mantenía un aspecto vigoroso, alto, de complexión fuerte, cabello ligeramente blanquecino, quizá heredero del rubio juvenil. Hablaba poco, y raramente de su vida personal, bien por timidez, o bien por dedicación absoluta a su trabajo. Resultaba curioso su acento en ciertas palabras, sobre todo en las erres, por sus años de trabajo en Alemania. Venía provisto de un sombrero de paja como el de *El jardinero Vallier*, el modelo preferido de Paul Cézanne. Lo curioso del caso es que Sergio Garellano además de jardinero era pintor. Su pincelada era muy acertada en sus composiciones de macizos de plantas. De su imaginación brotó el aspecto de la alberca de Villa Palatina provista de nenúfares. El solitario borboteo de un caño parecía sumido en una ambigua senescencia. Un simple hilillo resonaba en el apacible jardín sin que apenas se alterara la lámina de la balsa, como el agua oculta que llora en los versos de Manuel Machado. En la ensoñación de Jacobo fluyó por asociación la figura de Gustave Caillebotte, pintor y jardinero a la vez, y su profundo afán por captar el entorno natural del huerto que rodeaba su casa de Yerres en las afueras de París. En cambio, Garellano no había prosperado en su proyección de pintor. Quizá fuera su asignatura pendiente a causa de su enigmático carácter. El todavía lozano jardinero,

al menos en apariencia, trabajaba los lienzos como una prolongación de su soledad. En cierta ocasión, Garellano le obsequió con una de las pinturas que presiden el salón acristalado. Un óleo de aire impresionista que representaba el largo camino de tilos de una de las casas de campo a las que acudía a trabajar. Había cursado, según él, algún módulo de paisajismo y tenía posibilidades para el estudio, pero no había sido capaz de profundizar. Sin embargo, Jacobo sospechaba que el jardinero era un gran entendido en arte. En este sentido, poco se podía pedir a un individuo tan diligente y callado. Nunca hablaba de su vida privada. En alguna ocasión comentó que no le importaba una sanción oficial de sus conocimientos. Solo le interesaba haberlos adquirido. El profesor lo hizo pasar al salón, ofreciéndole un café que él se negaba a aceptar.

—No seas tímido —exclamaba Jacobo—. ¡Siéntate, hombre! ¡Toma energías antes de iniciar tu trabajo!

A veces se mostraba extrañamente eufórico y locuaz. Mientras apuraba la taza, ambos discutían sobre cuestiones de botánica. A Sergio Garellano le costaba hablar, tal vez fuera una falta de autoestima, como les sucede a tantas personas. ¿Acaso sería misántropo? Pero cuando tomaba confianza, su conversación fluía, poseía curiosidad por todo lo que le rodeaba. A pesar de sus rarezas, Jacobo le tenía un gran aprecio. Se había ganado su confianza durante el tiempo que trabajaba en Villa Palatina.

Mientras el jardinero estaba en sus tareas, Jacobo subió de nuevo al estudio para continuar con las suyas. Tomó la estilográfica para esbozar algunas ideas antes de teclearlas. Salvo el paréntesis de la comida, el profesor estuvo todo el día trabajando hasta bien entrada la tarde. Cansado, se asomó a la ventana cuando el día se desvanecía en el cercano conticinio. De pie, inmóvil, contemplaba abstraído el horizonte cuando en realidad la mirada rebotaba en su conciencia. Pasado y presente se unían mediante una cadena de acontecimientos que surgían unos de otros. Por eso al tocar uno de los extremos de esa cadena vibraba el otro. Una secuencia de pensamientos descansaba en el ocaso violáceo y gélido. «Tempus fugit», exclamaba el poeta Virgilio, y no le faltaba razón. El día se escapaba como el agua se pierde entre los dedos de la mano. El silencio del bosque quedaba roto por el eco lejano de un mirlo. En la serenidad del momento, Jacobo aprovechaba para examinar algunos apuntes de su novela mientras un torrente melódico inundaba el recinto con el molto

moderato de la Sonata n.º 21 de Schubert.

Harald y Anouk desayunaban en la terraza observando el cabrilleo del mar. En aquella llanura azul, el danés soñaba nuevos horizontes. Se encontraba exultante en un paisaje liberador de pesadumbres pasadas. Después de un breve silencio, ambos comentaban con satisfacción el espléndido trabajo realizado por su hija Ninette. La tabla lucía ya todo su poderío y lo que otros subestimaban, sería motivo de admiración. El mundillo del arte es así. Una llamada telefónica cortó en seco la charla. Klausen se apresuró a contestar y comenzó a gesticular asomado a la barandilla de la terraza. Su esposa escuchaba atenta la conversación. Cuando terminó, Klausen se acercó a Anouk con buen semblante.

—¿Buenas noticias, Harald?

—Sí, querida. Me han llamado de la Galería La Palmera de Plata. ¿Te acuerdas? La de la avenida de Europa de Benidorm cuya dueña es Marga Babiloni. Nos conocemos de manera esporádica por tratos con el museo. Está interesada en la exposición y nos cita mañana por la tarde para iniciar las gestiones. Me solicita algunos originales para examinarlos.

—¡Ah! Perfecto —exclamó Anouk—. ¡Qué alegría! Elegiremos los más impactantes, ¿no crees? Pero lo importante es que le encante el color y el efecto de la atmósfera creada. En fin, ya sabes. Le llevaré una fotografía de la predela gótica recién restaurada. Le diremos que queremos exponerla al público. Los entendidos sabrán apreciar su valor.

Con la satisfacción de ejercer en su nuevo puesto de trabajo, Klausen se dirigió con su esposa al estudio para cumplir con la exigente Marga Babiloni, todo un referente en la ciudad de Benidorm. Cualquier artista que deseara ganar visibilidad debía pasar por su galería, pues sus exposiciones estaban en boca de todos los amantes y consumidores de arte, marchantes, anticuarios y cuanto se relacionara con este mundillo.

Cuadros para una exposición

—Intuyo que no has descansado bien esta noche. Te he notado intranquilo. Quizá hayas tenido pesadillas. ¿No es así, Jacobo?

—Puede que tengas razón. Me he despertado con una ligera jaqueca.

—Ayer hablé con la doctora —dijo Flora—. Le confirmé la cita que tenemos la próxima semana en el hospital. Así conoceremos los resultados de la revisión médica. No temas, sin duda estás mejor, no hay más que verte, con algún que otro pequeño bajón anímico, pero lo irás superando poco a poco. Nada comparable a tu estado emocional de hace unos meses.

Flora untaba la mantequilla en las tostadas mientras miraba de reojo el reloj del salón acristalado. No le gustaba llegar tarde al trabajo.

—Recuerda que a las diez vendrá Juana. Dile que lleve cuidado al quitar el polvo de los cuadros.

—Vete tranquila, cariño. Descuida. Se lo diré.

—¡Ah! Se me olvidaba, he encargado al chico de los periódicos los tres libros que querías. Los tendrás pasado mañana. A este paso tendremos que habilitar más espacio en la casa. Estarás contento, posees una gran biblioteca.

—Eres un sol, Flora. Tienes razón. Es bueno tener una buena colección de libros. Me hace sentir bien, leo y hago muchas consultas, lo sabes. El libro de papel como objeto manejable crea una cercanía nada semejante a la frialdad de la pantalla electrónica.

Flora escuchaba con atención las disquisiciones de su marido mientras sorbía el café cargado de todas las mañanas. A continuación, le dio un beso, se despidió y abandonó la casa camino al trabajo con paraguas y abrigo en mano.

Juana era una muchacha que había superado los treinta. Flora la conoció en Asuntos Sociales del consistorio donde la joven había acudido para tramitar una subvención. Su marido, Melitón Larios, carecía de estudios.

Nunca tuvo un trabajo estable, tal vez por su falta de luces y holgazanería. A veces cubría las bajas en la Cafetería Golden Eyes de Benidorm, donde trabajaba de camarero. Dada su locuacidad, cuando no se sentía vigilado por el jefe, aprovechaba la ocasión para hablar con los clientes más asiduos. Opinaba de todo, de fútbol, de toros, de marcas de *whisky.* Conocía los gustos de los clientes para ciertos temas. Hasta entabló amistad con un ejecutivo, un tal Sebastián, de una multinacional cuya sede estaba situada arriba del establecimiento. Hablaban de mujeres, de *realitys* de televisión, incluso llegó a proponerle algún tipo de negocio. Pero en ese momento Melitón engrosaba las listas del paro. Resultaba más cómodo tomarse una cerveza en el bar con los amigos, y eso que tenía dos hijos a los a los que educar y alimentar, incluso estaba pensando en solicitar una jubilación anticipada alegando una remota discapacidad, aunque la prestación fuese mínima. A pesar de las discusiones, Juana no logró hacerle razonar, por ello la joven no dudó en buscar el sustento familiar. Melitón pertenecía al mundo de las afueras, un lumpen que la ciudad expulsaba de la misma manera que sacude las migas de un mantel. Desclasado, sin la consideración siquiera de proletario urbano, no poseía ni medios de producción ni fuerza de trabajo porque nunca había tenido conciencia de ello. Un pobre diablo que con su indolencia contribuía a cerrarse todas las puertas de una vida digna, siempre envuelto en un círculo vicioso. Flora se apiadó de esta familia, pero sobre todo de los pequeños, y contrató a la muchacha como empleada del hogar para que acudiera durante unas horas al día.

Jacobo subió al estudio, no sin antes asomarse a la ventana para contemplar el bosque. Tras el aguacero nocturno, el día despuntaba entre gotas de lluvia atrapadas en los árboles. El cielo amoratado se mostraba herido por una nota de color, un arco iris surgía débil detrás del fresno. «Menos mal que el jardinero estuvo arreglando ayer el jardín», pensó Jacobo. Tras la lluvia estaba perfecto. Se sentó ante la pantalla del ordenador y comenzó a cotejar unas notas del día anterior.

Harald Klausen y Anouk Lemoine andaban inmersos en los preparativos de la exposición. Como cada mañana, el sol invadía la terraza mientras desayunaban comentando sus planes inmediatos. El teléfono interrumpió la conversación.

—No me gustan las llamadas tan tempranas —exclamó el danés—, ya

veremos qué pasa ahora.

—No seas pesimista, Harald, por favor —esgrimió Anouk.

El danés entró en el salón para descolgar el auricular. Su esposa observaba unos aspavientos exagerados. Presentía que algo no marchaba bien. Klausen colgó el teléfono y salió a la terraza con la irritación en el rostro.

—¿Quién era? —preguntó Anouk.

—Marga Babiloni —dijo en tono airado—. La exposición ha sido cancelada.

—¿Pero qué dices, Harald? ¿Cómo puede ser eso?

Cuando encontraba la inspiración, Jacobo era capaz de detener el sol como Josué, o simplemente el tiempo dejaba de existir para él. Tras haber consumido casi toda la mañana escribiendo, hizo un alto en el camino y suspiró mirando la ventana. «Vivimos en la era del *Homo vulgaris* en la comodidad de un mundo sin libros», pensaba el profesor. No le faltaba razón. Algo que le recordaba a la novela *Fahrenheit 451*, pero también al incendio de la biblioteca de Los Ángeles en 1986. Un hecho eclipsado por el desastre de Chernóbil. Nunca se supo quién estuvo detrás de aquel siniestro. En cambio, en el de Sarajevo sí se conoció la autoría de la tragedia. Paradójicamente, fue un fanático profesor universitario que amaba la literatura, aunque antepuso su ideología por encima del pensamiento. Sabía muy bien que aquella biblioteca era el punto de encuentro entre las diferentes culturas de la ciudad. De todas formas, el fanatismo puede quemar libros, pero el pensamiento no es combustible.

Jacobo reflexionaba muchas veces sobre el tipo de sociedad actual. Lo sucedido en el instituto le perseguía, aunque cada vez quedaba más lejos. Su mejoría le había permitido recibir alguna que otra visita de compañeros de trabajo, siempre en presencia de Flora.

El día que salió en defensa del profesor, a la salida de clase, Bruno quedó tendido en el suelo y con el rostro ensangrentado. Aarón y sus amigotes se la tenían jurada. Le dieron una paliza no solo al muchacho, sino también a Adrián, que salió en su defensa.

—Serás hijo de puta, cabrón. ¡Me cago en tus muertos! —bramó enfurecido Aarón propinándole a Bruno un puñetazo en la tripa.

—Ven aquí, mamón, no huyas como una gallina asustada, ¡Brunete! —

intervino un enloquecido Enzo.

—La gallina asustada lo serás tú, locatis —gritó Adrián que se llevó una patada en la barbilla.

—¡Machácalos, hostia! —se unía Chloe, la chica que tenía tres personalidades, la normal, la buena y la mala, según decía ella. Al parecer esa vez había sacado la peor.

Una vez consiguieron su propósito, los valientes guerreros se dieron a la fuga, quedaron tendidos en el suelo Bruno y Adrián. Mientras Maite atendía a sus compañeros, Victoria corría en busca de algún profesor para dar cuenta de aquella locura. El Consejo Escolar intervino y llamó a los padres de los alumnos conflictivos, tan agresivos como sus propios hijos. Pareció que la reunión calmó los ánimos, aunque después de una tregua, volvieron a la carga. La necesidad de protagonismo de esos chicos era insaciable. Ante la situación creada, los padres de los estudiantes agredidos planeaban un cambio de instituto para el curso siguiente. Con ese clima de violencia, las clases no podían desarrollarse de manera normal. Solo que, antes de que finalizara el curso, comenzó a gestarse el asalto final. Bruno comenzó a recibir mensajes intimidatorios y amenazas de manera constante. Aquello era solo el comienzo.

En estas reflexiones, el profesor se quedó dormido.

Eran las dos de la tarde y la editorial, ante la próxima presentación de la nueva novela, había preparado a Jacobo una entrevista con una conocida periodista en un céntrico restaurante. Comenzaba así la promoción, algo que el profesor no rehuía pero que tampoco le entusiasmaba. Pensaba que con un par de reportajes y algún programa de radio o televisión sería suficientes. En un principio le extrañó la cita. Creía que sería en un café. Una taza y una conversación sin más, pero ¿una comida? Detrás de la barra, a través de una ventana, se veía la cocina y el ajetreo del personal de servicio entre sartenes y fogones. Una cara conocida para Jacobo parecía dirigirlos. De repente, el profesor reconoció al personaje. Era la doctora del hospital. Ante la extrañeza, preguntó a la periodista si conocía a aquella mujer.

—Sí, claro —respondió—. Es la dueña del local.

—¿La dueña?

Jacobo se disculpó y salió a saludarla. Aprovecharía la ocasión para que le aclarase unas dudas sobre unos medicamentos. Cuando iba a alcanzarle, la doctora salió a toda prisa hablando por el móvil. Quizá una llamada imprevista, pensó. Volvió con la entrevistadora y encontró la mesa llena de platos de comida. Ante su asombro, Laura Garcerá, que así se llamaba la periodista, le sacó de dudas:

—La dueña del local ha tenido la deferencia de ofrecernos una degustación de las mejores recetas de la casa.

—¡Ah!, ¿pero usted también la conoce?

—A quien debe de conocer es a usted, Jacobo.

—Pues creía que no me había visto —comentó el escritor sorprendido ante la variedad de platos tan exquisitos.

—Estaba todo muy sabroso, Flora. Pero no he podido hablar con la doctora —fueron las primeras palabras que le dirigió a su esposa.

—Jacobo, estás adormilado. ¿Qué te ocurre? ¿Has tenido otra pesadilla?

Abrió bien los ojos y miró a su alrededor para cerciorarse de dónde se encontraba.

—¿Se ha marchado la periodista?

—¿Qué periodista? —preguntó asombrada Flora.

Poco a poco iba volviendo a la realidad. Abrazó a su esposa para librarse de su desorientación.

—Cálmate, ya estoy aquí.

—Estoy bien, Flora. No te preocupes. Solo estaba soñando. No es nada.

Flora bajó a la cocina a preparar la cena. Jacobo se asomó mientras a la ventana de su estudio. Un escuálido resplandor iluminaba todavía el horizonte. A la izquierda un punto brillante, Venus, asomaba con discreción vigilando el bosque. Abajo, la penumbra. El profesor volvió un momento a la pantalla de su ordenador y revisó la última escena que había salido de su imaginación.

Rapsodia en azul

Ante la respuesta de Harald, su esposa no salía de la estupefacción.

—¿Un error de agenda? ¿Y tú te lo has creído? ¿Ahora tenemos que esperar varios meses? ¿Pero cómo una experimentada galerista tiene ese tipo de errores? ¡Qué falta de respeto! ¡Esto es intolerable! ¡Le voy a llamar y le voy a decir…!

Klausen la interrumpió:

—¡Cálmate, Anouk! No lo estropees más. Ya le he dicho yo bastante. No vale la pena coger más disgustos. Ya pensaremos algo.

Entre los dos se hizo un largo y tenso silencio. En el semblante de la acuarelista se dibujaba su indisimulado nerviosismo por un contratiempo tan absurdo. Mientras tanto, sus miradas quedaron extraviadas en un punto incierto del horizonte. El danés volvió la vista hacia su esposa.

—¿Por qué no llamas a ese coleccionista francés?

—¿A Jean Bélanger? —preguntó la acuarelista.

—Debe de conocer a Marga Babiloni.

—Es una buena idea. Bélanger puede hacer averiguaciones y sacarnos de dudas.

A la semana siguiente, el anticuario, aprovechando su visita a la cita anual de arte contemporáneo en Alicante, pasó por La Palmera de Plata. Allí encontró a la dueña atendiendo a una visita. Cuando hubo terminado, Bélanger se acercó y se saludaron.

—¿Qué tal, Jean? No me digas más. Vienes de Alicante.

—Sí, Marga, lo has adivinado. Tengo clientes franceses interesados en alguna pieza para su colección y he recogido información para que decidan. Por cierto, ¿tienes algún fondo de acuarelas? Tengo dos clientes amantes de temas paisajísticos.

—Pues mira, ahora que lo dices había una exposición preparada para dentro de poco que he tenido que cancelar.

—¡Qué lástima! —dijo Bélanger—. ¿Qué ha ocurrido, Marga?

—He tenido que aceptar un compromiso ineludible de una pintora novel. No la conoces. Es la hija de Sebastián Triguero y Pérez de Arce, gran coleccionista de arte y persona muy influyente. Además, ejecutivo de una multinacional holandesa. Vive cerca de Benidorm, bueno, en Altea, en un casoplón junto a la cala del Mascarat. En fin, la niña no lo hace mal. La exposición recoge un conjunto de óleos de escenas cotidianas en un cierto estilo naíf. En confianza, a mí no me gusta mucho, pero no he tenido más remedio. Triguero es un gran cliente de la casa al que le debemos mucho. Ya conoces el mundo del arte.

—Bueno, hay de todo, Marga.

—Bien, pero con este tipo de iniciativas —decía la galerista con una sonrisa cínica—, nadie nos echará en cara que no apoyamos a los jóvenes creadores. La inauguración es dentro de tres días. ¿Vas a estar por aquí, Jean?

—Creo que sí, Marga.

—Pues pásate y te presento a Triguero.

El anticuario miró su reloj.

—Se me hace tarde. Nos vemos pronto.

—Adiós, Jean.

A primera hora de la tarde, Bélanger anunciaba su visita en el domicilio de Harald y Anouk. La tarde era espléndida y los tres departían en una animada charla alrededor de un cóctel Bacardí, el preferido por el anticuario, una sencilla mezcla con limón y granadina además del famoso ron. Para el matrimonio, lo más esperado de la visita era, sin duda, la información que traía el francés de La Palmera de Plata. La conversación se prolongó hasta casi el anochecer. Era tan tarde que Anouk preparó una cena fría e insistió al anticuario para que se quedara. Habían trabado ya una buena amistad. En realidad, la placidez del lugar y el suave rumor de las olas que ascendía hasta la terraza constituían razones más que suficientes para no rechazar la invitación. Harald sirvió un Sauvignon Blanc fresco, de la tierra, y los tres brindaron por tiempos mejores. El danés, más conocedor de los hilos que mueven el mundillo, no quedó demasiado impresionado. Es más, entendía la canallada. Una más en una larga cadena. Quien quedó afectada fue Anouk.

—No seas inocente —repetía su marido—, acéptalo como algo habitual dentro de estos ambientes. No te lo tomes así. Existe mucha especulación y

desde luego muchos intereses en juego.

En un momento de la velada, Bélanger sacó del bolsillo de la chaqueta una tarjeta que entregó a la acuarelista. Anouk leyó un tanto sorprendida: «Galería Azul. Plaza de Neptuno, número 4, Benidorm».

—Es una galería de reciente apertura —dijo el anticuario—. Lleva poco funcionando y está buscando expositores. Contacté con el dueño, Alexander Bauer, un joven de unos treinta años, con grandes iniciativas, buen entendedor y formado en Bellas Artes. De ese ambiente universitario proceden gran parte de sus amigos. Gael, crítico de arte y experto en música clásica, publica en diarios las crónicas de los conciertos de la Sinfónica de Alicante. Noël, cuya creatividad en las composiciones de hierro fundido ha traspasado fronteras, y Ariadna, una brillante paisajista que trabaja para la Administración. Con Alex me une una cercana amistad. Le hablé de la calidad de tus acuarelas y quedó satisfecho con mis explicaciones. No vas a quedarte sin tu exposición. Además, me he tomado la libertad de concertaros una visita. ¿Qué os parece mañana por la tarde?

Una emocionada Anouk le agradecía sus gestiones y el interés mostrado:

—Descuida, Jean, que mañana sin falta Harald y yo acudiremos a esa cita.

La brisa vespertina había cesado y la calma crepuscular invitaba a disfrutar de la placidez de la reunión. Unos parpadeantes puntos de luz a lo largo de la costa se afanaban por anunciar la oferta de ocio junto al mar.

Jean Bélanger llegó con el tiempo justo a La Palmera de Plata. La sala estaba repleta. A duras penas el anticuario consiguió abrirse camino para estar cerca de los anfitriones. Se hizo un silencio y Marga Babiloni habló sobre los óleos expuestos. Allí estaba Sebastián Triguero con aspecto ufano siguiendo con atención las alabanzas hacia el fuerte cromatismo de las pinturas y los colores encendidos de pincelada consistente. Tras unos calurosos aplausos, la galerista bajó de la tarima y comenzó a saludar a los invitados. El francés tomó una copa de cava que le ofreció un camarero. Mientras sorbía de la elegante cristalería, una voz a sus espaldas le solicitaba. Era Marga Babiloni.

—¿Te gusta? Es un cava delicado, con una burbuja muy fina y un punto dulzón, nada menos que un gran reserva Xalonium.

—La ocasión lo merece —comentó el caballero que se había acercado a la galerista—. Mi nombre es Sebastián Triguero —se adelantó el ejecutivo.

—Disculpa, Sebastián, es Jean Bélanger, un prestigioso coleccionista

francés muy vinculado a esta tierra.

—Encantado, señor Triguero. Ha sido una gran iniciativa la de esta galería en apostar por jóvenes creadores sin visibilidad. Hay mucho arte emergente en los barrios de las grandes ciudades.

Babiloni notó en las palabras de Bélanger un cierto sarcasmo, pero como buena maestra de ceremonias, la galerista cambió de tercio y le obligó en cierta manera a pronunciarse sobre la obra allí expuesta.

—No está nada mal, su hija está en una fase de expansión creativa interesante.

El anticuario salió como pudo de aquella encerrona y se despidió de Triguero con el compromiso de encontrarse en un futuro cercano.

—Así lo espero —contestó Bélanger.

Retirado en un ángulo de la sala, el anticuario echó un vistazo al ambiente. Observó un público elegantemente vestido charlando en diferentes corrillos que fluctuaban constantemente por los saludos entre ellos. Quizá no hablaran de arte, comprarían por inercia. Probablemente no leerían las críticas que las revistas especializadas efectuarían al día siguiente sobre el carácter de la exposición. Nada de eso importaba, porque la sala era una fiesta y todo el mundo estaba encantado repartiendo sonrisas como gajos de naranja dibujadas en sus labios. Quizá la pintura fuera lo de menos. Era simplemente la excusa para reunirlos en momentos de interminable felicidad.

A punto de abandonar la sala, Bélanger se fijó en una joven que contemplaba uno de los óleos. No había nadie a su alrededor. El anticuario se presentó y ambos entablaron una breve charla. La muchacha estaba en el último curso de Bellas Artes.

—Para mí es el mejor de todos —dijo ella—. El resto de la obra es bastante mejorable, no me gusta este colorismo tan exacerbado. Ha utilizada técnicas pictóricas demasiado intensas, me parecen hasta pirotécnicas, sin planificación. En algunos caos el resultado es de una chapuza indescriptible. Esta galería siempre se había caracterizado por ofrecer calidad. No sé qué les ha pasado esta vez.

La joven se despidió mientras el anticuario apuraba la copa del gran reserva Xalonium.

A la hora prevista, Harald Klausen y Anouk Lemoine entraban en la Galería Azul. Preguntaron por Alexander Bauer y esperaron durante unos momentos. El establecimiento gozaba de una exquisita decoración que encandiló a la acuarelista. La cubierta de la sala principal tenía un techo inclinado de madera antigua, de fuerte contraste con las paredes blancas, y un muro descarnado de ladrillo cara vista. Alexander salió a saludarles y los tres pasaron a su despacho.

Bauer era un joven alto, de rasgos germanos y carácter meticuloso que aplicaba a sus estrategias profesionales, cualidades heredadas de su madre. De su padre, un punto de extroversión latina, además de una inquebrantable fidelidad a sus amigos, porque la amistad para él estaba por encima de todo. Alexander Bauer tenía un aire de galán de cine. Lucía una barba fina, rubia como su cabello, y vestía una elegante americana, aspectos que unidos a su buen porte transmitían una atractiva aureola.

Anouk llevaba consigo las acuarelas que había elegido en su día para La Palmera de Plata. Bauer admiró el efecto etéreo de los paisajes dotados de una sugerente neblina. La reunión se prolongó durante una hora. El galerista accedió a la propuesta, alabó la obra y fijó fecha para la exposición. El joven tomó nota de otros pormenores para comunicar a Klausen a su debido tiempo. Anouk salió muy ilusionada por la buena sintonía del encuentro. Un tiempo nuevo había comenzado para la pintora.

Un Sebastián Triguero ávido de negocios había citado a Jean Bélanger en la terraza del Finestrat Cocktail Room*,* un exquisito bar de copas junto a Benidorm. En tan solo unos meses de funcionamiento el moderno local había logrado volar alto y gozar de la aceptación del público de la zona. Instalado en un cómodo sillón de mimbre y con una suave música de fondo, el anticuario esperaba la llegada de Triguero. En las mesas del interior había cierto murmullo clientelar que se movía en una moderna decoración de espejos donde los camareros pasaban repetidos, como decía Umbral del Café Gijón la primera noche que llegó. La mirada de Bélanger recorría la pequeña cala vigilada por una cresta rocosa. En la luz del atardecer el mar lucía un sugestivo malva azulado y el aroma del salitre crepitaba a ras del arenal. La llegada del ejecutivo no se hizo esperar. Con paso firme, su amplia zancada movía con ligereza una melena juvenil que disfrazaba su

madurez de cincuentón. Saludó de manera efusiva a su interlocutor y ambos comenzaron una charla dominada por la imparable locuacidad del ejecutivo. Un abrumado Bélanger desviaba, a veces, la mirada hacia el apacible crepúsculo donde los transeúntes no eran más que oscuras siluetas anónimas transitando el paseo. Triguero formaba parte de esa clientela exigente que gozaba con la contemplación del anochecer sosteniendo una copa en la mano, todo un ritual para atrapar un instante mágico. Las estrellas fugaces llegarían solas. El ejecutivo solicitó un arrow. Bélanger no quiso arriesgar y el camarero le sirvió un clásico cosmopolitan.

—No conozco su bebida —exclamó el anticuario.

Triguero arrancó una breve carcajada, casi adolescente.

—Bueno, es una mezcla de ginebra, guanábana, granadilla, zumo de limón, zumo de manzana, sirope de laurel y pimienta rosa, un cóctel siempre disponible en muchas cartas de la Amazonia. Lo conocí en un viaje a Perú. Aunque debo decir que en este local también lo sirven de manera exquisita. Reconozco mi rigurosidad también en el buen yantar. Si admite la propuesta de este experimentado tenedor, allá y acullá, le recomendaría los mejores fogones y a los que nunca debería acercarse, por muy buen cartel que exhiban. Hace unos días, Heinrick van der Heide, presidente de la empresa holandesa donde trabajo, y varios miembros del consejo de dirección nos reunimos por indicación mía en el Salón de la Chimenea, un discreto comedor de Il Gattopardo. Para mí la mejor cocina de Benidorm. Los demás locales de hostelería, salvo alguna excepción, qué quiere que le diga, dejan bastante que desear a pesar de su fama. Créame, en Il Gattopardo comimos a placer el menú de degustación, culminamos con un exquisito postre. Se lo digo en confianza, amigo Bélanger, porque probablemente sea usted también amante de la buena mesa y poseedor de buen olfato para catar caldos de cierta nobleza y reserva. Confieso que soy un sibarita.

Bélanger asistía atónito a la petulancia de su interlocutor. Un hortera de mucho cuidado. Eso de denominar caldos a los vinos al anticuario le parecía una estupidez. Mientras escuchaba tanta vanagloria, pensaba en Anouk y su sencillez para la mesa. Sería impensable que la pobre acuarelista saliera indemne de las exigencias de ese fatuo.

Entre sorbo y sorbo, Triguero fue desgranando todo un rosario de ambiciosas propuestas. El anticuario escuchaba con atención la palabrería

del ejecutivo, una cualidad de la que se percató nada más ser presentado por Marga Babiloni. Jean creyó que aquella reunión podría convertirse en una buena ocasión comercial, dejó a un lado sus prejuicios y se dedicó a escuchar en silencio. Pero, a medida que iba conociendo los planes de Triguero, Bélanger no daba crédito ante la catarata de inaceptables propuestas. No estaba dispuesto a respirar tanto humo ofrecido en bandeja de plata por aquel extravagante hombre de negocios.

En un momento de la conversación, el francés torció el gesto ante su interlocutor. Visiblemente contrariado, aunque sin perder la calma, y de manera sutil fue desvinculándose de las intenciones del ejecutivo. Bélanger era un firme defensor de la honestidad profesional por encima de todo. Al final, el anticuario se decidió a hablar:

—Siento decirle, señor Triguero, que no me gustan sus propuestas. Mercadear con obras de arte de dudosa procedencia no es lo mío. Se ha equivocado de persona.

Triguero se sorprendió, no esperaba una respuesta tan rotunda.

—No sé por quién me ha tomado, Jean. Al fin y al cabo, estamos salvaguardando el arte.

—Disculpe. Lo están humillando —dijo un airado Bélanger—. Por lo que he escuchado, a usted no le preocupa la ignorancia de ciertos comisarios, ni el funcionamiento de los museos, ni la enseñanza del arte, ni la cultura en general. No deseo entrar en la comedia que me propone.

La mirada de Triguero se nubló, estaba acostumbrado a comprar la voluntad de sus interlocutores y no aceptaba negativas de nadie. No obstante, asumió la derrota sin más explicaciones.

—Bueno, Bélanger, tómese su tiempo, quizá le haya atosigado con tanto ofrecimiento. Le sugiero que recapacite. Igual no ha entendido bien mis proyectos. De todas formas, ha sido todo un placer charlar con usted. Estamos en contacto, el mercado del arte nos ha unido —se despidió cínicamente.

El anticuario le devolvió la sonrisa.

—Conmigo no cuente.

Se levantó, terminó su cóctel y se despidió. Triguero permaneció sentado viéndolo alejarse. Su mirada denotaba estupefacción y rabia. Nadie se había atrevido a hablarle así. Su narcisismo no lo podía consentir.

La consagración de la primavera

En el desayuno, a raíz de una fotografía en primera plana del diario *La Región*, Jacobo y Flora hablaban sobre el alboroto organizado entre varios parlamentarios del hemiciclo.

—Algunos —se quejaba Jacobo— son especialistas en ello, con una jactancia y una provocación intolerables. Se dirigen al tendido enarbolando un tronío similar al del toreador Escamillo en *Carmen* de Bizet, mientras a este país se le amontonan los problemas. Hoy, estos servidores del bien común —decía con sorna— no practican el arte de persuadir ni de motivar. En sus arengas imponen, no convencen, quedan muy lejos de Cicerón, supongo que sabrán quién era.

—¿Cicerón? No me hagas reír, Jacobo. Menuda comparación. ¿Qué valor de la palabra ni qué niño muerto? ¿Qué esperas de la pobreza intelectual de estos políticos? Hazme caso de una vez, Jacobo, deja la política en paz. Ahora que estás mejor no vayas a empeorar. La revisión médica del hospital fue muy favorable. No busques broncas y ve a lo tuyo.

—Lo intento, Flora. Pero ¿no te das cuenta? Vamos de sobresalto en sobresalto diario.

—Ya lo veo, pero ¿vas a solucionar tú ese desmadre?

—No, claro que no.

—¡Pues olvídalos! ¡Menudos majaderos!

Cuando marchó Flora, Jacobo subió al estudio. Tenía ya el trabajo bastante avanzado. Todo un síntoma de inequívoca mejoría. No en vano habían pasado ya varios meses desde la crítica situación inicial. Su salud corría en paralelo a su buen ánimo, razón por la que cada día escribía unas quince páginas, de las cuales aprovechaba nueve, más o menos. Ya era un buen porcentaje. Pero para ello necesitaba el silencio, la meditación. A veces, cuando no encontraba la frase exacta, se levantaba, daba varias vueltas por el recinto y miraba por la ventana hacia el bosque, como si la respuesta estuviera en el viento, como diría Bob Dylan. Siempre decía que

esos momentos de distracción eran necesarios, estaba convencido de que la mente trabajaba inconscientemente por él. Cuando volvía al sitio y se enfrentaba al texto, la expresión adecuada casi siempre salía a su encuentro. Si la idea andaba difusa, tomaba su estilográfica y trazaba diversos escenarios posibles con flechas de conexión, dibujos y tachaduras hasta encontrar el término perfecto. No le resultaba fácil, claro. Ese era uno de esos días. La búsqueda incesante de la expresión exacta le llevó media mañana, hasta que, exhausto, se durmió con la estilográfica en la mano. Un golpe seco le despertó. Alguna rama seca que seguramente golpearía los cristales por el fuerte viento. Miró la hora y aprovechó para comer lo que Flora le había preparado. Tras un descanso, siguió con su trabajo hasta media tarde.

En un momento dado, apartó la vista de la pantalla y se levantó. La ventana mostraba un incierto paisaje de nubes plomizas. El escritor reflexionaba sobre el uso de las nuevas tecnologías. En cierta manera, para algunos usuarios las nuevas aplicaciones habían sustituido a la palabra. El verbo siempre debe ser indispensable. En nuestros días, no hay congreso ni convención, incluso debate universitario, donde no esté presente el PowerPoint. No es censurable. Esa tecnología viene muy bien para apoyar y completar una charla, nunca para sustituir la oratoria. Quizá por ello Jacobo admiraba a los que se dirigían a un auditorio con una buena dicción, sin leer guion alguno. La audiencia merece que el conferenciante mire a los ojos, module su tono de voz cuando sea menester, ponga énfasis en sus expresiones y ejerza el poder de persuasión de todo buen orador. Cuando más abstraído se encontraba sonó el teléfono móvil. Era Manuel.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo te encuentras?

—¡Qué tal, hijo! ¡Qué alegría! Pues me encuentro mucho mejor. Aquí estoy, muy motivado con la novela.

—Me parece una excelente iniciativa. Tu carrera literaria debe seguir adelante, tarde o temprano será reconocida. Es una intuición mía, y no creo que me equivoque.

—¡Cómo te lo agradezco, Manuel! ¿Y Tú? ¿Cómo estás?

—¡Ah! ¡Muy bien! Aquí con mis pacientes de siempre. Sin novedad. ¿Mamá está bien?

—Sí, cariño. Más relajada, esperando la excedencia.

Para Jacobo constituía todo un alivio el apoyo de su hijo. La conversación siguió en un tono de gran naturalidad entre ambos. Al final había llegado a la conclusión de que lo que importa es el núcleo familiar. Lo demás son carreteras secundarias.

Cuando Flora regresó, sorprendió a su marido ante la ventana del estudio. La lluvia había cesado y el ocaso estallaba majestuoso. El profesor se esforzaba en modificar su destino, sentía la necesidad de escribir el guion de una vida diferente. ¿No existía acaso esa posibilidad? Su sosegada existencia se poblaba a menudo de imágenes y de vivísimas figuraciones. Un sol rutilante y anaranjado estimulaba su ánimo. Flora le puso la mano en el hombro. Jacobo se volvió y estrechó a su esposa sonriente entre sus brazos. Un efusivo momento en el que su mirada se detuvo en la pantalla donde moraban las últimas líneas de su novela.

Era media tarde y un sol de ámbar invadía el estudio de Anouk. La acuarelista retocaba un trabajo cuando sonó el teléfono. Dejó los pinceles, se limpió las manos con rapidez y descolgó el auricular.

—¿Hablo con Anouk? —se oyó desde la otra parte del aparato.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Buenos días, soy Alexander Bauer, de la Galería Azul.

—¡Ah, perfecto! Me alegro de saludarte —dijo la acuarelista—. Aquí estoy, dando unos retoques a una marina.

—Es increíble tu capacidad de trabajo. No quiero molestarte. Pásame con Harald y le comento unos detalles del acto.

—Hola, Alex, ¿qué tal?

—¿Tienes un momento, Harald?

—Sí, por su puesto, dime.

Ambos mantuvieron una provechosa conversación sobre la organización del acto, el número de obras a presentar y algunas ideas para su promoción. Los dos concertaron una nueva cita para más adelante en las vísperas del evento.

—¿Cómo ha ido, Harald?

—¡Muy bien! Alexander Bauer es un buen gestor. Me gusta su forma de trabajar. La inauguración de la muestra será dentro de quince días.

—¡Oh!, Harald. Eso es una gran noticia —exclamaba la acuarelista abrazando a su marido—. Vamos a ello —dijo una Anouk entusiasmada—. No debemos perder detalle. Bélanger nos ha hecho un gran favor.

Para celebrarlo, ambos se sirvieron un martini en la terraza mientras sus miradas se concentraban en dos diminutos veleros que surcaban un mar en calma. A sus rostros felices se unía el susurro de la conversación de ambos en la luz violácea del crepúsculo. Dos delgadísimas palmeras cimbreaban sus penachos junto a la caleta.

Algunos corrillos bisbiseaban a la puerta de la Galería Azul esperando su apertura. Nada más entrar, Jean Bélanger se acercó a saludar a Harald. El anticuario hacía las veces de improvisado maestro de ceremonias dando la bienvenida a los invitados en una estancia a media luz. Tras las breves alocuciones de Alexander Bauer y de Anouk Lemoine, los focos se encendieron mostrando a los allí presentes la singular pincelada de la artista y la tenue transparencia de los espacios creados. A la vista de las acuarelas, el murmullo de los visitantes se acentuó. Todos comentaban sus impresiones y hacían apuestas para elegir las de mayor impacto visual. Dos camareros ofrecían de sus bandejas unas copas de cava. Bélanger tomó una y la paladeó.

—¿Qué tal? —preguntó Klausen a sus espaldas—. Es un Marinium gran reserva, un moscatel espumoso de la zona.

—Excelente, muy delicado —respondió el anticuario—. No he podido todavía saludar a su esposa, la requiere todo el mundo.

—Sí, es cierto. Jean, pero tutéame, por favor, huyamos de protocolos.

—Oh, sí, Harald, gracias.

—La noto entusiasmada —dijo el danés—. Se merecía una recompensa así después de tanto esfuerzo por abrirse camino.

—Mira, Harald —señaló Bélanger discretamente con el índice, al fondo estaba Anouk—. ¿Conoces al joven con el que está hablando?

—No —respondió Klausen.

—Es Pablo Renzi, conocido periodista de la revista *Punto y Aparte*, un medio de gran difusión. Alex Bauer tiene buenos contactos —sostenía el anticuario—. Intuyo que este local estará pronto entre los mejores de la ciudad.

Frente al muro de ladrillo visto, lucía la espléndida predela recuperada por Ninette. El rescate de los dorados arcos polilobulados, la vaporosidad de los ropajes y la sutilidad de las figuras concedían a la escena de la Anunciación

una gran delicadeza y espiritualidad. No estaba a la venta como el resto de la obra, pero generó una gran curiosidad entre los asistentes. Al fin y al cabo, constituía una forma de dar a conocer y poner en valor el minucioso trabajo de las restauraciones de arte.

Tras varios intentos de fuga, Bélanger había quedado libre de interlocutores incómodos y observaba el ambiente con una copa en la mano. El cóctel estaba animado. Picoteó una croqueta que le ofreció uno de los camareros y siguió con la mirada el transcurso de la fiesta. Al fondo, Anouk, elegantemente vestida para la ocasión, era la anfitriona perfecta, una cuestión nada fácil, sobre todo cuando no había tenido demasiadas ocasiones para aprender y demostrarlo. Abandonaba a un invitado para dirigirse a otro con una inusitada calidez y distinción. Por su parte, el joven Alexander era reclamado, no solo por mujeres de todas las edades atraídas por la cautivadora personalidad del galerista, sino también por la insistencia de potenciales clientes y los medios de comunicación allí presentes. De repente, Bélanger observó un detalle que le llamó poderosamente la atención. De entre los grupitos de invitados departiendo amistosamente, el anticuario distinguió a dos tipos altos con gesto grave hablando entre ellos frente a la pintura medieval. Uno de ellos, el de la izquierda, tenía una abundante cabellera rizada y una nariz redonda achatada. El otro presentaba un cráneo poco poblado, casi calvo, abundantes cejas y un mentón pronunciado que acentuaba sus labios carnosos. Desde su sitio, Bélanger no podía ver con determinación a los extraños personajes, continuamente interceptados por las gesticulaciones de los invitados. Hablaban entre ellos de manera muy discreta y señalando la tabla. Parecían expertos en el tema. El francés no les quitó la vista de encima. Llevaban un rato dirimiendo, quien sabe qué asunto, cuando el del pelo rizado sacó de su chaqueta el teléfono móvil y, con un gesto rápido, miró a su alrededor. Bélanger aprovechó para fijarse en la cicatriz de la barbilla que le aportaba un aspecto siniestro. Con gran celeridad, el desconocido tomó varias fotos de la predela. Después guardó su móvil con discreción y ambos individuos siguieron hablando. Bélanger quedó pensativo ante la insólita actitud de ambos. No parecían interesados en las acuarelas, pues al poco rato abandonaron la sala sin mediar palabra con nadie de los allí presentes, ni tan siquiera con la anfitriona.

El aprendiz de brujo

Jacobo se levantó pronto. Bajó a la cocina y preparó él mismo el café. Su esposa se sorprendió del madrugón.

—¿Qué te ha pasado hoy? ¿No podías dormir?

—Al contrario, Flora. He descansado bien toda la noche. La tisana de ayer surtió el efecto esperado.

—¡Te veo muy activo!

—Tienes razón, Flora. Me tiene enganchada esa historia del mundillo del arte.

—Ya me dejarás que lea algún párrafo, me estás intrigando.

Mientras la mujer preparaba unas tostadas con mantequilla, la conversación giraba en torno a las novedades literarias que aparecían en un suplemento de la prensa del día.

—Se publica mucho, pero ¿se lee tanto? —hablaba Flora para sí. Una ligera neblina envolvía la madreselva del muro en un suave velo grisáceo —. ¡Creo que va a llover! —exclamó—. Voy a arreglarme, tendré que darme prisa. No quiero mojarme como otras veces. Me pongo hecha una sopa. ¿Sabes, Jacobo? Estos días son para quedarse en casa. Montaría un estudio de pintura y pasaría horas y horas probando con los pinceles. Seguro que saldría algo interesante.

—¡Claro! Serías una buena acuarelista, como el personaje de mi novela. No te preocupes, mujer, te queda poco para intentarlo. Anda, Flora, ve con cuidado y telefonea cuando hayas llegado al trabajo.

—Descuida, lo haré. Dame un beso, ya nos vemos luego, cariño.

Jacobo subió al estudio. De repente sonó el teléfono. Era Manuel. Llamaba para preguntar por él. Tras un rato de buena conversación, el escritor se despidió de su hijo y colgó. Antes de sentarse ante la mesa de trabajo se detuvo un momento frente a la ventana. La mañana ciertamente invitaba a la reclusión, cada uno encerrado con un solo juguete, el más imprescindible de todos para vivir en el útero feliz de un

ensueño. El eco lejano de una abubilla resonaba en el silencio del bosque. Había comenzado a chispear. Jacobo se apartó de la ventana.

Harald y Anouk se mostraban satisfechos con los resultados de la exposición. Para celebrarlo, al día siguiente reservaron mesa para comer en la Arrocería Montcabrer, un conocido restaurante de Calpe con buenas vistas al puerto deportivo. Los acompañaba su hija Ninette, entusiasmada por los parabienes recibidos. Y no era para menos. Había culminado un trabajo extraordinario en la recuperación de la tabla medieval. También asistía el anticuario Jean Bélanger, a quien agradecieron el apoyo recibido en todo momento. Los resultados del evento no podían ser más alentadores. Se había vendido la práctica totalidad de la obra expuesta, bien identificada e informada en los catálogos de mano previamente distribuidos antes de comenzar el acto. Los contactos y la publicidad en los medios y redes sociales habían surtido el efecto deseado. Alrededor de la mesa, los comensales conversaban sobre los detalles más significativos de una velada bien organizada por Alexander Bauer, el joven hispano-alemán que apuntaba maneras en un sector difícil, pero al que todos auguraban un gran porvenir. De hecho, la Galería Azul se abría paso de manera discreta entre las salas de arte más acreditadas de Benidorm.

En un momento de descanso, Jacobo se asomó a la ventana del estudio. La arboleda se agitaba por un viento enloquecido. Mientras miraba ensimismado el zarandeo de los pinos, pensaba en lo olvidada que tenía la lectura por haberse volcado tanto en la novela. Acaso, ¿cuántos libros son susceptibles de iniciar una relectura? Quizá no tantos. Aunque pueden surgir sorpresas inesperadas siguiendo el texto con cautela, hasta que señalamos con lápiz una cita sobre alguna expresión interesante. Y esta a su vez nos descubre otra y así sucesivamente. Si el libro nos arroja un poco de luz, su lectura ya habrá valido la pena.

Flora entró en casa pasadas las seis de la tarde. Llegaba empapada. Debido al vendaval no había podido abrir el paraguas; al primer intento se había roto. Al menos el chubasquero le había salvado en parte de las cortinas de agua que barrían la calle. La casa estaba en silencio. Llamó a su marido, pero este no contestó. Llegó hasta el salón acristalado, pero no se encontraba allí. Jacobo se había dormido sujetando entre las manos unas notas manuscritas. Solo la pantalla del ordenador evitaba la total oscuridad. Flora se detuvo a leer unas líneas del texto, algo sobre una

galería de arte en Benidorm. «Qué bien, allí estaría yo ahora», pensó la mujer. A continuación, le dio un beso a su marido y al contacto se despertó restregándose los ojos para ubicarse.

—Me he dormido, Anouk.

—¿Qué dices? ¿Ahora me has cambiado el nombre? —dijo Flora riéndose —. No está mal, me gusta. Me recuerda a una actriz de cine.

—Es que tienes pinta de eso.

—¡Vaya con mi marido!

Era todavía pronto, a pesar de la tiniebla. Ambos bajaron al salón y atizaron el fuego. La calidez relajó la estancia un tanto desangelada. Flora recordó a Jacobo que por las tardes abandonara el estudio por un momento y alimentara la chimenea.

—Ha telefoneado Manuel esta mañana —la informó—. Al parecer la cobertura es muy deficiente en aquellos páramos. La comunicación se cortaba y la señal no era muy audible.

—¿Qué tal está?

—Con mucho trabajo, me ha dicho. Ya sabes que con tanto ajuste sanitario tiene que multiplicarse para llegar a tantos hogares.

—¡Pobre gente! —exclamó Flora.

—Muchos de sus pacientes tienen edades muy avanzadas y precisan mucha atención. Otros en cambio gozan de una salud de hierro pese a ser nonagenarios. Pero me dice que son felices, saben gestionar su tiempo y no les importa el silencio ni la soledad del ambiente. Algunas calles de esos pueblos se han borrado, las techumbres se han hundido y las casas desaparecen entre escombros atrapadas por hiedras y el progresivo desplome de sus poderosas vigas de madera. Entrar en algunas de ellas constituye una tragedia que destila una tristeza infinita.

—Qué lástima —se lamentó su mujer—. Es como un paisaje adormecido que permanecerá en la memoria de las gentes que lo abandonaron.

—Es cierto. La vida entre aquellas paredes quedó interrumpida, como si sus dueños hubieran huido a toda prisa. La mesa puesta, el delantal colgado en una percha, una escoba junto a un rincón de la cocina, despensas con cacharros. Ahora sus dependencias muestran los suelos húmedos por la intemperie. Armarios deteriorados con ropa colgada en su interior. De una pared agrietada cuelga el blanco y negro de una foto familiar borrosa por el efecto de la lluvia que se cuela por un techo

desventrado. Una decadencia más y más afianzada en la vejez de los últimos moradores de pueblos cada vez más abandonados. De algunas iglesias solo queda en pie la fachada, la nave está hundida y la torre desvencijada. Allí en lo alto del páramo se muestra una ruina bellísima y silenciosa. Manuel no dudó en marcharse a esos lugares, a pesar de su afición al derecho. Siempre pensé que podía haber sido un gran abogado.

—Es posible que estos jóvenes, como nuestro hijo, se hayan sentido misioneros en algún momento —dijo Flora.

—Es posible. Llevan al campo una porción de la vida urbanita, aunque muchos de los médicos y docentes sienten que sus vidas allí están de paso. Es posible que Manuel sea uno de esos. Todos habrán contribuido a que la vida siga latiendo en aquella soledad. Otros, en cambio, echarán raíces y permanecerán haciendo del pueblo su casa.

—¿No ha llamado nadie más? —preguntó ella.

—¿Esperabas que telefoneara alguien en particular?

—Bueno, tu hermana Leonor ya vino de visita la semana pasada. Me refería a profesores, antiguos compañeros tuyos de profesión.

—Hace tiempo que no tengo noticias de nadie —sostuvo Jacobo—. Tengo la impresión de que siempre soy yo quien contacta. Será porque dispongo de más tiempo.

—Uno tiene tiempo para lo que quiere —prorrumpió airada.

—No te enfades, mujer, no vale la pena. Ya hablamos de esta cuestión, ¿recuerdas? Para que entiendas esta situación, te respondo con las palabras de Javier Marías de la última novela que leí; se me quedaron grabadas porque pueden aplicarse a esta circunstancia: «Basta con que alguien salga por una puerta y desaparezca para que su imagen empiece a difuminarse, basta con dejar de ver para ya no ver claro, o no ver nada».

Jacobo se detuvo unos momentos ante la ventana del estudio. Sintió curiosidad por la extraña luz que penetraba en su gabinete. Había una nubosidad como una lengua ignífera cruzando el horizonte crepuscular. «Quizá se trate —pensó el escritor— de un sonrojo celeste ante la decadente sociedad actual. Rostros que mutan con asombrosa frecuencia y mienten con descaro en horarios de máxima audiencia. Del insomnio al abrazo». El incrédulo espectador pensaba que los encantamientos eran una entelequia cervantina, pero por lo visto no estaba en lo cierto. Cuando les conviene, nos hacen ver gigantes donde solo hay molinos y

princesas que no son más que zafias aldeanas, como Maritornes, en cuyo rostro creía reconocer el hidalgo don Quijote a una hermosa mujer de cabellos de oro cuando en realidad no era más que una moza de servicio ordinaria y fea. Jacobo detuvo su ensoñación al sentir la mano de Flora en el hombro.

—Vamos, es hora de cenar —anunció.

—Mientras la preparas, vuelvo al ilusionante ascenso de una acuarelista muy vital.

—Está bien, pero no tardes.

A sus espaldas, el crepúsculo se desvanecía con exagerada lentitud tiñendo de un maléfico rojizo las paredes de la estancia.

El eco del acto en la Galería Azul resonaba con fuerza en el mundillo del arte, no solo en el de Benidorm. Una inusitada visibilidad llevó a Anouk Lemoine a ser aceptada en los exigentes mercados donde la buena crítica de la obra se unía a su calidad artística. Una circunstancia un tanto hostil para ciertas galerías de renombre que promocionaban de vez cuando a artistas contemporáneos de dudoso nivel. Al éxito de las acuarelas de Anouk se unió la admiración por la enigmática predela medieval expuesta en la sala. Una pieza que llamó poderosamente la atención de muchos coleccionistas, ávidos de conocer el origen y las circunstancias de la hermosa Anunciación.

Marga Babiloni lamentó su error al rechazar las acuarelas de Anouk. Una ocasión perdida para La Palmera de Plata y un fulminante tanto para la competencia gracias al buen hacer de Alexander Bauer, algo que la experta y afamada galerista no podía permitir. Tampoco fue ajena a la repercusión de la tabla gótica, «Una codiciada pieza de colección en manos de una pintora *amateur*», pensaba Babiloni con desprecio. Lo que ignoraba la galerista era la buena alianza sellada entre Azul y Anouk Lemoine. Esta relación favoreció que en poco tiempo programaran otro evento. Para ello, Anouk incrementó su ritmo de trabajo reduciendo al máximo sus horas de ocio. Cada mañana marchaba acompañada de Harald a buscar nuevos encuadres en la agreste geografía de los alrededores. En un tiempo récord, gracias al fondo de su estudio, Anouk se desplazó a la Galería Azul de la plaza Neptuno para informar al joven propietario del nuevo material disponible.

Habían transcurrido dos meses desde aquel estreno, pero los ingresos generados para ambos, así como el impacto alcanzado, fueron motivos más

que suficientes para programar otra exposición. De esta manera, sin tiempo que perder, Alexander Bauer inició las gestiones para otra exposición. La nueva muestra despertó el interés de los entendidos dada la proyección alcanzada por la veterana acuarelista.

En esta ocasión, el interés por las acuarelas de Anouk Lemoine desbordó las previsiones de la Galería Azul, puesto que las obras expuestas casi duplicaron a las de la muestra anterior. El joven galerista, augurando una gran afluencia de visitantes entre clientes y curiosos, contrató un servicio de seguridad privada para que el acto resultara lo más ordenado posible. Cada vez era más frecuente el interés de personalidades del mundo de la política, la cultura y el arte en general por la obra de Anouk.

Marga Babiloni y su establecimiento, La Palmera de Plata, habían sido hasta el momento un gran referente entre el público glamuroso que acudía a estos actos. Cierta mañana, Babiloni recibió la llamada de Sebastián Triguero proponiéndole un nuevo negocio. Se trataba de apoyar la obra de un pintor, un joven bohemio hijo de un amigo suyo, Javier Herrando de Oiztegui, que compartía una buhardilla con unos amigos. La *comuna* estaba necesitada de ingresos y por ese motivo solicitaba una salida a su extrema situación. A cambio el empresario se quedaría con la mitad de la obra expuesta y aportaría una inyección de liquidez a la galería, ingresos que habrían de justificar en sus cuentas. Así mismo, Triguero correría con los gastos de promoción del joven pintor. La galerista dio la conformidad. Antes de colgar, Triguero mencionó el auge del negocio de Alexander Bauer, un tema que preocupaba cada vez más a Babiloni porque perdía cuota de mercado y eso se traducía en merma de dinero. El empresario le habló de la pintura gótica de Anouk Lemoine. Sebastián sabía que la predela era una joya muy codiciada, digna de presidir la sala de un museo, algo muy deseado por los grandes coleccionistas. Quería saber su procedencia y, sobre todo, cómo había llegado a manos de «la Francesa», como la llamaba Triguero. Marga Babiloni no pudo responder porque nada sabía del tema. Su mirada quedó suspendida en el aire, sin acertar a colgar el teléfono. Quizá el directivo jugara a ser aprendiz de brujo intentando hechizar no a una escoba, como en el poema de Goethe, sino a toda una experta galerista para que hiciera por él el trabajo que planeaba en la sombra.

Peer Gynt

Aarón y Enzo fueron expulsados del instituto durante unos días a raíz de la paliza que le propinaron a Bruno. A su vez, Adrián y Borja fueron amenazados por estos acosadores. Una contundente razón para que sus padres solicitaran una reunión urgente con el director del centro. La tensa situación no podía continuar. Estaban dispuestos a poner el caso en manos del Consejo Escolar y a su vez presionar para trasladarlo al inspector de la zona. Bruno se mostraba cada vez más extraño y aislado, pese a su carácter alegre y emprendedor de siempre. Se refugiaba a menudo en su habitación y solamente la abandonaba para comer o cenar, de ahí la preocupación familiar.

Bruno era hijo único. Su padre era comercial de una empresa química y viajaba mucho por España, por lo que se ausentaba con frecuencia por motivos de trabajo. Su madre era dependienta en unos grandes almacenes y debido a su dilatado horario regresaba tarde. De esta manera, Adrián y Borja frecuentaban a menudo su casa para merendar y hacer los deberes. Cuando a Bruno le preguntaban sus padres por la marcha del curso y el ambiente de clase, el chico respondía de manera escueta, sin dar explicaciones. La cruda realidad seguía siendo terrible para el muchacho. En los pasillos del instituto, pese a las precauciones que tomaban sus amigos, continuaba amenazado con navajas si contaba las vejaciones a las que era sometido. Cierto día le robaron en la calle el poco dinero que llevaba encima. El miedo se instaló en sus entrañas al estar cada vez más acorralado. Jacobo, como miembro del Consejo Escolar, intentó en una tensa reunión la intervención inmediata del inspector, pero su solicitud no fue aceptada por una mayoría de profesores que intentaba seguir paso a paso el protocolo establecido. Entretanto, la situación iba deteriorándose peligrosamente. El acoso siguió adelante.

A veces, Jacobo no podía quitarse de la cabeza al pobre Bruno. Qué sería

de él. De momento, para evitar recaídas inesperadas, su círculo familiar impedía la llegada de noticias sobre el estado de salud del muchacho. «Bueno, ya me enteraré», pensaba el profesor.

Tras despedir a Flora, subió al estudio para seguir con sus tareas. La mesa andaba un tanto revuelta. Estuvo un buen rato ordenando el gabinete de trabajo. La estancia era suficientemente amplia. En el centro había tres sillones, una mesita y una lámpara de pie. Desde cualquiera ángulo podían admirarse tres acuarelas firmadas por una tal Anouk Lemoine. En un rincón, junto a la ventana, descansaba un secreter antiguo adquirido a un anticuario francés llamado Bélanger, con un espléndido trabajo de marquetería. Arriba del mueble lucía un óleo expresionista de tonos rosas y amarillos sobre fondo blanco; en la esquina inferior derecha podía leerse «Miquel Barceló». Jacobo estuvo evocando un momento su encuentro con el artista en una galería de Palma de Mallorca y la posterior cena en un restaurante de la bahía.

—Es muy bonita la pintura —dijo una voz a su espalda. Jacobo se sobresaltó. Era Juana, la mujer del servicio doméstico.

—Disculpe, no sabía que estaba ahí. Sí, es un óleo que nos trae gratos recuerdos de este gran artista.

El escritor dejó trabajar a Juana y aprovechó para salir al jardín. Bajo un tibio sol otoñal contemplaba los nenúfares oscilando entre las ondas que provocaba el agua del caño.

Melitón telefoneó a Juana para comunicarle que la recogería en el domicilio de los Arriaga Luján. Este había comprado un automóvil antiguo, a punto del desguace, a un precio muy barato. El retraso de su marido impacientó a la mujer. Temía que el vehículo se hubiera estropeado por el camino. «El conductor ya anda bastante averiado», pensaba ella con cierto desdén. El din-don de la puerta sonó y Jacobo se dirigió a abrir.

—Buenos días, soy el marido de Juana.

—¡Ah! ¿Qué tal? Pase por favor.

Juana bajó y le hizo esperar sentado en el vestíbulo mientras Jacobo regresaba al jardín. La impaciencia de Melitón no tenía límites, ni sus malos modales tampoco. Se levantó y comenzó a curiosear la decoración de la entrada. Vio la escalera y subió silenciosamente. Entró en el estudio de Jacobo donde Juana acababa su trabajo de limpieza.

—¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho que esperaras bajo?

—¡Déjame en paz, pesada! —contestó de manera insolente.

Melitón se detuvo durante unos segundos contemplando la pintura de Barceló. Algo tenía que llamaba la atención de todo el mundo.

—¡Vamos! —le recriminó Juana—. Espérame en el vestíbulo mientras me cambio.

Melitón no hizo caso y permaneció observando el cuadro mientras su esposa se cambiaba de ropa en una habitación contigua. Juana se despidió de Jacobo y marchó directamente a la entrada. Allí no estaba su marido. Abrió la puerta y oyó el claxon del coche aparcado en la calle. Un rasgo más de su impaciencia.

Jacobo regresó a su estudio. «Al menos todo está mucho más ordenado», pensó. Liberado ya de tanto papelote parecía tener vía libre para su creatividad. Pero antes advirtió que el cuadro de Miquel Barceló no estaba. «¡Qué extraño! Habrá sido Juana que al quitar el polvo habrá olvidado colgarlo de nuevo. Estará en algún rincón del estudio. Luego lo buscaré», pensó el profesor. Sin concederle más importancia, comenzó a garabatear algunos esquemas de la siguiente escena.

La relación de Anouk y Harald con Alexander Bauer era cada vez más estrecha. Compartían una manera muy similar de entender el mundo y sus contradicciones, pero sobre todo coincidían en el respeto con que debía ser tratado el arte. El joven galerista había sido invitado en varias ocasiones por el matrimonio a las veladas en Calpe. «Con una copa en la mano, la tertulia es mucho más amena», decía Jean Bélanger, otro asiduo de estas reuniones cuando su trabajo por la región se lo permitía. Si había buena temperatura —la mayoría de las veces— disfrutaban de la amplia terraza con vistas al mar. Cuando la tarde caía y avanzaba el crepúsculo, la costa se iluminaba de puntitos, una amalgama de colores titilantes que se perdían en la lejanía de la sierra Bernia.

Una mañana, mientras Anouk retocaba una de sus acuarelas, sonó el teléfono. Al otro lado del auricular se oyó una voz que en un primer instante la pintora no reconoció. Hasta cierto punto era normal, solo había hablado con el interlocutor en un par de ocasiones.

—Buenos días, Anouk, ¿qué tal está? ¿Dispone de un momento? ¿O le molesto?

—Perdón, ¿con quién hablo?

—Oh, disculpe, Anouk, soy Gustavo Morel, el sobrino del antiguo cónsul en Cracovia. ¿Se acuerda de mí?

—Oh, sí, claro, ahora le reconozco.

—Verá, Anouk, quiero anunciarle un importante hallazgo. La semana pasada, en una de mis visitas a la biblioteca de la universidad, encontré por casualidad un libro de arte gótico. Cuál sería mi sorpresa al descubrir en sus páginas una lámina con una breve explicación sobre una predela muy parecida a la que les vendí. Sus similitudes son asombrosas. Incluso me atrevería a decir que se trata de la misma.

Las afirmaciones de Morel fueron un mazazo para la acuarelista. Cuando hubo colgado, Anouk permaneció en silencio meditando el alcance del descubrimiento. Hubiera preferido ser la dueña de una pintura anónima, una pieza más de su colección de arte, pero en el fondo intuía que el hallazgo le acarrearía algún problema en el futuro. Fue un pálpito.

Harald Klausen, animado por su amigo, el bibliotecario Gerard Fermosell, andaba ultimando la publicación de su diario, una aventura literaria retomada tras su cese en el museo. Fermosell le condujo a Elena Aguilar, editora de La Gaviota, un sello de gran arraigo en el mundo de la edición. Y no sería la última publicación dentro de su biografía, pues la editorial veía con buenos ojos la calidad de sus textos. De hecho, ya se encontraba inmerso en otro relato muy adelantado. Con el beneplácito de la editora, tenía un año por delante para entregar el trabajo, no quería prisas. En ese sentido, Klausen pensaba que la espera, como espacio temporal, se había perdido. Se vivía en la era de las metas cortas y del triunfo inmediato, renunciando a lo literario para complacer lo menos exigente. Un perfil de lectores que no disfruta con un texto sosegado, al contrario, siempre deseando una nueva entrega del autor de moda. «Los lectores actuales no tienen tiempo de leer a los clásicos, que precisan de una mayor atención», rumiaba. En su despacho, contiguo al estudio de su esposa, Klausen trabajaba mientras contemplaba de vez en cuando el baile de pinceles que esbozaban un bodegón al contraluz.

Desde la vigésima planta, la vista sobre Benidorm era espléndida. Se divisaba un sorprendente juego de volúmenes geométricos, apartamentos y hoteles, todo un circuito urbano en miniatura dotado de un hormigueo de

automóviles y transeúntes que afluían como seres microscópicos a lo largo su cartografía urbana. Al frente, el mar espejeaba en una bruñida lámina de agua encalmada. En el lado opuesto, el antiguo Finestrat, sobre las faldas del mítico Puig Campana, rodeado de algarrobos y almendros solazados por pequeños huertos de naranjos, granados y nísperos. Privilegiada atalaya para contemplar Benidorm y la isla que la vigila.

Ante su mesa de trabajo, Triguero hablaba sin cesar. Su desajustada locuacidad adquiría una actitud de autoridad, como la del torero que sale a hombros por la puerta grande tras haber cuajado una buena faena. El directivo era alto y corpulento como un armario donde cabían todo tipo de excesos, charlatán y fumador, envarado y chistoso, con una elegancia anticuada propia del más rancio juego floral. En el fondo no era más que un aldeano que se portaba como un adolescente, atrevido y fantasioso con debilidades artísticas, algo así como el Peer Gynt de Edvard Grieg.

Una llamada tras otra consumían la mañana en asuntos de exportación y distribución de productos. No en vano, Triguero era el delegado para la región de la conocida multinacional austriaca MittelBerg A. G., dedicada a la explotación de viveros y producción de bulbos y plantas ornamentales, cuya sede ocupaba uno de los rascacielos más icónicos de Benidorm conocido como torre del Telegrama. Su diseño de cristal y acero reflejaba poderosamente la luz del sol en sus más variados matices según el momento del día, propiedad que lo hacía fácilmente identificable en el perfil de la ciudad, incluso en la lejanía. La colorida iluminación nocturna realzaba su silueta de escamas entre las luces urbanas. El directivo hizo un alto en el camino y dio orden a su secretaria de que no le molestara nadie. Debía preparar dos reuniones presenciales para la tarde. Aunque antes debía realizar una llamada de vital importancia. Sacó el móvil de su chaqueta, buscó un contacto y marcó. A los pocos segundos respondió una voz grave con acento extranjero:

—Dígame, señor Triguero, le escucho.

—Atiende bien, Vasili.

El directivo adoptó un aire distante, fruncía a menudo el ceño y movía las manos en ligeros aspavientos. Hablaba con firmeza, parecía exigente con su interlocutor y apenas le dejaba hablar. El tal Vasili debía de estar acostumbrado a esa actitud dictatorial. Nada más terminar, Triguero mostró un aire complaciente. En sus ojos, pese a su trato afable y liviano, se

adivinaba la ansiedad de una turbia mirada.

El buque fantasma

Harald y Anouk atravesaban un periodo de gran estabilidad emocional y material en sus vidas. Las dificultades para desarrollar sus respectivas actividades parecían superadas, mientras que sus ahorros les permitían vivir con cierto desahogo. Así, el danés era el representante de su esposa, al margen de su actividad literaria cada vez más celebrada por la crítica, y Anouk continuaba su labor de acuarelista pensando en futuras exposiciones. Su fama había saltado a la capital, Alicante, con varias ofertas de prestigiosas galerías interesadas en sus acuarelas y algún que otro contacto en Madrid, Sevilla y Valencia. Por ello necesitaba compartir las buenas noticias y nadie mejor que con Alexander Bauer, cuyos encuentros eran ya muy frecuentes. Klausen había reservado una mesa en Penáguila, un restaurante de Benidorm ubicado en un privilegiado lugar donde confluían las dos playas de la ciudad. Al almuerzo estaba invitado el joven galerista que venía acompañado de su amiga Ariadna, una chica morena, cariñosa y de buen porte, aunque poco iniciada en el mundo del arte. Entre copa y copa de un blanco reserva Lucentum servido en una fría cubitera, los comensales esperaban un arroz marinero de fama en toda la ciudad y alrededores. El comedor era una terraza al aire libre, de muros revestidos de piedra caliza con un toque rústico. Una parra abrazada a un sólido armazón proporcionaba una agradable frescura. En la espera departían, como era habitual, sobre la situación del mundo del arte y la necesidad de un mayor apoyo por parte de la Administración, porque, a pesar de que las galerías eran en sí un negocio privado, contribuían a fomentar la cultura y el aprecio por la obra artística y ello a su vez repercutía en la economía. Para ello, según manifestaba Bauer, la actividad de las galerías debería orientarse a cierto didactismo.

—¿Cómo responderá el público ante estas iniciativas? —interrumpió Klausen.

—Alguna vez habrá que empezar, si no nunca podremos evaluar

resultados. Ocurre igual que con las librerías. Debemos superar el concepto de almacén de libros y dotarlas de un dinamismo cultural constructivo a la par que divulgativo.

El danés sonrió.

—Hablas con mucha convicción, Alex.

Anouk atendía embelesada el compromiso de una persona tan joven. Cuando Bauer hubo terminado, tomó la palabra:

—Alex, estoy preocupada por la llamada del sobrino del embajador.

El dueño de Azul frunció el ceño ante el inesperado giro de la conversación.

—¿Gustavo Morel? ¿Qué ha pasado? Cuéntanos —dijo alarmado el muchacho.

—Me ha informado del hallazgo de una predela similar a la nuestra localizada en un libro de arte; circunstancia que de algún modo sacaría del anonimato la pintura medieval que le compré.

—Vaya sorpresa, Anouk. No esperaba una noticia de ese calibre. La verdad es que es un tema preocupante. Porque, una vez identificada, si es que era la misma, podría ser reclamada por algún organismo o entidad. Quién sabe.

En la mesa se hizo el silencio.

A las ocho de la tarde, Jean Bélanger entraba en el domicilio de los Klausen Lemoine. La acuarelista tenía preparado un bufé frío listo para servir en la terraza. Mientras el anticuario tomaba un vodka martini, su bebida preferida, Anouk le transmitía su preocupación por la información sobre la predela gótica.

—Bueno, es una remota posibilidad que alguien descubriera su origen —sentenciaba Bélanger—. Tratad el tema con cautela evitando mostrarla en público. En realidad, los propietarios sois vosotros y la habéis adquirido de manera legal, por lo que no debéis inquietaros. Existe una documentación que así lo demuestra. ¿No es así? Pues guardadla en un lugar seguro, en una caja fuerte, por ejemplo.

—No tenemos ese tipo de custodia —dijo Harald—. Nunca pensamos en algo así, Anouk apenas tiene joyas ni objetos personales de valor. Tan solo las pinturas colgadas en las paredes, algunas de gran valor, como bien sabes.

La cena transcurrió con la amenidad de siempre, entre brindis y palabras

de aliento para la pintora que al fin alcanzaba el reconocimiento a su labor. Mientras Klausen telefoneaba desde el salón y Anouk quitaba la mesa, Bélanger se levantó con una copa de cava en la mano y se asomó a la barandilla para contemplar el atractivo paisaje nocturno. En la parte trasera de la casa, había un camino forestal transitado de día por senderistas y deportistas. Hacia la serpenteante vereda colgaba una espesura de glicinias y buganvillas sumidas en la oscuridad. A esas horas de la noche, el silencio y la frondosa vegetación creaban una caja de resonancia; por tanto, cualquier sonido era fácilmente audible. Apoyado sobre la baranda, el anticuario notó un intenso aroma de *Brugmansia candida,* una planta de exóticas flores blancas cuyo perfume procedía sin duda de alguna villa cercana. El punto de luz más cercano distaba unos cinco metros. De repente, Bélanger escuchó el motor de un vehículo que se acercaba. El motor se detuvo. De la tiniebla surgieron dos individuos que se movían con lentitud a juzgar por los pasos que apretujaban la gravilla del suelo. El francés miró fijamente a los dos tipos. A pesar de la oscuridad, parecían de complexión fuerte, altos, y vestían chaquetas oscuras. Uno de ellos encendió un cigarrillo; la llama mostró por unos instantes una cicatriz que bajaba hasta el mentón. Jean permaneció pensativo intentando recordar aquel aspecto siniestro. «Estos desconocidos, pensó, no se han desplazado hasta aquí para disfrutar precisamente de un paseo idílico». Bélanger se retiró discretamente de la barandilla y se ocultó detrás del jazminero en un extremo de la terraza. Desde allí observaba los movimientos hasta que se detuvieron casi frente a él. Intuyó algo extraño. «¿Qué buscarán?», se preguntó. La oscuridad impedía ver con más detalle. Solo distinguía dos siluetas sin contorno con un algún ligero brillo de sus trajes. De pronto, en el silencio se oyó el clic de una foto. A continuación, se dieron la vuelta y los pasos se dirigieron al coche, desaparecieron con gran sigilo. Bélanger regresó abstraído a la mesa.

—¿Ocurre algo, Jean? —preguntó Klausen.

Anouk estaba en la cocina preparando unas copas.

—Verás, Harald, acabo de presenciar ahí abajo unos movimientos extraños, en el caminito forestal. No le digas nada a tu esposa, pero un par de desconocidos estaban merodeando por vuestra casa. No sé lo que buscaban, pero algún motivo les ha traído hasta aquí. Incluso han hecho fotos.

El danés se intranquilizó:

—¿Y tú qué opinas, Jean?

—No lo sé, pero lo que he presenciado no me gusta.

Mientras Klausen hablaba, el anticuario se mostraba pensativo intentando recordar dónde había visto al tipo de la cicatriz. Sus pobladas cejas y el pronunciado mentón se reproducían en su mente como un *flash* desenfrenado sin que fuera capaz de ubicarlo.

—¿Quieres que llamemos a la policía, Jean?

—No, espera, todavía no.

Bélanger se levantó de nuevo y se acercó a la barandilla tratando de hacer memoria. Volvió y se sentó de nuevo frente a Klausen.

—¿Qué te ocurre, Jean? Te noto confuso.

De pronto, como si hubiera recibido una revelación, su mirada se iluminó.

—¡Habla, Jean! —exclamó el danés—. No prolongues más esta incertidumbre.

—Esos dos tipos estaban en la Galería Azul el día de la exposición de Anouk.

—¿¡Qué dices!? —preguntó asombrado Harald.

—Ambos parecían muy interesados en la predela, incluso la fotografiaron. Hablaban entre ellos señalándola. Dios sabe qué estarían tramando y qué interés les movería, porque los dos abandonaron el recinto sin interesarse por nada más, tampoco saludaron a nadie. Me parece haberles reconocido por la cicatriz de uno de ellos. No creo equivocarme, a pesar de la oscuridad.

Klausen quedó sobrecogido al escucharle.

—No nos habías dicho nada sobre… no sé si llamarlo incidente, pero en verdad es todo muy extraño —matizó Klausen—. Cuéntame con exactitud lo que viste.

El anticuario explicaba al detalle lo que presenció en la galería mientras Klausen escuchaba con atención bebiendo pequeños sorbos el cóctel preparado por su esposa.

—No di más importancia al asunto hasta reconocerles ahora en estas misteriosas maniobras. Aunque me temo que no sería capaz de trazar un retrato robot para la policía. La distancia a la que me encontraba en la galería y la escasa luz de ahí abajo me impiden dar más datos. Lo que parece indudable es que algo buscaban. De todas formas, tampoco debemos

intranquilizarnos. Tal vez esté confundido.

A la mañana siguiente, Harald contó a su esposa lo sucedido la noche anterior. Al oír esto, Anouk se estremeció:

—¿Por qué me lo habéis ocultado?

Klausen tomó la mano de su esposa.

—No queríamos preocuparte. Aunque vamos a estar muy atentos, y si es preciso llamaremos a la policía para dar cuenta de lo sucedido.

Tras el desayuno, ambos se retiraron a sus respectivas ocupaciones. Después de revisar unos papeles sobre la gestión del negocio, Harald volvió a su actividad literaria. En el estudio, Anouk retocaba uno de los paisajes cuyo boceto había iniciado días atrás en la cala Pinets de Benissa. Pero su intranquilidad le impedía seguir. Tuvo el presentimiento de que aquella situación sería el comienzo de un viaje errante, como el del buque fantasma, condenado a vagar por multitud de puertos. En un arrebato, dejó los pinceles y llamó a Alexander Bauer para contarle lo sucedido. Al colgar, la acuarelista cerró los ojos y respiró. Las palabras del joven parecían haberla serenado, al menos por el momento.

Ave María

Al final de una larga avenida de abedules, la prestigiosa Universidad Ruperto Carola de Heidelberg realzaba su majestuosa solidez rodeada de una extensa pradera. Desde la distancia ya se percibían sus torres con chapiteles de pizarra. La delgada silueta de Katharina Schröeder se distinguía a contraluz junto a la cristalera de su despacho. Una estancia de techos altos con un prodigioso artesonado cuya policromía se iluminaba por la claridad lechosa de la mañana nublada. Entre aquellas paredes, la mujer descansaba del resplandor del ordenador posando la mirada en el jardín visible desde el amplio mirador.

La notoriedad de Schröeder en arte medieval venía avalada por sus numerosos estudios y publicaciones como docente universitaria, cuya cátedra le otorgaba el derecho a ocupar un puesto en el Consejo rector. Una llamada telefónica desde centralita irrumpió en el silencio del recinto.

—*Guten Morgen. Ich möchte mit Frau Katharina Schröeder sprechen*[6] —preguntó el interlocutor en perfecto alemán.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy Alexander Bauer, el hijo de la profesora Erika Bauer, ¿se acuerda de mí?

—Sí, claro —respondió la catedrática alemana con una voz cantarina.

Una sonrisa se adueñó del rostro de la veterana profesora. No hablaba con el joven galerista desde hacía mucho tiempo. En cambio, con su madre tenía mucho más contacto. Erika era una antigua compañera de trabajo de la Universidad de Heidelberg. Ambas compartían departamento hasta que la madre de Alex marchó a Benidorm para contraer matrimonio con Gonzalo Cisneros, un acreditado cirujano del Hospital General de Alicante. Desde la universidad de esta ciudad, Bauer intercambiaba información sobre arte medieval, la misma especialidad docente que impartía junto a su antigua compañera en Heidelberg.

Alexander Bauer y Katharina Schröeder hablaban acerca de la actividad

desarrollada por la Galería Azul en su corta existencia. El joven transmitió a la catedrática sus ilusionantes proyectos que colmaron de satisfacción a su interlocutora. Al fin y al cabo, Alex era mitad alemán y ello repercutía en buena parte de sus hábitos y actitudes, bastante alejados del mundo latino. Erika Bauer conoció a su marido cuando este trabajaba en el Hospital Universitario de Heidelberg. Allí nació Alexander, único hijo de la pareja, que tomó el apellido alemán de su madre. La escolarización germano-española del pequeño le permitió más tarde continuar sus estudios en un colegio internacional de Alicante cuando Gonzalo, su padre, trasladó su actividad a esta ciudad. Desde allí, el joven Alexander pasó a la Universidad y se graduó en Historia del Arte con un brillante expediente. Más adelante completaría su aprendizaje con cursos de doctorado y con la ayuda de sus padres montaría el negocio de la galería. Por tanto, a los conocimientos adquiridos se añadía su bilingüismo, pues el joven hablaba a la perfección la lengua materna y se expresaba sin dificultad en la de su padre. En ambas su acento era impecable.

—Verá, Frau Katharina, el objeto de mi llamada era formularle una consulta acerca de un retablo gótico desaparecido. Si bien una parte de él, la predela, existe la posibilidad de hallarse en España.

El joven le habló sobre el reciente hallazgo en la Universidad de Alicante de un libro con información acerca del retablo al que podría pertenecer. En la lámina, según le habían indicado, se podía apreciar claramente la gran similitud entre la pieza restaurada y la original, lo cual inducía a pensar que formaría parte del mismo conjunto. Katharina tomó nota de todos los detalles y se comprometió a estudiar el asunto con el mayor interés. Ambos se despidieron hasta cualquier novedad sobre sus averiguaciones.

La Galería Azul preparaba la inminente exposición de una joven promesa de la pintura, Sebastián Estruch. Se trataba de un antiguo compañero de Alexander Bauer de cuando estudiaban Bellas Artes, un alumno aventajado con un buen expediente. Junto a unos amigos y compañeros de facultad había fundado un equipo denominado Estudio 8, una curiosa referencia al número de integrantes del movimiento artístico. Daban a conocer sus obras en estaciones de metro, calles peatonales del centro con gran afluencia de gente y locales para la juventud dependientes de instituciones a las que no era fácil acceder por motivos burocráticos. El dinero recaudado en las ventas daba para mantener el espíritu de aquella asociación y poco más.

El joven Bauer había establecido unas pautas didácticas para instruir al público que acudiera a la muestra. Para ello elaboró un texto sencillo en trípticos publicitarios sobre la técnica del artista, así como de su estética. El citado folleto fue insertado en la exclusiva revista *Punto y Aparte* que anunciaba la celebración del evento. Paralelamente a ello, durante el periodo de la exposición, se ofrecerían una serie de charlas relacionadas con el trabajo del autor y algunos datos sobre la técnica al óleo. Con ello, Alex pretendía acercar el arte al gran público y así fomentar un espíritu crítico entre los asistentes.

Como todas las mañanas, Harald Klausen y Anouk Lemoine se disponían a desayunar en la terraza de casa. Un sol espléndido proyectaba un haz sobre la barandilla desde la cual podía verse el camino forestal, a esa hora transitado por algunos senderistas. Anouk había preparado una mesa impecable. Le encantaba la cocina y experimentaba con ella para delicia de los comensales. Era la perfecta anfitriona, agasajaba a las visitas deseosas de volver. Y no era de extrañar por la exquisitez de sus aperitivos y bufés fríos. Pero la placidez del momento quedó fulminada por una noticia aparecida en la prensa del día. Klausen quedó impactado tras la lectura. Levantó la vista del papel y, con la frente perlada de sudor, miró con preocupación a su esposa.

—¿Qué ocurre, Harald? —preguntó una asustada Anouk.

Alexander Bauer andaba muy ocupado ultimando los detalles de la exposición de Sebastián Estruch. Desde su despacho no cesaba de hablar por teléfono con los medios para cubrir el acto; invitaba a clientes de la casa, contactaba con la empresa de cáterin para los invitados, apresuraba a la imprenta por la demora en los trípticos publicitarios. En medio del ajetreo sonó el teléfono.

—Hola, ¿quién es? —preguntó el joven.

—*Guten Morgen,* Alexander.

—¡Ah! Frau Katharina —exclamó con satisfacción—. Un momento por favor. Voy a cerrar el despacho, así estaremos más tranquilos. Hay mucho ruido ahí fuera.

—*Wie geht es dir?*[7], espero que se encuentre bien.

—Muy bien, gracias, Alexander. Mi llamada —dijo la catedrática— era

para comunicarte algunos datos sobre la pintura de la Anunciación. He examinado con detalle la fotografía de Morel, el sobrino del cónsul, y desde luego el parecido con la predela es asombroso. Lástima que la fotografía del libro, al ser en blanco y negro y de pequeñas dimensiones, no pueda apreciarse con minuciosidad la indumentaria de la Virgen y del ángel Gabriel; y desde luego la policromía dorada. Casualmente he localizado una antigua publicación con una predela muy similar. Se trata de un libro de arte gótico de los fondos de nuestra biblioteca, un gran tesoro de nuestra universidad, donde se muestra un dato que quizá sea muy útil. Me refiero a una pintura muy parecida a la del matrimonio español; por las dimensiones parece una predela que formaba parte de un retablo desmontado y retirado de una capilla de Santa María de Cracovia. Al parecer no existe constancia de la salida del país. Lo primero sería verificar si se trata de la misma pieza que la de España. Existe esa posibilidad, aunque no estoy segura. En aquella época había una gran predilección por la escena de la Anunciación, de origen italiano, cuyos modelos tuvieron gran influencia en numerosos artistas de Centroeuropa. Por lo que deben de existir varias reproducciones de idénticas características, si acaso con ciertas variaciones entre unas y otras. No he podido reunir más datos sobre el lugar donde fue a parar el retablo cuando desapareció del templo. Ahora bien, tengo una referencia que nos puede aclarar todo este enredo.

»He localizado en Cracovia un organismo que vela por la conservación del patrimonio de la ciudad, el Polska Sztuka Instytut[8]. Su presidente es Tomislaw Novak. Quizá ellos conozcan este asunto. Te indico la dirección de correo electrónico del contacto. Seguro que te podrán ayudar.

Alex Bauer se despidió de Katharina Schröeder agradeciéndole su trabajo y su interés.

---

6 ‘Buenos días. Quisiera hablar con la señora Katharina Schröeder’.

7 ‘¿Cómo está?’.

8 ‘Instituto de Arte Polaco’.

Danza macabra

Anouk se había tomado un tranquilizante y descansaba en la habitación. Mientras tanto, Klausen descolgó el teléfono y llamó a Alex Bauer. El joven galerista no daba crédito a lo que contaba el danés.

—¿Pero quién está detrás de esta noticia? ¿Quién está interesado en hundir el crédito de Anouk? ¿Y de paso el de la Galería Azul y el mío? El titular de prensa es alarmante —se quejaba Bauer—. «La sospechosa adquisición de una pintura gótica». ¡Es increíble! —se lamentaba el joven una y otra vez —. Esto es una noticia falsa para generar confusión.

—¿Y qué podemos hacer? —exclamaba Klausen.

—Déjame pensar, Harald. Hay que rebatir los bulos con buenos argumentos.

—Antes de dar un paso más —dijo el danés—, debo comunicar el asunto a mi hijo. Supongo que conocerán algún caso similar.

Tanto había hablado Alex Bauer a sus padres sobre la predela gótica y su confusa historia que ambos mostraron gran interés en conocerla, sobre todo su madre, la profesora de arte. Anouk accedió a la solicitud del joven galerista, quien comunicó a sus padres la invitación de la pintora. Era media tarde cuando Anouk y Harald recibieron a los invitados en el salón de casa. Después de las oportunas presentaciones, la acuarelista les hizo pasar a su estudio donde, sobre todo Erika, admiró de manera especial las pinturas acabadas y las que estaban en proceso. Al llegar a la famosa predela, la profesora de arte quedó impactada ante la majestuosidad de la Anunciación que la artista exhibía orgullosa en una esquina de su estudio. Erika examinó la pintura sin ocultar su fascinación por la delicadeza de la escena y la serenidad que transmitía.

Mientras Anouk, Erika y su hijo seguían hablando de arte, Harald sirvió una copa a Gonzalo Cisneros. Su conversación giraba en torno a las publicaciones del danés, que casualmente había encontrado en el cirujano a un fiel lector suyo. En un alarde de euforia, Klausen cogió un ejemplar de

sus diarios recién publicados y se lo regaló al invitado con la oportuna dedicatoria. El cirujano agradeció sorprendido el obsequio y ambos siguieron conversando amigablemente. Se afianzaba así el comienzo de una gran amistad.

Cuando los invitados abandonaron la casa, Harald Klausen y Anouk Lemoine se asomaron a la barandilla de la terraza para contemplar el paisaje nocturno. En el mar oscuro y encalmado brillaban puntos de luces, diminutos, inmóviles, de algún que otro pescador en sus labores habituales. De vez en cuando, las palmeras junto a la cala murmuraban envueltas en una suave brisa que propagaba a su vez la fragancia de una *Brugmansia candida*. Ambos conversaban de manera sosegada sobre los conocimientos de Erika Bauer.

—Una mujer —matizaba Anouk— con grandes dotes y un notable conocimiento sobre el arte, tan apasionante, tan complejo, con multitud de capas, estructuras y lenguajes. Fíjate en lo que decía, Harald: «El arte es, a fin de cuentas, un cúmulo de experiencias, proposiciones y posiciones estéticas», es decir, la manera de estar en el mundo, como pasado y futuro. Yo misma me he sentido identificada con ese pensamiento. En mis acuarelas se refleja el ánimo, la pasión, mi manera de interpretar un paisaje, unas determinadas formas de entender las emociones. ¿No crees, Harald?

Su marido contemplaba entusiasmado la actitud de su esposa en armonía con aquella noche de primavera eterna. Eterno deseaba el danés que fuera ese momento en el que Anouk participaba de un arrebato místico, propio de una artista en la plenitud de su creatividad. Como el pianista que entorna los ojos llenos de sentimiento al deslizar sus dedos sobre el teclado o el conferenciante de brillante verbo capaz de seducir a un auditorio entregado.

La oscuridad de la habitación estaba atenuada por la claridad nacarada del plenilunio, cuyo resplandor moría en la misma playa. De repente, la calma quedó rota por el infernal estruendo de la alarma que despertó al matrimonio. Sobresaltado, Harald se levantó somnoliento y con rapidez bajó las escaleras. Sin tiempo para encender la luz, se encontró en la puerta con unos desconocidos que se abalanzaron sobre él y le apuntaron con una pistola en la sien. La frialdad del metal dejó horrorizado al danés que quedó inmóvil ante la inesperada situación. El tipo que le sujetaba le obligó a

detener aquel estrépito. Klausen se dirigió al mecanismo y pulsó el botón. Un operador le habló solicitándole la clave secreta.

—¿Ocurre algo? ¿Está todo en orden? —preguntó el artilugio.

—Sí. Está todo bien, mi capitán —respondió asustado.

—Muchas gracias y buenas noches —se despidió la voz.

Anouk bajó alterada para comprobar lo sucedido. En el vestíbulo apenas se distinguía nada, solo las linternas de los asaltantes en una extraña penumbra, tipos irreconocibles, camuflados tras unas máscaras. Cuando la acuarelista vio a su marido en el suelo atado y amordazado, empezó a gritar. Uno de los dos asaltantes la zarandeó lanzándola al suelo, le tapó la boca y siguió la misma suerte que el danés. Mientras el matrimonio permanecía maniatado en el vestíbulo, los asaltantes comenzaron a registrar apresuradamente los cajones del mobiliario de la entrada y del salón contiguo. Los constantes movimientos de las linternas creaban una atmósfera fantasmal ante la impotencia de los prisioneros, como una danza macabra donde la muerte hacía su aparición a medianoche. De repente, uno de los tipos levantó la voz dirigiéndose a su compañero en una lengua extranjera mientras salía del salón con unos papeles en la mano en señal de victoria. Los dos agresores se apresuraron a abandonar la casa con el botín ante la mirada exhausta de Klausen. Su mujer, tendida junto a la puerta, había perdido el sentido.

A los pocos minutos llegó un coche de la Policía. Los agentes encontraron la puerta abierta y la cerradura forzada. Al entrar en la casa escucharon en la oscuridad del recibidor un gemido ahogado. Con la ayuda de una linterna encontraron el interruptor de la luz. Al momento vieron junto a la escalera dos cuerpos maniatados y amordazados, el de un hombre con síntomas de asfixia y una mujer desfallecida. Mientras uno de los dos policías procedía a las labores de auxilio, el otro solicitaba con urgencia una ambulancia. Una vez libre, Harald se lanzó a reanimar a su esposa ayudado por los agentes que intentaban incorporarla para sentarla en el suelo. Anouk abrió los ojos mientras el danés fue en busca de un vaso de agua. Una vez recobrado el conocimiento, la acuarelista subió a la ambulancia ayudada por su marido y un auxiliar del servicio. Ambos quedaron hospitalizados en observación. Nada más enterarse del suceso, Ninette acudió junto a sus padres. A su vez trataba de tranquilizar a su hermano Rubén, que había sido informado de lo sucedido.

Por la mañana, Alexander Bauer gestionaba la venta de una pintura. El comprador era un madrileño residente en Benidorm entusiasmado por un óleo que representaba unos tejados del Madrid antiguo, donde se apreciaban unas torres con el clásico chapitel de pizarra. Un escenario perfecto para *El diablo cojuelo*, al que siempre aludía la pintora cuando describía sus óleos. Un conocedor de la ciudad la situaría en el llamado Madrid de los Austrias. El tono de su móvil interrumpió la visita que Alex desvió con rapidez a su empleada mientras atendía la llamada. Una voz al otro lado de la línea le había informado del asalto a la casa de Anouk y Harald durante la pasada noche.

La puerta de la habitación se abrió y entraron Alexander Bauer y su madre. Anouk, muy afectada, se abrazó a Erika y estalló en sollozos. El joven la abrazó también para tranquilizarla, pero la acuarelista no cesaba de llorar. Klausen y Alexander salieron al pasillo para hablar. El personal sanitario iba y venía en sus quehaceres habituales, esquivando el carro de la limpieza.

—¿Qué ha pasado, Harald? ¿Qué han venido a buscar esos desalmados?

—Lo que me temía desde hacía un tiempo —respondió el danés.

Alex puso cara de extrañeza.

—No entiendo.

—Pues yo lo tenía muy claro. Tarde o temprano cabía la posibilidad de un suceso así.

Klausen, mirando fijamente a los ojos del joven, le confesó sus sospechas.

—He estado atando cabos y he llegado a una conclusión.

De repente, Erika salió de la habitación pidiendo ayuda. Anouk había perdido el control, comenzó a tener escalofríos y a sentir un fuerte dolor torácico que le asfixiaba. Al parecer sufría todos los síntomas propios de una crisis nerviosa. Rápidamente llamaron al personal sanitario y le aplicaron con celeridad un tranquilizante. A los pocos instantes, la acuarelista quedó sumida en un profundo sueño, rodeaba de la preocupación de los allí presentes.

Pasados unos minutos, Ninette quedó al cuidado de su madre mientras el resto conversaban con el médico de guardia. No había duda, el sobresalto causado por el atraco le había provocado ese cuadro médico. Debía guardar reposo y permanecer en observación al menos veinticuatro horas.

Harald y Alex salieron al pasillo a comentar lo sucedido. El joven galerista

continuó hablando con Klausen sobre las presuntas causas del asalto en casa. El danés respondió sin titubeos:

—Querían el documento acreditativo de compra de la pintura gótica al sobrino del cónsul. Recuerda lo que contó Bélanger sobre aquellos tipos en la exposición de Anouk. Su aparición por la noche rodeada de misterio en el camino forestal frente a la terraza y la noticia aparecida en la prensa fomentando la duda legal sobre la adquisición de la pintura. Todo cuadra, Alex.

—Es verdad, Harald. Ahora que lo dices, han ido buscando esos papeles para seguir enmarañando el asunto.

Mientas Anouk seguía dormida al cuidado de Ninette, todos se dirigieron a cenar a la cafetería del hospital. Al regresar a la habitación, comprobaron con satisfacción que Anouk se había despertado. Harald se acercó y le dio un beso. Lo mismo hizo Ninette.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó su marido abrazándola.

—Sí, tranquilos, estoy bien. Nunca en mi vida hubiera imaginado pasar por un trance así. Todavía llevo el susto en el cuerpo. Pero estamos vivos y eso es lo que importa. Las pruebas de corazón han salido bien. La impresión al ver a Harald en el suelo me produjo un desmayo, no sé, no recuerdo más —dijo Anouk.

—Cálmate y olvida lo sucedido —repetía sin cesar el danés—. Ahora esperaremos a la doctora para seguir sus pautas.

Al día siguiente, la artista, ya recuperada, abandonaba el hospital junto a su marido. Cuando salían del amplio *hall*, un coche de la Guardia Civil se detuvo junto a ellos. Bajaron dos agentes, les saludaron y se acreditaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó un sorprendido Klausen.

—Tienen que acompañarnos al cuartel —les informó uno de ellos.

Anouk puso cara de perplejidad.

—Acabo de salir de una convalecencia y me han recomendado descanso. Además, la policía ya nos tomó declaración.

—Sí, ya lo sabemos —intervino el otro agente—. Pero necesitamos más información sobre ciertos hechos a los que hemos tenido acceso. Suban, por favor. Lo sentimos. No les llevará mucho tiempo.

El retablo de maese Pedro

Ante la solicitud de Alexander Bauer al Polska Sztuka Instytut, su director Tomislaw Novak remitió al dueño de la Galería Azul un correo electrónico con algunos datos orientativos. Novak confirmó la desaparición de la predela del retablo de Santa María de Cracovia; un suceso que la Interpol había retomado después de mucho tiempo tras ser alertados por la Policía española. El director polaco también comunicó a Bauer las averiguaciones en marcha sobre dicha desaparición:

> Según datos obtenidos en el archivo de Santa María, el altar fue desmontado en varias piezas y quedó custodiado en un almacén del templo, según una nota manuscrita firmada en 1752 por el vicario Jacek Augustyn Lopacki. La misma suerte corrieron los veintiséis altares de las restantes capillas, los cuales fueron reemplazados por otros de acuerdo con el estilo barroco tardío. La nueva decoración no solo modificó el interior de la basílica y su mobiliario, sino que se extendió también a la fachada principal que luce desde entonces un pórtico barroco pentagonal. En cambio, el retablo de madera del altar mayor, probablemente el más grande de Europa, tallado por el escultor alemán Veit Stoss entre 1477 y 1489, permaneció en su sitio. No le afectó la reforma.

Alex siguió leyendo con atención las vicisitudes del patrimonio artístico del citado templo, siempre a merced de decisiones tanto personales como colectivas y, por supuesto, de conflictos bélicos.

> Las semanas anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana de Polonia, el retablo mayor así como los de las capillas fueron desmontados y guardados por partes en cajas dispersas por todo el país. La mala fortuna quiso que fueran localizadas por una unidad nazi llamada Sonderkommando Paulsen y transportadas al Tercer Reich, con toda probabilidad a

Berlín. El material fue conducido posteriormente a Baviera y depositado en los sótanos del castillo de Núremberg, fuertemente bombardeado durante la contienda. Finalizado el conflicto, las piezas fueron recuperadas en 1946 y devueltas a Polonia gracias a los mensajes emitidos por prisioneros a miembros de la resistencia polaca en los que informaban sobre la existencia del valioso material oculto en el castillo. Entre las cajas recuperadas se encontraba el retablo del altar mayor, que fue devuelto en 1957 a la basílica de Santa María. Sometido a una importante restauración, volvió a lucir en el presbiterio. El resto del material fue en gran parte recobrado y devuelto al templo. Sin embargo, entre los retablos rescatados no se encontraba el que nos ocupa, cuya predela de la Anunciación andaba perdida, quizá por España, sin saberse muy bien los entresijos que la habían conducido allí. Nuestro objetivo se centra ahora en indagar cómo salió del país y dónde fueron a parar el resto de las piezas del retablo.

En el momento que tengamos más información se la haremos llegar, dado que el asunto es de sumo interés para nuestro instituto.

De igual manera le agradeceríamos que nos comunique cualquier novedad al respecto.

Saludos cordiales,
Tomislaw Novak

El joven galerista quedó impactado por la historia que acababa de conocer. Según lo expuesto por Novak, quedaba claro que la predela y el resto del retablo en cuestión no fueron recuperados. En ese caso, la pintura de Anouk y Harald sería, con toda probabilidad, la que andaban buscando. ¿Pero cómo había aparecido en España si su salida de Polonia no constaba en ningún documento?

La estancia donde el matrimonio iba a declarar era reducida. Mientras esperaban, Harald Klausen observaba con asombro la pesada burocracia que les rodeaba. La pared de la izquierda según se entraba estaba ocupada por una estantería atiborrada de expedientes consultados a diario. Junto a ella, una escalerita para alcanzar los más altos. El tabique de la derecha quedaba cubierto de columnas de legajos apilados en difícil equilibrio, en parte sujetos por una fotocopiadora. Un armario con archivadores y una mesita auxiliar ocupada por carpetas completaban el archivo de aquella

dependencia. En el centro, dos sillas y la mesa de trabajo, sobre la que colgaba una lámpara de luz amarillenta. Detrás, un ventanuco de cristales con una persiana de lamas dejaba ver el ajetreo del pasillo. De repente, mientras esperaban, una sensación de ahogo iba apoderándose de Klausen. Y es que, al danés, el lugar le recordaba demasiado al claustrofóbico despacho de Sordini, uno de los funcionarios del castillo recreado por Kafka. La puerta se abrió de golpe y el matrimonio se levantó.

—Siéntense, por favor. Me llamo Beltrán Carrizosa —dijo una voz potente— y soy el teniente de la Guardia Civil que va a llevar el caso.

Carrizosa era un tipo corpulento que había rebasado los cincuenta, de cabello canoso y mirada despierta, que poseía un brillante expediente en el Cuerpo. Apartó a un lado algunos papeles y abriendo el ordenador portátil se dirigió a los dos acusados:

—Les comunico que ambos son sospechosos de un delito de apropiación indebida.

Las palabras resonaron en sus oídos como dientes de sierra al devorar un tronco. El rostro de Harald se contrajo en un gesto de incredulidad y Anouk se revolvió en la silla con desasosiego y temor.

—¿Apropiación indebida? ¿De qué? —respondió airado el danés.

—No levante la voz, haga el favor —le sugirió el teniente—. Tranquilícese. Entiendo la presión a la que han estado sometidos en las últimas horas.

Tras una breve pausa, prosiguió.

—Vamos a ver —chasqueó la lengua—. Una persona les ha denunciado por custodiar en su casa una obra de arte supuestamente adquirida de manera ilegal.

—¿De qué obra habla? —preguntó Klausen.

—De una pintura antigua procedente de un país extranjero. Nos hemos puesto en contacto con la Interpol y nos ha confirmado la desaparición no de una, sino de varias pinturas medievales de una iglesia polaca. Los óleos que busca la Policía internacional son obras de arte, al parecer muy apreciadas, desaparecidas en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. La descripción de una de ellas coincide con la que guardan en su casa. Por ese motivo necesitamos saber la identidad de las personas con las que últimamente se han relacionado ustedes. Tenemos entendido —se dirige el teniente a Anouk— que es usted acuarelista. ¿No es así?

—Así es. Pero, si me permite, antes de seguir adelante, quiero manifestarle que…

—Un momento —interrumpió el oficial—. Disculpe, pero las preguntas las hago yo. Limítense a responder, así llevamos un orden.

Anouk, sorprendida por la enérgica voz del teniente, bajó la cabeza en señal de acatamiento, aunque mostró un aire de desagrado e indignación. A partir de entonces, sus respuestas fueron escuetas.

—Dígame, ¿desde cuándo se dedica a la pintura?

—Desde muy joven —respondió la interrogada de manera tajante.

—Entiendo que por un pasatiempo.

—No me gusta esa expresión —cortó Anouk—, prefiero que conste como… una vocación por el arte.

—¿Y desde cuándo de manera profesional?

—Después de realizar unos cursos en la Facultad de Bellas Artes, probé suerte en varias galerías, sin éxito, por lo que me centré al principio en las casas de cultura de los ayuntamientos de la comarca.

Anouk fue respondiendo de manera concisa a todas las preguntas hasta que la declaración llegó al punto crucial.

—Y ahora, dígame, ¿cómo llegó esa tabla a su poder?

—La pintura —respondió la acuarelista— fue adquirida de manera reglamentaria a Gustavo Morel, sobrino de Gonzalo Utrera de Monterreal, antiguo cónsul en Cracovia entre los años cincuenta y sesenta. Morel heredó la colección de arte que había reunido el diplomático, pero por dificultades económicas decidió vender algunas piezas. Una de ellas fue la pintura gótica que guardamos en casa.

—¿Cómo se enteró de la decisión del tal Morel de vender parte de esa colección? —preguntó el guardia civil.

—Por un amigo, un anticuario francés llamado Jean Bélanger.

—Espere, antes de proseguir háble me del tal Bélanger.

—Ya le digo, es un marchante con el que estamos muy vinculados dada la relación que tenemos con el mercado del arte. Reside en Avignon, donde tiene una conocida tienda de antigüedades que goza de una selecta clientela.

—Según acaba de decir —interrumpió Carrizosa—, les une una buena amistad. ¿Qué tipo de relación?

—Sí, en efecto. Pues, dada su experiencia, se convirtió en nuestro asesor en este complicado mundo del arte. Cuando por motivos de trabajo se

acercaba a estas tierras, nos avisaba para compartir noticias e informaciones de interés.

—¿En el domicilio de ustedes?

—La mayoría de las veces sí. En otras, en algún restaurante o terraza de la playa.

—O sea, que mantiene una estrecha vinculación con ustedes. ¿No es así?

—Así es —intervino el danés.

—¿Y dicen que guardan ustedes el documento acreditativo de la compra a Morel sobre esa pieza de arte?

—Sí, claro —respondió Klausen.

—¿Nos lo podría mostrar?

—Con mucho gusto, pero está guardado en casa a buen recaudo.

—Lo entiendo —dijo el inspector—, es una prueba decisiva en todo este asunto. ¿Tiene idea de lo que buscaban esos tipos en su casa? ¿Se le ocurre algo?

Harald se adelantó a responder:

—Imagino que el documento del que hablamos.

—¿Y lo encontraron, señor Klausen?

—Naturalmente, por eso se marcharon.

—¿Entonces? ¿No acaba de declarar que lo tienen en casa a buen recaudo?

—Y es cierto, teniente. Eso he dicho, porque lo que se llevaron durante el atropellado registro en la oscuridad fue una copia. Después de la aparición de la nota de prensa, que ustedes conocen, y los extraños movimientos de esos individuos frente a nuestra casa, comprenderá nuestros temores. Por ello decidimos guardar esa copia en un lugar de fácil registro. No era cuestión de poner en peligro nuestra inocencia ni nuestras vidas de manera innecesaria.

—Bien, señor Klausen, actuó de manera sensata. Tomamos nota de ello y queda pendiente la entrega de ese documento original que les salvará de momento de toda sombra legal. Y, por supuesto, la pintura quedará bajo nuestra custodia hasta que se aclare el caso.

—¿La pintura también? —preguntó muy sorprendida Anouk.

—Efectivamente. Evitaremos el peligro de que sea robada. Pero espere un momento —se dirigió Carrizosa a Klausen—, ¡expuso usted su vida cuando hizo sonar la alarma!

—La alarma se disparó sola. Existe un dispositivo que se activa cuando la

puerta se abre con el mecanismo conectado. Todas las noches, incluso cuando salimos de casa, pulsamos el artilugio. Tenga en cuenta que tenemos obras de arte de gran valor. Cuando los atracadores escucharon la estridencia del aparato, me apuntaron con una pistola en la cabeza para que simulara ante el control de seguridad que todo estaba en orden. Me obligaron a decir que todo estaba bien.

—Entonces —interrumpió Carrizosa—, ¿ha dicho una puerta? ¿Es que existen otros puntos dotados con ese dispositivo?

—En efecto, teniente. En los ventanales de la terraza y en la parte posterior de la casa. Si alguien se lo propone, puede trepar desde el camino forestal que discurre entre la vivienda y el acantilado.

—Oiga —dijo el teniente—, hay una cosa que no entiendo. Si usted comunica a seguridad que todo está en orden, ¿por qué acudió la policía?

—Muy sencillo. Lo que no supieron aquellos tipos es que comuniqué a la operadora la clave de coacción para que el servicio conociera la situación de peligro. Por esa razón la policía llegó con rapidez. No les dieron alcance porque encontraron de inmediato lo que buscaban. Imagino que los agentes habrán realizado su labor. Aquellos tipos dejarían muchas huellas.

—Perfecto, señor Klausen. Vamos a dejar que el cuerpo policial haga su trabajo. Y ahora, si me lo permiten, prosigamos con la identidad de otras personas relacionadas con ustedes.

Tanto Harald como Anouk fueron descubriendo a todos sus contactos cercanos. Marga Babiloni, Sebastián Triguero, Alexander Bauer y sus padres, así como Jean Bélanger.

El matrimonio siguió prestando declaración durante media hora más, respondiendo a detalles ínfimos sin aparente importancia. Después de un intenso interrogatorio el cansancio estaba haciendo mella en Anouk, sometida durante las últimas horas a una fuerte tensión emocional agravada por la sensación angustiosa del claustrofóbico despacho. La acuarelista se sentía como una muñeca de trapo frente a la sinrazón en un teatro de marionetas. Klausen mostraba más entereza, aunque solo en apariencia. Quizá después su derrumbe fuera probable.

—Está bien —dijo un enérgico Carrizosa—. Por ahora es suficiente. Durante los próximos días se tomará declaración a cada una de las personas que han citado. Hemos de cerrar este caso lo antes posible. La Interpol nos aprieta.

A punto de abandonar aquel despacho, Harald ya de pie se dirigió al teniente y le espetó:

—¿Quién está interesado en hacernos daño y por qué motivo? No dejo de preguntármelo.

—Lo averiguaremos, no se preocupe —respondió el representante de la Benemérita—. Ahora, si son tan amables, entreguen los pasaportes. De momento no podrán salir del país. Les rogamos que se encuentren localizables en todo momento. Ya les avisaremos de cualquier novedad al respecto.

El teniente dio por terminada la declaración y el matrimonio abandonó las dependencias de la Guardia Civil de Benidorm.

Los maestros cantores de Núremberg

Después de varios días, Jacobo había dotado al relato de un ritmo considerable resolviendo determinadas escenas comprometidas. Flora por fin disfrutaba de un merecido descanso gracias a su excedencia laboral. Su marido se sentía así más acompañado y ella mucho más tranquila. Las visitas que periódicamente efectuaba Manuel completaban una armonía hogareña que recordaba la de tiempos pasados.

El profesor había experimentado una notable mejoría que le permitía recuperar fuerzas y ver la vida con otro talante, aunque en ocasiones resultaba inevitable acordarse del drama del instituto.

Bruno atravesaba una situación límite. Había perdido el apetito. Se sentía impotente para hacer frente a las exigencias de Aarón, Enzo y Chloe. A la salida del instituto le esperaban en cada esquina para pedirle dinero con el objetivo del menudeo de droga. Habían descubierto el éxtasis de una buena fumada. A causa de esas extorsiones, el rendimiento escolar del muchacho había caído en picado, pues la ansiedad que sufría era preocupante. Si contaba algo a sus padres o a los profesores, le habían jurado que le rajarían. Sus amigos notaban al chico cada vez más raro y aislado. Algo no marchaba bien y eran incapaces de averiguarlo porque Bruno se negaba a hablar, ni tan siquiera con Fernando o Adrián con quien siempre había tenido una excelente relación.

Cierto día, Bruno fue sorprendido a la salida de clase por los cabecillas en actitud desafiante. Enzo, con aire chulesco, mostraba una reluciente navaja. Bruno, cuyo ánimo acusaba ya muchos altibajos, cayó desplomado al suelo por un ataque de pánico cuando Aarón empezó a acosarle. El miedo le inmovilizó y casi perdió el sentido. Adrián se dio cuenta de la escena y empezó a gritar. Acudieron algunos profesores y le reanimaron. Uno de ellos era Jacobo, quien se dirigió a sus colegas de manera enérgica:

—¿Qué más tiene que pasar para que pongan solución?

—¿Qué piensas Jacobo? Te noto muy callado.

—Nada, mujer.

—Algo te pasa por la cabeza, seguro.

—Estaba recordando el calvario del pobre Bruno.

—Déjalo, Jacobo. Aquello ya pasó. Tú también sufriste lo tuyo. Ahora que estás mucho mejor, no vuelvas a recaer. Distráete y sigue adelante con las investigaciones de los personajes de tu novela.

—Está bien, Flora.

Tomislaw Novak siguió adelante con sus pesquisas en su intento por reintegrar a la basílica de Santa María de Cracovia el patrimonio perdido. El joven director vivía con ímpetu su trabajo, lo amaba y pensaba que la filantropía merecía la pena, aunque la élite a la que pertenecía no siempre pensara lo mismo. Claro que el interés tiene siempre un límite, por aquello que decía Rousseau: «Solo somos curiosos en proporción con nuestra cultura». Así que, sin esperar más tiempo, decidió ir por su cuenta y riesgo. Una determinación atrevida y resolutiva, sin calcular las consecuencias. «Descubriré lo que la policía no ha averiguado», pensaba con arrojo. Con esa convicción, comenzaba su aventura para recuperar el retablo perdido. Eran ya demasiadas obras de arte extraviadas o robadas a causa de guerras, conflictos o cesiones derivadas de colonialismos. Y Polonia no era ni mucho menos una excepción.

Unos años antes, Novak era un firme candidato para ocupar la dirección del Polska Sztuka Instytut. La biografía de este joven de poco más de treinta años, de ojos claros y cabello rubio, estaba jalonada ya de un brillante expediente académico en la prestigiosa Universidad Real de Varsovia. Una trayectoria que se completaría más adelante con estudios en la Academia de Bellas Artes de la capital del Vístula, así como por las numerosas publicaciones en revistas especializadas sobre arte medieval de Centroeuropa. Dado su carácter disciplinado, no escatimaba esfuerzos cuando tenía claras sus metas. Se encerró durante diez meses dividiendo el tiempo entre su familia y la Warsaw University Library. En esa biblioteca conoció a la que se convirtió en su esposa, Aniela Jakov, una mujer de sonrisa amable, también rubia y de piel nívea que cautivó a un despistado

Tomislaw siempre estudiando bajo las cristaleras que filtraban la luz a todo el recinto. Aniela fue su guía durante sus constantes visitas. El estudiante apuraba el tiempo hasta el cierre, a las nueve de la noche. Entre ellos fue surgiendo una afectuosa cercanía gracias a la simpatía de la joven, frente a un Tomislaw que al principio se mostraba algo taciturno y cauteloso. Vencidos los primeros recelos del chico, la pareja fue afianzándose en una relación que cristalizó a los pocos meses de conocerse. Ambos anunciaron su compromiso cuando Novak logró su plaza de funcionario del Ministerio de Cultura y Patrimonio Nacional. Tras cuatro años trabajando en los diferentes gabinetes, fue nombrado responsable del Polska Instytut, entidad dependiente del Ministerio y cuya misión consistía en velar por la conservación del patrimonio polaco. La pareja contrajo matrimonio en la iglesia visitacionista de Varsovia, un hermoso templo barroco cuyo órgano fue protagonista de los conciertos del célebre Chopin. Los recién casados se instalaron en la céntrica Nowy Swiat, o calle Nuevo Mundo, la avenida más refinada de la ciudad.

En el plan que se trazó Novak, el punto de partida estaba situado en el castillo de Núremberg. Iniciaba así un viaje por amor a su patria, la historia, el arte y la cultura. Aquella fortaleza era el lugar donde se rescataron las pinturas tras la contienda. Sabía por experiencia que las investigaciones sobre estos casos podían demorarse bastante tiempo, incluso años, debido a su complejidad. Como máximo responsable de la institución, y debido a su fuerte conciencia nacionalista y religiosa, se tomó el caso como un reto personal. Iría al fin del mundo si fuera preciso. Tal vez ayudando a la propia policía contribuiría a resolver el problema cuanto antes. Si el caso salía bien, su colaboración no solo sería un motivo de satisfacción personal, sino también todo un reconocimiento institucional. Para ello se despidió de Aniela y marchó hacia el norte de Baviera.

A lo lejos se divisaban las torres del castillo medieval, una ciudadela muy asediada durante la Segunda Guerra Mundial y de la que solo quedaron intactas la torre Sinwell y la capilla románica. El resto fue restaurado siguiendo su aspecto histórico. Novak detuvo su automóvil junto a la fortaleza y esperó su turno para entrar en el museo del castillo. Una vez dentro se dirigió al conserje preguntando por el archivo.

—Aquí no hay ningún archivo —respondió el empleado.

Ante la extrañeza del polaco, el conserje le explicó que, tras la derrota del

Reich, la documentación de la antigua biblioteca del castillo fue trasladada en un principio al archivo de la iglesia de Nuestra Señora de Núremberg, al igual que unas cajas ocultas en los sótanos de la fortaleza, cuyo contenido estaba formado por piezas de arte muy apreciadas.

—No dispongo de más información. Es todo lo que sé, pero estoy convencido de que el archivero del templo le indicará mejor que yo.

Novak agradeció la deferencia mostrada y marchó al centro de la ciudad.

Al llegar cruzó el río Pegnitz y se dirigió al hotel donde había reservado habitación. Desde la décima planta del Deutscher Kaiser se adivinaba el curso del cauce por la zigzagueante sucesión de puntos de luz que desaparecían en el incipiente resplandor del horizonte. Después del largo viaje, Novak decidió descansar. Había estado conduciendo toda la noche hasta casi el alba. Disponía de tiempo suficiente para darse un chapuzón en la piscina termal, después se tumbó en la cama a ojear un libro sobre la reconstrucción de Varsovia tras los bombardeos de los aliados. Las desoladoras fotografías de aquella ciudad fantasmal conmovieron al joven polaco. Las calles habían desaparecido entre montones de escombros, de los cuales surgían restos de majestuosos palacios barrocos, puertas vacías sin destino y estilizados ventanales en pie, solitarios, tristes, de una desolada belleza ennegrecida y rota. «Mejor suerte corrió Cracovia —pensaba Novak —, que salvó gran parte de su patrimonio histórico y su espléndida arquitectura». Fue, sin duda, el interés por proteger la memoria de las ciudades lo que impulsó la fiel reconstrucción de la capital polaca, recurriendo al milímetro según la topografía dieciochesca. En estas reflexiones andaba el joven Tomislaw, predestinado, como él creía, a la recuperación de las numerosas obras de arte expoliadas de su Polonia.

Una vez repuesto, se abrigó con la pelliza y salió a la calle. La mañana era un cristal luminoso y gélido de primavera. Novak prefirió desayunar fuera del hotel, así callejeaba en una ciudad que apenas conocía. Andaba sorprendido por la bella cartografía urbana de gran fidelidad con el original. Había llegado el momento de verificar las palabras de George Steiner sobre la tristeza que le ocasionaba caminar entre aquellos «sólidos espectros» tan estrictamente correctos, en cuya reconstrucción la luz poseía «sabor a neón». La ciudad es otra, pero seguía siendo la misma. Pasó junto a una librería y observó unos enormes carteles junto a los títulos expuestos. Anunciaban la celebración durante esos días del Festival de Novela Negra,

un encuentro de escritores en el que presentaban sus relatos de suspense y misterio. ¿Acaso era aquello una señal inequívoca de la tarea que le esperaba?, cavilaba Novak, y decidió seguir hacia su destino por las calles empedradas del centro medieval. Al llegar a Hauptmarkt, la plaza del mercado, desde König Strasse, el joven Novak descubrió a la derecha la Frauenkirche, como es conocida la iglesia de Nuestra Señora. Un edificio que en principio le pareció modesto, sin el porte ni la exquisitez de otros templos de Baviera. Al acercarse a la puerta principal comprobó que estaba cerrada. Miró el reloj y pensó que quizá era pronto. Mientras tanto tomaría algo en el *restaurant* de enfrente, una acogedora estancia de paredes de madera. Sentado junto a la ventana controlaría así la puerta de la iglesia. Pidió al camarero un café, unos dulces y un zumo de frutas. A esas horas, las mesas comenzaban a llenarse de clientes con suculentos desayunos, lejos de la frugalidad del suyo. Mientras comía unas galletas de frutos secos y especias, sacó su bloc y garabateó algunas pautas sobre el trabajo a realizar. A continuación, telefoneó a su esposa para comentarle algunas sospechas sobre sus descubrimientos. Aniela, siempre dispuesta a colaborar con su marido, le orientó en varias líneas de acción. Apuraba el café cuando al levantar la vista observó a un empleado, quizá el sacristán, abriendo el portón del templo. Miró la hora. Eran las nueve. Pagó la consumición y salió rápido.

El interior de la iglesia presentaba un gótico báltico distribuido en una planta cuadrada y tres naves. La principal contenía nueve tramos sostenidos por cuatro columnas monocilíndricas. Novak quedó impresionado por la iluminación natural que proporcionaban las vidrieras de los estilizados ventanales. A sus espaldas sonó una voz ronca que rompió su embelesamiento:

—*Guten Morgen, mein Herr*[9].

Sin pensarlo, Novak respondió en alemán. Para su sorpresa, el joven que le había saludado, enjuto y de aspecto adusto, era polaco, hijo de emigrantes alemanes, por lo que la conversación siguió cómodamente en la común lengua eslava. Le presentó sus credenciales como director del Polska Sztuka Instytut y su interés por acceder al archivo de la iglesia para un estudio sobre el patrimonio artístico de Cracovia.

—Intento localizar unas pinturas desaparecidas a raíz del asedio al castillo de Núremberg.

—¿Y por qué ha elegido este lugar?

Novak quedó desconcertado ante la pregunta. Después de un breve silencio respondió:

—En cualquier archivo pueden encontrarse tesoros ocultos o profundas decepciones.

El joven sonrió y solicitó al director unos minutos de espera. Sentado en uno de los bancos de la entrada, la mirada del visitante no dejaba de recorrer con atención la bóveda de crucería. El sol proyectaba en el suelo la filigrana gótica de los ventanales. Novak escuchó pasos y se levantó. El joven sacristán le presentó al archivero, Hermann Schulz; un hombre grueso de mediana estatura y tez enrojecida que le saludó en lengua germana. Tomislaw le respondió como lo hizo al principio con el sacristán, en un alemán silesio, pues a pesar de vivir en Cracovia durante muchos años, la familia de Novak era oriunda de Breslavia, Silesia, antigua provincia prusiana.

El director siguió al archivero hacia la escalera de caracol de la torre pentagonal, pegada al pórtico de entrada. Una vez arriba, salieron a un pequeño vestíbulo. El hombre sacó las llaves y abrió un desgastado portón. El joven se asomó y miró fascinado un recinto rodeado de anaqueles repletos de libros, algunos de ellos incunables. Los estantes de la izquierda estaban separados por un alto ventanal medieval a través del cual penetraba un haz de sol que inundaba una gran mesa de madera. A la derecha se extendía un soporte sobre el que se depositaban legajos y documentos ordenados por diferentes temáticas, según los indicadores en inglés y alemán. De la bóveda de piedra colgaban tres lámparas antiguas dotadas de cuatro antorchas, como las de un castillo, a las que se les había incorporado dos focos eléctricos que distribuían la iluminación en sentido inverso.

—¿Y bien? Usted dirá.

El polaco titubeó unos instantes y se interesó por el antiguo archivo procedente del castillo de Núremberg.

—¿Qué busca exactamente? No crea que guardamos mucha documentación de ese lugar. A raíz del asedio se perdieron bastantes expedientes y patrimonio oculto en sus sótanos. ¿En qué podemos ayudarle, Herr Novak? —preguntó el archivero con perspicacia mirando por arriba de unas gafas negras de presbicia.

El director captó de inmediato su semblante sagaz.

—No busco información con fines políticos, si es eso lo que le preocupa. Cuando acabó la contienda, fueron muchas las cajas liberadas de aquel sótano. ¿Sabe lo que contenían, Herr Schulz?

El archivero guardó silencio.

—Pues yo se lo diré —contestó Novak—: Además de numerosas obras de arte, los retablos góticos de la basílica de Santa María de Cracovia puestos a salvo por la resistencia polaca. Gran parte de ese patrimonio volvió a su lugar de origen. En cambio, el contenido de otras cajas desapareció. Quiero saber si existe alguna referencia sobre la suerte que corrieron esos retablos perdidos.

—Entiendo —respondió Schulz con cierto aire circunspecto.

Su mirada se posó sobre la mesa de la derecha, anduvo unos pasos y le señaló dónde debía centrarse. Novak comenzó a examinar con minuciosidad el material seleccionando y, con la ayuda del archivero, depositó los documentos sobre la mesa de madera. Desató con cuidado la cinta que los sujetaba y comenzó a inspeccionarlos.

—Si necesita algo me avisa, estoy en mi escritorio.

Tomislaw asintió con la cabeza en señal de aprobación. Una línea de sol polvoriento se filtraba oblicua en la penumbra de la biblioteca iluminando los papeles esparcidos sobre el tablero.

El polaco iba tomando notas en su cuaderno. Con la meticulosidad acostumbrada, retenía cualquier detalle por intrascendente que fuera. Siempre había creído que la unión de muchos pequeños fragmentos conducía a un todo. De vez en cuando sacaba la lupa viajera, siempre en el bolsillo de su chaqueta, para descifrar caracteres ilegibles o diminutos. Desde su escritorio, Schulz lanzaba una mirada inquisitiva preguntándose sobre los verdaderos motivos del visitante. Intuía con recelo una investigación de gran calado, pero debía guardar silencio. En el fondo, ese asunto le resultaba incómodo, pues todo lo relacionado con el Reich siempre despertaba cierto temor. En todo caso, admiraba el cuidado y la pulcritud del polaco al manejar los legajos, documentos amarillentos, algunos con letras borrosas, de tamaños diferentes y esquinas dobladas que él se encargaba de retornar a su lugar. El archivero frunció el ceño lanzando un suspiro de inquietud. «Con el rigor demostrado por este individuo, sospecho que llegará lejos en su investigación», pensaba. Tan absorto estaba en su trabajo el polaco que se sobresaltó ante la presencia del empleado.

—*Alles in ordnung, Herr Novak?*[10] Tengo que cerrar. La biblioteca volverá a abrir en horario de tarde a partir de las cinco.

Tomislaw atendía al archivero, pero no le oía, parecía estar viendo un personaje del cine mudo. Su mente se encontraba atada a los papeles esparcidos. El espacio se había reducido a la mesa de trabajo y el tiempo se había paralizado. Ni tan siquiera había reparado en que el haz de sol matinal ya no penetraba por el ventanal gótico, eran casi las dos de la tarde.

—Disculpe, Herr Schulz, estaba muy concentrado entre tanto material.

—Vamos a cerrar —dijo de nuevo el archivero—. Descanse, vuelva luego.

—Está bien, voy a comer algo y regreso.

—He visto, Herr Novak, que ha tomado muchas notas. ¿Su investigación transcurre por buen camino?

—Siempre hay puertas hacia lo insospechado —respondió el visitante.

Schulz no se atrevió a efectuar más preguntas.

La temperatura era agradable en la Hauptmarkt. Novak se sentó en la terraza del *restaurant* donde había desayunado esa misma mañana. Se encontraba exhausto y necesitaba coger fuerzas. Pidió al camarero un codillo alemán con bolas de patata y se dispuso a observar los distintos ángulos de la plaza. Necesitaba descansar la vista después de tantas horas de rendimiento. Marcó el teléfono de su esposa y le comunicó lo averiguado. Aniela le sugirió precaución con el archivero Schulz en vista de su extraña actitud. Echó un vistazo a su alrededor y observó un ambiente distraído y variopinto, dominado por un mar entelado rojiblanco de puestos de fruta, verdura, quesos, flores y comida rápida, reclamo de turistas que marchaban de un lado a otro con sus mochilas y cámaras. Mientras degustaba el sabroso plato de carne, su mirada recorría el contorno de los pináculos escalonados de la Frauenkirche, coronada por una fina torre octogonal. Novak había encontrado algunos cabos sueltos, pero debía profundizar en ellos. Tras unos momentos de somnolencia por el festín culinario, advirtió que las manecillas del reloj se acercaban a las cinco de la tarde. Pagó y se detuvo un instante consultando las notas tomadas a lo largo de la mañana. Había dos nombres que aparecían a menudo en todos los documentos: Axel Glüksmann y Hagen Moritz. Eran solo menudencias que de momento no parecían conducir a ninguna parte. Necesitaba seguir adelante.

De vuelta al archivo, Novak preguntó a Hermann Schulz dónde podía

obtener más información.

—¿No tiene bastante con la que hay entre estas paredes?

—No, Herr Schulz —respondió lacónicamente el polaco.

—Entonces, ¿no le ha servido de nada todo lo que ha encontrado aquí?

—No he dicho eso, pero necesito avanzar contrastando ciertos detalles.

El archivero lo miró fijamente y tras un breve silencio le preguntó:

—¿Puedo conocer alguna cuestión concreta sobre su investigación para orientarle mejor?

—Se lo agradezco, Schulz, pero prefiero llevar este asunto con discreción.

—Si es así no haré más preguntas —contestó—. Para ampliar más datos le sugiero el Archivo Federal de Koblenz. Allí quizá encuentre lo que anda buscando. Pero le advierto que será difícil.

—¿Por qué? —preguntó Novak.

El archivero se sorprendió ante la firme actitud del director del Polska Instytut. Tras unos titubeantes segundos, Schulz bajó la cabeza farfullando algo sobre la desaparición de numerosos papeles en la contienda.

—No se preocupe tanto por este asunto. No es de su incumbencia. Pero le aseguró que llegaré hasta el final —respondió con entereza el joven ante un perplejo archivero.

Novak dio media vuelta y prosiguió con su tarea examinando varios documentos durante una hora más. Cuando terminó, ordenó de manera escrupulosa todos los legajos, guardó su cuaderno de notas y se dirigió al escritorio donde se encontraba Schulz.

—Le agradezco todo su interés. Tienen un archivo muy notable, deben estar orgullosos. Cuídenlo.

—Muy amable de su parte, Herr Novak.

El polaco abandonó aquel lugar con la idea puesta en Koblenz.

---

9 ‘Buenos días, señor’.

10 ‘¿Todo bien, señor Novak?’.

La cabalgata de las valkirias

Rubén Klausen había telefoneado a su padre a última hora del día anterior desde su despacho de la calle Almagro de Madrid. Estaba al tanto de lo sucedido y lanzaba mensajes de tranquilidad. Su optimismo le hacía creer que el caso estaba controlado y pronto se sabría algo. Anouk desayunaba junto a Harald en la terraza de la casa. El sol convertía el mar en un lamé brillante y luminoso, aunque la mente de la acuarelista permaneciese nublada.

—Ayer por la noche llamó Rubén. Estabas dormida —dijo el danés.

—¿Por qué no me despertaste?

—Necesitabas descansar, Anouk, llevas unos días muy alterada.

El rostro de la pintora esbozó una sonrisa triste y ausente.

—¡Como si tú estuvieras más tranquilo! ¿Qué contó?

—Me dijo que había hablado con un amigo guardia civil conocedor del caso. Aunque no podía decir nada porque la investigación seguía su curso en coordinación con la policía, no había motivos para preocuparse. Al parecer hay detrás una trama de extorsión y mercado negro del arte. Pero todavía no se sabe con exactitud la identidad de los que se ocultan en esa red.

—¿Quién quiere hacernos daño, Harald?

—No lo sé. En este mundo de intereses y envidias, cualquiera puede darte una sorpresa.

—¿No sospechas de nadie? —Anouk preguntó a su marido como implorando una respuesta.

El danés guardaba silencio con la mirada sobre el mar, quizá buscando la réplica en un momento tan difuso como la misma línea del horizonte.

—No olvides, Anouk, que la condición humana no dejará nunca de sorprendernos. Detrás de una excelente relación de amistad o de un rostro amable puede acechar de manera canallesca la mezquindad de la envidia, o los celos, que convierten al hombre en una fiera para el propio hombre. No

importa su procedencia ni los lugares que visita.

—Me das miedo, Harald. No puedo imaginar esas cosas.

—Pero existen, Anouk, están ahí. No lo dudes.

—¿Sabemos algo de Alex?

—Sí —respondió Klausen—. Me telefoneó ayer, quiere pasar a vernos. Al parecer tiene información interesante desde Polonia.

El tren avanzaba en dirección a Koblenz serpenteando entre bancales de viñedos. Desde la ventanilla, Tomislaw Novak observaba sobre una colina la silueta confusa de uno de los castillos del valle del Rhin. Era el de Stolzenfels, cuyo contorno blanquecino contrastaba con la frondosidad verdinegra del bosque de coníferas. La mirada del joven polaco era triunfante, similar a la del héroe convencido de ganar la batalla, como en los gloriosos compases de las *Valkirias*. Porque la humanidad solo podría ser liberada de la vacuidad y de la carencia de valores gracias al arte en todas sus dimensiones. A los pocos minutos, el convoy ralentizaba su marcha cruzando el río Mosela por el puente ferroviario de Balduinbrücke. A lo lejos, el director observaba desde la ventanilla la estatua de Guillermo I presidiendo la bella panorámica de la confluencia del Mosela y del Rhin. Poco a poco, el tren se adentraba con exagerada lentitud traqueteando en el laberinto de vías de la estación.

Nada más apearse, el polaco buscó la salida y tomó un taxi. El vehículo rodeó la estación y enfiló un largo bulevar. A medida que se acercaba al final, iba agigantándose el moderno complejo blanco del Archivo Federal rodeado por un cinturón de jardines. Novak entró en el amplio vestíbulo provisto de un gran lucernario, un espacio diáfano donde se integraban hábilmente el hormigón y el acero. Contempló con asombro las instalaciones y se dirigió al mostrador de Información. Presentó sus credenciales y esperó a que verificaran los datos. Mientras tanto, echó una ojeada y comprobó un discreto movimiento de personal distribuido en los diversos puntos de atención y en los ascensores.

—Aquí tiene, Herr Novak —dijo la señorita del mostrador—. Tome este impreso y diríjase al último mostrador junto al ventanal. Consulte al empleado de allí el tipo de información deseada y le indicará la planta a la que debe dirigirse.

El ascensor se detuvo en el tercer piso. Al salir, se dirigió al mostrador. En su alemán silesio preguntó por documentos relativos al antiguo castillo de Núremberg en 1945 y las obras de arte allí almacenadas. El trabajador intentaba localizar mentalmente la ubicación de lo solicitado. Tras unos instantes le hizo una señal con la mano y Novak le siguió. Le acotó la zona a buscar y el empleado volvió a su puesto. Tomislaw comenzó a examinar los legajos distribuidos en cajas de madera. De repente, en la esquina de unos papeles leyó un nombre que atrajo su atención. Tomó el pliego, se sentó y comenzó a desatarlo. Ojeando con impaciencia varios papeles se encontró con una carta amarillenta firmada por Axel Glüksmann. Siguió buscando y comprobó que no era el único documento donde aparecía este nombre. Novak creyó haber encontrado al fin una fructífera línea de investigación.

A petición de la Guardia Civil, la Interpol comenzó a buscar datos en sus archivos, un nuevo itinerario que circularía en paralelo a las averiguaciones de Tomislaw Novak. La propiedad y las sucesivas adquisiciones de una obra de arte estaban en juego, pero también el caso arrojaba algunas sombras en el círculo de la acuarelista francesa y el escritor danés. Una situación extraña capaz de transformar el ánimo de Anouk, antaño una mujer jovial, en abatido y de dejarla sin ánimo de proseguir con su carrera artística. Tanto era así que Alexander Bauer visitó el domicilio del matrimonio en sucesivas ocasiones junto a sus padres Gonzalo y Erika tratando de consolar a la acuarelista en sus horas más bajas.

Como la acusación de Harald y Anouk había trascendido a los medios de comunicación, la relación con algunos galeristas había quedado congelada a la espera de conocer una explicación convincente. La Galería Azul dio un paso al frente y propuso a Anouk una nueva exposición para acallar las dudas. El tiempo habría de reparar el daño causado al prestigio de la artista. Ante la espantada de los demás, Bauer fue audaz al jugarse su reputación y la de su galería.

Tras el desayuno en la terraza, Harald marchó a su despacho para seguir adelante con su proyecto narrativo. Desde su mesa de trabajo observaba el esfuerzo de su esposa por volver a la actividad normal. Con ligera parsimonia comenzó a ordenar su taller, preparó la paleta de colores, trapos y los dos recipientes de agua que utilizaba normalmente, uno para matizar los tonos y el otro para limpiar los pinceles. Anouk se afanaba en acabar

una acuarela bastante adelantada cuando sonó el teléfono. El danés saltó de la silla para dirigirse al salón.

—¡Ese teléfono es un peligro! —gritó la pintora.

—Buenos días, ¿señor Klausen? —dijo una voz—. Soy el teniente Beltrán Carrizosa. Quería transmitirle algunas averiguaciones efectuadas por la policía acerca de los tipos que asaltaron aquella noche su casa.

—Menos mal, teniente, tanta incertidumbre nos estaba creando ansiedad. Estamos muy afectados, sobre todo mi esposa.

—Lo entiendo —contestó el guardia civil—. Las huellas encontradas en su casa durante el asalto corresponden a dos hombres de nacionalidad búlgara, Vasili Krum y Kiril Milev.

—No tengo ni idea de quiénes son esos personajes —respondió Klausen.

—No tiene por qué conocerlos. Son dos matones que han confesado trabajar para Sebastián Triguero y Pérez de Arce.

Al escuchar esta afirmación, el danés mostró su incredulidad:

—¿Y qué quiere ese Triguero de nosotros?

—Buena pregunta, Klausen. Declararon no conocer personalmente a este ejecutivo, ¿no es así?

—Cierto, teniente. Jean Bélanger me habló del tal Triguero. Se lo presentó la dueña del establecimiento en un acto de La Palmera de Plata, la galería de la señora Babiloni, ¿recuerda?

—Sí, por supuesto. ¡Ah! Se me olvidaba, ¿saben algo de Bélanger?

—No mucho, señor Carrizosa. La última vez que hablé con él me dijo que estaba muy ocupado en su negocio de antigüedades de Avignon. Preparaba su participación en la feria anual de anticuarios, una cita de gran renombre en aquella ciudad de la Provenza.

—Claro, es de suponer —apuntó el teniente—. El mercado del arte es muy activo cuando se conoce bien, y este anticuario debe de tener mucha experiencia en ese mundillo de grandes tentáculos. Nos consta que la Interpol está trabajando en los movimientos de la predela.

—¡Qué complicado es esto! —exclamó Harald.

—No es tarea fácil, se lo aseguro. Les mantendremos informados. Adiós, señor Klausen. —Y colgó.

Tomislaw Novak comenzó a esbozar en su bloc de notas rasgos sobre la

identidad del tal Glüksmann, un oscuro personaje vinculado al Tercer Reich a tenor de cierta documentación sobre tráfico ilegal de obras de arte. Asociado a esta figura aparece el nombre de Hagen Moritz involucrado en varias de sus operaciones. Entre los papeles figuraban algunas facturas de venta de óleos de notables pintores, muy valorados, a precios sorprendentemente ínfimos. En la correspondencia entre ambos, parecía vislumbrarse el más que probable cobro de comisiones que Moritz percibiría por cada obra vendida: «No te preocupes, cuando la mercancía llegue a su destino, me avisas. Ya estudiaré la manera de compensarte adecuadamente. Esta vez la operación ha sido importante. Lo haré de la manera habitual» se leía en una de las cartas que recibía el conseguidor de su jefe, Herr Glüksmann. Las indagaciones le depararon ciertas sorpresas; contactos de este todopoderoso nazi con no pocos museos, que en su afán de ampliar sus colecciones adquirían lienzos, tallas, tapices y esculturas a un precio muy asequible. Al final de su primera jornada, un agotado Novak tenía su propia conclusión. Glüksmann sería un destacado jerarca del expolio del Reich a judíos germanos, extensible a palacios e iglesias de zonas invadidas y Hagen Moritz su marchante. «Un sugerente punto de partida», pensó el polaco. Ante los interrogantes planteados, decidido prolongar su estancia en Koblenz.

Sinfonía alpina. «Entrando en el bosque»

Además de los fieles clientes de la Galería Azul, la cita había congregado a un buen número de amigos y conocidos de Alexander Bauer. En el fondo, la muestra pretendía fomentar la solidaridad del mundo artístico con Anouk Lemoine. Rubén Klausen también había querido sumarse con su presencia. El abogado abandonó su despacho de Madrid por la mañana muy temprano y fue hasta allí con su esposa Irene. El matrimonio departía amigablemente con una copa en la mano junto a Ninette y los padres de Alex, Gonzalo y Erika. Se hizo un breve silencio y una emocionada Anouk pronunció unas palabras de agradecimiento que no pudo acabar interrumpida por los aplausos de la discreta asistencia. La ausencia de Pablo Renzi, el conocido crítico de la revista *Punto y Aparte*, no pasó desapercibida. Sus excusas no lograron convencer a Alex Bauer. Intuía que el turbio asunto de la famosa predela planeaba sobre la decisión del periodista. Tal vez Renzi creyó que el prestigio de la revista de arte debía quedar al margen. «Ya habrá tiempo de ajustar cuentas», pensó el joven galerista. Por suerte, un diario local accedió a cubrir el acto con una escueta reseña. Aquella tarde, el brillo de anteriores exposiciones se mostraba desvaído. Los asistentes comentaban en corrillos los sucesos y las actuaciones policiales, mostrando su adhesión a un matrimonio agradecido y aliviado por la generosidad del público congregado. Aunque, para ciertos asistentes, la delicadeza de las acuarelas había pasado a un segundo plano, incluso los antiguos agasajos y parabienes daban paso a una cierta frialdad. Otros invitados, simplemente, no acudieron a la cita.

A primera hora de la mañana, Sebastián Triguero y Pérez de Arce acudía a las dependencias de la Guardia Civil citado por el teniente Carrizosa. Caminaba como un monarca sin reino, con unas ínfulas que no dejaban indiferente a nadie de su entorno. El directivo se sentía ofendido. La sola citación ya constituía en sí una afrenta imperdonable.

—Espero que mi comparecencia sea un mero trámite, porque no estoy

dispuesto a perder el tiempo —gritó un arrogante Triguero.

—Le ruego que no me levante la voz —exclamó el teniente—. La duración del interrogatorio no es cosa suya. Durará lo que yo estime necesario. ¿Lo ha entendido?

La actitud del empresario experimentó un serio revés cuando se encontró con la firmeza del inspector.

—Por su bien, le ruego que mantenga las formas. De lo contrario, su falta de colaboración irá en su contra, porque no saldrá de aquí hasta que no hayamos terminado. No le digo más. Si está aquí es porque albergamos indicios de culpabilidad. Así que responda con el máximo rigor a las preguntas que le formule.

»Vamos a ver. Vayamos por partes —aclaró el teniente—. En primer lugar, quiero comunicarle que las huellas encontradas la noche del robo en el domicilio de Harald Klausen y de Anouk Lemoine pertenecen a Vasili Krum y Kiril Milev.

Triguero no pestañeó al escuchar esos nombres.

—No sé quiénes son —afirmó tajante.

Carrizosa se tomó su tiempo y, mirándole a los ojos, le contestó con una irónica parsimonia:

—Sin embargo, ellos sí lo conocen a usted, por esa razón se encuentra hoy aquí. ¿Me lo puede explicar? Incluso le diría que los conoce de sobra, porque cuando aparece un obstáculo en sus planes, recurre a ellos sin titubear. ¿No es así?

—¡Oiga, no le consiento ese tipo de insinuaciones! ¡No acepto ese disparate! —gritó el directivo.

—Haga el favor de bajar la voz o le echo del despacho. No se lo repetiré más veces.

Triguero hizo una mueca de desprecio revolviéndose en la silla. Tras un breve silencio, Carrizosa prosiguió:

—En ese caso, dígame algo más convincente. Serénese, señor Triguero, y no pierda los nervios. Me atengo, por supuesto, a lo que esos tipos declararon. A ver, para que nos entendamos. Según deduzco, estos dos individuos, a los cuales dice no conocer, hacen el trabajo sucio que a usted le repugna ejecutar, eso mismo ha manifestado Vasili Krum.

—¡Eso es mentira! —gritó de nuevo el interrogado.

—Señor Triguero, le pido encarecidamente su colaboración. Mire, no

tengo ninguna prisa. Le diré que hemos intervenido los contactos telefónicos entre usted y el tal Krum después del asalto a la casa de Harald Klausen. Yo mismo he tenido acceso a ellos. Ya ve, sus amigos, por la cuenta que les trae, han decidido cooperar con la autoridad. Hemos rastreado los movimientos bancarios entre usted y esos individuos, además de ciertos papeles relativos a los pagos que usted hizo a los búlgaros a través de una sociedad pantalla. En cambio, usted se niega a reconocerlo. Ahora, dígame, ¿para qué quería la factura de venta de la pintura de Klausen y su esposa? ¿Por qué extorsionó a Gustavo Morel con el mismo fin? ¿Qué pretendía con la desaparición de todo rastro sobre la adquisición de esta obra de arte? ¿Planeaba un segundo asalto para robar la pintura?

Al cabo de unos días, Tomislaw Novak tenía suficiente material para abandonar el Archivo Federal de Koblenz. Las indagaciones sobre Glüksmann y Moritz abrían nuevos caminos para seguir avanzando. Unos datos encontrados al azar en una correspondencia entre ambos podrían convertirse en la clave de todo el asunto. La aventura investigadora del polaco lo trasladaba entonces a las afueras de Innsbruck, en los Alpes austriacos. En una de las cartas, Hagen Moritz relataba a Glüksmann sus descansos veraniegos junto a su esposa Hertha y su hijo Dieter en una cabaña de madera en Ellmau; un municipio tirolés situado en un valle lateral del río Inn, rodeado de pastos naturales y murallas de coníferas. Dieter Moritz tendría unos ocho años a juzgar por la lectura de una carta fechada el 6 de julio de 1970. «Quizá es más eficaz la idea de seguir los pasos de Moritz en lugar de los de Glüksmann», pensó Novak. El marchante podría dejar más huellas que el jefe. Solo era una intuición.

En la misma recepción del hotel de Koblenz le facilitaron un coche de alquiler. El polaco no quiso conducir el suyo en terrenos de montaña poco explorados. A primera hora, después del desayuno, partió en dirección al Tirol, un largo viaje entre pintorescas villas y alta montaña. Una vez en Innsbruck, y después de un reposado almuerzo para compensar el cansancio del viaje, Novak se alojó en el prestigioso Albergue Alpenverein, una instalación con tejado de madera a doble vertiente. Sus largas balconadas rústicas estaban adornadas con geranios de un rojo intenso en contraste con el grisáceo rústico de la fachada. Su interior presentaba un ambiente muy

acogedor en el que destacaba el bar y su juego de luces opacas, un rincón íntimo y amable. Desde su habitación 501, provista de chimenea como todas las demás, el rostro marfileño del joven director divisaba la imponente cadena montañosa de verdes laderas y picachos nevados que abrazaba la ciudad. Abajo, el movimiento de transeúntes era incesante. Jóvenes esquiadores con indumentarias de vivos colores destacaban como un anuncio publicitario, a cuya distinción se unía ese halo de fragancias que la gente adinerada dejaba al pasar; una exquisita imagen que denotaba ya en sí una profesión. La calle exhibía una vibrante vida urbanita entre timbres de bicicletas y estrépitos de tranvías que culebreaban sobre los raíles. Novak se apartó de la ventana y se tumbó en la cama. Marcó el contacto y comunicó a su esposa la llegada al hotel. Ambos hablaron sobre las pesquisas del caso, sus sospechas y la inminente aventura en los parajes alpinos.

—Anda con cuidado —le dijo su esposa—. Aquellos valles tan solitarios me dan miedo.

—Descuida, querida. Un beso, te quiero.

—Yo también —respondió Aniela.

Tras la llamada telefónica, Novak intentó relajarse. Pero su intento fue en vano. La cabeza no dejaba de darle vueltas alrededor de la figura de Hagen Moritz, un personaje al parecer de oscuro perfil que no le dejaba indiferente. De repente saltó de la cama y consultó su bloc de notas tratando de establecer un plan de acción en tierras austriacas. Sentando delante del escritorio de la habitación, consultó la orografía en los mapas y trazó una posible ruta.

Después de una comida frugal, Novak subió al coche rumbo a Ellmau con el fin de localizar la cabaña que Moritz citaba en su carta a Glüksmann; una aventura ciertamente temeraria no exenta de peligros, dadas las características del objetivo. Por las indicaciones no debía de estar lejos del lago Badesse. La carretera transcurría entre praderas y flores silvestres, siempre con la presencia del macizo Wilder Kaiser, cuyas cumbres ofrecían a lo lejos misteriosas figuras talladas. Al llegar a Söll, una pequeña ciudad en el valle inferior del río Eno, detuvo el automóvil a la puerta de un café. Allí preguntó por una cabaña llamada Klein Moritz. El camarero frunció el ceño con cara de asombro. Nada, no hubo suerte. Siguió caminando y entró en una oficina de correos, una Postamt, como indicaba el cartel. El polaco

se dirigió al mostrador y preguntó por el nombre de la cabaña. El empleado, un hombre de unos cincuenta años, creyó recordar de algo ese nombre, pero hacía mucho tiempo que no había correspondencia para esa dirección.

—Pregunte si acaso en las afueras, quizá alguien más entrado en años que yo sepa indicarle.

Tomislaw regresó al coche. A pocos kilómetros de allí encontró una granja. Se asomó y saludó a un hombre cuya edad rondaría los setenta.

—*Guten Abend*[11] —dijo.

El hombre se volvió y dejó el forraje para atender al forastero.

—Pregunto por Klein Moritz. ¿Sabe dónde queda?

—¿Klein Moritz? Déjeme pensar —respondió el granjero en actitud dubitativa—. ¿Moritz? Me parece recordar un pequeño albergue con ese nombre, mucho más arriba de esta ruta, puede que cerca del lago. Siga por este camino todo recto. Hace tiempo que no visito ese lugar y temo equivocarme. Me parece que este sendero acaba en una zona boscosa. Le costará encontrarla porque, según dicen, la red de carreteras y senderos convierte la zona en un laberinto muy solitario. He oído hablar de unas casitas de madera de colores vivos cerca del lago, quizá la localice por allí cerca. Pero vaya con cuidado, resulta muy fácil perderse.

Novak agradeció al granjero sus confusas indicaciones y procuró seguirlas sin extraviarse. Tras tomar varias rutas equivocadas, enderezó su marcha hacia el camino principal. Poco a poco, una inoportuna niebla invadía una mañana cada vez más plomiza. En el horizonte se distinguían los impresionantes destellos violáceos de una tormenta. El joven no se amedrentó y siguió conduciendo. De pronto, una racha de lluvia y viento comenzó a zarandear el coche, impidiendo que el limpiaparabrisas cumpliera su misión. Novak redujo la marcha para intentar controlar el vehículo, pero las ráfagas huracanadas hacían imposible seguir adelante. Atenazado por el miedo, se detuvo en un repecho del camino y esperó a que amainara aquella locura. Tras unos minutos que parecieron eternos, el aguacero fue cediendo hasta que el tiempo se estabilizó. Cuando recobró la tranquilidad, intentó de nuevo penetrar en la maraña de bifurcaciones y consiguió por fin llegar al lago. Como la vereda se estrechaba, bajó del coche y emprendió la marcha a pie. Al subir una colina descubrió en la ladera las casitas que le había indicado el granjero. Siguió adelante en dirección al bosque, pero no encontró la cabaña. Se detuvo durante unos

minutos para recordar el camino de vuelta e intentó rodear la colina donde se encontraba. Descendió con cuidado en dirección al lago. Al cabo de unos minutos de marcha, descubrió a doscientos metros una casa de madera. Novak pensó que había llegado a la meta. La desolación era absoluta en aquel remoto paraje.

La casa tenía un aspecto abandonado. Se acercó al porche y leyó unas letras de madera, «Klein Moritz». No había ya ninguna duda. La había encontrado. Debido a su orientación norte, el tejado amarilleaba por vellones de liquen. Se acercó a las ventanas y observó el interior, una decoración sobria y rústica. Golpeó la puerta con los nudillos, pero nadie respondió. Aquel albergue estaba cerrado, como presagiaba. Lo rodeó y descubrió en la parte trasera unos viñedos de un amarillento brillante por la lluvia. Se acercó, apartó las hierbas y comprobó sorprendido una ondulada extensión de cepas pajizas que conducían a una ladera despejada. Junto a la cabaña había un descuidado jardín y una balsa de riego de aguas verdosas.

A unos metros de la vivienda se levantaba un establo con la puerta abierta. Desde fuera se apreciaban unas caballerizas vacías. El polaco entró en el cobertizo. La soledad era estremecedora. El interior mostraba unas cuadras y sus respectivas puertas con los pestillos de hierro herrumbrosos. En una esquina había un rastrillo de púas con cardenillo, señal de inutilización. Miró por una ventana. Temía que el chubasco dificultara la vuelta al hotel. Antes de abandonar el establo, apartó con el pie un pozal de madera con utensilios de limpieza que estorbaba en la puerta. Echó un vistazo al interior del cubo. Allí se amontonaban tijeras, cepillos y varias tenazas para el cuidado de los cascos de los caballos. Salió de las cuadras y contempló aquel destierro sobrecogedor. La tarde moría con lentitud y un sol desvaído se disolvía en una oxidada neblina. Los afilados abetos, ya negruzcos, eran saetas de un reloj en un ocaso de cinabrio. Hacía frío y soplaba un viento aromático de plantas silvestres. Novak decidió regresar a Innsbruck. El lugar no invitaba a permanecer ni un segundo más allí durante esas horas crepusculares; además, temía perderse en el camino de vuelta. La creciente penumbra se adueñaba del interior de la cabaña, dotándola de un aire fantasmal.

El joven llegó al hotel con las botas embarradas. Subió a su habitación para cambiarse y se dirigió a la piscina termal. Necesitaba un buen baño relajante después de la tensión vivida. De vuelta a su aposento pidió que le

subieran la cena. Estaba agotado. Durante un instante, dirigió la mirada hacia el ventanal. La vista nocturna desde la *suite* constituía un fascinante tapiz. En la lejanía, bajo el añil crepuscular, brotaban infinidad de luces como cabezas de aguja arracimadas en un confuso laberinto de casas alpinas. Novak había calmado su nerviosismo, pero no conseguía conciliar el sueño. Después de varias vueltas en la cama, se arregló y bajó a tomar una copa.

El gran salón aparecía sembrado de mesas iluminadas con lamparitas blancas en una animada velada. Al violento estallido de la orquesta con un ritmo latino, algunas parejas se levantaban a bailar en la pista. Mientras le servían un *whisky* con hielo en la barra del bar, Novak intercambió unas palabras con el camarero.

—¿Viaje de negocios?

—No exactamente. En realidad, ando buscando a un marchante de arte llamado Moritz. Estoy interesado en adquirir pinturas, o algún objeto de decoración y he oído que Moritz es un gran entendido.

El camarero sonrió al oír el silesio.

—¿Viene de Polonia? Su acento parece delatar su origen.

—Sí, claro, de Cracovia —sonrió Novak—. Mis padres proceden de Breslavia.

—No conozco a ningún anticuario con ese nombre —dijo el empleado del bar—. Aunque, déjeme recordar, hace unos meses atendí a un cliente relacionado con el mundo del arte.

En ese momento el empleado señaló los muebles antiguos ubicados al fondo del salón. Novak aguzó la vista y observó unas cómodas estilo Luis XV y unas pinturas que debían ser de la misma época que los muebles.

—Me habló en un perfecto alemán, pero su acento parecía francés. Quizá sería de Suiza, vienen por aquí muchos ginebrinos camino de Salzburgo y Viena.

Novak se entretuvo unos instantes observando el cálido ambiente, reverso del gélido exterior. La introspección se rompió por una melodiosa voz:

—*Guten Abend. Tanzen wir Sie?*[12]

—No gracias, señorita. Lo siento —respondió con exquisita consideración —. En otra ocasión, mañana me espera un día complicado y debo estar descansado.

La mujer quedó prendada del apuesto polaco y su cálido fraseo. Quizá el

joven fuera el último en percatarse de su atractivo. Apuró el vaso, se despidió con una sonrisa y se dirigió hacia los ascensores. Pensó que el alcohol sería un buen remedio para dormir.

Cuando Novak abandonó la barra, el camarero descolgó el teléfono y efectuó una llamada.

—Buenas noches, póngame con el inspector Weissel, por favor.

Al cabo de unos instantes una voz ronca vibró al otro lado de la línea.

—*Hallo?*[13] *Herr Weissel?*

—Sí, soy yo.

—Me llamo Luther Wolf, del Alpenverein. Verá, inspector, siguiendo instrucciones, le comunico que hace un momento un cliente, al parecer relacionado con el mercado del arte, ha estado preguntando por Dieter Moritz. Nunca había visto a esta persona por el hotel, señor Weissel. En Registro me comunican que se llama Tomislaw Novak.

—Muy bien, Wolf. Páseme con Herr Meyer, el director del hotel. Quiero hablar personalmente con él.

—Lo siento, no se encuentra aquí en este momento —dijo el camarero—, por eso me he permitido la libertad de llamarle directamente a usted.

—Lo entiendo —dijo la voz ronca—. Se lo agradezco, pero de todas formas haga el favor de decirle a Meyer que me llame cuando pueda.

—Descuide, inspector. Se lo diré en cuanto regrese.

El sol asomaba tímidamente en la habitación. Desde la misma cama, Tomislaw Novak podía divisar sin dificultad las cumbres alpinas envueltas en una aureola anaranjada. A esas horas, un vapor convertía la ciudad en un vidrio empañado que metamorfoseaba los tejados en un tierno hojaldre matinal. Novak no perdió tiempo. Bajó muy temprano a desayunar y abandonó el hotel de manera precipitada en busca de la enigmática y solitaria cabaña Klein Moritz. La inspección ocular del día anterior resultó insuficiente y deseaba encontrar algún indicio en un lugar tan citado en la correspondencia entre Glüksmann y Moritz. De camino iba recordando todos los atajos hasta que por fin dio con la vivienda. El mismo silencio, la misma extraña soledad. No se oían voces ni mugidos de las granjas cercanas. Bajó del coche. Al cerrar, el seco estrépito de la puerta asustó a una bandada de pájaros que emprendió el vuelo hacia un rumbo indefinido.

El polaco se acercó a la ventana de la casa. Limpió un poco el cristal con las yemas de los dedos para ver el interior. El salón era amplio, dominado por una amplia chimenea negruzca; un recinto decorado por muebles antiguos de un estilo impreciso, un sofá y un piano adosado a la pared sobre un suelo de madera rústica, como el de tantas casas de la zona para combatir el frío y la humedad. La puerta seguía cerrada.

Volvió a entrar en el establo. El suelo estaba cubierto de paja. Abrió los portones de las cuadras y observó su interior. No había ningún detalle llamativo. Olía a forraje seco. Se acercó a la ventana y contempló los cristales polvorientos. Las instalaciones ofrecían un aspecto abandonado, como si nadie hubiera pasado por allí en años. Tal vez un juego misterioso podría trasladarle en un prodigioso salto a un pasado inimaginable, o devolverle a una partida de ajedrez que no finalizara nunca. El techo del cobertizo era a dos aguas, dotado de unas vigas maestras y otras transversales que cruzaban todo el recinto. Encontró al fondo un taburete de madera en una esquina y se sentó. Contemplaba con calma aquel cobertizo imaginando la vida de un pasado que intuía remoto. Su mirada se detuvo en las ocho cuadras. Novak pensó que disponían de caballos suficientes para algún invitado apasionado de la equitación. Al fondo, en el ángulo derecho, se apilaban un montón de leños cortados para alimentar la chimenea de la casa. Sus ojos ávidos recorrían en balde todo aquel establo esperando encontrar alguna pista de los oscuros negocios entre el jefe y su marchante. Quedaba mucho por descubrir y había emprendido un largo viaje hasta ese oculto paraje con la esperanza de deshacer la niebla de la misteriosa predela y otras piezas perdidas.

En un gesto de cansancio y frustración, Novak se llevó las manos a la cara y se restregó los ojos como si despertara de un sueño imposible a una rotunda realidad; la investigación parecía una quimera. Se aclaró la vista y se levantó dirigiéndose a la puerta de las caballerizas. Antes de abandonar el lugar entró de nuevo. Inspeccionó otra vez el recinto y se sentó sobre la abundante paja que cubría el suelo. Hizo unas fotografías con la cámara de su móvil sin saber por qué las tomaba ni para qué iban a servir. «Para nada, si acaso serán el testimonio de un viaje al fracaso». Una sensación de derrota invadía al joven director del Polska Instytut. Una institución de trayectoria alicaída que Tomislaw pretendía dinamizar desde que accedió al cargo. No compartía en absoluto los criterios de un consejo rector estancado

en un malsano conservadurismo. «Espero disponer de tiempo para demostrar sus desacertados planteamientos», pensaba. Por esa razón, nada más acceder a sus nuevas funciones, intentó rodearse de personal con criterios afines con el fin de cuajar el proyecto soñado. Tal vez revitalizara algún día la agonizante margarita —flor nacional de Polonia— que lucía en el logotipo de Polska Instytut.

En esas andaba cavilando el joven cuando de repente escuchó unos ladridos en la lejanía. Se sorprendió porque allí el silencio era sepulcral. Durante unos instantes, su euforia inicial se trasformó en abatimiento. Cerró los ojos pensando qué hacía en un establo perdido en los Alpes sin solucionar nada. Se acordó de su esposa Aniela, siempre a su lado, pendiente de su carrera profesional. Sentía defraudarla con ese fiasco. De pronto escuchó el aullido de un lobo. Parecía cercano. Se levantó torpemente agarrotado por un temblor terrorífico. Buscó algún objeto contundente, pero se acordó de su pistola y metió la mano lentamente en el interior de su pelliza. Cuando pudo percatarse, el animal ya estaba en la puerta del establo mirándole fijamente. Con toda probabilidad fuera un ejemplar separado de una manada cercana. El animal enseñó los dientes y emitió un escalofriante gruñido.

---

11 'Buenas tardes'.

12 'Buenas tardes. ¿Baila usted?'.

13 '¿Diga?'.

Sinfonía alpina. «Instantes de peligro»

De repente Jacobo levantó la vista de la pantalla y vio los ojos de Flora que le miraban sin pestañear.

—¡Qué susto me has dado, Flora!

—¿A qué viene ese sobresalto?

—No te había escuchado, has subido tan silenciosa. Estaba muy centrado.

—Ya lo veo. Estás toda la mañana escribiendo y es hora ya de comer. Anda, descansa.

El matrimonio se instaló en el salón acristalado y mientras comían charlaron animadamente de los días tan relajados de Flora lejos del agobio laboral y de Manuel, con quien había estado hablando por teléfono.

—Le he dicho que estabas escribiendo y no ha querido molestarte. Se ha puesto muy contento al comprobar tu interés por la novela. Me ha dicho que es una buena noticia. Esta tarde volverá a telefonear. ¿Sabes? Se ha matriculado en Derecho. En los ratos libres aprovechará para estudiar. Dejó las leyes por la medicina y ahora vuelve a ellas. Al menos aprovechará el camino que emprendió en su día.

—Siempre he querido que Manuel fuera abogado. Pero, en fin, él decidió.

—Es joven todavía. Está en los treinta y la vida da muchas vueltas, Jacobo. Me da que esa decisión de estudiar derecho le hará pedir el traslado y volver a casa. Presiento que debe de haber conocido a alguna chica a raíz de su paso por el decanato de la Facultad hace un mes, cuando estuvo con nosotros.

—¿Tú crees, Flora?

—Son detalles que percibí. Tú es que eres muy inocente y no te percatas, Jacobo. Pero eres un ingenuo encantador, tonto.

—Y tú una mujer maravillosa. ¡Qué haría yo sin ti, querida! Por cierto, no me ha llegado ninguna noticia más sobre lo ocurrido en el instituto.

—Veo que todavía te persigue ese maldito asunto.

—No te preocupes, Flora. No me perturba ya como antes. Pero entiende que los incidentes fueron de mucha gravedad. En toda mi carrera profesional nunca presencié tanto deterioro. Todavía me parece mentira lo que está ocurriendo en la enseñanza. Jamás lo hubiera imaginado.

A media tarde, Jacobo subió al estudio para continuar su tarea. Un chasquido lo puso en alerta. Había sido un golpe en la ventana del estudio a causa de una inesperada tormenta de granizo.

En medio de la tensión, Novak intentó mantener el control. Con la mano sudorosa, sacó la pistola y al cargarla, el arma emitió un chasquido metálico que puso en guardia al animal. El lobo siguió gruñendo y enseñando los dientes, su cuerpo tenso en posición de ataque. Con el pulso tembloroso, Tomislaw apuntó durante unos interminables segundos. Cuando estaba a punto de abalanzarse, se escuchó un disparo y el lobo huyó. El polaco quedó bloqueado apuntando a la puerta del establo. A continuación, la silueta a contraluz de un hombre apareció en la puerta de las caballerizas. Al ver a Novak empuñando el arma, levantó los brazos.

—¡Soy un granjero! ¡No dispare!

El joven, todavía aterrorizado, bajó lentamente la pistola. El hombre entró con cierta lentitud en el establo.

—Siento haberlo asustado, pero me ha librado de una buena —explicó.

—Me llamo Otto Müller, tengo una granja a unos kilómetros de aquí. Tratamos de ahuyentar a los lobos que acechan nuestro ganado. De vez en cuando se acercan algunos procedentes de Italia. ¿Es usted el dueño?

—Oh, disculpe, me llamo Tomislaw Novak, estoy unos días de vacaciones por la zona y salí de excursión. Vi este cobertizo y entré por curiosidad.

—Parece abandonado, nunca vi a nadie por aquí —dijo el granjero—. En realidad, no suelo pasar mucho por esta zona. Aunque recuerdo hace unos meses, en labores de vigilancia por los lobos, haber visto con los prismáticos la calandra, la parte frontal de una camioneta que asomaba por la puerta de este establo. Imagino que el dueño estaría trasladando caballos. —Tras una pausa, prosiguió—: Con el disparo, no creo que se acerque ningún lobo más por el momento; pero vaya con cuidado, puede perderse y queda poco para que oscurezca.

Ambos se despidieron y Novak, tras una última ojeada, subió al coche de regreso al Alpenverein. Nada más llegar se lanzó a la piscina termal para templar sus nervios. Una vez en la habitación, cenó tranquilamente y tras

tomarse un *whisky* se tumbó en la cama. Ladeó la cabeza y observó con cierta tristeza los puntitos de las casas que brillaban como cabezas de alfiler en la noche alpina.

Cuando la somnolencia le vencía, se acordó de las fotos que había tomado en el maldito establo. Las visualizó una por una hasta llegar a la última, en la que se veía la entrada desde el interior. Justo en el suelo del umbral, a la izquierda, se distinguía un punto brillante. Amplió la fotografía y comprobó que era un marchamo metálico, quizá iluminado por el *flash,* con algo prendido que podría ser un papel. Con actitud detectivesca, el joven polaco se incorporó con ligereza y se sentó en la cama. Comenzó a elucubrar sobre el significado que podría esconder esa minucia. ¿Y si fuera la clave de algo importante? ¿Quizá una pieza del puzle de ese oscuro asunto? Empezó a dar vuelas en la cama sin poder dormir, haciendo cábalas sobre la enigmática menudencia. ¿Qué podía ser? Volvió a tomarse otro *whisky* hasta que el sopor pudo con él. Al final, cayó rendido y se durmió.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Novak había tomado la decisión de volver al cobertizo alpino. El rastro de la fotografía despertaba en él una tremenda curiosidad. Telefoneó a Aniela y le comunicó su impaciencia por el enigmático hallazgo. La mujer le animó a seguir. Él le ocultó, por supuesto, el episodio del lobo; ya tendría tiempo de contárselo.

Había llovido durante toda la noche y el día había amanecido plomizo. Eso dificultaba la circulación. Cogió una mochila con avituallamiento y la pistola, por si fuera necesario.

Subió al coche y se dirigió a Klein Moritz. De nuevo comenzó a llover. Por momentos la cortina de agua le impedía ver bien la ruta. Disminuyó la velocidad. Temía quedarse atascado en el barro y repetir la locura de la jornada anterior, pero al final el chubasco cesó y llegó sin problemas. Entró en el establo y buscó junto a la puerta el enigmático punto brillante de la foto. Efectivamente, de entre la paja sobresalía un imperceptible precinto metálico unido a una tarjeta de visita. La cogió y leyó: «Sebastián Triguero y Pérez de Arce, Altea, Spain».

De nuevo una sensación de decepción se apoderó del polaco. Volvió a sentarse en el suelo examinando la tarjeta. ¿Y quién diablos será el tal Sebastián Triguero? ¿Un español? ¿Amigo? ¿Negociante? ¿Qué relación podía tener con Dieter Moritz? No lo entendía. Pero alguna seguro, pensaba. Harto de darle vueltas al tema, se levantó para tomar el aire y

aclarar sus ideas. No había dado ni dos pasos cuando tropezó con algo contundente y cayó al suelo. El inesperado golpe le dejó aturdido y sin poder moverse. Sintió un intenso dolor en el pómulo derecho y al tratar de incorporarse se llevó la mano a la cara. Los dedos se le quedaron ensangrentados al haberse raspado con las púas de un rastrillo oculto entre la paja. No lamentó daños mayores porque el heno esparcido amortiguó el golpe. Se limpió la herida con un pañuelo y tras unos minutos se incorporó mareado y dolorido. Volvió atrás y descubrió una pieza de hierro que emergía del forraje. Ignoraba qué podía ser aquello. Apartó la paja y comprobó que era una anilla. Tiró fuerte pero no cedía. Volvió a intentarlo, pero era inútil. Apartó el forraje y vio junto a la argolla un candado que cerraba un pasador. Salió con ligereza hacia el coche y sacó del maletero una ganzúa y un martillo. Volvió a secarse la sangre de la cara con un pañuelo humedecido. Golpeó la cerradura del candado repetidas veces, pero no consiguió romperla. Necesitaba una sierra de mano para cortar el candado. La herida no paraba de sangrar. Decidió volver al hotel para limpiar y curar el pómulo. El personal de recepción, un tanto alarmado, le proporcionó un botiquín de primeros auxilios. «No es nada importante —repetía el joven— un ligero trompicón en la calle». Ya en la habitación, se dio un baño y mandó al servicio de lavandería la ropa manchada. Una vez recuperado salió en busca de una sierra. Al fin dio con una ferretería, pagó y volvió de nuevo al hotel. Debía comer algo y coger fuerzas. Llamó al servicio de habitaciones y le subieron la comida. Aquel hallazgo revoloteaba en su cabeza en una interminable danza macabra de oscuros presentimientos.

Tras un breve descanso miró la hora. Tenía que salir con rapidez porque no quedaban muchas horas de luz. Detuvo el coche en la puerta del cobertizo. Entró en las caballerizas y se dispuso a romper el cerrojo. Con paciencia fue cortando el candado hasta que quedó libre. Pulverizó el metal oxidado con un producto aceitoso e intentó correr el pasador todo lo que pudo, hasta que al final, con gran esfuerzo, la pieza metálica acabó por ceder, tiró de la anilla y pudo abrir la trampilla. Allí descubrió unas escaleras que conducían a un sótano. Impactado por el hallazgo, volvió veloz al coche y cogió la linterna del salpicadero. Al descender solo tres escalones, su semblante adquirió una mueca de estupor. No se atrevió a entrar. Necesitaba testigos y una orden judicial. Miró el reloj y comprobó que era ya muy tarde. Debía

regresar sin falta. Pero lo pensó mejor. Cerró bien la trampilla, telefoneó a la Policía de Viena y contó lo sucedido. Envió su localización y esperó su llegada. Cuando se presentó la unidad policial en el cobertizo, Novak dio cuenta del misterioso descubrimiento. Un coche de vigilancia permaneció custodiando el lugar toda la noche, hasta conseguir al día siguiente la orden de un juez para entrar y explorar el sótano.

La declaración de Sebastián Triguero se prolongó más de lo previsto. Sin prisas y con su conocida habilidad, Carrizosa fue doblegando la arrogancia del empresario y descubrió detalles que le inculpaban en una red de tráfico de obras de arte con ramificaciones en el extranjero. La Interpol ya estaba informada de ello al intercambiar la información pertinente. El empresario entregó el pasaporte para evitar el riesgo de fuga y abandonó el cuartel de la Guardia Civil con un semblante taciturno, nada semejante a la actitud triunfal de su entrada. Triguero pensaba que todo el mundo murmuraría a sus espaldas y su reputación quedaría en entredicho. Ese guardia civil, muy sabueso, le había tendido una trampa y habló más de lo debido. Lo que pensaba que sería una cuestión rutinaria se había complicado en extremo. «Debí haber contratado antes a un abogado», se lamentaba el flamante hombre de negocios. Su arrogancia le había traicionado.

Carrizosa demostró su astucia acorralando al acusado. En la declaración, Triguero había implicado a Marga Babiloni y sus turbios asuntos con La Palmera de Plata. El círculo se estrechaba; ya solo era cuestión de seguir avanzando en la investigación. Únicamente faltaba la declaración de Jean Bélanger, al parecer muy ocupado en tierras francesas. No tardaría en llegar el momento adecuado. Era una de las declaraciones más esperadas por el teniente de la Guardia Civil. Tenía sus dudas sobre este personaje.

Al regresar al hotel, Novak marchó directo a la piscina termal. Necesitaba calmar la tensión acumulada de todo el día. Lo hallado le había dejado estupefacto. Una vez relajado se dirigió al comedor para cenar. Necesitaba descansar y poner sus pensamientos en orden para tomar decisiones, que no eran pocas. A esas horas eran escasas las mesas ocupadas. Una cuestión razonable, pensó. A las seis de la tarde era ya noche cerrada y el horario

habitual de la cena era alrededor de las siete.

El barman localizó a Novak sentado en una mesa, solo y junto a la ventana. Desde la barra no dejaba de controlar sus gestos. El polaco parecía ausente, con la mirada en el vacío.

—¿Necesita alguna cosa más? —preguntó el camarero.

Al oír esto el polaco se sorprendió.

—Disculpe, estaba un poco distraído. Prepáreme un *whisky* con hielo, por favor.

La calle mantenía su ritmo acostumbrado. La lluvia hacía acto de presencia una vez más y a esas horas había que abrigarse bien. Los modernos tranvías rojos seguían circulando en ambos sentidos provocando un ligero temblor junto a los ventanales.

—*Entschuldigung Sie, sind Sie Tomislaw Novak?*[14]

El joven director volvió la cabeza al oír la voz y miró inquieto a un tipo alto y corpulento que le mostraba su credencial.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Heinz Kaufman, teniente de la Interpol de Viena. ¿Puedo sentarme?

—Sí, por favor.

El polaco se revolvió en su asiento ante una visita tan inesperada.

—¿Cómo me han localizado, Herr Kaufman?

—Las autoridades españolas nos han informado acerca de su identidad y su interés por unas obras de arte robadas de Santa María de Cracovia.

—¿Pero y mi estancia en este hotel?

Kaufman sonrió.

—Cuando supimos que alguien como usted estaba tras la pista de Hagen Moritz, contactamos con todos los hoteles de Austria para intentar localizarle. Aquí, en el Alpenverein, nos informaron de su registro.

—Vaya, sí que han seguido con precisión todos mis movimientos.

—Usted preguntó al barman si conocía a un tal Moritz. ¿Me equivoco?

—En absoluto —respondió Novak—. El propio Polska Sztuka Instytut se encargó de informar en su día de la desaparición de estas obras de arte y el caso estaba abierto, pendiente de resolver por ustedes. De esto hace ya bastante tiempo, mucho antes de que me hiciera cargo de esta institución. ¿Por qué se ha tardado tanto en reabrir el caso? —preguntó.

—No sabría decirle con exactitud —contestó el teniente con cierta

incomodidad—. Quizá cambios de personal, nuevas directrices, prioridad en otros casos, la lenta burocracia. La Guardia Civil de España nos ha puesto de nuevo en la pista del caso —apuntó Kaufman—. Se nos informa de una predela gótica correspondiente al inventario de obras perdidas en la época del Tercer Reich alemán. La citada pintura fue adquirida por una acuarelista española, Lemoine, creo recordar. ¿No es así, Herr Novak?

—Exacto, teniente.

—Pero no dilatemos más el asunto. Conocemos el caso.

—Antes de proseguir, Herr Kaufman, ¿desea tomar algo?

—No, muchas gracias, se lo agradezco. Cuénteme más detalles sobre la localización de esa cabaña. A raíz de su llamada, un retén policial está custodiando el cobertizo a la espera de tomar decisiones.

—Lo sé, teniente. Yo mismo hice la llamada cuando descubrí lo que podría albergar ese sótano. Tomé las debidas precauciones y por ello solicité una orden judicial.

—Me han informado. Hizo usted lo correcto. Pero cuente desde el principio. Vayamos por partes.

—Verá, teniente, visité el archivo de la iglesia de Nuestra Señora de Núremberg y el de Koblenz. La información obtenida me llevó a las afueras de Innsbruck. Una correspondencia descubierta en Koblenz entre Axel Glüksmann y Hagen Moritz me condujo a esa cabaña llamada Klein Moritz. Una casa de montaña situada en lugar remoto junto a un bosque y un lago. La casa parece abandonada al igual que el establo, cuando estaba inspeccionando las cuadras me pasó algo imprevisto.

El barman interrumpió al polaco.

—Lo siento, Herr Kaufman, tiene usted una llamada del inspector Weissel en el mostrador.

—Disculpe. Vuelvo enseguida —dijo el inspector con voz potente.

---

14 ‘Por favor, disculpe, ¿es usted el señor Tomislaw Novak?’.

Sinfonía alpina. «Aparición»

Carrizosa concluyó la reunión con su equipo. Habían puesto en común todas las averiguaciones. Las pruebas se habían discutido y examinado hasta el más mínimo detalle. Faltaba coordinarlas con su colega Kaufman, pero para ello debía localizarlo. Mientras tanto, era el momento de ordenar la información disponible y llegar a las primeras conclusiones. Solo, en su reducido despacho, el teniente trataba de hilvanar los testimonios del caso. Carrizosa determinó que Sebastián Triguero quería apropiarse de los papeles que acreditaban la compra de la pintura. Su objetivo era hundir el prestigio de la artista y el de la Galería Azul. No consentía la creciente fama del negocio del joven Bauer. Acusando a la pintora de negocios sucios erosionaba su creciente éxito. Es más, tenía previsto robar la pintura y borrar el rastro de su adquisición por Anouk Lemoine. Para ello extorsionó a Gustavo Morel para obtener la prueba de la venta, incluso le ofreció una importante suma de dinero, que el sobrino del diplomático rechazó. El paso siguiente era el robo de la pintura. Pero no le dio tiempo.

Empleaba las artimañas propias del mercado negro del arte, Triguero subvencionaba con dinero fraudulento a La Palmera de Plata, arrastrando a la dueña a participar en una red que percibía comisiones a cambio de organizar exposiciones de jóvenes principiantes, hijos de amigos o conocidos a los que debía favores, independientemente de la calidad artística. Marga Babiloni consentía porque el negocio no siempre era boyante. El mercado del arte se movía por temporadas, por impulsos de tendencias. Como buen experto en *marketing*, Triguero diseñaba campañas en los medios de comunicación en favor, no solo de esos artistas noveles, sino también de los ya consagrados. No había estudio de radio ni televisión o diario que no celebrara su visita. Y en medio de tanto espectáculo, emergía el buen hacer de una modesta Galería Azul, una seria competencia para La Palmera de Plata y para el propio Triguero. Bauer estaba monopolizando el mercado del arte en la zona. Azul no entraba en el juego

de Triguero. De ese modo, como represalia, planeó la manera de desacreditarlo. De ahí que fabricara una noticia falsa y la enviara a la prensa, donde disponía de buenos amigos. Su plan consistía en crear confusión y conceder credibilidad a la información publicada. El robo de la documentación allanaba el camino y por ello Triguero no dudó en contratar los servicios de Vasili Krum y Kiril Milev, unos matones búlgaros capaces de todo.

Sin embargo, para el teniente de la Guardia Civil faltaba alguien más en todo este asunto. No cesaba de darle vueltas. Triguero debía de contar con algún cómplice más, y de momento el misterioso personaje no aparecía. Pensaba en Bélanger, pero todavía no había sido localizado. Necesitaba más que nunca su declaración. Miraba constantemente un panel donde estaban fijadas las fotos de los encausados cuyos movimientos aparecían marcados. Cuando más ausente estaba Carrizosa sonó el teléfono.

—Teniente —dijo una voz—, le paso la llamada urgente que había solicitado desde Austria.

Una vez finalizada la llamada telefónica, Kaufman volvió de nuevo a la mesa donde se encontraba el polaco.

—Le ruego que me disculpe, Herr Novak. Como habrá comprobado, me tienen localizado allá donde voy —dijo esbozando una media sonrisa—. ¿Y bien? Me estaba diciendo que le ocurrió algo inesperado en aquel establo.

—Sí, así es. Tropecé con algo contundente y caí al suelo. Era la anilla de una puerta oculta entre la paja.

—Lleva una herida en el pómulo —le señaló el teniente.

—En la caída tropecé y me hice daño con un rastrillo —aclaró Novak—. Abrí la trampilla y bajé unos escalones de lo que parecía un sótano, apunté con la linterna y para mi sorpresa encontré una estancia tan grande como la superficie del establo. Allí se hallaban apoyados entre sí una serie de bultos tapados con sábanas. No había luz y fue difícil moverme entre tanta oscuridad. Intenté apartar la tela de uno de los bultos, pero había un cartón grueso que los cubría y unas cuerdas que sujetaban el embalaje. No pude hacer más en ese momento al no disponer de herramientas para romper el empaquetado. Así que avisé a la Policía de Viena, como usted sabe, me identifiqué y ante mis sospechas, solicité la custodia de las caballerizas. —Kaufman seguía con asombro las palabras del polaco—. Puse la linterna encima de la estantería de un mueble viejo para trabajar con mayor

comodidad. Así que comencé a descubrir las sábanas que envolvían los misteriosos paquetes, corté las cuerdas y retiré material de protección. Lo que vi me dejó atónito.

—Siga, Novak. ¿Qué vio?

De buena mañana, Harald Klausen y Anouk Lemoine desayunaban tranquilamente en la terraza.

—¿La ausencia de noticias son buenas noticias? —preguntó la acuarelista a su marido.

—Es posible, pero estoy hecho todo un mar de dudas y el teniente Carrizosa no ha dicho nada. Supongo que todo irá bien, eso es lo que nos dijo Rubén. Dejemos a la justicia que haga su trabajo. Vuelve a tus pinceles, disfruta de tu arte y yo volveré a mis textos.

Se hizo un silencio entre los dos.

—¿Cómo marcha tu novela, Harald?

—Metido de lleno en una aventura —respondió el danés—. Tenía la intención de escribir unos cuentos, pero no me veo capacitado para ello, no tengo esa facilidad para los relatos breves.

—Pero ¿puedes adelantarme algo?

—No suelo hacerlo con nadie, Anouk. No me gusta decir lo que escribo. Eso distorsionaría las historias, porque es inevitable que el interlocutor opine antes de tiempo y se malogre el trabajo. Prefiero ser yo quien revise las frases, cambie lo inadecuado y amolde el argumento según mis expectativas. En el camino surgen muchas dudas sobre los personajes, por eso lo que pueda contarte ahora puedo cambiarlo mañana. Pero bueno, en líneas generales, la acción ocurre en una espaciosa casa junto a un bosque, donde transcurre la vida de sus dueños en una aparente monotonía, cuando en el fondo esa vida retirada y apacible es el mayor de sus tesoros, aunque ellos lo ignoren.

—¿Sabes una cosa, Harald? Les envidio. Estoy harta de tanta hipocresía, falsos admiradores, sonrisas de conejo y escenografías postizas.

—Hay gente que te odia porque te admira demasiado —dijo Harald.

—He comprobado algunas reacciones raras, por eso lo digo. Es más peligrosa la envidia de los «amigos» que el odio de los enemigos.

—No te pongas triste ahora, Anouk. En la vida no se tienen tantos amigos

como la gente suele decir. Solo unos pocos, muy pocos, los que te valoran y están a tu lado en los buenos momentos y en los más desfavorables. Los hay interesados que te utilizarán como palanca para lograr lo que se proponen. Cuando ya lo hayan alcanzado, te ignorarán y la amistad la lanzarán al suelo como quien se deshace de un pañuelo de papel usado. Ya no les sirves. Buscarán a otros, les adularán hasta que la víctima ceda a las pretensiones de esa nueva amistad y así sucesivamente. También existen los que esperan algo a cambio que acabarán cobrando de una manera u otra. Afortunadamente, no todo el mundo es así de oportunista. Sin ir más lejos, recuerda la bondad de Alex y sus padres, encantadores, y de Jean Bélanger.

—Por cierto, ¿no te parece raro que no nos haya telefoneado?

—Sí. hablé con él hace unas semanas. Le mencioné los sucesos y me aseguró que en cuanto pudiera vendría a vernos. Hablamos poco, parecía apresurado por terminar. Le volví a telefonear hace unos días y no respondió. Resulta extraño ahora que lo dices. O debe de tener algún problema en Avignon, o es que la feria anual le ha ocupado más tiempo de lo esperado.

Lo referido por el polaco resultó tan sorprendente que el teniente Kaufman no paraba de tomar notas en su agenda.

—Verdaderamente, Novak, su hallazgo va a dar un vuelco importante en este caso. Ha culminado usted solito un gran trabajo. Mañana a primera hora un amplio despliegue policial llegará a Klein Moritz. Le agradecería que me acompañara, Herr Novak.

—Me parece una buena idea, teniente. Iba a pedirle su permiso para estar presente.

—Lo tiene, por supuesto. Tengo la impresión de que estamos ante un importante descubrimiento gracias a su tenacidad y olfato investigador.

—Ante todo —respondió el joven polaco— está mi responsabilidad ante la institución que presido y la satisfacción de ofrecer un gran servicio a mi país.

—Por todo lo que ha llevado a cabo, voy a proponerle para el cuerpo policial.

Ambos rieron y cuando estaban a punto de despedirse hasta el día siguiente, Kaufman le interrumpió:

—Un momento, ¿le molesta si acepto el *whisky* de antes?

—No, claro que no, encantado.

Kaufman y Novak se dirigieron a la barra del bar. Bajo los focos de la acogedora penumbra, prendía entre ellos, como dos colegas de oficio, un vínculo de fructuosa colaboración.

Sinfonía alpina. «Amanecer»

El teniente de la Guardia Civil se impacientaba ante la ausencia de noticias de Jean Bélanger. Sabía por Klausen que el anticuario venía a España con bastante regularidad, pero cuando más le necesitaba, no aparecía. Su localización era ya una cuestión de urgencia. Carrizosa ya conocía por Kaufman el descubrimiento de Novak en Klein Moritz, por ello debía encontrar a Bélanger. Estaba convencido de que su declaración podía resultar decisiva. La investigación debía cerrarse sin dejar ningún cabo suelto. Al parecer, Heinz Kaufman estaba bastante ocupado con el asunto de la cabaña de las afueras de Innsbruck. Lo hallado en el solitario establo estaba teniendo una gran repercusión en los medios policiales y hacia allí se habían desplazado varias unidades de la Interpol con base en Viena. Tomislaw Novak había realizado un gran trabajo. Por ello, el teniente de la Benemérita estaba ansioso por conocer más detalles sobre la operación. Para ganar tiempo, le escribió al inspector austriaco un correo electrónico solicitando la localización de Bélanger en Avignon. Carrizosa supo de la tienda del anticuario, rotulada como «Antiquités Côte d'Azur» en 4, Rue Figuière. Inmediatamente comunicó la dirección a Heinz Kaufman. Hasta allí se desplazó el inspector Fabien Armagnac de la oficina central de París en coordinación con Viena.

En Avignon se celebraba dos veces por semana un mercado de antigüedades que reunía a numerosos profesionales de la Provenza. La costumbre de instalar mercadillos al aire libre no era exclusiva de la comarca, también en Béziers y Montpellier lo hacían, pero era habitual también en el oeste y norte de Francia, Le Mans, Lyon, Chartres, Lille, donde se citan anticuarios de media Europa. Podría decirse que los franceses son grandes aficionados a este tipo de objetos, lo que convierte al país galo en la meca de las antigüedades, baratijas, libros, postales, juguetes, vinilos, pero también muebles, cuadros y piezas de decoración inusuales.

Fabien Armagnac conocía bien el mercadillo de Avignon. No estaba lejos de la prefectura de Policía. Aprovechando que era martes, uno de los días de venta, el inspector se detuvo ante los puestos de la plaza Pie con la confluencia de Rue Saint-Jean le Vieux. Allí, bajo la sombra de los plátanos, el público curioseaba con atención desde una pintura barroca, una cómoda rococó o una lámpara de cristal tallado. El inspector se acercó y preguntó a algunos comerciantes por Jean Bélanger. Llevaba dos semanas sin aparecer por allí, le dijeron. Al no dar con el objetivo, Armagnac se dirigió a la tienda de Rue Figuière.

La tranquila vida de las granjas y aldeas situadas en la ruta de Klein Moritz se vio alterada durante unos días por la presencia de la policía. Varios vehículos blindados atravesaban con dificultad los estrechos caminos de tierra visitados de vez en cuando por grupos de senderistas en busca de la belleza de los valles austriacos. En el sótano del establo se había instalado un grupo electrógeno para iluminar la estancia. Con gran cuidado, los agentes fueron trasladando a los furgones policiales los bultos de diferentes tamaños cuidadosamente embalados. Mientras tanto, Kaufman y Novak examinaban un armario con varias carpetas llenas de papeles de todo tipo, facturas, cartas, valiosa documentación susceptible de ser analizada con minuciosidad. Cuando creían haber rastreado todo el mueble, Kaufman reparó en una caja de madera oscura en el techo del armario, la bajó con cuidado y la abrió en presencia del polaco. Su interior contenía un martillo y clavos de diferentes tamaños en distintos compartimentos.

—¡Bah! Bricolaje —exclamó el teniente austriaco. Cuando se disponía a devolverla a su lugar, Novak se lo impidió.

—Espere, por favor.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado Kaufman.

—Disculpe. Déjeme la caja.

La examinó cuidadosamente. Era de buena madera con marquetería incrustada. Debió de ser una pieza de colección. Pasó las yemas de los dedos con suavidad por la tapa y después por la base de la caja. Con cuidado, palpó la madera y notó una holgura, tiró de ella y se abrió un pequeño cajón. Kaufman miró asombrado al polaco.

—Es increíble lo que acaba usted de descubrir.

Acercaron el cajoncillo a la luz y aparecieron unos pasaportes, varios documentos de identidad y un *pen drive*.

Fabien Armagnac se adentró en la ciudad antigua. Su paso firme resonaba en el empedrado de las calles, algunas muy solitarias. Caminó junto a una plaza recoleta, en cuyo extremo se encontraba Le Lapin Agil, una *brasserie* de las más reconocidas de Avignon, siempre repleta de un público juvenil cuyo rumor festivo resonaba en la calma del lugar. Muy cerca de allí estaba su objetivo, la rue Figuière, junto a la plaza de Saint Didier. Entró en la tienda y esperó unos minutos a ser atendido. La estancia era estrecha y profunda. La mirada del inspector escrutó la colección de objetos iluminados por multitud de lámparas de reflejos vítreos. A la derecha, una cómoda dieciochesca servía de soporte a unos candelabros de bronce y lágrimas de cristal. Arriba del mueble, el barroquismo de una moldura dorada que estrangulaba la escena mitológica en un fatuo edén. A la izquierda, unas ninfas de mármol negro parecían vigilar la entrada de cualquier intruso. El excesivo fulgor parecía apagarse ante la serenidad de una madona renacentista en actitud orante ajena a la ostentación que la aprisionaba.

—Monsieur Bélanger no se encuentra ahora —le dijo la dependienta.

—Necesito hablar con él, mademoiselle…

—Legrand —exclamó ella entregándole su tarjeta comercial.

—Gracias, señorita.

El inspector le mostró su placa policial «Fabien Armagnac». La joven se alarmó, pues el agente vestía de particular.

—¿Le ha ocurrido algo a monsieur Bélanger?

—Espero que no. Pero debemos encontrarle, es urgente.

—Siento no poder hacer nada por usted, inspector.

—Señorita Legrand, ¿puede decirme dónde está?

—Pues, se marchó a Marsella —dijo titubeando la empleada—, en viaje de negocios. Salió hace tres días. Habrá tenido algún problema, de lo contrario debería haber vuelto ya. Le he llamado esta mañana y no ha contestado.

—Hágame caso, señorita, este asunto no puede esperar más. Marque de nuevo su teléfono, por favor. Yo mismo hablaré con él.

Tras unos instantes escuchando el tono, la comunicación se cortó. Lo intentó por segunda vez sin resultado alguno. Ambos se miraron.

—Es inútil, inspector. No responde.

A primera hora de la mañana, Novak llegaba al cuartel de la Interpol de Viena. Se acreditó ante los policías de la entrada y tomó el ascensor. Salió a la tercera planta y llamó al primer despacho de la izquierda. Se oyó una voz enérgica:

—¡Adelante!

—Buenos días, Herr Kaufman —saludó el polaco.

—Pase y tome asiento, por favor.

—Muchas gracias, teniente. No recuerdo la última vez que estuve en Viena.

Tras un breve comentario sobre la belleza de la ciudad y su extraordinario patrimonio, el policía pasó al asunto en cuestión:

—Quiero felicitarle nuevamente por su descubrimiento. Le comunico que ha originado una honda repercusión. Sospechábamos de algún vínculo entre Moritz y Glüksmann, uno de los hombres fuertes que tenía el favor del Reich y que en alguna parte debían de guardar las cuantiosas obras de arte expoliadas con la ayuda de las autoridades nazis. Ha realizado un extraordinario trabajo siguiendo la pista de ambos.

—Usted mismo ha sido testigo en Klein Moritz —respondió el joven polaco.

—Exacto. Mi equipo policial está catalogando todas y cada una de las pinturas ocultas en aquellas caballerizas. Además, en la documentación encontrada hemos averiguado que otra parte del arsenal artístico se encontraba oculto en una casa de las afueras de Düsseldorf. Hasta allí se ha desplazado otra patrulla. Sobre el retablo gótico y la predela extraviada, al parecer en España, nada se sabe todavía. Tenemos noticias sobre los mensajes que los prisioneros polacos enviaron a la resistencia de aquel país acerca del material escondido en el castillo de Núremberg. Como sabrá, el retablo mayor fue repuesto. En cuanto a los retablos de las capillas, unos fueron reintegrados a sus respectivos lugares, otros siguen en paradero desconocido.

—El material oculto en la cabaña era abundante, inspector Kaufman.

—En efecto, la tarea de clasificación y búsqueda de los legítimos propietarios va a ser ardua.

—Normalmente, en estos casos, teniente, se crean muchas lagunas, sobre todo porque no aparecen los herederos que debieran reclamar las obras.

—Cuando mi equipo finalice el trabajo —apuntó el policía—, estos

tesoros se expondrán para darlos a conocer. Pero intuyo su dificultad.

—¿Difícil? —se asombró Novak.

—Entiendo —prosigue Kaufman— la necesidad de mucha gente que, para sobrevivir en aquella época, malvendió ilegalmente sus pertenencias a precios irrisorios, quizá también para huir de cualquier persecución. Estas situaciones complican las pruebas y los rastros de investigación caso por caso.

—¿Se sabe algo, teniente, de la documentación escondida en la trampilla de aquella caja de madera?

—¿Se refiere a las cédulas de identidad y a los pasaportes?

—Sí, por supuesto, y la información del *pen drive*.

Kaufman hizo una pausa antes de responder.

—Lo que hemos descubierto nos ha desconcertado.

El inspector Armagnac seguía conversando con la empleada de Bélanger tratando de averiguar el paradero del anticuario francés, que no daba señales de vida.

—¿Conoce la dirección de monsieur Bélanger?

—Sí, por supuesto.

—Tome nota, por favor. Vive en el 29, Rue de la République.

—*D'accord, merci, mademoiselle Legrand*. Intentaremos localizarle. Le mandaré noticias —dijo despidiéndose.

Una patrulla a las órdenes del inspector se dirigió al domicilio facilitado por la empleada del anticuario. Al ser una calle céntrica y muy transitada, el furgón policial se detuvo en una trasera para operar con mayor discreción. Dos policías emprendieron rumbo a la cercana Rue de la République. Al llegar al tercer y último piso observaron que la puerta de la casa estaba entornada. Sacaron sus armas y entraron con toda precaución. El silencio era total. Al entrar al salón vieron a un hombre inconsciente tumbado en el suelo con una herida en la cabeza. Se acercaron con rapidez y se percataron de que todavía respiraba.

—Al parecer ha recibido un golpe muy fuerte —dijo uno de los policías. El otro solicitaba una ambulancia a toda prisa y requería los servicios de la Científica.

El hombre fue trasladado a urgencias de la Polyclinique Urbain V. Un

retén de dos policías estuvo pendiente del herido e informando en todo momento a su superior. Después de dos horas, el hombre seguía sin reaccionar en la Unidad de Vigilancia Intensiva. El inspector marcó el teléfono de su colega español.

—¿Beltrán Carrizosa? —preguntó Armagnac desde Avignon.

—Sí, soy yo, dígame.

—Tenemos a Jean Bélanger, aunque malherido en un hospital. Alguien quería matarle. Le mantendré informado sobre su evolución.

La mañana era bastante ajetreada. Armagnac acababa de concluir una reunión con su equipo de colaboradores que intentaba resolver un caso de asesinato. Nada más acomodarse en su despacho, escuchó unos golpecitos en la puerta.

Jacobo se detuvo y miró al frente.

—¿Quién es? ¡Ah!, eres tú, Flora.

—Sí, es que la puerta estaba cerrada.

—Ha sido un portazo del viento. Mira la granizada que ha caído.

—Llevas muchas horas trabajando, cariño. ¿Por qué no descansas?

—Ahora bajo, no sufras, estoy rematando una escena y termino.

—¿Te encuentras bien?

—Pues claro, mujer —dijo el profesor sonriendo—. No tardo.

El inspector suspiró brevemente.

—¿Sí? Adelante.

—Disculpe —dijo el agente—. Aquí le dejo el informe que solicitó sobre las huellas encontradas en el domicilio del hombre herido en Rue Figuière.

—Muchas gracias.

El superior cogió el dosier y se despidió del auxiliar. Apartó unas carpetas que tenía sobre la mesa y comenzó a leer con atención el trabajo de sus compañeros de Científica. A medida que iba leyendo arqueaba las cejas en señal de sorpresa. Al finalizar, echó la cabeza hacia atrás apoyándose en el respaldo del sillón.

—¡Vaya! —exclamó—, me lo temía.

Tomislaw Novak emprendió el regreso a Cracovia a la espera de recibir noticias sobre las investigaciones del material de Klein Moritz. Como responsable del máximo organismo al cuidado del arte polaco, se sentía

satisfecho de su colaboración en un caso que llevaba demasiado tiempo atascado. Fue el correo electrónico del galerista Alexander Bauer el que desde España solicitó noticias acerca del retablo perdido. Novak le indicó el hallazgo de algo muy importante. Con toda la posibilidad, las piezas perdidas del templo de Santa María estarían entre las localizadas. En sucesivos contactos le aportaría más información. El caso estaba todavía en manos de la Policía de Viena.

El hallazgo de las obras de arte en aquel remoto lugar de los Alpes austriacos fue comunicado al Polska Sztuka Instytut mediante una llamada del propio Novak. El joven director recibió la felicitación de todo el equipo que estalló en aplausos. Además, se sentía muy feliz por la condecoración con que el Ministerio de Cultura y Patrimonio Nacional de la República de Polonia le distinguía por la protección de los bienes artísticos del país. Un buen motivo para mejorar la colaboración entre ambas instituciones. El asunto no trascendió a la prensa por encontrarse todavía bajo secreto de sumario. «Aunque, a buen seguro —pensó Novak—, una vez resuelto ocupará las primeras planas de los medios de todo el mundo». De nuevo en Cracovia, Novak reunió a sus colaboradores para informarles con detalle de lo acontecido en su periplo por Alemania y Austria. Todos rieron la broma cuando les habló del interés de la Policía para captarlo en sus filas dado su olfato investigador. La verdad era que Novak reforzaría sin duda su candidatura para continuar al frente del organismo.

Una llamada de la Polyclinique Urbain V informó al inspector Fabien Armagnac que el herido estaba fuera de peligro y que había sido trasladado a planta. Pero debería guardar observación al menos durante unos días más. Afortunadamente, las pruebas indicaron que el golpe recibido no fue tan grave como se había creído en un principio, aunque se llegara a temer por su vida. Dada su favorable evolución, los médicos vaticinaban un alta inmediata.

—Tiene una visita —le dijo la enfermera.

El anticuario la miró sorprendido. A la entrada de la habitación esperaba un tipo alto de unos cuarenta años y recia compostura.

—*Bonjour*, *monsieur Bélanger*. Soy Armagnac, inspector de policía. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, adelante, por favor.

—Celebro su rápida recuperación.

—Se lo agradezco, inspector, fue un buen susto —respondió el anticuario —. O, mejor dicho, dos. Primero el forcejeo en casa con unos desconocidos y después mi paso por la UVI del que apenas recuerdo nada. Según me han contado, recuperé la conciencia a los dos días del ingreso. Después siguió una fase de debilidad general por la sangre perdida durante el incidente, una confusa duermevela que me impidió tener una visión completa de los hechos.

—Estuve en su tienda y mademoiselle Legrand nos facilitó la dirección de su domicilio. Teníamos que encontrarle. Ella estaba extrañada por su retraso y al no responder al teléfono decidimos ir a su casa.

—Y fue providencial —apuntó Bélanger—. Hubiera resultado fatal si no me descubren. Podía haber fallecido allí mismo en el suelo —se lamentaba el anticuario.

—Hágame caso. No piense en eso. Ya ha pasado todo. ¿Le molesto si le hago unas preguntas?

—Claro que no, estoy bien, no se preocupe. Entiendo su labor y desde luego me gustaría saber quién está detrás de todo esto. ¿Saben algo, inspector?

Armagnac se acomodó en el sillón de visitas y sacó un expediente de su portafolios. La mañana era sombría y una pertinaz lluvia azotaba los cristales de la habitación.

—Vamos a ver, monsieur Bélanger. La Guardia Civil de España ha solicitado nuestra colaboración en este caso, dado que usted viaja con frecuencia a este país por motivos laborales. Le agradecería que me confirmara esta información.

—*Bien sûr* —respondió el anticuario—. Tengo en España muy buenos clientes y de vez en cuando solicitan mis servicios.

—Me parece perfecto. Son las credenciales de un buen profesional. ¡Ah!, déjeme que le diga, hemos averiguado la identidad de los dos individuos que le atacaron.

Bélanger quedó paralizado mirando fijamente al inspector a la espera de una respuesta. Armagnac revolvió unos papeles y leyó:

—Las huellas encontradas pertenecen a un individuo búlgaro, Andrei Grigorov y a otro turco, Berat Yilmaz. ¿Los conoce? ¿Tiene alguna relación

con ellos? Es importante que conteste con exactitud.

—Dios santo —exclamó Jean—. No los conozco de nada ni tengo vínculo alguno con esos países. Pero ¿cómo han venido a mí? ¿Qué querían?

—¿Ellos? En realidad, no querían nada, monsieur Bélanger.

—No entiendo, inspector.

—Si usted dice no conocer a estos tipos y tampoco tenemos pruebas de ello, quien parece estar detrás de todo este asunto es un tal Sebastián Triguero y Pérez de Arce.

—*Oh, mon Dieu !*

—Pero no sufra, están ya detenidos. Al igual que un colaborador de Triguero, Melitón Larios, un pobre chico de los recados que recibía algunas migajas por los buenos servicios prestados al indecente de su jefe.

Ante el semblante preocupado de Bélanger, Armagnac trató de animarle.

—Tranquilícese. ¿Se encuentra bien? Puedo volver en otro momento si lo prefiere.

—No, inspector, no se preocupe. Quiero acabar con esta pesadilla cuanto antes.

—Bien, entonces sigamos. Cuénteme cómo conoció al tal Triguero.

—Todo comenzó en La Palmera de Plata, una galería de Benidorm. Reconozco que no me causó buena impresión. Me parecía un tipo de una locuacidad sospechosa.

—¿Qué quiere decir, monsieur Bélanger?

—Pues Triguero me pareció el hombre de la eterna sonrisa que oculta un peligroso narcisismo. Quizá fuera un presentimiento o la experiencia de muchos años al captar las sensaciones que a veces transmiten los clientes. No sabría decirle.

El inspector sonrió.

—¡Está hecho todo un psicólogo! —exclamó Armagnac.

—Bueno, no crea. Pero son muchos años donde ves de todo. También he conocido a tipos psicópatas, de los que me salvé a tiempo.

—¿Qué tipo de negocios le planteaba?

—Recuerdo la única vez que me citó. Fue en un bar de copas, un refinado local junto a Benidorm, el Finestrat Cocktail Room. No quise reunirme más con él. En la conversación mantenida constaté mis sospechas de anteriores encuentros, su afán por los negocios del arte. Le atraía mucho el mercadeo. Estaba obsesionado por el coleccionismo en su ansia por reunir obras y más

obras. La verdad es que lo compraba todo, sin importarle la calidad del autor o su valor pictórico en el caso de los lienzos. Me habló de contactos a través de los cuales podía obtener interesantes comisiones por la venta a financieros y especuladores de varios países europeos, marchantes y galeristas, contrabandistas, conservadores de importantes museos, ciudadanos que deseaban ampliar sus colecciones a precios de saldo… Me negué de manera tajante. Aunque lo que verdaderamente me desconcertó fue la mención de uno de sus contactos, un tal Moritz, al que yo asocié vagamente al Reich alemán en operaciones de expolio. Pero no tenía pruebas ni certezas absolutas. De haberlas tenido hubiera rechazado inmediatamente los contactos con este individuo y lo hubiera denunciado.

—¿Le habló de Moritz? Cuente, por favor —dijo sorprendido Armagnac.

—Sí. Su nombre apareció en la conversación.

—Imaginamos que el tal Moritz será el hijo, Dieter, porque Hagen, su padre, habrá fallecido. Fíjese en un oscuro detalle. Entre la documentación intervenida, el marchante tenía también contactos con un archivero llamado Hermann Schulz, de Santa María de Núremberg, receptor de comisiones por ocultar información de movimientos de los Moritz, padre e hijo.

—Entonces, inspector, ¿existe una conexión entre Sebastián Triguero y Dieter Moritz, actualmente en paradero desconocido?

—Exacto.

—Triguero me animó a participar —siguió hablando el anticuario— en un ambicioso plan de distribución de pinturas de alto valor artístico. Me negué a sus proposiciones, pero, pese a mi firmeza, se empeñó en entregarme un dosier sobre los óleos que Moritz deseaba comercializar con la ayuda del ejecutivo español. Me estaba ofreciendo una mediación. Quizá pensó que cambiaría de opinión.

—¿Dónde tiene ese informe?

—En mi caja fuerte. Le eché un vistazo, pero nunca tuve interés en leerlo detenidamente. Lo guardé sin más como otros tantos papeles.

—Me gustaría examinarlo, si no le importa, monsieur Bélanger. Nos despejará ciertas dudas. Quizá Triguero se equivocó. Se propasó en su intención de persuadirle y le entregó unos papeles muy comprometidos sobre la intención de sus negocios. Pasado un tiempo, como usted no accedía a sus propuestas, quizá tuvo miedo de que usted lo denunciara. Fue entonces cuando decidió enviar a dos matones para apoderarse de ese

dosier. Pero no lo consiguieron, usted les hizo frente y al dejarle malherido huyeron pensando que había muerto.

»Dada la información remitida por el teniente Beltrán Carrizosa, Triguero tiene muy mal perder. Su prepotencia no soporta que nadie le lleve la contraria, sobre todo si cree que su presa es apetecible. Hace lo imposible para retenerla, de ahí que su acoso fuera implacable.

Tras el interrogatorio, Armagnac se despidió cortésmente de Bélanger deseándole una pronta recuperación.

El sueño de una noche de verano

La parada del tranvía quedaba muy cerca de la jefatura de la Policía Federal, un edificio en forma de cubo y una secuencia interminable de ventanas con cierto aire de arquitectura soviética. Heinz Kaufman solía viajar en transporte público, siempre con una discreta escolta. Así tomaba contacto con la sociedad vienesa y evitaba la pompa de los coches oficiales. Cuando el convoy llegó a su destino, el teniente dobló el periódico y bajó al empedrado de la calle. Puntual, a las ocho de la mañana, el inspector entraba en la sede policial. Después de tomar café en la zona de ocio de la tercera planta, se dirigió a la sala de juntas donde había reunido a su equipo para elaborar el informe definitivo de las obras encontradas en Klein Moritz. Personal especializado en patrimonio artístico había catalogado las piezas artísticas del descomunal saqueo. En todo momento se intentaron salvar las diferentes lagunas en relación con la documentación hallada en el polvoriento armario del establo. El encuentro del teniente Kaufman con sus colaboradores puso de manifiesto la gran cantidad de obras arrebatadas a soviéticos, judíos germanos y polacos, a la espera de ser reclamadas por los herederos de sus legítimos propietarios. En menor medida existían piezas de Holanda, Bélgica y alguna de Francia. En total eran cerca de doscientas obras las que permanecían ocultas en Klein Moritz y unas ochenta en la casa de Düsseldorf, todas ellas heredadas por Dieter, el hijo del marchante Hagen Moritz. Los datos hallados han confirmado que no todas fueron expoliadas. Algunos óleos, a la vista de los papeles localizados, fueron adquiridos legalmente a Moritz por otros agentes que por interés compraban y vendían a precio de mercado. Una parte de estos ingresos servía para financiar actividades de grupos terroristas implicados en este tráfico ilegal. Sin duda, un gran trabajo del equipo de Kaufman, gracias también a la meticulosidad burocrática del estado nazi en el registro de todas las pertenencias… y por supuesto a la perseverancia y olfato de Tomislaw Novak.

—¿Y qué hay del arte religioso? —preguntó el teniente a uno de sus agentes.

—Hemos elaborado un informe separado del resto de obras —apuntó uno de sus colaboradores—. En este caso, la reclamación de muchos de los propietarios no se hará esperar. Me refiero a ciertos conventos, iglesias, así como a las familias acomodadas judías que exigieron en su día la devolución de su valioso patrimonio. La Interpol se hizo cargo de todos los casos denunciados. Unos tuvieron un feliz desenlace, otros de momento están pendientes de resolución por problemas burocráticos y ausencia de pruebas. La aparición de este tesoro oculto será la solución a tantos expedientes inconclusos. Toda una operación digna de celebrarse.

—¿Usted cree, agente?

—Ya lo creo, mi teniente.

Las vidas de Harald y Anouk habían entrado en una lánguida dinámica por la incertidumbre de un caso todavía no resuelto. La casa parecía deshabitada en una eterna primavera de silencio interrumpido por el suave rumor de las olas. La soledad de la pareja estaba instalada en la agreste terraza, testimonio de un tiempo que fluía superfluamente como la lenta carrera de un caracol.

—¿No tenemos ninguna noticia de la policía?

—No, ninguna. Pero anímate, mujer, todo esto pasará.

—Tengo miedo, Harald. Desde aquella noche del atraco sabes que no duermo bien.

—Lo sé, Anouk. Mira, he invitado esta noche a cenar a Erika y Gonzalo, así que anímate porque quiero que prepares esos bufés fríos tan deliciosos. ¿De acuerdo?

Harald permaneció durante unos segundos mirando con ternura a su esposa, la abrazó y descubrió sus ojos llorosos. Con su pañuelo le secó las dos lágrimas que le recorrían las mejillas.

—Confía en mí, ya verás como todo saldrá bien. —Y la besó—. Ahora ve al estudio y sigue con tu trabajo. Hemos de reanudar el ciclo de exposiciones. Quiero que vuelvas a disfrutar y nos alegres de nuevo a todos.

La acuarelista sonrió con tristeza y se levantó. Su marido la siguió con la mirada entre paletas y pinceles, se puso la bata manchada de mil colores y

comenzó a preparar el azul que dominaba la acuarela sobre el caballete. Harald reclinó la cabeza en el suave respaldo del sillón, cerró los ojos y suspiró. Por un instante asoció vagamente la melancolía de Anouk con la de la joven Cécile, aquella adolescente creada por Françoise Sagan en su *Bonjour tristesse* de vida placentera en una mansión como la de la acuarelista a orillas del Mediterráneo, aunque lejos del planteamiento de la escritora francesa. No existía ningún frenesí irresponsable como el de Cécile. Aunque sí un inesperado suceso, el de la fatídica noche del atraco, que rompió en pedazos los planes de vida en una luminosa casa junto al mar.

Al cabo de unos minutos, el danés se levantó y también hizo lo propio. Se sentó ante su mesa de estudio y se entretuvo examinando unas notas manuscritas del día anterior. Desde su refugio literario observaba en ocasiones el vuelo de pinceles envueltos en un potente vapor de trementina. Klausen ultimaba las galeradas de su trabajo más reciente escrito en un castellano perfecto, como casi toda su obra en esa lengua. Con el danés, su lengua materna, había publicado poco, solo algunos relatos. No había alcanzado gran fluidez. Tampoco se atrevía en inglés, idioma que aprendió desde muy joven junto a su padre. La vinculación de Klausen a España se remontaba a los años de adolescencia. La profesión de diplomático de su progenitor, asociado a la Embajada de Dinamarca, había decidido el traslado familiar. Por tanto, sus estudios de bachillerato fueron cursados en territorio español. Había heredado de su madre la pasión por las humanidades. Karen Nielsen, que así se llamaba, era una conocida poeta en los círculos literarios de Roskilde, una localidad cercana a Copenhague. Junto a ella, el pequeño Harald acudía a la lectura de poemas que la asociación lírica Taget Hav, o 'Mar Brumoso', organizaba mensualmente en la universidad. A los dieciocho años, y ante la insistencia de su madre, publicó una recopilación de sus poemas titulada *Cartas de otoño*. Una pequeña edición promovida y muy celebrada por Taget Hav que alabó unos versos llenos de delicadeza sobre lo cotidiano, porque el mundo, escribía, no necesita de muchas palabras, pues se define a sí mismo en el paisaje, en la tierra del camino, en el mar, en las gaviotas surcando el viento en la nebulosa costa danesa. Un lirismo en lo sucesivo presente en sus diarios y en los inicios de su carrera literaria.

Los recientes acontecimientos habían desestabilizado la placidez creadora

de Harald Klausen, aunque trataba de hacer frente a las deslumbrantes luces largas surgidas en una extraña oscuridad cuando todo parecía instalado en el sueño de una noche de verano. A veces se preguntaba qué hubiese sido de su vida si no hubiera abandonado Dinamarca. Toda una íntima ucronía. No era una cuestión de inmigración. Ciertamente, no era escritor por ese motivo, lo hubiese sido igual en otras circunstancias.

A pesar de la fecundidad de su obra, el mundo literario estaba tardando en hacerle justicia. No era ciertamente una cuestión que le importara al danés, poco amigo de una excesiva visibilidad. En su refugio de la agreste costa de Calpe intentaban olvidar por el momento las tribulaciones.

En cierta ocasión decidieron ir un poco más lejos y subir al Cap d'Or de Moraira para contemplar el atardecer. Cap d'Or es una estrecha península que se adentra en el mar algo más de un kilómetro. En la cima se alza una torre vigía del siglo XVI. Provistos de calzado adecuado, el matrimonio inició el ascenso por una sencilla senda entre rocas irregulares, algunas resbaladizas, aunque fáciles de sortear. Camuflado entre una espesa vegetación, el zigzagueante camino permitía descubrir en algunos recodos el filo de abruptos peñascos abocados a un mar turquesa. La llegada a la cumbre ofrecía un grandioso panorama de toda la comarca desde donde se divisaba la recortada línea de acantilados y caletas más allá de Calpe. En sentido contrario, el sol a punto de ocultarse tras la sierra Bernia, permitía distinguir el colosal peñón de Ifach, Benidorm en la lejanía protegida por Sierra Helada, Altea y después la Punta Bombarda de l'Albir. Sentada sobre una roca, Anouk Lemoine observaba la robustez de la torre vigía de planta circular como parte de una red de puntos defensivos del litoral contra los ataques berberiscos. Mientras tanto, Harald Klausen trasladaba a su cuadernillo las sensaciones de libertad vividas en la paradisiaca cumbre. En la vasta lámina azul, el danés advirtió como un espejismo tres imponentes navíos de velas al viento surcando las aguas rizadas a los sones de la partitura *Piratas del Caribe,* de Hans Zimmer. Finalizada la ilusión cervantina, quijotesca si se quiere, el danés fijó la vista en el intenso contraluz en los trémulos brezos. Su mujer dibujaba ensimismada los contornos del idílico paisaje probando los cambiantes azules del ocaso. Solo se escuchaba el rumor procedente del mar azul oscuro, casi negro. En la inmensidad se alcanzaba una suerte de plenitud que ensanchaba el alma. Otro mar, el suave tapiz de coscojas y lentiscos oscilaba a merced de la

brisa marina en una sensación de bienestar. La torre vigía seguía ahí, enhiesta, dotada de una firmeza altiva y majestuosa, pero con sonrisa de cortesía. Anouk y Harald cruzaron sus miradas cargadas de hermoso romanticismo.

—¿Sabes, Harald? Permanezcamos aquí los dos juntos en este instante eterno, terapéutico.

—Lo sé, querida. Yo tampoco me iría nunca. Pero es hora de abandonar este paraíso.

Ambos contemplaron en silencio el crepúsculo de rosados y añiles. Algunas luces iniciaban su titilante parpadeo. Sosiego en el ocaso por la suavidad de una luna nacarada. Las sombras se adueñaban del sendero de vuelta. Antes de emprender el regreso, la pareja echó un último vistazo hacía la lejanía. Allí estaba la ciudad de las estrellas, un bello escenario para un imaginario baile cinematográfico en el que una pareja de enamorados se movía al compás de un melódico claqué, entre luces y rumores procedentes de un infinito remoto e interminable.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Klausen consultaba en la terraza su ordenador portátil, cuando de pronto recibió un correo electrónico. El remitente era el teniente Carrizosa.

Buenos días, señor Klausen:

De acuerdo con las investigaciones del cuerpo de Policía de Varsovia, especializado en el contrabando de obras de arte, le informo que la predela que ustedes poseen corresponde a un retablo gótico de la basílica de Santa María de Cracovia. El citado altar fue ocultado junto a otras piezas en diversos lugares de Polonia ante la inminente llegada del Tercer Reich, la mayoría fueron desgraciadamente incautadas por la unidad nazi Sonderkommando y depositadas en el castillo de Núremberg. Al terminar la contienda, gran parte de los retablos se reintegraron al templo originario, excepto uno de ellos que se extravió.

Gracias a la documentación encontrada en Klein Moritz, una cabaña perdida en los Alpes austriacos, se ha localizado el retablo desaparecido, oculto en el sótano de las caballerizas junto a la casa. Fue parte del botín que le correspondió al marchante nazi Hagen Moritz. La mayoría de la colección procedía de numerosas incautaciones, y a su vez fueron heredadas por su hijo Dieter Moritz. Al retablo encontrado, el de la Virgen María, le faltaba la predela que completaba el conjunto, la Anunciación. Se trata del óleo sobre tabla que ustedes poseen y que fue vendido

por Dieter Moritz al diplomático español Gonzalo Utrera de Monterreal, cónsul en Cracovia, con fecha 8 de abril de 1960. La pieza en cuestión pasó, junto a otras valiosas obras de arte, a su sobrino Gustavo Morel, que a su vez se la vendió a ustedes.

Les agradecería que, tanto usted como su esposa Anouk, se desplazaran cuanto antes a la comandancia de la Guardia Civil de Benidorm para informarles de otros detalles relativos a esta operación.

Saludos cordiales,
Beltrán Carrizosa

Harald quedó paralizado. En el fondo siempre lo habían intuido, pero les costaba aceptarlo. Con gran dolor de corazón se lo comunicó a Anouk. Sus sospechas ya no eran tales. El danés temía que la noticia empeorara el maltrecho ánimo de su esposa, pues, aunque la pintura fuera adquirida legalmente, el retablo siempre quedaría incompleto a falta de la hermosa Anunciación.

El entorno marítimo había sido invadido por una inusual bruma que cubría no solo la cima del Peñón, sino también la accidentada costa de Calpe, con sus villas ajardinadas abocadas al mar, señalizadas por puntiagudos cipreses y palmeras estilizadas, similares a híspidos mástiles. La niebla era un extraño fenómeno atmosférico en esas latitudes. El centro de buceo y el pequeño puerto deportivo de les Bassetes, siempre rodeado a esas horas por los vivos colores de las velas de *windsurf*, apenas era visible en la lejanía. Harald y Anouk desayunaban, como casi todos los días, en la terraza de casa aprovechando la agradable temperatura. También la bruma del abatimiento merodeaba en sus rostros. La acuarelista acusaba un cierto nerviosismo no solo por el contenido del correo electrónico de Carrizosa, sino por la ineludible cita del propio teniente. Anouk detestaba encerrarse de nuevo en aquel agobiante despacho en el que sabía a la hora que entraba, pero desconocía la de salida. Lo había experimentado en anteriores ocasiones. Temía otro interrogatorio, y más en su pésimo estado de ánimo.

Eran las once de la mañana cuando Harald y Anouk accedían a la comandancia de la Guardia Civil de Benidorm. Ambos permanecieron sentados durante veinte minutos junto al despacho de Carrizosa, cuando de repente se abrió la puerta y un auxiliar les hizo pasar.

—Disculpen la espera —dijo el teniente—. Andamos muy atareados con un caso urgente de extravío; al parecer un hombre con alzhéimer se ha perdido en la sierra de Bernia. Un jubilado de setenta años del Club de Senderismo. Bien, no les quiero entretener. ¿Qué tal se encuentran?

Anouk miró de soslayo a su marido y le contestó:

—¡Con ganas de terminar esta horrible pesadilla!

—Lo entiendo, pero cálmese, señora. No creo que a este caso le quede mucho recorrido. Hay un hecho evidente que nos ha hecho avanzar mucho y que supongo que ya deben de conocer. Las noticias del cuerpo de Policía de Austria son muy claras a tenor de la documentación encontrada. Ahora bien, les he citado para informarles de un sorprendente descubrimiento llegado desde Viena.

Harald y Anouk se miraron con estupefacción.

Gustavo Morel acababa de colgar el teléfono. Había tenido una larga conversación con Beltrán Carrizosa. Sentado en el sofá, tenía la mirada perdida en el tupido arbolado de la Gran Vía alicantina. Sus palabras golpeaban constantemente su cabeza.

—Ya le he dicho que no poseo ningún documento que acredite la salida de la predela de su país de origen, se lo aseguro, teniente. ¿Se lo repito de nuevo? Debe creerme. Se lo aseguro. Entre los objetos de arte heredados, no había ningún informe relativo a lo que me pregunta. Probablemente se perdieran en la mudanza desde Cracovia a España. No lo sé. Quizá ni existiera.

No contento con la declaración de Morel, Carrizosa contactó con la Interpol de Austria. Kaufman y él hablaron largo y tendido sobre el tema.

—En la documentación incautada en la casa de los Alpes no había ninguna prueba sobre la salida de la pintura desde Polonia —manifestó el teniente austriaco—. Tampoco la había en la casa de Moritz en Düsseldorf. Tenga en cuenta, señor Carrizosa, que en los años cincuenta y sesenta no existían la legislación ni el control actuales. Por tanto, en lo concerniente a la salida de bienes culturales es muy probable que no se extendiera ningún permiso de las autoridades, tanto de la propia Administración del Estado como de los agentes de aduanas. Era una treta utilizada de manera habitual por anticuarios y coleccionistas para excusar el origen ilegal de las piezas de

arte, dado que hasta los años setenta no existió una ley que regulara el patrimonio histórico, según manifiesta en este sentido la brigada de Patrimonio. Lo cierto es que tanto la predela de Cracovia como otras obras de arte propiedad del cónsul Gonzalo Utrera fueron adquiridas a Dieter Moritz a buen precio —terminó Kaufman.

—O sea, que parte del patrimonio heredado por Morel procede del expolio del Reich —apuntó el guardia civil.

—Exacto, está usted en lo cierto.

—Pues entonces, el sobrino del cónsul tiene un problema —sentenció Carrizosa.

—Lo tiene en el caso de que el material localizado fuera reclamado por sus dueños legales a quienes fue confiscado —replicó Kaufman—. Ha sido todo un quebradero de cabeza seguir la cadena de propietarios en cada uno de los casos. Pero cualquier pieza cuya procedencia pudiera aclararse debería ser devuelta.

Al parecer, el teniente de la Guardia Civil quedó satisfecho de la conversación con su homólogo austriaco. Ciertos aspectos de la investigación podían esperar, aunque las dudas iniciales del caso estaban prácticamente resueltas. O eso pensaba Carrizosa.

—¿Y bien, teniente? —dijo impaciente, Klausen.

—Pues verán, según me han confirmado, Dieter Moritz, el hijo del marchante Hagen Moritz que trabajó para el Reich alemán, tiene una doble identidad. Un dato de vital importancia que nos ha permitido resolver algunas incógnitas sobre la vida oculta y los movimientos de este personaje. Así lo pudieron constatar tanto el teniente Kaufman de la policía austriaca como Tomislaw Novak, del Polska Instytut, cuando descubrieron los documentos camuflados en una caja de madera en el establo de los Alpes. Al parecer, Moritz, con el fin de moverse con más libertad por España sin levantar sospechas, había adoptado una identidad española. Imaginamos que no le sería difícil sobornar a algún funcionario para que accediera a sus pretensiones. Dieter, consciente de sus actividades ilícitas, siempre ha procurado ser discreto, dado el historial en manos de la Interpol. Por lo visto había seguido los pasos de su padre en el tráfico de obras de arte.

Harald Klausen y Anouk Lemoine seguían atentos a las palabras de

Beltrán Carrizosa hasta que el danés, aprovechando una inflexión en el monólogo del guardia civil, rompió su silencio:

—Pero, teniente, ¿cuál es la identidad española de este tipo?

—Pues —titubeó el oficial—, un jardinero que se hacía llamar Sergio Garellano. Según los informes recibidos, el individuo en cuestión tiene un grave trastorno debido a su baja autoestima. El despotismo de su progenitor, siempre ausente de casa y desplazándose por medio mundo, y los continuos conciertos de su madre, una joven bávara llamada Hertha Schneider, provocaron en el niño una infancia infeliz, que se quedaba al cuidado de su tía materna. Dada su acostumbrada introspección, nunca tuvo amigos. Retraído y de pocas palabras, el jovencito Dieter jamás contó con el favor de sus compañeros de clase que le tildaban de aburrido. Los únicos momentos felices que permanecían en su memoria estaban ligados a los veranos en Klein Moritz montando a caballo por las veredas de los valles austriacos.

»Rebasada la cincuentena, Dieter Moritz gozaba todavía de un buen estado físico, aunque con una naturaleza mental débil, condición que lo convertía en un lobo solitario capaz de sufrir terribles reacciones a pesar de su aspecto apocado. Consiguió huir de Argentina donde se vio envuelto en un turbio ajuste de cuentas con un asesor de arte de la pinacoteca de Mendoza, un joven llamado Humberto Artigas, de grandes dotes profesionales que no se dejó chantajear por las tenebrosas maquinaciones de Moritz. Artigas consiguió salvar su vida a pesar de ser apuñalado por Dieter en su propio apartamento tras una fuerte discusión. Un extraño asunto cuyas causas nunca fueron esclarecidas por la Prefectura. En aquellas comprometidas circunstancias, Dieter Moritz consiguió burlar el cerco policial y huyó a España.

»Al parecer, el asesor y el marchante tenían una buena relación de amistad. Cerraban sus negocios tras una suculenta comida en lujosos restaurantes de aquella ciudad argentina. El tal Artigas era experto en vinos. No era el único, dada la gran tradición vitivinícola de la zona. La relación entre ambos fue afianzándose y al margen de los negocios, Dieter consiguió entrar en el exclusivo círculo privado de Humberto. A pesar de su carácter huraño, el jardinero y marchante consiguió una asombrosa transformación al situarse a la misma altura de su cada vez más idolatrado Humberto. Dieter envidiaba la soltura y el encanto con que el joven asesor trataba a

todo el mundo, dadas sus habilidades sociales: la eterna asignatura pendiente de Moritz. En más de una ocasión, ambos amigos realizaban excursiones a las planicies de vides, visitando y haciendo catas de las barricas de las más afamadas bodegas. Una vez, Humberto reclutó a un grupo de amigos para una expedición junto al Aconcagua. No podía faltar su inseparable amiga, la diseñadora María Laura de la Rúa, con quien pasaba largas veladas en su casa de Valparaíso, una mansión sobre un acantilado con vistas al Pacífico. Dieter participó en algunas de esas reuniones, siempre con el beneplácito de su amigo asesor, aunque su presencia no fuera nunca del agrado de la diseñadora, pues veía en el marchante a un tipo misterioso. "Manías tuyas", le repetía una y otra vez Humberto. Poco a poco, María Laura consiguió enfriar la buena amistad que unía al marchante y al asesor. En el fondo, Dieter sospechaba de la nociva influencia ejercida por la mujer sobre su amigo, aunque desconocía las trabas que orquestaba para alejar a Humberto del marchante. Una tarde ambos tomaban una copa en una coctelería de Mendoza. Discutían sobre las dudas legales de una venta propuesta por Dieter. No era la primera vez que sucedía. De la admiración a los celos, a veces solamente media un paso. Y en eso consistía la sensación del marchante reconvertido en jardinero hacia su admirado Humberto, imitaba sus gestos, su modo de vestir, todo un deseo de formar parte de su mundo rutilante que nunca había vivido y al que nunca fue invitado. La progresiva frialdad de su amigo irritaba a Dieter, incapaz de comprender su cambio de actitud. Las desconfianzas eran cada vez mayores, hasta que una noche tras una cena en el apartamento de Humberto, la situación estalló en una fuerte disputa por una cuestión banal. El apuesto asesor quedó malherido en el suelo. Dieter Moritz aprovechó para huir a toda prisa del lugar.

La declaración de Carrizosa dejó estupefacto al matrimonio que escuchaba al teniente sin pestañear.

—¿Ha dicho Garellano? —exclamó Klausen.

—Sí, eso he dicho. ¿Acaso le conocen?

El pájaro de fuego

La mañana había amanecido azul y radiante. Harald y Anouk charlaban pausadamente en la terraza mientras desayunaban. El danés cerró el periódico y miró a su esposa cogiéndole la mano. Anouk mostraba un semblante más relajado.

—Cuando acabes la acuarela del atril, bajaremos a la cala. No debemos rechazar la invitación del mar, es un todo un ensueño, te vendrá bien un baño.

Ella sonrió y aceptó la invitación. Cargó con el caballete y las pinturas, sin olvidar su sombrero de paja, y bajaron al camino forestal.

Entre las heridas de las peñas escarpadas asomaban pimpollos ávidos de contemplar el paisaje. A la cala del Mallorquí se accedía por una escalera excavada en la roca dotada de unos troncos que servían de barandilla. Anouk dejó los utensilios sobre un peñasco a salvo de las pequeñas lenguas de agua espumosa que saludaban la orilla. Se descalzó y se sentó a continuación sobre la gravilla. Inmóvil, mirando el horizonte, se sentía aliviada por la caricia de la brisa aleteando su sombrero de paja. Atrás quedaban los días convulsos de una aventura inesperada. ¿Por qué la vida se empeña en truncarnos los buenos momentos por los que tanto hemos luchado? Unas veces se afana en regalar satisfacciones y otras las arrebata sin previo aviso. No tenía respuesta para tantas dudas, ni tenía la certeza de tenerlas nunca, como todo humano.

—¿Qué te ocurre, Anouk? —preguntó su marido.

—Nada, Harald, estaba distraída.

La tarde transcurría plácidamente. Anouk había dejado los pinceles y se disponía a acompañar a Harald en el sofá de la terraza.

—¿Qué lees? Pareces contento.

—Bueno, en realidad sí. Me informan que mi penúltimo libro ha salido publicado en Dinamarca, tiene pendiente una edición revisada en Argentina y otra en Grecia. Además, mi última novela acaba de llegar a Chile. La

noticia había sido publicada por la agencia Europa Press, el titular dice: «El español de origen danés, Harald Klausen, llega a editoriales internacionales con su novela más autobiográfica». La información se completa con una breve historia literaria mía.

—Bueno, estarás más que satisfecho, Harald. Supongo. No te ha ido tan mal como a mí.

—Eso es lo que tú crees, Anouk. Tienes un nombre reconocido y tus acuarelas están muy solicitadas. La mala prensa ha sido desterrada por las noticias de la detención de Triguero y de todos sus oscuros movimientos. Y menos mal que nuestro amigo Bélanger se recupera en Avignon.

De repente, en la placidez del lugar, sonó el teléfono móvil.

—Ese artefacto es un peligro cada vez que suena —dijo ella—. ¿Quién era, Harald?

—No te preocupes, era Alex Bauer. Preguntaba si estaríamos disponibles esta noche. Le he invitado a cenar. Le encantan tus bufés fríos, los encuentra deliciosos. Me ha preguntado si podía venir con Ariadna, su novia. Una muchacha encantadora locamente enamorada de él. Le he respondido que naturalmente que sí. En atención a ti, traerá una botella de Marinium gran reserva, el moscatel espumoso que tanto te gustó, ¿recuerdas? El de tu primera exposición en la Galería Azul.

El rostro de Anouk se iluminó. Harald permaneció unos minutos pensativo, meditando la información que les adelantó Carrizosa en su despacho. La Guardia Civil había intensificado la búsqueda de Sergio Garellano, o Dieter Moritz, un tipo escurridizo que gozaba de amplia experiencia en el camuflaje. La última actividad conocida del marchante alemán era la de jardinero en la zona mediterránea, concretamente en la Vallesa junto a un entorno boscoso. Un lugar para perderse y pasar inadvertido. Allí trabajaba en las labores de mantenimiento de varios jardines, entre ellos el de la casa de un profesor. Un escritor convaleciente por un problema de salud y su esposa funcionaria. Pese a su carácter retraído se había ganado la confianza del escritor. Garellano conocía las valiosas obras de arte de los dueños de la casa. En una carta a Triguero, localizada en los papeles del cobertizo, ambos manifestaban su intención de robar aquellos cuadros con la ayuda de sus cómplices. Un documento que Moritz guardaba celosamente para chantajearle en caso de no cumplir lo establecido en el negocio. Lo tenía todo planeado, incluso no renunciaba al

asesinato de aquella pareja de mustios, como él decía, si era necesario. Quizá un chivatazo le habría delatado escapando lejos de allí. Por si acaso regresaba a Klein Moritz, la Policía austriaca mantenía una discreta vigilancia en los alrededores de la casa de los Alpes. También en Viena e Innsbruck estaban alerta, especialmente, en el Alpenverein, el exclusivo hostal de la ciudad alpina donde Dieter Moritz había pernoctado con alguna frecuencia en sus movimientos por Austria. Conocía al dedillo los países de habla germana. Cuando era niño, harto de su monótona existencia, pidió acompañar a su padre en sus desplazamientos. Este solo accedió en contadas ocasiones, se hospedaba en lujosos hoteles de la Suiza alemana, también en el Tirol y rara vez en Sajonia. El ceremonial era siempre el mismo. Hagen Moritz recorría largos pasillos alfombrados hacia ocultos salones donde le esperaban personajes de apariencia siniestra y cínica cordialidad, como insectos dañinos revoloteando en la carroña del arte corrompido. Mientras tanto, el pequeño Dieter esperaba en otras dependencias bajo el cuidado de una repelente institutriz. Él aprendía del extraordinario don de gentes de su padre.

Cuando Hagen Moritz comprendió que la guerra estaba perdida, pensó que lo mejor era huir de Alemania y escogió la península ibérica, y desde allí a la Argentina, donde residió refugiado durante un tiempo. Más adelante volvió a Europa y consiguió el favor de los Aliados, lo que le valió la absolución de todos sus cargos, incluso se convirtió en asesor de conservadores y directores de importantes museos. A su regreso, el matrimonio y su hijo se establecieron en Söll, una pequeña localidad cercana a Innsbruck. Su discreta vida se desenvolvía entre el verdor de valles y montañas, así como del aprovisionamiento de productos básicos sin necesidad de desplazarse más lejos. Cerca de la casa de los Moritz, había una granja en la que adquirían leche y mantequilla fresca, huevos y manzanas. La proximidad a Innsbruck era relevante para Hagen, pues desde allí viajaba por motivos de trabajo a diversos puntos del continente.

Hagen Moritz era un hombre robusto y de cabellos claros. Conoció a Hertha, la mujer que se convertiría en su esposa, durante una fiesta del Consulado de Austria en Lugano. Había sido invitada en calidad de pianista para amenizar la elegante velada. Normalmente, este tipo de artistas pasaban desapercibidos en los pomposos actos, más bien se difuminaban en el ambiente. Pero Hagen quedó cautivado por la delicadeza de la rubia y

hermosa pianista cuyos dedos extraían del teclado una romántica exquisitez. Hagen sintió que, sin pretenderlo, se había enamorado. En uno de los descansos, Hertha salió a la terraza y apoyada en la barandilla de hierro contemplaba las tranquilas aguas del lago. En el malva crepuscular brillaba Venus en conjunción con el plenilunio. A lo lejos se apreciaban las luces de las villas, parpadeantes, misteriosas. Tan distraída estaba la muchacha que no advirtió la presencia de un impecable Hagen con una copa en la mano.

—Lo siento, señorita, disculpe si la he asustado.

—No importa, señor…

—Moritz, Hagen Moritz —se apresuró el marchante.

—Me llamo Hertha Schneider. Estaba un poco cansada y decidí salir a tomar el fresco.

—Interpreta muy bien a Chopin y a Liszt, aunque soy más de Haydn y Mozart.

—¡Vaya, Herr Moritz! Es un entendido —exclamó Hertha.

—Bueno, solo un poco, no crea —dijo sonriendo Hagen—. Y para usted, ¿cuál es su preferido?

—Me gusta mucho el romanticismo, en concreto la renovación pianística que llevó a cabo en Alemania Robert Schumann.

Tras unos instantes en silencio, Hagen no dejaba de observar los bellos ojos de la joven, excelentemente maquillados para la ocasión. Hertha, algo turbada, inclinó la cabeza y desvió la mirada hacia el lago.

—El panorama es de ensueño, ¿no cree?

En la penumbra de la terraza quedaba proyectada la luz procedente del gran salón revestido de telas y cortinajes. Una estancia donde flotaba una élite de levitas y trajes largos bajo arañas de cristal entre el revoloteo de camareros de etiqueta con bandejas de canapés y exóticos cócteles preparados por un barman vestido para la ocasión.

Cuando en 1959 Hagen se casó con Hertha Schneider, el marchante alemán rondaba los cincuenta. Pronto llegaría el pequeño Dieter, todo un regalo para ambos. El niño aprendió a corretear por senderos y desniveles al aire libre en las afueras del pueblo de Söll, pero el pequeño sufría la continua ausencia de sus padres. Cuando Hagen estaba de viaje y Hertha tenía temporada de conciertos, quedaba al cuidado de su tía Ingrid, hermana de su madre, y a veces con los Müller, dueños de la granja donde se abastecían. Hagen era un gran entusiasta de la naturaleza, conocía a la

perfección toda la flora del Tirol. Tal vez por ello planeó construir una casa tipo refugio en los alrededores de Sellrain junto a un pequeño lago de origen glaciar. La llamó Klein Moritz, en homenaje al pequeño Dieter. La cabaña no era muy grande, lo suficiente para pernoctar y guardar los caballos que poseía el matrimonio. El marchante diseñó la espléndida arboleda en los alrededores del atractivo refugio, así como el jardín que unía la casa con el establo. Hasta allí trasladó a un foso secreto todas las obras de arte acumuladas durante años. La cuadra poseía un sistema de ventilación oculto para evitar humedades que Tomislaw Novak no descubrió. Otras piezas de menores dimensiones y, por tanto, más discretas fueron escondidas en su casa de Düsseldorf.

Hertha adquirió un piano a buen precio para sus ensayos durante la estancia en tan silenciosos parajes, fuente de inspiración para sus composiciones. Pronto el padre enseñó al niño a montar a caballo y los tres emprendían incansables rutas. La aventura solo duraba unos días debido a los incesantes viajes de su progenitor. Cuando Dieter cumplió diez años, su padre le regaló un hermoso ejemplar de raza árabe en color castaño, todo un gran aliciente para el pequeño que ya demostraba dotes de buen jinete, un jinete siempre solitario. Pese a su frustrada infancia y el aislamiento al que le sometieron sus compañeros de clase, el muchacho consiguió llegar a la universidad y estudió leyes, así como francés y español, este último de gran utilidad en los viajes por América cuando heredó los negocios de su padre.

Hagen Moritz murió en 1998 a causa de un infarto. De esta manera, el joven Dieter, hijo único, heredó toda una fortuna en obras de arte. Una herencia oculta a la vista del mundo. En cierta manera, Dieter continuó los negocios de su padre, cuyos contactos conocía de antemano, cuando Hagen acusaba la edad. Su madre, Hertha Schneider, era una mujer todavía lozana a pesar de haber rebasado los sesenta. Sus facciones conservaban el eco de un pasado esplendoroso, las que sedujeron al marchante alemán. Hertha siguió ofreciendo conciertos en Austria, Alemania y Polonia, donde llenaba durante bastantes jornadas consecutivas el Slowacki Theatre de Cracovia. Sin embargo, un inesperado accidente doméstico en una mano truncó su profesión al perder la sensibilidad en los dedos. A pesar de los intentos, no hubo ninguna solución médica para devolver la exquisitez de su arte. Triste final para una mujer apasionada por la música que acabó su carrera de manera similar a la de su admirado Schumann.

Hertha y Dieter se mudaron a Innsbruck para que ella estuviera mejor atendida en una ciudad con mayores oportunidades y servicios. Adquirieron una casa en la céntrica Maria Theresien Strasse junto al Arco de Triunfo, desde donde podía contemplarse una bella panorámica de las cercanas cumbres nevadas. Al poco de residir en la nueva dirección, Dieter se casó con Brunilda Heber, funcionaria de la Administración del Estado austriaco con sede en Innsbruck. A partir de este momento, la nueva pareja volvió a Sellrain. En aquel entorno rural nacieron sus hijos, Volker y Astrid, que al igual que su padre crecieron entre praderas y heno de las vecinas granjas.

Los negocios de Dieter Moritz marchaban a menudo por la senda de la ilegalidad. No en vano había aprendido desde muy joven la forma de proceder de su padre. Así, la tela de araña de la especulación constituía un cosmos donde se movía como un pez escurridizo imposible de atrapar. Pero hubo un hecho que levantó polvareda por su repercusión mediática: la venta de una falsificación muy trabajada de un cuadro del pintor holandés Jan van Eyck para una importante pinacoteca centroeuropea. Una vez denunciado el fraude por los conservadores de arte de la institución, las autoridades ordenaron su búsqueda. Ante la situación creada, Dieter huyó a España con su hijo, Volker. Su hija Astrid quedó bajo el cuidado de su madre, Brunilda. Por precaución, el marchante llevaba consigo un informe médico conseguido sin problemas en el que se recomendaba al niño la estancia en países del sur de Europa con más horas de insolación para combatir los síntomas de tuberculosis, debido a su grave carencia de vitamina D. En España, ambos pasaron inadvertidos por un tiempo.

Anouk Lemoine pasó toda la tarde en la cocina preparando la cena. La mesa se dispuso en un ángulo de la terraza. Una puesta en escena ideada por Klausen para animar a su esposa. Al revés de lo que ocurría en la película *Cena a las ocho*, en la que la legendaria Jean Harlow, a las órdenes de George Cukor, organizaba una cena para unos amigos con la intención de animar a su marido, cuya salud estaba resentida. Aunque sin el boato cinematográfico del film, en la reunión de la terraza de Calpe iba a desvelarse un asunto trascedente en la vida de los anfitriones.

Anouk salió a agasajar a los invitados. Tras los oportunos saludos todos pasaron a la terraza. Mientras tanto, Klausen preparaba unos martinis. La

brisa del mar y la compañía de los amigos parecían resucitar a una decaída acuarelista en la animada conversación con Erika sobre cuestiones de arte, como era de esperar. Gonzalo propuso una fecha para una pequeña travesía por la costa en su velero amarrado en el puerto deportivo, todo un deleite en aguas transparentes. El danés accedió gustoso solo por contentar a su esposa. A pesar de proceder de un país con muchos frentes marítimos, Klausen era mucho más de interior, de sendero y montaña.

Una vez se hizo la hora, los comensales iban sirviéndose de las viandas preparadas sobre una mesa auxiliar. Erika alababa las excelencias del pastel de carne y Alex deseaba probar de nuevo los pimientos del piquillo rellenos de ensaladilla que Anouk elaboraba con tanto esmero. La cocina necesita creatividad y tiempo, no cesaba de repetir Ariadna.

—¿Sabes algo de Jean Bélanger, Alex? —preguntó Harald.

—Hace unos días hablé con él. Lo encontré todavía un poco débil y sin muchas ganas de hablar. Continué la conversación con su hija Brigitte, porque al parecer estaba un poco fatigado. Su ánimo todavía acusaba la fuerte impresión de todo lo ocurrido. No quiere volver a su casa de Avignon. Piensa establecerse en España, dada la numerosa clientela que ha logrado captar por aquí.

—Pero ¿y la tienda? —quiso saber Anouk.

—Pues su intención es dejarla al frente de mademoiselle Legrand, su empleada, según me contó su hija. Él visitaría el establecimiento periódicamente y gestionaría el negocio desde aquí.

—Pasadme por favor el pastel de carne, quiero probarlo —solicitaba Gonzalo.

—Allí están los rollitos de verdura rehogada, me han salido exquisitos, bueno eso creo —reía Anouk.

Alex con tono serio, inició la conversación anunciando el cierre de La Palmera de Plata. Marga Babiloni, al parecer había estado imputada junto a Triguero y no podía seguir al frente de un negocio con tantas sombras.

—Eso te beneficia, Alex —dijo su padre.

—Te equivocas, papá. Esto nos perjudica a todas las galerías porque siembra sospechas. Y no todos actuamos igual —respondió el joven visiblemente contrariado.

—Tienes razón —asintió Anouk con tono compungido.

Se hizo un silencio y Alexander volvió a tomar la palabra:

—Ayer recibí un correo electrónico del Polska Sztuka Instytut.

Harald y Anouk se miraron sorprendidos.

—Tomislaw Novak, su director, me confirmó lo que todos sospechábamos. La predela es la que le falta a uno de los retablos de Santa María de Cracovia.

Anouk se mostraba inquieta. Gonzalo y Erika callaron.

—Lo sabemos —dijo Harald.

—Al fin y al cabo —siguió Alex—, os pertenece, fue adquirida reglamentariamente. No sois responsables de los avatares que ha sufrido la pintura desde su injusto expolio.

Anouk siguió comiendo en silencio, como distraída. Erika alababa de nuevo la comida. Sin embargo, una sensación extraña flotaba en el ambiente. Anouk seguía callada bajo la atenta mirada de su marido. Hasta que se decidió a hablar:

—Sabía que este momento llegaría, ha tardado, pero ya está aquí. Harald y yo hemos decidido donar la predela para que sea restituida en su altar de Cracovia.

Todos quedaron sorprendidos ante la determinación del matrimonio. Después de un breve silencio, la acuarelista prosiguió:

—Mañana me pondré en contacto con Herr Novak y el Consulado de Polonia en Alicante para que comiencen los trámites de repatriación. No todo en nuestra profesión es ganar dinero —arguyó una serena Anouk—. Soy consciente de que perderé una importante inversión, la que pagué a Morel, además del amor y la dedicación con que mi hija Ninette restauró la pintura tan admirada y querida. Creedme, amigos, me cuesta un gran esfuerzo desprenderme de ella, ya no podré contemplarla a diario en mi casa. Pero debo restituirla a su legítimo dueño.

—Tienes razón —intervino Alex apoyando las palabras de Anouk—. Tu decisión te honra. Todo un ejemplo y un acto de hermosa filantropía.

—No tengo ningún remordimiento. La basílica de Santa María de Cracovia es la auténtica propietaria de la predela. Nuestra decisión está tomada y no hay vuelta atrás.

Tras un titubeo inicial, la sonrisa llegó al semblante de todos los comensales que aplaudieron la decisión de la acuarelista. Harald se levantó y abrazó emocionado a su esposa.

Alexander había descorchado el vino espumoso de moscatel Marinium

gran reserva y estaba refrescándose en la cubitera. Todos brindaron con satisfacción por el final feliz de esa historia; la recuperación de una pieza que nunca debió salir de su emplazamiento original. La velada siguió adelante en aquella tranquila terraza junto al mar desde la que se divisaba una línea de costa punteada de luces que dialogaba con la sierra de Bernia en la tenue luz del ocaso.

Una vez concluida la cena y los amigos abandonaron la casa, Harald y Anouk volvieron a la terraza aprovechando la suavidad de la noche. El danés miró a su esposa.

—Has sido muy valiente al comunicar tu decisión.

—Fue iniciativa tuya más que nada, y por mi parte solo te mostré el respeto y la admiración que merece tu proceder.

Harald encontraba a su esposa muy cansada por todos los acontecimientos vividos. «El mundo del arte era más complejo de lo que había imaginado», pensaba el danés.

—Hemos pasado un tiempo muy convulso, Anouk. Creo que deberíamos regresar a casa. Es un lugar muy plácido y agradable. Echo de menos aquel refugio que construimos los dos. A partir de ahora nada será igual. Hemos experimentado unas metas soñadas y su alto coste.

Al día siguiente, mientras desayunaban en la terraza, Klausen apartó su taza de café para leer con atención una noticia del periódico *El Noticiero de Lucentum* de amplia difusión en aquellas latitudes:

> Una vez demostrada la inocencia de Anouk Lemoine en los turbios negocios del ejecutivo y marchante de arte Sebastián Triguero y Pérez de Arce, la acuarelista ha decidido restituir la famosa predela al templo de Santa María de Cracovia. El gesto le honra como artista y amante del arte. Lemoine es una de las acuarelistas más notables del panorama español actual, concibe el paisajismo en un estilo muy peculiar de contornos nítidos y un interesante juego de luces y sombras que aportan una asombrosa y etérea magia.

La decisión de Anouk fue ampliamente comentada en otros periódicos y especialmente en la revista de arte *Punto y Aparte*, en la que el conocido redactor Pablo Renzi le dedicó un completo y acertado reportaje. De alguna manera, la figura de la acuarelista quedaba restituida en su honorabilidad

profesional y personal después de los graves perjuicios causados a su imagen. Era la liberación del ave fénix con su vistoso plumaje, el del pájaro de fuego de Stravinsky.

Música para los reales fuegos de artificio

Como cada mañana, al despuntar el día, Jacobo Arriaga se asomaba a la ventana de su estudio. La arboleda oscilaba levemente por un viento suave. El otoño se desvanecía sin solución y su mirada parecía intuir el cercano invierno, el de aguas melancólicas y tristes umbrías. Pero había que cantar a la nueva vida porque el alba le pertenecía, no había por qué rendirse.

Jacobo oyó la voz de su esposa apremiándole a desayunar. Antes de bajar, contempló el papel donde reposaba su estilográfica que ocultaba la última línea trazada el día anterior. Sonrió satisfecho al haber reparado una injusticia. En el salón acristalado, el matrimonio se disponía a inaugurar el día entre tostadas, fruta y el aroma de un humeante café. A Jacobo le gustaba el café cremoso y el zumo de pomelo natural, si lo había, y si el pomelo no era rosa, lo prefería mezclado con naranja. En ocasiones mantequilla, preferentemente leonesa; ambos quedaron encantados al probarla en un hostal de Riaño durante un viaje por los Picos de Europa. Mientras tanto, opinaban sobre las noticias que traía la prensa. En una pausa, Jacobo desvió la vista hacia el jardín. Estaba descuidado. La madreselva invasora se había enseñoreado de los muros y trepaba por el fresno, también necesitado de una poda. Incluso el agua del estanque mostraba una tonalidad verdinegra acentuada por una mezcla de hojarasca húmeda.

El jardín estaba abandonado. El profesor se detuvo observando el caos de hierbajos crecidos y follaje descontrolados mientras recordaba la decepción sufrida con el jardinero, el síndrome del impostor, el riesgo de lo inauténtico en una lucha constante por encontrar la verdad. Trastiendas que ocultan las invisibles facetas de las personas, invisibles hasta mostrar su cara oculta, como en un disco de vinilo, para sorpresa de sus allegados. Es la propia condición humana inmersa en una continua confusión entre ficción y realidad. Así, lo que parecía increíble se ha convertido en verdadero y lo que se creía como genuino ha desparecido. Es el signo de los

nuevos tiempos. Al menos, recuperaron la pintura de Miquel Barceló robada por Melitón Larios, al que todavía no le habían dado caza.

La habitación contigua al despacho de Jacobo había sido dispuesta para albergar el taller de acuarelas de Flora, un sueño perseguido hecho por fin realidad. El recinto disponía de un amplio ventanal hacia el bosque. La separación entre ambas estancias se salvaba con una cristalera que, además de potenciar el efecto lumínico, creaba una atmósfera de trabajo compartida. Poco a poco la entrada al estudio fue perfumándose de una mezcla de trementina y pinturas entre caballetes y láminas difuminadas de carboncillo. La mujer pintaba por entretenimiento, sin ningún afán lucrativo ni reconocimientos. No tenía edad para aventurarse en el mundillo del arte ni correr riesgos innecesarios.

Mientras Flora trabajaba en una de sus acuarelas, Jacobo preparaba una conferencia para el Círculo Literario de Benidorm sobre su obra. En fechas próximas, una céntrica librería de Alicante solicitaba su presencia para la firma de la última novela, que presentaría también en otras capitales del país. Después de tantos años, y sin pretenderlo, su visibilidad y reconocimiento crecían cada día. Tampoco pretendía que los tentáculos comerciales le engulleran. Prefería dar a conocer su trabajo sin excesivos compromisos. El silencio es necesario para la creación.

Jacobo se había ausentado durante un buen rato del despacho. Había contratado a un nuevo jardinero para transformar el pequeño huerto en el vergel que fue. De repente sonó el teléfono. Flora dejó los pinceles, se limpió y descolgó el auricular.

—Un momento por favor, voy a avisarle. —La acuarelista bajó veloz la escalera e informó a su marido—: Tienes una llamada desde Madrid. Es la voz de una señorita.

—Será de alguna librería —supuso el escritor.

Flora volvió al estudio para continuar su trabajo. Desde la cristalera veía a Jacobo hablando con un semblante sorprendido. Desde allí no podía escuchar bien lo que decía. El profesor colgó el auricular.

—¿Qué ocurre, Jacobo?

—Espera, ahora te cuento, me llama el jardinero —respondió apresurado.

El nuevo empleado esperaba las instrucciones de Jacobo. Si el jardín trasero estaba bastante desaliñado, el de delante presentaba un aspecto selvático. El operario era un joven cercano a los treinta, alto de estatura y

gozaba de una locuacidad de la que carecía el anterior, mucho más taciturno. Trabajaba en un conocido vivero que efectuaba trabajos de paisajismo y mantenimiento de jardines.

—Por cierto, no recuerdo su nombre.

—Me llamo David Carrizosa. Encantado de trabajar en la casa de un escritor como usted.

Jacobo quedó desconcertado. Por un momento permaneció callado. Ignoraba que su notoriedad llegara a tanto.

—Es usted muy amable. Pero, dígame, por curiosidad si me lo permite, ¿de qué me conoce?

—Pues, vi una foto suya en la prensa. No es que lea el periódico todos los días. Además, su última obra ha sido bastante publicitada. En el escaparate de algunas librerías está su novela, no recuerdo bien ahora el título, algo así como de una sinfonía lluviosa, me parece.

—Vaya, no lo sabía —exclamó un sorprendido Jacobo.

—No crea, los jardineros también leemos algo de vez en cuando —dijo riéndose.

—Disculpe, David, no quiero molestarle, solo es una curiosidad.

—Pero, por favor, señor Arriaga, me siento incómodo si no me tutea.

—Está bien, David, pero haz lo mismo conmigo también. ¿Puedes repetirme tu apellido, por favor?

—Carrizosa.

—¿Carrizosa? —repitió Jacobo pensativo.

—¿Sucede algo? ¿Conoce a alguien que se llame así?

El escritor se quedó mirando al joven durante unos segundos.

—Sí. Hace poco, y por un asunto que no viene al caso. Debe ser una casualidad, o acaso soy muy fantasioso. Nada, no tiene importancia. Es un teniente de la Guardia Civil de Benidorm.

David sonrió.

—Ese agente de la autoridad es mi padre.

Al oír esto, Jacobo quedó estupefacto.

—Mi padre se empeñaba una y otra vez en que ingresara en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil, pero a mí no me gustaba. Preferí estudiar paisajismo y montar mi propia empresa. El mantenimiento de jardines normalmente lo hacen mis empleados, pero cuando el trabajo aprieta arrimo el hombro como ahora en tu casa. Espero que quedéis satisfechos con el

trabajo. En realidad, no sé quién diseñó este jardín, pero el que lo hizo tenía bastante idea.

El profesor no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Le ocurre algo, señor Arriaga? Le noto un poco sorprendido.

—No, nada, son cosas mías, casualidades, me sonaba el apellido Carrizosa. Nada, tranquilo.

Jacobo volvió al salón junto a su esposa.

—Efectivamente, la llamada era de Madrid.

—¿Qué querían? —preguntó Flora.

Jacobo sonreía, pero no articulaba palabra. Su mujer se mostró sorprendida por la actitud de su marido, hasta que habló.

—Me han concedido el Premio Café Villarroel de la Crítica.

—¡Oh!, cariño, eso es una satisfacción, una gran noticia —exclamó Flora abrazándole.

—Nunca imaginé que me dieran ese prestigioso galardón.

—¿Acaso no te lo mereces?

—No pienso en ello. Solo que un premio es algo muy subjetivo, y bien sabes que no me he prodigado como otros. Me siento abrumado. Esta distinción reconoce las mejores trayectorias literarias publicadas en España, o eso me ha dicho el presidente de la institución. La noticia ha sido trasladada ya a los medios de comunicación.

—Conocía el Café —dijo Flora—, pero no el premio.

—El establecimiento tiene fama en la capital —apuntó Jacobo con alborozo—. El Café Villarroel abrió sus puertas en la calle del Prado en 1898, fundado por el salmantino Álvaro Fonseca. Adquirió un local en el barrio de Huertas y fijó su nombre en honor de Diego Torres y Villarroel. Con el tiempo fue albergando encuentros y tertulias de actores de teatro, artistas, pintores y personajes del mundo de las letras. Café Villarroel inició un difícil camino y fue consolidándose poco a poco en la vida cultural madrileña. Una prueba de ello fue la creación de los Premios de la Crítica que iniciaron su andadura en 1960. El comité organizador vela por la calidad literaria, un requisito siempre presente en estos galardones.

—¡Me alegro mucho por ti, Jacobo!

—Me siento muy feliz. No sabía que tuviera tantos lectores. Sin duda, es un reconocimiento a mi trabajo. He procurado ir sumando, teniendo objetivos, unos alcanzados, otros pendientes, porque existen expectativas

que nunca dependen de uno mismo, sino de un cúmulo de circunstancias, de casualidades, de encuentros propiciados por puertas que se abren inesperadamente, fruto del azar, o qué sé yo. Uno elige los caminos en función de lo más conveniente en un determinado momento.

—Por cierto. Ayer me telefoneó Caty. Vendrán a cenar en unos días. También han confirmado encantados Luismi Aguirre y Cloti Haya.

—¡Vaya! ¡Cuánto tiempo sin saber de ellos! —se alegró Jacobo.

El matrimonio conversaba en el salón acristalado asumiendo la inesperada noticia del premio. Allí, juntos, mientras observaban el trabajo del jardinero, valoraban cómo podía verse afectada la vida anónima y retirada que llevaban entre aquellas paredes de Villa Palatina.

—No somos como los personajes agitados del mundo de hoy —decía Jacobo—. Los pequeños detalles de la vida se saborean más. Además, esta vida es lúcida. No lo entiende así el ser humano moderno a quien le aterra el silencio, el recogimiento, quizá porque en el fondo le asusta encontrarse con su espacio interior, para decirlo como Freire «trampantojos de una noche de carnaval».

En Villa Palatina el matrimonio Arriaga Luján había creado un mundo feliz y no habían sido conscientes de ello hasta ese momento.

—Aquí viene la noticia tuya, la del premio.

—La estoy leyendo, en este otro periódico también. Al parecer la da toda la prensa. Bueno, espero que pase pronto este alboroto. —Sonrió—. Anda, cuando termines coge los bártulos y vamos al bosque. Hay unas cañadas que quiero enseñarte, son muy pintorescas.

La luz del sol penetraba oblicua en la arboleda donde la umbría creaba el efecto *komorebi*. Flora quedó impactada de aquel bello paraje. Bajo la sombra de un pino, la artista y el escritor levantaron su pequeño campamento. Flora dispuso el caballete y esbozó unas líneas a carboncillo. Mientras tanto, Jacobo, recostado sobre un exuberante mirto, abrió un libro. De vez en cuando observaba enamorado el trabajo de su esposa, hasta que le venció un profundo sueño emulando al fauno de Mallarmé. Quizá en ese intervalo de felicidad escucharía un solo de flauta rodeado de ninfas merodeando en las notas del poema sinfónico de Debussy.

El día despuntó radiante, azul, limpio. Los comentarios de Flora giraban

en torno a la fructífera sesión paisajística del día anterior. Su satisfacción aumentaba al comprobar sus apuntes sobre la blancura del papel, un material con suficiente gramaje para soportar la humedad del agua sin deformarse. En esta cuestión, Flora era muy exigente, hablaba y hablaba mientras Jacobo revisaba su teléfono móvil.

—¿Qué ocurre? No me escuchas. Estás muy entretenido mirando esa pantallita.

—Lo sé, Flora. Pero estoy asombrado de las llamadas telefónicas y mensajes recibidos. Algo insólito. La noticia del premio habrá tenido su impacto en los medios y de ahí tantos parabienes, que agradezco. Entre ellas la de mi hermana Leonor. Pero algunas de ellas curiosas.

—¿Curiosas? ¿Por qué?

—Pues porque son de personas distanciadas que ahora quieren saber de mí después de tanto silencio. Me cansé de esperar sus respuestas cuando les necesitaba. Ahora me reclaman. ¿Sabes? No tengo ninguna prisa en responderles, ni tan siquiera sé si lo haré.

Jacobo revisaba en su despacho unos papeles cuando la tarde avanzaba en su despedida. Depositó unos libros en la biblioteca, despejó la mesa y se dirigió hacia la ventana. Al profesor le complacía observar a menudo el universo en un silencioso diálogo. Su mirada distinguió en el tenue crepúsculo la brillantez del grandioso Júpiter en conjunción con el poderoso Marte y la sensibilidad de la Luna. Toda una ilusión óptica, pues la distancia entre ellos era de millones de kilómetros. Aun así, Jacobo estaba convencido de la existencia de una resonancia cuántica procedente de una escala remota del cosmos. En el fondo, él formaba parte también de esa materia, polvo de estrellas. Por eso la alineación planetaria debía de tener un significado. Un fenómeno que quizá le aportara cambios inesperados, estabilidad anímica y crecimiento profesional. En ese sentido, Jacobo ya lo estaba saboreando. Volvía a ser la persona jovial y tenaz de siempre. Atrás quedó por fortuna un delicado episodio de su vida.

El ambiente en clase era cada vez más tóxico a causa de las continuas faltas de respeto por parte del grupito de siempre. Un hecho que destrozaba el ánimo de Jacobo que, además de humillado, se sentía impotente para impedirlo por los cauces establecidos. En vano intentaba desesperadamente

salvar el aprendizaje de los alumnos más brillantes que merecían un respeto por parte de sus compañeros pandilleros. A punto de finalizar el curso, Bruno dejó de asistir al instituto. Solo acudiría para realizar las pruebas finales y quizá tuviera que repetir curso. Los padres del chico, al igual que otros en similares circunstancias, mostraron al equipo directivo su profunda preocupación por la extraña actitud del muchacho. Culpaban al sistema educativo cada vez más permisivo ante la falta de respeto al profesorado. Las amenazas de algunos progenitores tampoco contribuían a mejorar la situación, dada su prepotencia y malos modales. Al no existir represalias ejemplares, los pandilleros incrementaron los acosos. Pese al tenso ambiente, la dirección del centro no aportó grandes soluciones y dejó el problema en manos de los orientadores educativos y la insistencia a la administración. Jacobo les apremiaba para que fueran más resolutivos, pues el tiempo corría en contra del muchacho. Jacobo no era el único, otros también se quejaban de su incapacidad para resolver aquella pesadilla. Al fin y al cabo, ellos no eran psiquiatras ni psicólogos. Finalmente, la administración activó un protocolo para esos casos, pero no sirvió de nada.

Una mañana, el director del instituto recibió una llamada telefónica de la policía. Aprovechando la ausencia de sus padres, Bruno se había lanzado al vacío desde el sexto piso de su casa. El cuerpo del joven quedó tendido en el suelo del patio de luces entre los gritos desgarradores de los vecinos. Una ambulancia partió rápidamente al hospital en un intento desesperado por salvar la vida del muchacho. El director reunió de inmediato al profesorado e informó de lo ocurrido. Jacobo quedó muy afectado al conocer la noticia. En una acalorada discusión, abroncó al equipo directivo por ignorar sus continuas advertencias, agravadas por el retraso de la puesta en marcha de un protocolo antiagresiones. Jacobo enrojecía por momentos y se mostraba muy alterado por tanto sufrimiento acumulado. Tal fue su ardor que de repente cayó fulminado al suelo con un dolor agudo en el pecho, fuertes palpitaciones y dificultad para respirar. El profesor se ahogaba. Una ambulancia lo llevó enseguida al hospital, donde fue diagnosticado de una arritmia no grave gracias a la rapidez con que se actuó, hubiera podido ser peor.

La policía encontró en casa de Bruno una carta donde se despedía de sus padres y ponía fin a su vida por el sistemático acoso que estaba recibiendo de unos compañeros de clase, cuyos nombres especificaba. Tuvo palabras

cariñosas para su profesor Jacobo Arriaga, a quien agradecía su implicación profesional y constante apoyo en el aula. Por suerte para el muchacho, los tendederos del patio de luces amortiguaron la caída y salvó la vida. Luego seguiría un largo tratamiento psicológico para superar su grave crisis emocional. Cuando se recuperó, nunca más volvió a ese instituto. Sus padres cambiaron de residencia. Tampoco Jacobo regresó a su antiguo puesto de trabajo. Deseaba finalizar su vida laboral en la docencia y por ello solicitó una comisión de servicio para ejercer en un centro menos conflictivo. Sería por poco tiempo porque pronto estaría a las puertas de la jubilación y una nueva vida dedicada enteramente a las letras. Aunque antes debía cerrar el triste episodio. Jacobo consiguió hablar por teléfono con Bruno gracias a la intercesión de sus padres. Fue una emotiva y provechosa conversación entre dos amigos que culminó con el compromiso de ambos de reencontrarse en cuanto fuera posible. Al finalizar la llamada, a Jacobo le corrían dos lágrimas por las mejillas. Le embargaba una sensación de serenidad que, sin duda, acabaría por reparar el maltrecho ánimo del pasado suplicio.

El escritor no veía a su esposa desde hacía un buen rato. Abandonó la ventana del estudio y bajó al salón acristalado, pero allí no estaba. Escuchó ruidos de cacharros y la encontró en la cocina. Flora estaba inmersa en una frenética actividad culinaria.

—¿Te puedo ayudar?

—No, tranquilo, ya está todo más o menos listo.

—Pero ¿puede saberse a qué viene tanto trajín? ¿Qué es esto?

—¿No lo ves, Jacobo? Un fantástico bufé, de los más completos que he logrado hacer.

—Para ti y para mí nos sobra, Flora. ¿Es que tenemos invitados?

Flora sonreía y callaba.

—¿Qué vamos a celebrar?

—¿Te parece poco? Acabas de ganar un premio y todavía lo preguntas. No seas ingenuo, Jacobo.

—Está bien, no te enfades, mujer.

—¡Adivina quién viene esta noche! —exclamó ella.

—Eso me suena a una película que encierra una gran sorpresa de comedia

dramática.

—No temas ni tengas dudas como las de aquellos grandes actores. Tenemos mucho que festejar, Jacobo. ¿Te das cuenta de todo lo que hemos pasado? Ahora te encuentras muy recuperado y has vuelto a ser el de antes, el de siempre. A partir de ahora, busca lo que te haga feliz; tienes motivos para serlo. Incluso has logrado modificar el rumbo de tu vida. No todos lo consiguen. Bueno —hizo Flora una pausa—, nadie puede escapar de su destino, pero las personas somos libres de elegir las mejores opciones en función de nuestro crecimiento personal y espiritual. Tu puesto en la vida no era el de administrativo en aquella fábrica de pinturas, a pesar de tus estudios. ¿Recuerdas? Cuando nos conocimos iniciaste tu periplo universitario. No entiendo cómo no lo hiciste antes. Aquel ambiente no respondía a tus inquietudes, y bien que agradeciste el cambio. Dios sabe qué hubiera sido de ti. El resto fue tu perseverancia y tus cualidades.

—Tienes razón, Flora. Decía Cervantes que cada uno es artífice de su propia ventura. Aunque es cierto que el ser humano suele anhelar lo que no tiene y cuando lo alcanza, a veces no se siente satisfecho; puede pensar que para ese viaje no se necesitaban alforjas. No es mi caso, pero sí el de muchos que especulan sobre sus ambiciones y cuando consiguen su objetivo se sienten decepcionados. A ciertos protagonistas de mi relato les ocurre eso.

—Naturalmente, hay mucha frustración. ¿Acaso crees que existe una vida perfecta? No le des vueltas, la respuesta es no. Disfruta de los pequeños momentos. No sabemos lo que ocurrirá mañana.

En ese momento, Jacobo recordó las palabras de Maurice Clichy en la ensoñación del estudio: «Haga caso a su esposa».

—Por cierto, Caty y Javo han telefoneado. Les ha surgido un problema y no pueden venir a cenar. Tampoco lo harán Luismi y Cloti. Lo han aplazado para otra ocasión.

Jacobo sonrió de manera irónica, como si adivinara la respuesta.

—¡Vaya, como siempre!

—No te preocupes, cariño. Lo celebraremos tú y yo.

De repente sonó el timbre. Flora interrumpió la conversación y se dirigió a la puerta. Desde su sillón, Jacobo escuchaba un barullo de voces que no acertaba a distinguir. Cuando Manuel traspasó el umbral del salón, el profesor se levantó de inmediato y ambos se fundieron en un caluroso

abrazo. A continuación, el hijo cogiendo de la mano a una muchacha se la presentó a su padre.

—Es Alexia, papá, una profesora del decanato de la Facultad de Derecho que ha conseguido un programa de colaboración con organismos públicos, en mi caso centros de salud.

—¡Oh! Encantado. Vaya sorpresa. Ahora entiendo tanta actividad en la cocina. Qué calladito se lo tenía tu madre —dijo un sonriente Jacobo.

La joven Alexia vivía entre la capital del Turia y Madrid, donde colaboraba en un despacho de abogados en la calle Almagro. Fue un flechazo a primera vista, consolidado poco a poco entre las dos ciudades hasta prometerse en fecha reciente. Manuel deseaba sorprender a sus padres. Y lo consiguió. Alexia fue quien le convenció para retomar sus estudios de derecho. Con su habilidad, pronto se abriría camino.

En animada charla, los cuatro disfrutaban del arte culinario de Flora. Y lo hacían en un ambiente cordial, ajenos al sirimiri que humedecía el jardín verdinegro, como si hubiera estado lloviendo desde la noche de los tiempos, o como si nunca hubiera cesado de llover. Jacobo se sentía afortunado entre una familiaridad entrañable escuchando los ilusionantes planes de vida de Manuel y Alexia, en lo personal y en lo referente a las leyes, un mundo a la medida de ambos. Jacobo siempre tuvo esa convicción, Manuel sería un gran profesional del derecho. Por fin estaba en el camino adecuado.

Durante unos instantes, el profesor parecía ausente. Percibía, como en una escena muda, el cálido ambiente que envolvía a los cuatro. No había nadie más. Las familias se encogen cada vez más en un galopante individualismo. Mientras Jacobo razonaba esas cuestiones, su mirada seguía el curso de las gotas de agua deslizándose por el bruñido cristal.

En la contemplación, su ágil ensueño voló hacia la historia de Harald y Anouk. «Qué habrá sido de ellos, de Alex Bauer y de Jean Bélanger», se preguntaba; porque, a fin de cuentas, el creador se identifica con sus personajes, se les llega a querer. A otros no tanto, para esos solo el reproche. De ahí que el profesor deseara pasar la página cerrando un capítulo de la vida, la de ellos y la suya propia como profesor y autor del relato.

Mientras Flora había estado preparando la cena bajo la atenta mirada de Jacobo, Sergio Garellano abrió con cautela la puerta de la casa. Poseía gran

habilidad para ello. Desde el vestíbulo atravesó con sigilo el largo pasillo y se ocultó en una de las habitaciones. David Carrizosa seguía ajeno con sus tareas en la parte trasera del jardín.

De repente, el din-don de la puerta resonó en toda la casa.

—Deja, ya voy yo —dijo Flora.

Jacobo salió de la cocina y se acercó al salón acristalado dejando las puertas de par en par. Observaba de pie el buen trabajo del joven jardinero, que en nada envidiaba al anterior. De repente, una algarabía procedente del vestíbulo apartó al escritor del jardín. Flora se abalanzó sobre su hijo Manuel y ambos se fundieron en un efusivo abrazo. A continuación, entró en el salón repitiéndose la escena con un emocionado Jacobo. A los pocos minutos, el din-don de la puerta interrumpió bruscamente la conversación. Jacobo y Flora se miraron extrañados.

—¿Quién será ahora? ¿Esperamos visita? —exclamó el profesor.

—Que yo sepa no —dijo la mujer.

—No pasa nada, voy yo —intervino Manuel—. Un momento por favor —se escuchó que decía en la puerta—. Papá, unas personas preguntan por ti. Dicen que te conocen.

Tras unos momentos de titubeo, Jacobo dijo:

—Hazles pasar, deben de ser de la prensa, con esto del premio, ya verás.

Mientras avanzaba la enigmática visita, Jacobo escuchó unas burbujeantes risas y ladeó extrañado la cabeza hacia la puerta de la estancia. Sorprendido, sin mover su postura inicial, esbozó al instante en su rostro una sonrisa de felicidad. Se sentía confuso porque no daba crédito a lo que estaba viendo. Siempre había sospechado que él era el sueño de otros y a su vez formaba parte del ensueño de los demás. O podía vivir su vida de tal forma que cualquiera de las experiencias vividas se transformara en escritura, y a la vez en un misterioso quiasmo, es decir, que su escritura tuviera un impacto en su manera de vivir. Se frotó los párpados con presión y al abrir de nuevo los ojos, su mirada estaba salpicada de tenues fosfenos. Parecía una escena muy real, y es que el poder de la ensoñación hace que todo se vuelva verosímil. Allí estaban Jean Bélanger, Erika y Gonzalo y su hijo Alexander Bauer. Jacobo balbuceó unas palabras, aunque solo acertó a decir:

—No sabía que os conocierais todos.

—Nos hemos conocido gracias a ti —respondió Alex—, porque todos

cabíamos dentro de la misma ilusión. No olvides, amigo Jacobo, que los libros están tejidos con idéntica esencia que los sueños. El sueño es aquí la continuación de la realidad, de otra realidad.

—Anda, preséntalos, Jacobo —exclamó Flora con cierta estupefacción.

El galerista se adelantó:

—Soy Alex Bauer, dueño de la Galería Azul de Benidorm. Después de leer tu novela, la de *Una sonata lluviosa*, decidimos atravesar el umbral de las páginas de papel y conocer el mundo que describes en este paraíso de la Vallesa. Un bosque junto a la gran ciudad, un lugar de grandes oportunidades. Y no es que no las hubiera en Benidorm, pero he decidido ampliar mi actividad en Valencia. Azul ha abierto otro establecimiento en la céntrica calle Zapatería de los Niños para dar también servicio a los potenciales clientes de esta ciudad. Mis padres se trasladarán a estas tierras continuando sus respectivas actividades. Fíjate, Jacobo, vengo con Ninette, formalmente mi novia con quien tengo un compromiso de boda. Lo de Ariadna al final no funcionó y me enamoré de esta encantadora muchachita a la que le apasiona el arte tanto como a mí, hija de Harald Klausen y Anouk Lemoine, a quienes debes de conocer —dijo guiñándole un ojo y Jacobo sonrió—. El mundo del arte nos unió.

A continuación, puso la mano en el hombro del anticuario francés:

—Y aquí, Jean Bélanger, muy callado, inadaptado todavía a este nuevo contexto. No deseaba quedarse solo en las líneas del relato y decidió acompañarnos en esta aventura. Al fin y al cabo, su experiencia y buenos conocimientos los puede desarrollar donde quiera. Ahora repartirá aún más su actividad.

—Muy bonita la historia, señor Bauer —dijo Sergio Garellano apuntando a los presentes con una pistola.

El salón enmudeció aterrorizado. Jacobo se adelantó de manera enérgica y le mandó salir de la casa.

—¿No hemos tenido bastante contigo? ¡Vete inmediatamente de aquí! —gritó el escritor—. Ya ni te conozco, ¡sinvergüenza! ¡Canalla!

Al oír eso, Dieter Moritz exclamó con ferocidad:

—¡Te vas a tragar tus palabras, viejo estúpido! —Y sentó a Jacobo de un empujón. Manuel y Alex se revolvieron contra el impostor que, apuntándoles con el arma, les ordenó regresar a su sitio de inmediato.

—Pero ¿este hombre quién es, papá?

—¡Silencio! Quietos todos o disparo. Como alguien se mueva no sale vivo de este salón. ¡Tú, Alex! Ve descolgando todas las pinturas de esta casa. Me las llevo todas.

Con el fin de taponar la salida, Dieter caminó lentamente por el salón situándose de espaldas al encristalado, que permanecía abierto.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Jacobo.

—Encima de viejo, bobo —dijo Garellano con una sonrisa diabólica—. Hice un duplicado de las llaves, así de simple. Y ahora, deprisa, venga, Alex, ve descolgando las pinturas, ayúdale tú —ordenó apuntando con el arma a Bélanger.

El corazón del anticuario francés no estaba para más sustos, ya había pasado lo suyo. Quizá debió de pensar que al otro lado del umbral el relato volvía a repetirse.

—¡Venga, levántate, zángano! Y que no se os ocurra escapar. He cerrado la puerta con llave.

El estupor era general. Nadie daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Flora sufrió una crisis nerviosa, los demás intentaron calmarla, pero Moritz lo impidió.

—Dejadla estar, ya se le pasará. Venga, volved a vuestros sitios y que nadie se mueva. ¿Entendido? De aquí no me muevo sin haberme llevado los cuadros de esta casa. Siempre lo había deseado. Los contemplaba en silencio y sabía de su cotización en el mercado del arte. Pensé que algún día serían míos y por fin ha llegado el momento.

—Tenga piedad —suplicaba una angustiada Erika con un hilo de voz.

—Permítame, soy médico —decía Gonzalo.

—¡He dicho que se callen todos! —insistió Moritz.

La tensión del ambiente aumentó cuando Alex Bauer sintió la frialdad del metal en su sien. Todos se estremecieron.

—Me parece que no me has entendido, ¡jovencito de mierda! Venga, descolgad los cuadros. Antes dejad en la mesa vuestros móviles. ¡Ah!, y no hagáis ninguna locura o empiezo a disparar a este montón de gentuza.

Para evitar tentaciones, se dirigió a Alex y a Jean:

—He cortado la línea telefónica. ¡Venga, daos prisa! ¡Cojones! Fuera en la puerta me espera Melitón en un coche.

De pronto, los allí presentes palidecieron. Fue un golpe seco. Dieter Moritz se desplomó sin sentido. Nadie advirtió la rápida actuación de David

Carrizosa que, al finalizar las tareas del jardín, se percató de la inesperada situación. Con gran habilidad, propinó por la espalda al falso Garellano una fuerte sacudida en la cabeza con la pala jardinera. El impacto fue brutal, seguido de un silencio aterrador.

—No se preocupen, tranquilos. Todo ha pasado.

Le soltó con cuidado la pistola de la mano y llamó inmediatamente a su padre, el teniente de la Guardia Civil Beltrán Carrizosa, para informarle de la presencia de Melitón en la puerta de casa.

—Y ahora calma —dijo David a los presentes—. Les aseguró que este individuo ya no se escurre más. Estará mucho tiempo entre rejas. Relájense todos. Una patrulla viene de inmediato a recoger a esta escoria.

Flora, muy asustada, cogía la mano de su hijo.

—Prepárame una tisana por favor. Me encuentro muy nerviosa.

—Está bien, mamá, no te preocupes.

Alex, dirigiéndose a Jacobo, le manifestó su satisfacción al haberse hecho justicia con ese personaje.

—En cualquier contexto, existen individuos que no dejan de ser impostores, ya lo ves.

—Tienes razón, a veces al farsante nunca se le ve venir, hasta que se le desenmascara. Y este tipo es un trastornado con una psicopatía impresionante.

El ambiente recobraba poco a poco la tranquilidad perdida. Flora apuró la tisana consolada por Gonzalo y Erika.

—Cuando te encuentres mejor, organizaremos una cena y prepararemos tu próxima exposición de acuarelas —le decía Erika—, Alex nos ha hablado maravillas de ti.

Recobrada la tranquilidad y con un ambiente de gran cordialidad, Jacobo se levantó con la copa en la mano solicitando un brindis por el feliz encuentro. Tras saborear el excelente moscatel Marinium gran reserva, Manuel tomó la palabra y, dirigiéndose al resto de los asistentes, manifestó, ante el asombro de todos, su decisión de volver a su mundo. Ante los allí reunidos, el joven descubrió su verdadera identidad:

—Me llamo Rubén Klausen, soy el abogado de la calle Almagro de Madrid. Harto de la complicada sociedad de hoy, corrupciones políticas, igualdad y violencia de género, pleitos familiares, acosos y estafas en la red cibernética, narcotráfico, agresiones sexuales…, por consejo de mi mujer,

que en realidad se llama Irene, decidí apartar las leyes y probar otra vida como médico rural, relajado en plena naturaleza. Una quimera juvenil que hice realidad. Pero con el paso del tiempo asumí mi error. Aquel ambiente no me pertenecía en absoluto y un gran vacío se apoderó de mí. Mi verdadera vocación no se encontraba ni en la medicina ni en aquellas latitudes perdidas, sino en la abogacía, para hacer frente a tantos conflictos que nos azotan. Estaba desperdiciando mis habilidades, más propias de un profesional del derecho que de un médico. Quizá no era consciente de ello.

Tras un breve silencio, Rubén se levantó.

—Irene y yo nos vamos, nuestros hijos estarán esperándonos —dijo algo compungido—. Es hora de que nos vayamos. En el despacho me echarán también de menos. —Se abrazó efusivamente a Flora y a Jacobo agradeciéndoles la oportunidad brindada—. Siempre estaréis en mi pensamiento. ¿Sabéis una cosa? Harald y Anouk se parecen mucho a vosotros.

Y, sonriendo, desapareció engullido por las páginas del libro, abandonando una historia que ya no era la suya.

Agradecimientos

La lectura de estas líneas supone para ti, lector, haber llegado al final de este relato, mezcla de metaliteratura y metaficción. Bajo el aspecto metaliterario habrás hallado reflexiones sobre el arte de leer y escribir, con abundancia de citas bibliófilas e intertextuales. Por otra parte, la estructura metaficcional —una ficción dentro de otra ficción— ofrece un libro interior proyectado por un escritor (Jacobo Arriaga), cuyas páginas contienen a su vez, como en una matrioska, una subtrama dotada de los giros inesperados propios del *thriller.* En ambos casos, subyacen dos lances basados en hechos reales. Uno de ellos sobre el saqueo masivo de obras de arte en el Tercer Reich por jerarcas del régimen y de sus respectivos marchantes; episodios que, desde la caída del Muro de Berlín, han sido protagonistas de numerosos estudios, biografías, exposiciones, novelas o películas. El otro suceso corresponde a una noticia de prensa publicada en 2019 sobre un galerista español que restituyó a Jordania unas tallas nabateas procedentes de Petra al descubrir que habían sido robadas. No fue un caso aislado, ya que posteriormente han aparecido en prensa otros acontecimientos de similares características.

En el fondo, la creación no es tan solitaria como pueda creerse. Lo contrario conduce al artista hacia el individualismo más radical. En la literatura, el autor necesita de un primer lector que guíe sus pasos para que el mensaje pueda ser descifrado en todos sus matices. En estos términos se expresaba, más o menos, Antonio Muñoz Molina cuando el periodista y escritor Jesús Ruiz Mantilla le entrevistaba en la Biblioteca Nacional de España sobre su primera obra *El Robinson urbano.* Una de las cuestiones giraba en torno a si había más soledad en la creación o en el proceso del libro en sí. El escritor de Úbeda respondía: «necesitas de personas que te lean, de personas providenciales que cuando no te conoce nadie te digan: "Esto que has hecho está muy bien, tienes que hacer más". O que te digan: "Esto no está tan bien". Tiene que haber

alguien que se moleste en sentir, en tener la generosidad de ser entusiasta con tu trabajo». Porque, además de la soledad creativa, debe haber una presencia que sugiera y asesore el buen tránsito por el camino emprendido.

El embrión de *Una sonata lluviosa* se gestó en 2020 con la particular historia de Jacobo Arriaga, alrededor del cual fueron tejiéndose las numerosas peripecias sobre su problema de salud. En un momento dado, abandoné esta novela en un cajón, quizá porque la dificultad que conlleva toda estructura metaliteraria me impedía hilvanar bien las diversas historias entrecruzadas. A partir de entonces comencé a trabajar en un relato mucho más avanzado, el que más tarde, después de muchos títulos, acabaría llamándose *La ciudad de las vanidades*, publicado en 2022.

Cualquier arte, y la literatura no es una excepción, es muy complejo de producir. Resulta muy difícil hacer algo que esté bien y en el rosario de dificultades que ha tenido que sortear *Una sonata lluviosa,* he de agradecer en primer lugar el gran apoyo de Begoña Vidal, librera y escritora de reseñas literarias, por sus acertadas apreciaciones y detalles que escapan al control de todo autor ensimismado en la historia encerrada en su mente. Sin duda, su generosidad y entusiasmo han sido la mejor receta para robustecer el relato, de la misma manera —metafóricamente hablando— que la progresiva revitalización del profesor Arriaga.

Gracias a Joaquín Guzmán, anticuario y crítico musical, por su vigilante lectura del texto en materia artística. Al poeta y crítico cinematográfico Javier Mateo, por sus ánimos y estimables valoraciones. A Paco Crespo, lector voraz de novela histórica, por sus puntos de vista y revisión de las locuciones en alemán. Gracias a mi yerno, el profesor José Cuenca, por trasladarme el complicado ambiente estudiantil de una clase de secundaria. A Marta García Gausí, por sus asesoramientos en cuestiones médicas. Gracias a Jorge Ramírez de Arellano, por descubrirme que los jardineros suelen ser, a veces, personajes sospechosos.

Y, por su puesto, a la Editorial Sargantana por confiar en esta historia y apostar por ella. Sin olvidarme de los lectores, quienes tienen la última palabra y de los que tanto aprendemos los autores, porque siempre descodifican detalles irremediablemente encriptados en el inconsciente del novelista.

Mientras tanto, no olvidemos nunca el valor terapéutico de la lectura y de la escritura, así como su capacidad para embarcarnos rumbo a otros mundos y su valiosa contribución al pensamiento crítico.

FRANCISCO LÓPEZ PORCAL
flopezporcal@gmail.com